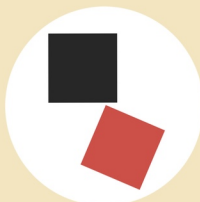


S.A. LOZOVSKY



SINDICALISMO Y COMUNISMO

Antología



EDICIONES
DOS CUADRADOS

Executive Committee of the Red International of Labor Unions



1) A. Losovsky, secretary; 2) Monmoseau (France); 3) Jim Larkin (Ireland); 4) Jovanl Jermanetto (Italy);
5) Dimitrov (Bulgaria); 6) Andre Nin (Spain); 7) William Z. Foster (U. S.); 8) Pollitt (England); 9) Van
Go-Po (China).

Comité Ejecutivo de la Profintern: Lozovsky (1), Monmoseau (2), Larkin (3),
Jermanetto (4), Dimitrov (5), Nin (6), Foster (7), Pollitt (8), Van Go-Po (9).

SINDICALISMO Y COMUNISMO

Antología

Solomon Abramovich Dridzo
“A. Lozovsky”

Traducción

ISMAEL DE LA VILLA

Revisión de

2CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Escrito: 1924

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Septiembre de 2026

Web: www.doscuaadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados

Índice

Anarcosindicalismo y comunismo

Segunda Edición de 1924

Prefacio a la segunda edición	5
Prefacio a la primera edición	10
Sobre las relaciones entre la Comintern y la Profintern	12
Las dos Internacionales (Aclaración amistosa para los sindicalistas franceses).	20
Desde el lado equivocado (Respuesta a los sindicalistas suecos)	51
Anarquismo y marxismo en el movimiento de masas	55
El anarcosindicalismo y la Profintern	62
La enfermedad infantil del sindicalismo francés	88
El movimiento obrero francés en una encrucijada	105
Mensaje de la Profintern al Congreso de la CUT	117
El sindicalismo, la revolución rusa y los especuladores	130
El movimiento obrero en Francia y el Congreso de Saint- Etienne	157
La lucha entre el comunismo y el anarcoreformismo en Francia	184
La lucha contra el pacifismo reformista y anarquista.	205
Cómo luchan contra nosotros.	208
Una Internacional refundada	212
Mensaje de la Profintern al Congreso de Bourges	217
Carta a la Comisión Ejecutiva de la Confederación Unitaria del Trabajo	229
APÉNDICE	239
De la resolución sobre la cuestión de la táctica, adoptada en el Primer Congreso Constituyente de la Profintern (3-19 de julio de 1921, Moscú).	239
Profintern y anarcosindicalistas	242

La actitud de la Organización Central de Trabajadores de Suecia hacia la Profintern	253
Al Comité Central de la Organización Central de Trabajadores de Suecia	254
El Congreso de los anarcosindicalistas en Berlín	266
Comintern y Profintern.....	273
Resolución del II Congreso de la Profintern.....	277
Anarquistas y comunistas.....	278
La Profintern y los anarcosindicalistas	285
Diez años de Profintern.....	289

ANARCOSINDICALISMO Y COMUNISMO

Prefacio a la segunda edición

Esta segunda edición se complementa con una serie de artículos, informes y documentos que aclaran las diferencias programáticas y tácticas entre anarcosindicalistas y comunistas. Cabe señalar que los últimos años han sido muy desfavorables para el desarrollo de las ideas anarcosindicalistas. En su país natal, Francia, el anarcosindicalismo sufrió una quiebra total. La ideología anarcosindicalista se manifestó de nuevo con particular claridad en el congreso de Bourges (noviembre de 1923), cuando la minoría intentó oponer su programa y su táctica a la mayoría actual de la Confederación Unitaria del Trabajo. Los anarcosindicalistas han dado un giro de 180 grados en Francia en los últimos meses. Ellos, que contribuyeron a la escisión del movimiento sindical, ahora se han convertido en líderes de la unidad, y su táctica consiste en separar de la Confederación Unitaria del Trabajo y sus organizaciones afiliadas a sindicatos y grupos individuales e incluirlos en la reformista Confederación del Trabajo. Nunca antes había emergido con tanta claridad el parentesco entre anarquismo y reformismo como en los últimos meses. Esta táctica de dividir la Confederación Unitaria del Trabajo en nombre de la unidad con los reformistas apenas produjo resultados. Los anarcosindicalistas lograron escindirse en varios grupos, pero la gran mayoría, el 99% de los miembros de la Confederación Unitaria del Trabajo, se manifestó en contra de esta táctica, aunque al mismo tiempo, por supuesto, se mostró a favor de restablecer la unidad del movimiento sindical francés.

La base del anarcosindicalismo en Francia es la Federación de Trabajadores de la Construcción, pero también aquí han fracasado los intentos de separar esta federación de todo el movimiento revolucionario. Los obreros se manifestaron contra este tipo de politiquería y los acérrimos adversarios de la Profintern y del comunismo se vieron obligados a permanecer en la Confederación Unitaria del

Trabajo, socavando su unidad desde dentro. Ya después del congreso de Bourges, aprovechando la provocación de los anarquistas en uno de los mítines de París, donde fueron asesinados dos comunistas y dos anarquistas, los anarcosindicalistas convocaron su conferencia con el objetivo de dividir el movimiento sindical. Pero esta conferencia mostró aún más claramente el vacío interno y la falta de sentido de la postura anarcosindicalista. Surgieron las siguientes corrientes: 1) por la retirada inmediata de la Confederación Unitaria del Trabajo y el ingreso a la reformista Confederación del Trabajo; 2) la retirada inmediata de la Confederación Unitaria del Trabajo y su ulterior existencia autónoma 3) la salida de la Confederación Unitaria del Trabajo y adhesión a la Internacional de Berlín; 4) la permanencia dentro de la Confederación Unitaria del Trabajo y el mantenimiento de su propia línea.

Esta conferencia reveló la heterogeneidad del anarcosindicalismo y demostró una vez más que cada uno de los dirigentes anarcosindicalistas tienen ideas distintas en la cabeza y que para ellos toda la cuestión se reduce a continuar la lucha de una forma u otra contra la Comintern, la Profintern y la revolución rusa. Con el resurgimiento de la lucha económica en Francia, estos llamados “izquierdistas” se encontraron, como era de esperar, a la cola del movimiento. Viven todavía a la antigua usanza, no están acostumbrados a las luchas serias, piensan en asustar a los burgueses con retórica y manifiestos amenazantes, sin comprender que al capital organizado hay que oponerle un proletariado estrictamente centralizado, fuertemente unido y disciplinado. Cada vez que los sindicatos y la Confederación Unitaria del Trabajo lanzaban consignas concretas y prácticas, se topaban con una fuerte oposición por parte de estos elementos. Basta señalar que la consigna de crear comités de fábrica no encontró simpatía en estos “revolucionarios” y no encontró simpatía porque esta consigna venía de Moscú. Y para algunos sindicalistas, todo lo que viene de Moscú es obviamente inaceptable.

No menos representativo es el desarrollo del anarcosindicalismo español durante el último año. Allí, inmediatamente después del

golpe fascista, los anarquistas decidieron disolver los sindicatos y sólo gracias a la presión de los comunistas y sindicalistas, partidarios de la Profintern, abandonaron esta idea contrarrevolucionaria sin sentido. El anarquismo español es ideológicamente aún más pobre que el anarquismo francés, si es que puede haber algo más pobre ideológicamente. Allí, las proclamas sobre la revolución, sobre el sistema anarquista, contra la dictadura del proletariado y contra el Estado obrero van de la mano de la predicación pequeñoburguesa de las pequeñas acciones y de las habituales tragedias culturales burguesas. Los anarquistas están en contra de la unificación de los pequeños sindicatos, no quieren la creación de asociaciones obreras muy unidas, están en contra de los sindicatos a escala nacional, se conforman con pequeños sindicatos y disputas mutuas, lo que demuestra que no han aprendido nada y evidentemente no aprenderán nada. Se trata sobre todo de los elementos dirigentes del movimiento anarcosindicalista. Entre la base de los trabajadores y los elementos más sensibles del movimiento anarcosindicalista se está abriendo camino la comprensión de la inutilidad de la teoría y la práctica anarquistas y de la corrección de la línea comunista. Lo vemos en el hecho de que, tanto en Francia como en España, estas ideas pequeñoburguesas medievales encuentran cada vez menos simpatías. Un gran número de obreros se pasan al lado de la Comintern y la Profintern.

Los anarcosindicalistas todavía tienen cierta influencia en Argentina y México. Aquí, la ideología anarcosindicalista es una copia del anarquismo franco-español, y es tan estéril como éste. Además del anarcosindicalismo de los países latinos, hay otros grupos anarcosindicalistas en Alemania, Suecia, Holanda y, si nos creemos a la Internacional de Berlín, incluso hay anarcosindicalistas en Svalbard. Pero todas estas agrupaciones tienen poca importancia. Todos estos grupos, en lugar de luchar revolucionariamente contra el capital, se dedican a difundir calumnias frenéticas contra los comunistas, el neomaltusianismo, la superación personal y otras cuestiones que no tienen nada que ver con la revolución.

Todos estos pequeños, que hablan tanto sobre la revolución social, pertenecen a la Internacional Anarcosindicalista de Berlín, cuyos iniciadores tuvieron el coraje de llamarse con el nombre de Primera Internacional (Asociación Internacional de los Trabajadores). La Internacional de Berlín une a todos estos grupos y escisiones, y sin embargo, ninguno de ellos aún no ha propuesto una sola idea original, un solo pensamiento útil, una sola palabra de provecho. Durante el momento más crítico para el movimiento obrero alemán, esta Internacional estuvo ausente, como también lo estuvieron los sindicalistas alemanes. En el mismo momento en que el proletariado alemán se encontraba ante la cuestión de derrocar a su burguesía, los sindicalistas alemanes no encontraron nada mejor que hacer que lanzar una hostil ofensiva contra el Partido Comunista, porque después de la revolución quería crear un Estado soviético. Ni el gobierno ni la burguesía da importancia a este grupúsculo. Mientras el Partido Comunista Alemán era ilegalizado y muchos miles de proletarios revolucionarios alemanes llenaban las cárceles, estos indiferentes, por no decir algo peor, los “revolucionarios”, continuaron publicando su órgano legalmente y dando difusión al anarcosindicalismo anticomunista.

Los anarcosindicalistas querían crear su propia Internacional junto a la Internacional de Ámsterdam y la Internacional Sindical Roja. Cada Internacional se caracteriza por el movimiento obrero cuyo país desempeña el papel principal en ella. En la Internacional de Ámsterdam, el papel principal lo desempeñan los sindicatos holandeses. En la Internacional Sindical Roja, el papel principal lo desempeña el movimiento sindical ruso, y en la Internacional Anarcosindicalista, los tolstoyanos alemanes, que se consideran sindicalistas. Esto da una idea de la Internacional Anarcosindicalista y sus perspectivas.

Esta segunda edición contiene materiales nuevos, principalmente aclarando la ideología, el programa y la táctica de los anarcosindicalistas. Junto con los nuevos artículos, mostramos también las cartas de la Profintern a la Confederación Unitaria del Trabajo (escritas por el autor), ya que en estas cartas se expone la esencia de

los desacuerdos entre los comunistas y los anarcosindicalistas. En el Apéndice proporcionamos extractos de las resoluciones de la Comintern y la Profintern, que formulan brevemente el papel y el significado del anarquismo y del anarcosindicalismo en el movimiento sindical internacional.

Moscú, 1 de junio de 1924.

El autor.

Prefacio a la primera edición

El trabajo que aquí se ofrece a los lectores está compuesto por una serie de artículos escritos entre el I y el II Congreso Internacional de la Profintern. Estos artículos son de carácter polémico. Ha sido necesario luchar contra aquellos prejuicios que se habían arraigado en una parte bien conocida dentro del movimiento obrero internacional. La desconfianza hacia la política y los partidos comunistas, una concepción abstracta del Estado, la lucha contra cualquier dictadura, la teoría de la independencia absoluta del movimiento sindical: estos son los conceptos básicos del anarcosindicalismo. Todas estas cuestiones se abordan en estos artículos. Los artículos fueron escritos en diferentes momentos, pero en general cubren el período de conflicto más intenso con el anarcosindicalismo y, sin duda, dan una idea de nuestros desacuerdos con ellos. Naturalmente, sería mejor reunir todos estos artículos y reagrupar todos los temas controvertidos, pero para ello sería necesario, si no escribir de nuevo, al menos revisar todos los artículos que se han escrito. Y esto es simplemente imposible. Mientras tanto, en Rusia hay muy poca literatura dedicada al análisis de la teoría anarcosindicalista. Lo escrito se relaciona con el período anterior a la guerra. El sindicalismo actual se ha dividido en varias corrientes. Quedan muy pocos sindicalistas viejos, de aquellos que había antes de la guerra. Los últimos mohicanos de este sindicalismo siguen vivos incluso en un país tan histórico del sindicalismo como Francia. Los portadores del sindicalismo puro en el momento actual son los localistas alemanes, quienes sin duda están embarrados en la confusión ideológica. De hecho, dirigen el Buró Internacional de Sindicalistas, creado recientemente en Berlín y que intenta crear su propia Internacional en oposición al Profintern. La idea de una nueva Internacional es producto de la imaginación anarcosindicalista contemporánea. Ya en 1920, la abrumadora mayoría de los anarcosindicalistas ni siquiera se había decidido a crear una nueva Internacional. Se planteó la idea de independencia y autonomía absoluta, pero todos tenían claro lo que

significaban esas fórmulas. Los sindicalistas temían a los miembros de sus propias organizaciones y por eso escondieron su nueva Internacional bajo esa vaga terminología. Pero al final conseguimos que dijeran lo que querían. Se vieron obligados a sacar una resolución sobre su independencia y autonomía, y esta resolución apareció en la formación del Buró Anarcosindicalista Internacional, que unía a varias escisiones de las organizaciones sindicalistas.

Para dar al lector ruso una idea completa de las cuestiones que están en el centro de la disputa con los anarcosindicalistas, citaré también el informe que hice en el Congreso de Saint-Étienne. Ofrecemos a la atención del lector todos estos artículos, unidos no sólo por un título común, sino también por una idea común, como material para estudiar una de las corrientes ideológicas dentro del movimiento obrero internacional.

Moscú, 20 de octubre de 1922

El autor.

Sobre las relaciones entre la Comintern y la Profintern¹

¡Camaradas! La cuestión de las relaciones entre las dos Internacionales, que está ahora a la orden del día, es sin duda la cuestión fundamental y central de nuestro congreso, pues muchos camaradas, cuando han venido a este Congreso, lo han hecho con la intención deliberada de crear relaciones tales que estas dos Internacionales nunca chocaran en sus objetivos. Que tal intención existía lo vemos en la literatura que proliferó en vísperas del congreso, entre algunos compañeros especialistas en independencia y autonomía. Cuanto más escribían, menos contenido había en la teoría de la independencia y la autosuficiencia y menos se podía entender lo que estos camaradas querían.

Camaradas, quisiera llamar vuestra atención sobre la opinión colectiva de los sindicalistas de varios países, expresada a finales de diciembre de 1920. Del 16 al 21 de diciembre de 1920 se celebró en Berlín una conferencia de sindicalistas, en la que se enfrentaron dos corrientes, una de las cuales estaba representada por sindicalistas alemanes y suecos. Estos sindicalistas querían ser tan independientes que propusieron no ir a Moscú para el Congreso Internacional, porque entendían la independencia de tal manera que sólo puede producirse un encuentro con los comunistas cuando es para apuñalarles por la espalda. Pero la mayoría de los sindicalistas presentes no pudieron aceptar este punto de vista y como consecuencia la propuesta de los sindicalistas alemanes fue rechazada. Pues ese es el estado de ánimo: estar lejos de los comunistas y de semejante demonio. Esta política, se plasmó en 6 puntos que fueron adoptados en este congreso. En concreto, el representante de la Internacional de Trabajadores Industriales (IWW) con el que tuve mi primera reunión durante el último congreso del I WW. Hizo mención a la relación con la Comintern

¹ Discurso en el I Congreso de la Profintern (Del 3 al 19 de julio de 1921 en Moscú)

en el sentido de que es necesario adherirse a estos 6 puntos. Por tanto estos 6 puntos son como una suerte de Testamento. Os leeré estos puntos:

1. “La Internacional Sindical Revolucionaria se sitúa sin reservas desde el punto de vista de la lucha de clases revolucionaria y del poder del proletariado”, así dice el comienzo de esta declaración. El poder, en boca de los sindicalistas, es algo nuevo. Nunca habían hablado de esto antes, escribían la palabra “Poder” con mayúscula y creían que el poder siempre es algo malo y que el proletariado no debería interesarse por él. Anunciaré los siguientes puntos:

2. “La Internacional Sindical Revolucionaria lucha por la destrucción y eliminación de la dominación económica, política y espiritual del sistema y del Estado capitalistas. Se esfuerza por crear una sociedad comunista libre”.

3. “La Internacional Sindical Revolucionaria afirma que la clase obrera sólo es capaz de destruir la opresión política y espiritual del capitalismo haciendo el máximo uso de los medios económicos de lucha a su disposición, que encuentran aplicación en acciones revolucionarias de la clase obrera para alcanzar este objetivo”.

4. “La Internacional Sindical Revolucionaria considera que la restauración y regulación de la producción y la distribución es tarea de las organizaciones económicas de cada país”.

5. “La Internacional Sindical Revolucionaria es completamente independiente y no depende de ningún partido político. En el caso de que la Internacional Sindical Revolucionaria decida realizar alguna acción con la cual estén de acuerdo partidos políticos u otras organizaciones, o viceversa, entonces esta acción podrá realizarse conjuntamente con dichos partidos u organizaciones”.

6. “La Internacional Sindical Revolucionaria invita urgentemente a todas las organizaciones sindicalistas revolucionarias a acudir al Congreso de los Sindicatos Rojos en Moscú (1 de mayo de 1921), convocado por el Consejo Provisional de Sindicatos Rojos, con el objetivo de crear una Internacional Sindical revolucionaria unida”.

Esta resolución, como una gota de agua, reflejó el cambio ideológico que se había producido entre los sindicalistas: un cambio sin duda para mejor, pero por otro lado, los fantasmas del pasado todavía abrazan fuertemente a los sindicalistas vivos. En efecto, obsérvese: cuando el primer punto habla del poder de los obreros, del poder del proletariado, es necesario dar un cierto contenido a ese poder. Esto es una frase vacía. Si se le da un cierto sentido a esta palabra, adquiere el sentido de que se trata de una revolución social, de la toma del poder, etc. Y sobre esto es lo que venimos discutiendo con los sindicalistas desde hace muchos años. Vemos un reflejo de las opiniones sindicalistas en el punto 3, que afirma que la destrucción del capitalismo sólo puede ocurrir a través de la lucha económica. En general, los sindicalistas padecen el vicio de no entender qué es la política y qué es la economía. Éste es el principal problema de los sindicalistas en todos los países. Consideran que la política es la lucha parlamentaria, negociaciones parlamentarias y nada más, y que la acción de masas es economía. Pero ¿por qué la acción de las masas, que tiene lugar, por ejemplo, en relación con la movilización en tal país, es sólo económica? Ningún sindicalista vivo podrá explicarlo, pues todos comprenden perfectamente que la acción mediante un llamamiento, la acción en relación, por ejemplo, con la ocupación de la cuenca del Ruhr, etc., son acciones políticas. Todo esto afecta a la clase obrera en su conjunto y opone al proletariado, como clase, al Estado y al capitalismo. Y la política es la oposición activa de una clase a otra. Y todo movimiento de trabajadores que abarca a las masas y las opone en lucha a otra clase es un movimiento político. Si la diferencia fuera sólo de terminología, mis compañeros y yo no discutiríamos en absoluto. Pero, desgraciadamente, hay más que una diferencia de terminología. Aquí la diferencia radica en la comprensión de las tareas de la clase obrera, en los métodos de aproximación, en el no reconocimiento de los métodos y técnicas de lucha que conducen al mismo objetivo. Y finalmente, en el punto 4 vemos que la regulación de la economía también se basa en la organización económica como

organización puramente sindical. Pero lo más “impactante” es el punto 5, donde se proclamó solemnemente la independencia absoluta y la autonomía de cualquier partido político. Tras lo cual sigue un aspecto francamente cómico, cuyo significado es el siguiente: “Sí”, dice, “queremos actuar, y a nuestro lado hay un compañero que lleva el nombre de un ‘partido político’, y este vecino tiene las mismas buenas intenciones que nosotros, entonces las acciones conjuntas son perfectamente posibles”. Y yo pregunto: “¿Conoce usted los buenos deseos de este compañero político antes del propio discurso? Si son conocidos, ¿por qué no hacer que el acuerdo se produzca no sólo en el momento mismo de la actuación, sino también en vísperas y en el mismo proceso de preparación de la lucha? La propia formulación da testimonio de una absoluta falta de comprensión de las verdades más elementales de la lucha de clases. Tomemos el caso de Francia, el clásico país de la “democracia”. En estos momentos esta “democracia” está en pleno auge. Tenemos la siguiente serie de factores y fenómenos sociales. En primer lugar, tenemos allí una reacción similar a la que experimentó Francia inmediatamente después de la Comuna. Después de la supresión del movimiento revolucionario, Francia vivía un periodo de florecimiento del “orden moral” (*L'ordre morale*). Ahora se vive la misma situación: se presentan proyectos de ley criminales y punitivistas, que condenan a cinco años de cárcel o trabajos forzados por la más mínima acción contra el militarismo, por proyectos sobre los sindicatos y el partido, sobre cómo organizar la lucha contra el proletariado en todos los sectores. Si realmente quisiéramos llevar a cabo hasta el final la idea expresada por los sindicalistas, ¿cómo podríamos organizar la lucha de los trabajadores? Sería completamente imposible.

En el mejor de los casos, se habría dispersado el poder del proletariado mediante acciones paralelas y descoordinadas, en lugar de tratarse de un golpe concentrado en un solo lugar. La idea de que cuando empezamos a hablar y alguien más también quiere hablar, entonces es permisible coordinar las nuestras, es infantil e ingenua. Esta política, que se aplica caso por caso, es totalmente

errónea. Nos aleja de nuestro objetivo, dificulta la lucha de clases, demuestra que en la mente de muchos sindicalistas hay muchos prejuicios que ni la revolución ni la guerra mundial pudieron desalojar. ¿Qué otras conmociones necesitáis si ni la guerra mundial ni la revolución os curaron? ¿Qué otros acontecimientos son necesarios para que adoptéis el punto de vista correcto?

Pienso, camaradas, que la vida en el futuro y en los próximos años de lucha curarán a los camaradas de estos últimos prejuicios, y en la práctica de la lucha cotidiana, en los enfrentamientos con la burguesía, verán que la burguesía es mil veces más inteligente que sus teóricos. Preguntadle a cualquier burgués si ellos llevan a cabo tales discusiones, si tratan tales cuestiones. y os mirarán como si estuvierais locos y tendrá toda la razón, porque la burguesía es perfectamente consciente de sus intereses de clase. Toda organización burguesa que apoya el orden burgués con sus métodos y medios es una bendición para el sistema burgués, y la burguesía no reconoce ninguna abstracción metafísica ni teorías sin vida en el ámbito de la lucha contra el proletariado, porque no separa la política de la economía.

Ahora dos ejemplos más de cuán incorrectamente los camaradas abordan las cuestiones de las relaciones entre la Internacional Comunista y la Internacional Sindical. Tengo ante mí la declaración del Comité de Sindicalistas Revolucionarios, publicada en *L'Humanité* el 21 de mayo. En esta declaración hay una cláusula que comienza con las siguientes palabras: "El Comité de Sindicalistas Revolucionarios proclama incondicionalmente la completa independencia y autonomía del sindicalismo revolucionario francés." Y luego, cuando la declaración trata de definir cómo establecer las relaciones con el Partido Comunista, dice lo siguiente: "El Comité de Sindicalistas Revolucionarios no descuida el posible apoyo que los partidos políticos revolucionarios, cuyo peso específico y fuerza son ahora bastante significativos, pueden brindar en el momento actual, e igualmente la influencia significativa que se está extendiendo "¡Esto es lo que creen diversos

grupos intelectuales, esforzándose por conducir a la humanidad hacia una ideología más perfecta!.."

¿Qué es esto? Son los mismos idiotas sindicalistas que oponen constantemente la política a la economía y con ello dividen y fragmentan los cuerpos obreros en dos partes, entregándolos a los golpes de la burguesía y debilitándolos. En *L'Humanité* del 27 de junio encontré un artículo curioso del camarada Verdier, bajo el siguiente texto:

¿En qué consiste esa libertad del sindicalismo? Ya que se habla de libertad, entonces, obviamente, el peligro viene de algún tipo de potencias imperialistas depredadoras. Tales potencias imperialistas, según el significado de la teoría de la independencia, son, por una parte, la "Internacional Comunista", y, por otra, el "Partido Comunista". ¿Cuáles son las aspiraciones imperialistas criminales de estas potencias? Se reducen al deseo de que todas las organizaciones obreras estén imbuidas del espíritu comunista, que sean verdaderamente organizaciones de la clase obrera. Éste es todo el carácter depredador e imperialista del crimen de estas organizaciones desde el punto de vista de los sindicalistas.

El camarada Verdier escribe que el delegado francés recibió un mandato imperativo con el siguiente contenido:

1. Apoyar la exigencia de que el Congreso de la Internacional Sindical Roja, que se reúne ahora, sea y continúe siendo independiente de la Internacional Comunista
2. Que reconozca la independencia y autonomía del movimiento obrero y sindical en cada país, y en particular que se reconozca como inviolable la autonomía del sindicalismo francés, cuyas formas y principios sirven de punto de partida a la revolución social venidera
3. Que se elimine del Estatuto propuesto la cláusula relativa a la representación mutua de ambas Internacionales: Comunista y Sindical, realizada por sus respectivos órganos ejecutivos.

El último punto de este mandato imperativo es: "Cualesquiera que sean las decisiones del Congreso, la delegación francesa no debe acceder a

ellos; les corresponde tomar nota de estas decisiones e informarlas al Comité Central, que pondrá la cuestión a discusión en todas las organizaciones. El Congreso Especial decidirá posteriormente si se adhiere o no".

Si se dio tal mandato, y obviamente se dio, pues lo sé, entonces nunca he visto un mandato más absurdo en mi vida. Si envías una delegación autorizada, no puedes decirle: "¡Camaradas, no importa lo que se haya adoptado, no se atrevan a unirse!" Al parecer, se considera que esta delegación no es lo suficientemente madura y no se confía en su valoración de los acontecimientos. Al fin y al cabo, no se puede decir a una delegación de 11 personas enviada al Congreso de Representantes de los Sindicatos Revolucionarios: "¡No firmen, regresen, no importa qué decisiones se tomen allí!" No se trata solamente de una falta de confianza en el Congreso, sino también de una falta de confianza en los propios camaradas, que evidentemente fueron enviados al Congreso con un fin más relevante y con el temor de que, habiéndose reunido con otros camaradas aquí, habiendo evaluado todo lo que está sucediendo aquí, tal vez podrían sumarse a decisiones razonables que no coincidan con la notoria "independencia" francesa.

Continúo. Los sindicalistas escriben a menudo sobre la necesidad de respetar la libertad del movimiento sindicalista en cada país. No entiendo este punto de vista ni tampoco el enfoque del tema en sí. Nosotros, por supuesto, entendemos la psicología de nuestros camaradas franceses. Entendemos las diferentes situaciones sociales de los diferentes países, entendemos los fundamentos de esta psicología, entendemos todo esto, así como cualquier médico puede entender cualquier enfermedad. Pero precisamente porque entendemos esta enfermedad, no queremos en absoluto proclamar esta anomalía como un fenómeno normal para el movimiento obrero. Creemos que esto es una reliquia dolorosa de lo viejo, porque si se toma a la clase obrera en su conjunto, entonces toda su energía revolucionaria debe encontrar formas y expresiones organizativas. Nuestro ideal será la creación de una Internacional única, que sería una organización común para

todo el movimiento político, sindical y cooperativo de la clase obrera, para reunir en un solo puño, en una sola organización, toda la energía revolucionaria de la clase obrera y su lucha contra la burguesía internacional. Éste es nuestro ideal. Por supuesto, hay una serie de etapas y formas de transición. En cada país esto ocurrirá a su manera, pero en principio será igual para todos los países. El error fundamental de nuestros camaradas es el siguiente: no ven claramente que la Internacional Comunista es el peor enemigo del sistema capitalista. Esta falta de comprensión demuestra que estos camaradas no han aprendido nada en los últimos 10 años. Mientras tanto, basta observar la situación social en su conjunto para comprender la enorme importancia que tiene la Internacional Comunista. Debemos finalmente, camaradas, abandonar la absurda teoría de la independencia del comunismo. Obsérvese que respecto a esta teoría la prensa burguesa escribe que es muy buena y toda la prensa burguesa defiende este punto de vista. Aquellos camaradas que no comprenden esta cuestión son un freno para la revolución social y no un elemento para su progreso.

Las dos Internacionales (Aclaración amistosa para los sindicalistas franceses)

Los trabajos del I Congreso de Sindicatos Revolucionarios tuvieron una respuesta muy tormentosa y ruidosa en toda Europa. No hay un solo periódico que no responda a nuestras decisiones. El Congreso no había terminado aún sus trabajos, apenas había adoptado la primera resolución, cuando ya había comenzado una acalorada controversia en torno a la cuestión de los sindicatos y la Internacional Comunista. Es de destacar que nuestros amigos, los sindicalistas revolucionarios franceses, que habitualmente se tomaban las cosas más en serio, esta vez sucumbieron a la exageración general y, en lugar de esperar a los resultados finales de los trabajos del congreso, familiarizarse con el curso de los debates, con el estado de ánimo del congreso, con las diversas tendencias que luchaban en él y con los esfuerzos que las diversas direcciones estaban haciendo para encontrar una línea común, en lugar de todo esto, sin mirar hacia atrás, inmediatamente hicieron saltar las alarmas. Antes de que apareciera en el extranjero la resolución sobre los intentos mutuos de las dos Internacionales, los sindicalistas franceses, o más precisamente, el Comité Central de los Sindicalistas Revolucionarios, aprobó una resolución muy extensa en la que defendía ardientemente la independencia de los sindicatos frente a los intentos maliciosos; no reconocía las decisiones del Congreso Internacional de Sindicatos y exigía la convocatoria inmediata de un nuevo congreso. En resumen, el Comité Central de los Sindicalistas Revolucionarios actuó en el papel de defensor profesional del sindicalismo, considerando al parecer que los intereses del sindicalismo y los intereses de la revolución están en peligro.

Los sindicalistas revolucionarios dieron la voz de alarma, perdiendo de vista que el “asesinato” se llevó a cabo en el mismo momento que tuvo lugar la participación de sindicalistas de otros países, que los oradores en este tema fueron Rosmer y Tom Money,

que la resolución fue firmada por sindicalistas de España, etc. A pesar de esto, ellos, considerándose los únicos portadores y defensores del sindicalismo, no agradaron a los reformistas, por un lado, y a la prensa burguesa, por otro. Este triste incidente y la prisa con la que camaradas como Monmousseau y Monatte tomaron la pluma para defender la “vida y existencia” de los sindicatos, crea la impresión de que los camaradas simplemente aprovecharon la oportunidad para distanciarse de la Profintern y permanecer en un espléndido aislamiento. Hay que decir que, en general, toda la argumentación que se discutirá a continuación produce una impresión extremadamente extraña, como si en todo el mundo, en el movimiento sindical revolucionario mundial, no hubiera más que sindicalistas, y que además sólo fueran franceses. Este punto de vista, cuando menos peculiar, resulta francamente sorprendente cuando se da en personas tan serias como el camarada Monatte. En general, nuestros camaradas tienen una idea bastante inesperada sobre las tareas del congreso. Evidentemente, se imaginan que el Congreso se convoca para, después de cantar juntos la Internacional, volver a casa habiendo adoptado resoluciones que no obligan a nadie a nada, porque en todas sus decisiones se evidencia una misma idea: nosotros, los sindicalistas franceses, no permitiremos que nadie se inmiscuya en nuestros asuntos.

Si adoptamos el punto de vista de nuestros camaradas franceses, entonces el Congreso no puede tomar ninguna decisión vinculante, porque cada país puede decir: “Estamos solos”. El Congreso toma decisiones, pero estas decisiones no son vinculantes para un país determinado, y cada país decide la cuestión de acuerdo con sus características nacionales y los intereses de sus organizaciones. Si adoptáramos un punto de vista tan limitado a nivel nacional, no seríamos, en primer lugar, internacionalistas y, en segundo lugar, no seríamos revolucionarios. En efecto, ¿por qué convocamos congresos? Obviamente, nos basamos en la experiencia de todos los países, la experiencia positiva y negativa, habiendo estudiado la situación de la lucha y habiéndonos familiarizado con lo que se está haciendo en todo el mundo, sacando conclusiones que sean

vinculantes para todos los participantes. Cada vez que un grupo declara que las decisiones del congreso no son vinculantes para él, sólo podemos encogernos de hombros y decir: ¿Por qué participas en el Congreso? ¿Para que cada país haga lo que ya hacía antes? Entonces no habría necesidad de unirse, de quitarle tiempo a los demás, de hacer todo este recorrido.

Tomemos algunos ejemplos de las resoluciones del congreso. En el congreso se debatió la cuestión de los viejos sindicatos reformistas: ¿debemos abandonarlos o debemos conquistarlos? ¿Debemos destruir los sindicatos o debemos atraer a nuestro lado a las masas organizadas en ellos? La gran mayoría del congreso, incluido el francés, se manifestó en contra de la consigna de destruir los sindicatos y a favor de la de ganar los sindicatos. Hubo dos o tres representantes de sindicatos alemanes que se manifestaron categóricamente contra las decisiones del congreso y también exigieron libertad de acción para ellos mismos. “Ustedes, dicen, hacen lo que deciden otros países, pero nosotros, aquí en Alemania, seguiremos predicando la destrucción de los sindicatos”. Si el congreso hubiera adoptado el punto de vista de los sindicalistas franceses, habría dicho: “Está bien, hagan lo que quieran”. Es poco probable que los camaradas franceses, incluso si Monatte y Monmousseau hubieran estado en el Congreso, hubieran adoptado una posición tan extraña; digan que basándose en la experiencia francesa, es necesario llevar a cabo no la consigna de destrucción, sino la de ganar alianzas.

Segundo ejemplo. El Congreso lanzó la consigna de organizar sindicatos para la producción. No dudamos ni un instante de que habrá camaradas que digan que esta consigna no es aplicable en todas partes, que los sindicatos puramente corporativos también tienen su lado bueno, etc. Se pueden encontrar a menudo partidarios de tales puntos de vista, sobre todo en los países anglosajones y en algunas industrias atrasadas de Francia. Bueno, ¿deberíamos también dar libertad de acción en este sentido y decir: “Muy bien, si piensan que las organizaciones obreras son inaceptables para ustedes, entonces construyan sus organizaciones

como quieran, el Congreso no interferirá y dejará que cada país haga lo que quiera”

Tercer ejemplo. El Congreso adoptó un programa de acción concreto y planteó como una de las tareas más importantes la cuestión del control obrero. ¿Tiene usted alguna propuesta especial al respecto? Si la organización nacional y los militantes dicen que en general creen que hay que darle libertad de acción al control obrero, ¿entonces la consigna del control obrero en sí misma es inaceptable? ¿Cómo podría responder el Congreso a esto? ¿Es que realmente sólo tenemos una unificación voluntaria, no obligatoria, y una sumisión voluntaria a la disciplina, y que el Congreso no tiene medios vinculantes a su disposición para implementar sus decisiones en relación con las organizaciones obreras, y por lo tanto deja que cada uno haga lo que quiera?

Cuarto ejemplo. El Congreso decidió que era necesario luchar contra la organización de sindicatos a nivel nacional. En Checoslovaquia existen, como es sabido, uniones judías y alemanas, en Polonia uniones judías y polacas, en América uniones raciales, uniones de blancos y negros. Es necesario, dijo el Congreso, librar una lucha en todas partes contra los sindicatos nacionales por sindicatos de clase unidos. Sé que los camaradas franceses dirán: “Bueno. Por supuesto, no hace falta decirlo: ¿qué otros sindicatos nacionales podrían existir sino?” Aunque esto es “evidente” para los camaradas franceses, para algunos obreros polacos y checoslovacos todavía está lejos de serlo, y probablemente algunos de ellos vean en nuestras decisiones “la imposición de su punto de vista” y exijan “autonomía” para sí mismos para seguir existiendo como organizaciones nacionales. Es poco probable que alguno de los camaradas franceses se pronuncie a favor de dicha autonomía. Cualquiera de ellos consideraría la formulación misma de la cuestión ofensiva para el Congreso de Sindicatos Revolucionarios y diría que aquellos trabajadores que no comprenden la necesidad de unir sindicatos sobre una base de clase, y no sobre una base nacional o racial, aún no han madurado lo suficiente para pertenecer a la Internacional Sindical Roja. Sin embargo, si el Congreso hubiera

adoptado este punto de vista, ¿sería esto una interferencia en los asuntos internos de nuestros compañeros checoslovacos, trabajadores polacos y judíos, etc.? Probablemente lo hubiera sido.

No quiero dar otros ejemplos sobre los que es necesario tomar decisiones vinculantes para todos. Que los camaradas sindicalistas franceses lean atentamente todas las resoluciones del I Congreso de Sindicatos Revolucionarios, y no sólo que las lean, sino que las estudien atentamente, y verán cuánta injerencia hay en los asuntos de los sindicatos de los diferentes países. Sí no hubiera habido tal intervención, entonces no habría habido necesidad alguna de convocar el Congreso y crear la Internacional. Pero nos dirán: “Perdón, esto no es todo. Una cosa es intervenir en la cuestión de los sindicatos nacionales, en la cuestión de la destrucción o conquista de los sindicatos, etc., y otra cosa es la cuestión de si los sindicatos revolucionarios deben coordinar sus acciones con los partidos comunistas dentro de cualquier país”. Aquí nos dirán que hay una profunda diferencia de fondo, y si en el primer caso se puede permitir una interferencia, en ningún caso se puede permitir en el segundo. Este razonamiento también es incorrecto. Si la intervención del Congreso es permisible en diez casos, debe ser permisible en un undécimo, sin importar cuál sea esa undécima cuestión. Sería fantástico que el Congreso pudiera expresar su punto de vista sobre todos los temas, pudiera recomendar una u otra línea obligatoria, pero no en la cuestión de las relaciones con el socio comunista. ¿Por qué? Porque, como veis, los sindicalistas revolucionarios tienen su propio punto de vista especial sobre este tema. Pero la Internacional no está formada sólo por sindicalistas revolucionarios: también hay comunistas, anarquistas y simplemente obreros revolucionarios, es decir, todos los elementos de izquierda del movimiento sindical y, por lo tanto, un punto de vista sobre la intervención que reivindica la inviolabilidad especial del sindicalismo revolucionario es profundamente incorrecto y falso. Por tanto, hagan lo que quieran, tomen decisiones sobre todo tipo de cuestiones, pero sobre la cuestión de si los sindicatos revolucionarios deben coordinar sus acciones con el Partido

Comunista, si es necesario establecer relaciones con la Internacional Comunista, el comité internacional no ha tomado decisiones ni propuestas vinculantes sobre esta cuestión. Así pues, vemos que, en el fondo, todos estos argumentos son profundamente incorrectos, son fundamentalmente insostenibles y de ninguna manera pueden obligarnos a apoyar a los combatientes que han adoptado una posición completamente falsa en este asunto. Ahora bien, en cuanto a la esencia de la cuestión misma sobre la Internacional Comunista, la Internacional Roja y lo que escribieron, por desgracia, camaradas sindicalistas, os echáis las manos a la cabeza y os preguntáis: ¿han sido realmente en vano los últimos años de guerra y revolución para estos camaradas? ¿Realmente no ha cambiado nada en el mundo en los últimos 10-15 años? El mundo entero está conmocionado. Los viejos monarcas han caído. Se ha producido una revolución social en una parte del planeta. La vieja Internacional ha sido destrozada, la Internacional de Ámsterdam se está desintegrando. Se fundó la Tercera Internacional Comunista y nació la Internacional Revolucionaria de Sindicatos. Parece como si durante este tiempo hubieran surgido muchos elementos nuevos, y sin embargo, si escuchamos a nuestros camaradas sindicalistas, todos estos cambios no violan en modo alguno la teoría armoniosa que crearon en 1906 en Amiens sobre la cuestión de la independencia de los sindicatos en relación con el partido socialista. Todo ha cambiado, excepto la Carta de Amiens, y lo más curioso de toda esta historia es que el comunista-sindicalista Verdier se aferra a un extremo de la Carta, mientras que el otro lo sostiene también Jouhaux y toda la prensa hostil al comunismo y al sindicalismo revolucionario. Además del mero hecho de que Zhuo pueda aferrarse a esta Carta, también está el hecho de que toda la prensa francesa simpatice claramente con la independencia del sindicalismo francés, sin haber hecho esto reflexionar a nuestros camaradas franceses. La burguesía tiene muy buen olfato, el instinto de clase de los periodistas burgueses les dice siempre cuál es el punto más débil al que hay que aferrarse, y si toda la prensa burguesa, criticando a la Internacional Comunista y la resolución

adoptada por el Congreso de la Internacional simpatiza claramente con la teoría de la independencia del sindicalismo francés, entonces esto es razón suficiente para una consideración muy, muy seria tanto de la teoría de la independencia misma como de los discursos que nuestros amigos pronunciaron en el calor del momento inmediatamente después de la publicación de la resolución adoptada en la prensa francesa.

¿De qué independencia y de qué autonomía estamos hablando? ¿Por qué Monatte, Monmousseau y otros camaradas demostraron con tanta pasión que no había garantía de que el Partido Comunista fuera revolucionario? Es bastante difícil dar una garantía de vocación revolucionaria a futuro. Cuando la Confederación General del Trabajo adoptó en 1906 la Carta en Amiens y las resoluciones revolucionarias contra la guerra en sus congresos de Marsella, Le Havre y París, ¿qué garantía tenían de que no se pondría del lado de la burguesía? Y, a pesar de estas resoluciones, ¿no se pasó la Confederación General del Trabajo al lado del gobierno el 2 de agosto de 1914, “con armas y presupuestos”? En este sentido, los sindicalistas revolucionarios hicieron lo mismo que los socialistas. No es necesario, pues, hacer conjeturas sobre el futuro. Es necesario, a través del trabajo revolucionario y la elevación de la conciencia de las masas, crear condiciones en el presente bajo las cuales la traición sea imposible. Necesitamos mirar el presente y abordar el tema de manera práctica. En la práctica, de la siguiente manera: ¿los sindicalistas revolucionarios se proponen como meta el comunismo, al que tienden mediante la revolución social y la dictadura del proletariado? Si se fijan semejante objetivo, si creen que este objetivo debe realizarse en un futuro próximo, que la época que vivimos es revolucionaria, entonces cabe plantearse otra pregunta: ¿existen otras organizaciones en el territorio de este país que se fijan los mismos objetivos, que en su trabajo diario, en sus actividades, en su práctica nos acerquen a esta revolución? Si lo hay, entonces sería un crimen no coordinarse y acordar sus acciones, no crear un bloque para acciones conjuntas. Sería un desperdicio criminal de nuestra fuerza y de la energía revolucionaria de la clase

obrero si no hiciéramos esto. Pregunto a los sindicalistas de Francia: ¿qué hacen las organizaciones empresariales de Francia, los fabricantes de metales, los fabricantes de textiles, los fabricantes de productos químicos, productos, automóviles, etc., ¿separan la política de la economía? Que intervengan en sus economías o no eso queda en manos de los trabajadores. Las asociaciones políticas y económicas son expresiones organizativas de la energía de una determinada organización; cualquier movimiento en la lucha debe crear ambos tipos de organizaciones, y cuanto más fuerte sea la conexión entre sus organizaciones políticas y económicas, cuanto más estable y constante sea esta conexión, mayores serán las posibilidades de derrotar a sus enemigos de clase.

Los sindicalistas franceses suelen decir: “Nuestro Partido Comunista aún no es revolucionario”. Admitamos que el Partido Comunista Francés no representa el ideal de la revolución. ¿Y qué pasa con los sindicalistas revolucionarios? ¿Son ya un ideal en el sentido de mantener los pies firmes, en el sentido de la táctica, en el sentido de su actividad práctica? ¿Son los sindicalistas revolucionarios libres de pecado, sin defectos, o qué? Probablemente también tengan bastantes defectos. Si el partido no es suficientemente revolucionario, hay que revolucionarlo. Al fin y al cabo, un acuerdo con el partido no debe producirse sobre la base de la pasividad, ni sobre la base de la inacción, sino sobre la base de acciones y actuaciones revolucionarias activas. ¿Qué consideraciones podrían existir contra la celebración de tales acuerdos? ¿Qué dice la resolución del I Congreso Internacional de Sindicatos Revolucionarios? Sobre la necesidad de concertar acuerdos para la lucha revolucionaria y coordinar las acciones defensivas y ofensivas de los sindicatos revolucionarios y del Partido Comunista. Después de todo, el Congreso no habló de fusionar el partido con los sindicatos. El Congreso no habló de la subordinación mecánica de los sindicatos al partido. El Congreso dijo que, en vista de la situación internacional extremadamente aguda y crítica, en vista del alto nivel de organización de la burguesía, su alto nivel de cohesión y conciencia es necesario coordinar acciones, fusionar

orgánicamente la lucha, reunir toda la energía revolucionaria para que no se disperse en conversaciones vacías e infructuosas. ¿Qué pueden objetar esencialmente los sindicalistas revolucionarios a esto? Sólo pueden referirse a la Carta de Amiens, que preveía todo para siempre.

Si el objetivo que tienen ante ustedes y ante el partido es uno solo, si ustedes, junto con el partido, creen que vivimos un tiempo de revolución, que sólo el despliegue extremo de las fuerzas revolucionarias puede darnos la victoria, entonces ¿por qué los gritos desquiciados sobre la independencia? Sería comprensible si consideraseis errónea la línea del comunismo, si propusierais su propia práctica. Si no estáis planteando esto, decidme ¿cuál es el problema? Explicad entonces en términos prácticos qué es lo que separa a los sindicatos, en su lucha por la revolución social y la dictadura del proletariado, del partido. Por supuesto, los sindicatos tienen sus propias características, sus propias formas, sus propios métodos de lucha, sus propias maneras de influir en las masas. Entre ellos se incluyen personas de diversas convicciones, partidistas o no, mientras que el partido incluye a personas con ideas afines. Pero ésta es una verdad básica. No podemos reproducir el conocimiento más elemental durante 20 años. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo sabe, y para ello no hay necesidad ahora de remitirse a las resoluciones del Congreso de Amiens para proclamar, como un nuevo descubrimiento, que la Confederación General del Trabajo reúne a todos los trabajadores, cualesquiera que sean sus convicciones políticas. En cualquier caso, no es necesario citar ahora este descubrimiento en relación con las decisiones del I Congreso Internacional de Sindicatos. Si ahora se utiliza como argumento este antiguo descubrimiento, es evidente que tiene otro sentido, otro trasfondo, otro contenido. ¿Cuál es el punto aquí? ¿Qué métodos queréis utilizar para luchar? ¿Qué tienen que decir los sindicalistas revolucionarios de Francia contra el programa de acción adoptado por el Primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios? ¿Qué se pone en duda de la resolución que hemos adoptado sobre la cuestión organizativa? ¿A qué os ponéis esencialmente en relación con la

resolución que hemos adoptado sobre el control obrero y, en general, cuáles son sus objeciones fundamentales y prácticas a todas las decisiones que hemos adoptado? Ni siquiera lo pensasteis los que considerasteis que era completamente suficiente, partiendo de la base de que una resolución no coincide con el punto de vista de los sindicalistas revolucionarios, declarando que no se unen a la Internacional Sindical Roja.

Cuando leo artículos extensos sobre la independencia y la belleza del sindicalismo francés, recuerdo la larga historia del sindicalismo francés. Yo me pregunto si no creen que es necesario, en lugar de una teoría general y sin sentido sobre la independencia, presentar una propuesta práctica y decir: “Estamos de acuerdo en trabajar juntos en este tema, estamos de acuerdo en coordinar el contenido del asunto en este tema, pero no en otros, porque no estamos de acuerdo en la esencia”. ¿Han probado a hacer esto? ¿El Primer Congreso de los Sindicatos Revolucionarios adoptó una resolución que os obliga a participar en la lucha parlamentaria si estáis, digamos, en contra del parlamentarismo? No. El Congreso no adoptó el punto de vista antiparlamentario, pero el Congreso no abordó esta cuestión en absoluto. Se consideró que había cosas más importantes. Ahora la situación es muy complicada y hay preguntas más serias. Está claro que, ante los acontecimientos que estamos viviendo, esta cuestión es en todo caso secundaria. Leí todos los artículos que se escribieron sobre la cuestión de la independencia, las ardientes objeciones a la resolución que adoptamos, pero, desgraciadamente, no encontré un solo argumento serio. Mucha pasión, mucho corazón y llama, pero muy poca lógica. ¿Puede haber una Internacional Sindical sin cooperar con la Internacional Comunista? Lo diré de otra manera: ¿debería existir una Internacional así? Una Internacional así no puede ni debe existir, porque la Internacional Sindical no es una Internacional que se ocupe exclusivamente de cuestiones de salarios, de mejora de las condiciones de trabajo, etc. Si creáramos una Internacional así, quizá podría quedar al margen de cualquier cooperación con la Internacional Comunista. Pero no creo que los sindicalistas

consideraran posible unirse a la Internacional corporativa. Pero si vuestra Internacional se plantea como tarea el derrocamiento del capitalismo, la tarea de la revolución social, el establecimiento de la dictadura del proletariado y, en general, una lucha activa a escala internacional y nacional, ¿cómo podría esa Internacional no entrelazar su trabajo con la Internacional Comunista? Es poco probable que los camaradas sindicalistas puedan negar que la Internacional Comunista se proponga las mismas tareas. Es poco probable que nieguen a la Internacional Comunista su naturaleza revolucionaria. Por lo menos, el odio de la burguesía mundial hacia la Tercera Internacional demuestra que se ha ganado su odio y que es el enemigo más peligroso del sistema moderno. Si es así, ¿cómo se puede siquiera plantear una existencia tan separada desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera? Todo esto sucede porque los sindicalistas siempre dividen la lucha de la clase obrera, separan la economía de la política. Para ellos la política es sólo una lucha parlamentaria y discursos parlamentarios.

No obstante, la política consiste en oponer una clase a otra. Determinar la línea, las condiciones de la lucha de una clase contra otra, oponer una clase a otra en la actividad cotidiana y en la lucha por captar los lados débiles y fuertes de la clase oprimida para organizarla y moverla contra la clase explotadora. Todo esto es política. Así pues, la política abarca todos los métodos de lucha. Toda gran huelga económica, todo gran conflicto económico siempre va más allá del estrecho marco económico, porque pone a los trabajadores en conflicto con un empresario individual o colectivo. En último lugar lo pone en conflicto con el Estado, es decir, con la expresión política de los intereses de las clases dominantes. Por lo tanto, la constante oposición de la política a la economía, la relegación del partido político y de la Internacional Comunista a un segundo plano, la mezcla de la política con el politicismo, todo esto atestigua una profunda incomprensión de la esencia de la lucha política y, además, una incomprensión del papel revolucionario de la Internacional Comunista, del Partido Comunista. Debido a la desconfianza existente hacia los viejos

partidos socialistas, debido a la traición de varios tipos de socialistas en el pasado y debido a la gran cantidad de traición por parte de personas que se llaman sindicalistas revolucionarios, no podemos partir de esto al definir las tareas que enfrentamos, porque de lo contrario los viejos recuerdos obstaculizarían nuestra tarea a día de hoy. Y en algunas fórmulas teóricas de los compañeros sindicalistas, lo viejo se apodera de lo nuevo.

La Internacional Comunista no es sólo una unión de partidos y agrupaciones políticas que se dedican exclusivamente a la lucha parlamentaria; la Internacional Comunista es, en esencia, una organización que encarna todas las formas y tipos de lucha. Si, en la fase actual de desarrollo del movimiento obrero en algunos países, los sindicatos son hostiles a los partidos comunistas o les son ajenos, unos por razones reformistas y otros por razones anarquistas, si la lucha política y económica se divide en dos partes, entonces esto sólo hace el juego a nuestros enemigos de clase y esto, en cualquier caso, no es deseable. No se puede proceder en esta materia sólo desde el punto de vista de Francia, desde el punto de vista de los países latinos. Tomemos toda una serie de países y veremos que allí la lucha política y la lucha económica, las organizaciones políticas y económicas están estrechamente conectadas entre sí, y están entrelazadas tanto en los países con organizaciones reformistas como en los países con organizaciones revolucionarias. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el Partido Laborista de Inglaterra está compuesto directamente por sindicatos. Es difícil decir dónde termina la política y empieza la economía. El propio Partido Laborista, reformista en su esencia, refleja con bastante precisión el estado reformista de los sindicatos. Tomemos los sindicatos y el Partido Socialista en Bélgica, los sindicatos y el Partido Comunista en Checoslovaquia, el Partido Socialista en Italia y la Confederación General del Trabajo, el partido y los sindicatos en Noruega y los de varios otros países, y veremos que tenemos todo tipo de relaciones, desde conexiones orgánicas, donde se pierde toda idea de dónde empieza el partido y dónde termina el sindicato. ¿Es la situación de existencia separada entre

partidos comunistas y sindicatos el ideal del movimiento obrero? ¿Es realmente cierto que el movimiento obrero, que crea orgánicamente sindicatos y partidos obreros, debe perpetuar este estado dual? Si escuchamos a los sindicalistas revolucionarios, para ellos sólo el sindicato es la base, la esencia de la organización obrera, la quintaesencia de la clase obrera, el instrumento de la revolución y el instrumento de su construcción ulterior, y el partido es sólo una especie de malentendido. Los partidos surgen por voluntad siniestra de la intelectualidad; son un depósito de toda clase de elementos desclasados y sólo sirven para engañar a la clase obrera.

Esta idea vulgar e ingenua de un partido para la clase obrera es verdaderamente ridícula. ¿Qué es un partido político? Es un órgano de la lucha de clases. Las diversas capas de la clase obrera, las diversas capas de la burguesía, todas estas capas encuentran su expresión en agrupaciones políticas. Pensar que los partidos son una mezcla, un apéndice o, en general, por así decirlo, un elemento accidental en la lucha social, significa tener una idea extremadamente primitiva del curso de la lucha de clases, del curso del movimiento revolucionario y de las armas que la clase obrera crea para la victoria sobre su enemigo de clase. El Partido Comunista es un producto del desarrollo orgánico de la clase obrera; es la encarnación de la energía de las masas trabajadoras en la persona de sus elementos avanzados. Si en el Partido Comunista hay un cierto número de personas de otras clases, eso no significa que el partido sea burgués. Después de todo, la pureza proletaria de la Confederación General del Trabajo de Francia no le impidió seguir una política burguesa y vivir en una unión incestuosa con todos los ministerios burgueses de Francia. Liebknecht, Rosa Luxemburg y Lenin no son obreros, pero es poco probable que la agrupación anarcosindicalista más ortodoxa de Francia no prefiera a estos no obreros antes que a otros como Jouh, Gompers, Merrheim, Fimmen y Epiltons. En la lucha de clases, los elementos individuales, los más sensibles, se separan de la clase opresora y pasan al lado de la clase oprimida. Esto es especialmente notable en la época prerrevolucionaria y revolucionaria. Vienen de las profundidades de

otra clase, pero a menudo son los mejores portadores de la identidad de la clase trabajadora. Esto fue lo que ocurrió durante la Revolución Francesa cuando muchas personas de la nobleza estaban a la cabeza de la revolución burguesa. Esto fue lo que ocurrió durante todo el siglo XIX, cuando muchos dirigentes destacados de la clase obrera llegaron al movimiento obrero desde fuera. Por otra parte, vemos cómo trabajadores individuales se separan de su clase y llenan los sindicatos amarillos, los sindicatos cristianos, y muy a menudo sirven como instrumentos de opresión de sus hermanos de clase. No hay necesidad de ligar la tendencia de desarrollo del trabajador con el estado actual de sus organizaciones, no toda organización obrera es portadora de ideales esclavistas. La clase obrera ha creado muchas organizaciones, pero sólo una parte de estas organizaciones está a la altura de las tareas de la clase obrera actual.

Cuando los sindicatos revolucionarios son los portadores de las ideas de la revolución social, de que sólo ellos se fijan objetivos comunistas y que por tanto la cooperación con el Partido Comunista es superflua, entonces abordan el asunto de forma completamente incorrecta. En efecto. ¿Qué representaba el sindicalismo francés y qué representa ahora? ¿Se puede decir que todos los obreros franceses que formaban parte de la Confederación General del Trabajo, incluso antes de la guerra, compartían el punto de vista de Monatte y Monmousseau? Por supuesto que no. En su interior había una minoría activa que, gracias a su conciencia de autosacrificio, fue promovida a la primera línea por la clase obrera de Francia. Bueno, ¿se trata acaso de un partido? Un partido es una asociación de personas con ideas afines, unidas por una comprensión común de las tareas y una táctica común. Así pues, en esencia, los sindicalistas revolucionarios constituían una especie de partido político. Es cierto que se trataba de un apartidismo del partido común: los sindicalistas se oponían a todos los partidos, incluso crearon una teoría del antipartidismo. Pero debemos juzgar a los sindicalistas no por sus palabras, sino por sus hechos. Si tomamos sus actividades en conjunto, debemos admitir que era un partido peculiar, cuyo

campo de actividad estaba dentro de los sindicatos, mientras que fuera de los sindicatos había un partido reformista, socialista. En la actitud celosa hacia la propia independencia y en el ruido que se levanta sobre este tema, se percibe un cierto miedo a la competencia. A los camaradas sindicalistas les parece que el Partido Comunista invadirá su esfera de competencia y que de esta manera un Partido Comunista desplazará a otro partido sindicalista, o más bien anarquista. De lo contrario, es imposible comprender el ruido que se ha generado ¿En dónde vieron los sindicalistas franceses un ataque a sus derechos sagrados? ¿Qué consideraron como una injerencia? ¿Influir en su trabajo y restringir su iniciativa revolucionaria? ¿En ese Congreso se tomó la decisión de coordinar junto a los comunistas todas sus acciones defensivas y ofensivas? Si nuestros camaradas sindicalistas hubieran prestado atención a las resoluciones adoptadas y hubieran estudiado no sólo una revolución, sino todas las resoluciones, habrían visto que nuestro congreso no tomó el punto de vista de un desplazamiento aleatorio o de una supresión y subordinación mecánica de tendencias individuales, que el Congreso trató todas las peculiaridades del movimiento obrero con extrema sensibilidad y cautela, las tuvo cuidadosamente en cuenta e identificó las cosas más esenciales que necesitaban ser esculpidas para determinar la línea general.

Tomemos de ejemplo la propia Francia y la lucha que allí se libra. Recientemente tuvimos una movilización para ocupar la cuenca del Ruhr. ¿La lucha contra las atrocidades que allí se dan es prerrogativa de los sindicalistas revolucionarios o debe el partido también luchar contra él? Las leyes de prensa restrictivas que se están introduciendo actualmente, toda la política económica de Francia, las conspiraciones de la Guardia Blanca, el continuo saqueo descarado de la riqueza nacional, las aventuras coloniales, la ayuda a la contrarrevolución, en pocas palabras, toda la política internacional e interior de la burguesía francesa, ¿debe encontrar resistencia sólo por parte de los sindicalistas o también por parte de los comunistas? ¿Es necesario tener un acuerdo permanente para evitar que las fuerzas se dispersen, o cada organización lo hará por

separado y se reunirá sólo durante las movilizaciones callejeras? Es evidente que los intereses de la lucha contra la burguesía exigen una preparación persistente de cada acción y una influencia sistemática sobre las clases dominantes concentrando todas las fuerzas revolucionarias disponibles. De la polémica surgida en torno a esta cuestión en Francia, parece que muchos camaradas comprenden la absoluta necesidad de una acción conjunta contra la burguesía. Pero si se necesitan acciones conjuntas, entonces hay que encontrar algún tipo de forma organizativa. ¿Cómo deben organizarse estas acciones conjuntas? ¿Qué formas organizativas prácticas deben crearse para esto? Esto se determina de acuerdo con las condiciones locales y la correlación de fuerzas en cada país. Si nuestros camaradas franceses no hubieran sido tan influenciables, no se habrían dejado intimidar por la nueva ofensiva que toda la prensa francesa, empezando por *Temps* y terminando por *Libertaire*, lanzó sobre nuestras decisiones. Hay que reconocer el mérito a los voceros del medio *Libertaire*. En esta cacofonía siempre eran ellos los que tomaban la nota más estridente. El resultado fue una conmovedora unidad: los desorientados y los demagogos de *Libertaire* de la mano de los renegados de *L'information Ouvrière et Sociales* se pronunciaron ante los alaridos de aprobación de la prensa amarilla francesa en defensa del sindicalismo francés frente a las lujurias imperialistas de Moscú. Pero dejemos de lado este espectáculo repugnante, esta coalición de anarquistas y renegados. Pasemos de largo esta crítica maliciosa y deshonestas, pues estos señores se pronuncian contra Moscú y las decisiones del Congreso, unos porque odian la revolución, otros porque sólo saben hablar de la revolución sin hacerla. Pasemos a esa parte del sindicalismo francés que, en estos últimos años, se ha dicho, ya se ha curado de las enfermedades infantiles del anarquismo. ¿Qué hacemos a este respecto? ¿Qué representan los C.S.R.²? Sobre esta cuestión apenas

² Lozovsky hace alusión a los Comités Sindicalistas Revolucionarios como corriente interna en la CGT promovida por miembros de la Comintern en 1919 ante el colaboracionismo de este sindicato con el gobierno francés tras el estallido de la Primera Guerra Mundial.

tenemos clarividencia. Lamentablemente, muy poca. Ante nosotros, como en una película, pasan diversas corrientes en el seno de la minoría de la Confederación Francesa del Trabajo, que siguen insistiendo unánimemente en la independencia absoluta del sindicalismo francés. El comunista Verdier, el sindicalista puro Monmousseau y los anarquistas confusos del *Libertaire*, todos ellos repiten desde hace dos meses lo mismo, y cuando los sindicalistas de otros países se dirigen a los sindicalistas franceses, invitándolos a permanecer en las filas de la Internacional Roja, los sindicalistas franceses vuelven a aprobar una resolución sobre el mismo tema, reafirmando en cuerpo y alma su independencia y autonomía. A este respecto, es muy significativa la resolución adoptada el 16 de agosto por el Comité Central del Sindicato Revolucionario. En respuesta al manifiesto de los sindicalistas españoles, ingleses e italianos, en el que llaman a los sindicalistas de todo el mundo a no romper el frente único revolucionario, a permanecer dentro de la Internacional Sindical Roja, el Buró Ejecutivo del Comité Central de los Sindicalistas Revolucionarios llevó a cabo la siguiente declaración:

Tras tomar nota del llamamiento dirigido a los sindicalistas franceses por una parte de delegados que están actualmente en Rusia, y por nuestro camarada Sirol, durante la sesión de la Profintern el jueves 11 de agosto, el Buró Ejecutivo del Comité Central de los Sindicalistas Revolucionarios reafirma su deseo de encontrar la posibilidad de llegar a un acuerdo con los camaradas de la Internacional Sindical Roja. El Buró Ejecutivo observa, sin embargo, que el movimiento sindical revolucionario de Francia, fiel a sus principios, a su carta fundadora y a la decisión del Congreso de Lille, podrá adherirse a la Internacional Sindical Roja en la medida en que ésta reconozca sin limitaciones la completa independencia y la autonomía absoluta del sindicalismo francés de la Internacional sindical, que debe ser totalmente independiente de sus acciones. El Buró Ejecutivo sigue convencido, sin embargo, de que esta posición, sostenida por importantes sectores sindicales europeos y americanos, será

finalmente adoptada por el Segundo Congreso Sindical Internacional, para cuya creación los sindicatos franceses exigirán a la ASL el regreso y la audiencia de su delegación, actualmente en Rusia. Para resolver esta cuestión tan urgente lo más rápidamente posible, el Buró Ejecutivo del Comité Central de los Sindicatos Revolucionarios invita a todos los delegados a regresar a Francia lo antes posible. En las circunstancias particularmente difíciles que atraviesa actualmente la revolución rusa, el Buró Ejecutivo considera necesario asegurar a nuestros camaradas rusos la ayuda del proletariado revolucionario francés, que hará todo lo que esté en sus manos al respecto, enviando ayuda del proletariado ruso para que pueda resistir los intentos represivos y criminales de los gobiernos capitalistas. El Buró Ejecutivo considera también necesario tomar nota y reafirmar su deseo de mantener unas estrechas relaciones con la recién creada Internacional Sindical Roja. Sin embargo, considera también necesario señalar que, en la situación actual, no puede designar a ningún funcionario del Buró Ejecutivo a este respecto. En consecuencia, sólo puede encargar a su Buró Ejecutivo que establezca un comité hasta que se pueda estudiar la cuestión de la unificación de los sindicalistas franceses con la Internacional Roja.

Esta declaración demuestra que la confusión, cuya fuente es *Libertaire*, se ha apoderado fuertemente del espíritu de nuestros camaradas. Vemos por enésima vez una reivindicación solemne de independencia completa y de autonomía absoluta, y por enésima vez nuestros camaradas sindicalistas no se han tomado la molestia de decirnos lo que esto significa, y sin embargo es hora, finalmente, de decirnos, y no con fórmulas abstractas, sino en propuestas muy concretas, lo que significa esta independencia absoluta. ¿Queréis hacer vosotros mismos una revolución social en Francia? Por favor, -¿Y quién no lo desea? ¿Queréis combatir a la burguesía? ¡Perfecto! Sin embargo, ¿la Internacional Sindical Roja se está interponiendo en vuestro camino? ¿Os impide la lucha contra los capitalistas? ¿Altera de algún modo vuestras ofensivas al capital? ¿No os permite

establecer la dictadura del proletariado a través de los sindicatos? Al fin y al cabo, basta plantear todas estas preguntas para ver cuán equivocadamente abordan los sindicalistas franceses las tareas que tienen actualmente ante sí. La Internacional Sindical Roja tiene derecho a recibir de vosotros una respuesta sobre cómo coarta vuestra lucha contra los capitalistas. ¿Existe siquiera una proposición? ¿Hubo siquiera una propuesta de nuestra parte que pudiera interpretarse en el sentido de retrasar o detener vuestra lucha contra el capital? ¿Afirmáis que la revolución social en Francia será llevada a cabo por los sindicatos y que la dictadura será llevada a cabo por ellos? Por favor, nos complacería presenciar esto, y cuanto antes mejor. Somos gente de acción y ponemos a prueba cada teoría con la práctica, y no encontraréis un solo revolucionario que no apoye con entusiasmo la lucha por establecer el poder obrero en Francia a través de sindicatos revolucionarios. Pero, camaradas, todavía debemos distinguir entre palabras y hechos. Vosotros exponéis constantemente vuestro credo a través de fórmulas abstractas, pero nosotros somos escépticos ante las viejas fórmulas y antes que la fe preferimos el conocimiento basado en la experiencia histórica, en la experiencia de todas las naciones. Y esta experiencia nos dice que sin la más estrecha alianza de lucha entre el Partido Comunista y los sindicatos revolucionarios, la victoria sobre la burguesía es imposible.

Esta declaración refleja el caduco ideal anarquista, y por eso nuestros camaradas, en lugar de permanecer dentro de la Internacional Roja de Sindicatos y defender allí su punto de vista, consideran necesario estar en “contacto” con la Internacional Roja, en “estrechas relaciones” (obviamente, enviando cartas corteses y sin sentido) y exigiendo la convocatoria de otro Congreso. Lo único que falta aquí es la idea, muy querida por los sindicalistas alemanes y los señores de *Libertaire*, de la necesidad de organizar este Congreso fuera de Rusia. La misma propuesta, como es sabido, nos la hicieron los dirigentes de la Asamblea General de la Confederación del Trabajo de Italia. ¡Es sorprendente cómo la llamada izquierda encuentra puntos en común con los reformistas!

En cuanto al XI Congreso, vamos a decepcionar a nuestros camaradas del Comité Central de los Sindicalistas Franceses. Según la carta, no se puede convocar antes de un año, pero no tenemos absolutamente nada contra el próximo Congreso, que, según la carta, debería convocarse en julio de 1922 y tener lugar en París. No dudamos ni un momento de que los voceros del *Libertaire*, especializados en desacreditar a la Rusia soviética y al proletariado ruso, podrán ofrecer a los obreros revolucionarios de todos los países, incluidos los obreros rusos, la posibilidad de reunirse en París. Estaremos muy contentos si durante el próximo año lográis preparar a vuestro gobierno para que no interfiera en la organización de congresos de sindicatos revolucionarios en el territorio de la Francia “libre y democrática”. Hasta ahora, como ustedes saben, ningún representante de los sindicatos rusos ha podido entrar al territorio del país de las cuatro revoluciones, cuyo gobierno se ha convertido en el guardián internacional de la propiedad y en el centro de la reacción mundial.

Así pues, el próximo congreso de la Internacional Sindical Roja tendrá lugar dentro de un año aproximadamente, y durante todo este año nuestros camaradas sindicalistas franceses estarán fuera de la Internacional Roja, por la razón, ya veis, de que ésta no les proporciona la suficiente independencia y autonomía, y durante todo este año los sindicalistas franceses, en lugar de examinar todas las resoluciones y objeciones serias, por ejemplo, contra el programa de acción, los estatutos, la resolución sobre la táctica, etc., nos presentarán todo el tiempo esta independencia y autonomía metafísicas, que nadie está invadiendo. Y que esto está siendo así se desprende del siguiente mensaje enviado por el Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja al Congreso de Lille:

El Consejo Central de la Internacional Roja de los Sindicatos envía sus saludos fraternales al Congreso de la Confederación General del Trabajo de Francia, reunido en Lille. El Consejo espera que de este Congreso surja el movimiento sindical libre capaz de actuar coordinadamente con las organizaciones revolucionarias en otros países,

encaminada a realizar la liberación del proletariado en el sistema comunista, que, habiendo roto decisivamente con la Internacional de Ámsterdam de cooperación de clases, se unirá a la Internacional Sindical Roja de Moscú, en la que se agrupan comunistas y sindicalistas de 42 países: España, Italia, Inglaterra, América, etc.

El congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja aprobó por una mayoría absoluta de votos que el Comité Ejecutivo de la Internacional fue más representativo de la Internacional Sindical Roja para lograr, sobre la base de la acción revolucionaria, una cooperación productiva y real entre ambas Internacionales. Una vez establecido este vínculo, el Congreso se mostró, sin embargo, ajeno a cualquier idea de intromisión en la autonomía de las organizaciones sindicales de los distintos países. En realidad, ni el Congreso de la Internacional Comunista, ni el Congreso de la Internacional Sindical Roja pretenden subordinar una Internacional a otra. La lucha entregada y consciente de la clase obrera ha desenmascarado y derribado a gobiernos burgueses y reformistas, que son los que pretendían inspirar a los obreros revolucionarios franceses la idea de que el Congreso de Moscú había decretado que el movimiento sindical debía subordinarse a la Comintern. Expresamos una vez más la esperanza de que los obreros revolucionarios franceses no caigan en la trampa que les tienden los gobernantes burgueses y sus fieles servidores, los reformistas, intentando asustarles con el supuesto peligro de la amenaza a la autonomía de los sindicatos.

Como la demagogia en torno a la resolución adoptada no cesaba, se intentó elaborar una fórmula común con aquella parte de los sindicalistas franceses que estaban en contra de la resolución adoptada por el Primer Congreso. Rápidamente se encontró un lenguaje común, como lo demuestra el siguiente documento:

Los abajo firmantes, habiendo examinado la cuestión de la controversia surgida en Francia a raíz de la resolución sobre las relaciones entre la Internacional Comunista y la

Profintern, consideran que la interpretación de esta resolución, adoptada por el Comité de Sindicalistas Revolucionarios, puede dañar la unidad del frente revolucionario, que guió a las delegaciones en el Congreso Fundacional de la Internacional del Sindical Rojo. La idea de la resolución era ponerse de acuerdo en la coordinación de las acciones revolucionarias dentro del desarrollo concreto de cada país. El Congreso no propuso una uniformidad con respecto a todos los países. Para los delegados era de suma importancia realizar una unidad de acción, cuyo procedimiento debía establecerse al detalle, precisamente debido a las peculiaridades del movimiento sindical de cada país. En ninguna de las resoluciones adoptadas se puede encontrar idea alguna sobre la subordinación del movimiento sindical al partido comunista, no obstante, en todos los apartados, se plantea la idea de la conquista de la unidad sindical mediante el impulso del comunismo. A cada país le corresponde determinar las formas de apoyo político a la lucha revolucionaria, con la condición, por supuesto, de que la base de las negociaciones entre sindicatos y partidos se base en consideraciones de cooperación internacional. El Congreso consideró necesario establecer formas de comunicación entre las dos Internacionales en términos de representación mutua, pero ni el Congreso Comunista ni el Congreso Sindical, al considerar esta cuestión, consideraron que la representación mutua estaría subordinada sobre uno u otro. En Francia los sindicalistas y los comunistas crearán una Comisión o Comité de Acción para acciones de avance o repliegue, que tendrá la capacidad de concentrar toda la energía revolucionaria y utilizar todo el poder de propaganda y agitación para alcanzar el fin común, y de este modo los sindicalistas actuarán así de acuerdo con las resoluciones del Congreso Constituyente de la Profintern.

Si en cualquier país se lleva a cabo otra forma de coordinación de fuerzas, ni la Comintern ni la Profintern se opondrán a ello, siempre que se garantice la unidad de acción. Éste es el sentido exacto de la resolución que provocó la oposición en Francia y de la reacción desmedida que ahora

instrumentaliza toda la prensa burguesa y reformistas. Pero hay también otras once resoluciones adoptadas por el Congreso, a saber: sobre la táctica, sobre el control obrero, sobre la cuestión organizativa, sobre el “programa de acción”, etc. Todas ellas tratan cuestiones que conciernen al movimiento sindical internacional. Se examinan los métodos de captación de los obreros, la cuestión de los comités de fábrica, las formas prácticas de control obrero, las tareas organizativas aplicables a todos los países, la lucha contra el principio de unicidad, la organización de sindicatos en las industrias, la cuestión del paro, el papel de la mujer en la producción y en los sindicatos, los sindicatos en las colonias y todas las demás tareas que están al orden del día en todos los países.

De todas las cuestiones que se trataron en el Congreso, se sacó una conclusión: los camaradas de todas las direcciones coincidieron en admitir que el 90% de las cuestiones tratadas, que pese a provocar un debate tan apasionado, fueron, sin embargo, adoptadas por unanimidad. Las diferencias, que se han vuelto tan agudas, se explican por la diversidad del movimiento internacional. No pueden ni deben ser un obstáculo para la unidad interna de la Profintern. Aquellos camaradas que no sólo plantean disputas, sino que también se convierten en una oposición irreconciliable, sin haberse familiarizado y sin haber estudiado cuidadosamente las decisiones del Congreso obstaculizan el libre desarrollo de la Internacional Sindical Roja y su lucha contra Ámsterdam y el oportunismo reformista en todo el movimiento sindical. Es necesario poner fin a la lucha fratricida. Los Comités Sindicalistas Revolucionarios enviaron una delegación para buscar un acuerdo con la Profintern sobre las formas de implementar las decisiones del Congreso Constituyente, y eligieron inmediatamente dos representantes para el Consejo Central, uno de los cuales ingresará al Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja.

En conclusión, acordamos que los estatutos adoptados por el Congreso Constituyente sean releídos atentamente y

publicados en *La Vie Ouvrière*, para que todos los trabajadores activos del movimiento sindical puedan convencerse de que la autonomía de los sindicatos no está subordinada a la INDEPENDENCIA.

Francia: Henri Sirol, Henri Godot Brecha, Víctor Labon, A. Poorep. B. Souvarine.

Rusia: G. Zinoviev, A. Lozovsky

España: Andrés Nin, Arlandis.

Alemania. Antón Mayer.

Ambos documentos demuestran que nadie atenta contra la autonomía del sindicalismo francés. Pero esto no significa en absoluto que exista independencia del sindicalismo francés, sobre todo esa independencia absoluta de la que hablan y escriben con tanta pasión como si fuera algo desconocido para nosotros. En primer lugar ¿existía antes? No. La Confederación General del Trabajo, de hecho, hasta aproximadamente 1912, estuvo fuertemente imbuida de ideas anarquistas. Muchas de las principales organizaciones estaban dirigidas por anarquistas y estaban lejos de ser independientes de la ideología anarquista. Es cierto que los anarquistas franceses poseen la especial capacidad de cambiar rápidamente de chaqueta y con una brusquedad simplemente cinematográfica convertirse en reformistas, pero esto no cambia la esencia del asunto. Hubo un período en el que los anarquistas dirigían los periódicos de la Confederación General del Trabajo, escribían allí artículos editoriales, etc. ¿ O, tal vez, la Confederación General del Trabajo era independiente durante la guerra, cuando sus dirigentes, hasta ayer anarquistas, pronunciaban discursos en los banquetes de los capitalistas, se sentaban con Bares, el arzobispo y el rabino; recibían dinero de Malvi para la publicación de un periódico y apoyaban a la burguesía junto con Renaudel? Hay que ser un idiota incorregible o un maestro de la mentira, como Briand o su hermano Hervé, para tener la audacia de afirmar que la Confederación General del Trabajo era independiente. Era un aparato al servicio del Estado burgués. En

cuanto a la actual Confederación del Trabajo, no es ningún secreto que es la organización más dependiente de Francia. Cuando los señores Jouhaux, Merrheim, Dumoulin y otros derraman lágrimas de cocodrilo por la independencia, se ven beneficiados por el factor de la estupidez humana, pero la estupidez no es ilimitada y todo el mundo ve cómo venden al por mayor y al por menor los intereses de la clase obrera a la burguesía francesa. Los sindicalistas revolucionarios de Francia son muy conscientes de la actual independencia de la Confederación del Trabajo y de sus dirigentes. Gente que va a Washington con dinero del gobierno, gente que participó en la redacción del Tratado de Versalles, gente que nunca sale del despacho ministerial, que colabora con periódicos burgueses, que recibe dinero de la organización, y que si son de cierto renombre lo son sólo porque el *periódico L'Information Ouvrière et Sociale*, fundado por capitalistas, es tan independiente como los abogados franceses que trabajan en las sociedades anónimas financieras e industriales. No hay nada que decir sobre estos señores y en caso de hacerlo es sólo porque los sindicalistas revolucionarios franceses prestan atención a los sollozos de independencia de estos señores, sucumben involuntariamente al ruido levantado por ellos, tratando de justificarse ante ellos, en lugar de alejarse con desprecio de estos mercenarios de la burguesía.

Sin embargo, quizá nos digan que una minoría de sindicalistas franceses son independientes. Consideremos también esta afirmación. La minoría de los sindicalistas franceses se compone, como es sabido, de tres corrientes: los comunistas, los sindicalistas puros y los anarquistas. Sería muy interesante saber qué línea siguen los partidarios de *Libertaire* en los sindicatos, si es alguna especial, independiente de este órgano, o la misma que desarrollan en las páginas de este órgano. Si los sindicatos hubieran seguido una política diferente a la que tenían en las páginas de *Liberté* y hubieran desarrollado un punto de vista diferente, ¿cómo se debería llamar a esa gente? Deben ser personas con dos caras y tener dos conciencias: una interna y otra externa. Hasta donde yo sé, los libertarios en los

sindicatos defienden la totalidad de sus ideas, y esto es completamente natural. En este aspecto son más coherentes que muchos de sus oponentes. Y yo os pregunto: ¿son independientes de la ideología anarquista? Tomemos ahora el segundo grupo dentro de esta minoría de comunistas. Aquí hay que reconocer que no todo va bien en Francia, pues los más ardientes defensores de la independencia son los comunistas, y es imposible entender de qué están hablando, si de independencia del comunismo o de independencia de la organización comunista. De los artículos de Verdier y otros se desprende nítidamente que tienen miedo de la dependencia de los sindicatos respecto del comunismo, pues si no existiera ese miedo no existiría el grito de pánico que han estado emitiendo últimamente ante la decisión del Congreso Fundador de la Internacional Sindical Roja. En esencia, detrás de todo este ruido sólo hay una idea: que el sindicato debe ser neutral en relación con todos los partidos políticos. En otras palabras, estos camaradas predicán una teoría anticomunista y puramente burguesa del neutralismo. Pero, dejando ahora de lado todas estas contradicciones, el portador más brillante de ellas es el camarada Verdier, al cual pregunto: ¿Los comunistas que están dentro del movimiento sindical tienen derecho a defender su punto de vista comunista o deben, habiendo llegado al sindicato, dejar sus principios fuera de él, como aconseja la sagrada Carta de Amiens? ¿Cómo se quita los zapatos un musulmán fiel al entrar en un templo? Evidentemente, esta exigencia, a pesar de estar proclamada por la sagrada Carta de Amiens, es absurda. La Internacional Comunista y la Profintern requieren que cada uno de sus miembros difundan por todas partes de aquellas ideas que están englobadas en el comunismo. ¿Qué es el comunismo? ¿Es éste un sistema filosófico abstracto y sin vida o es una teoría y una práctica viva y militante, cuya difusión nos acerca a la victoria de la clase obrera? Todo comunista diría que lo contrario no es comunista, que el comunismo es la teoría y la práctica de la lucha, que los principios del comunismo deben llevarse a todas partes donde haya masas trabajadoras y que la tarea de cada comunista y de todos ellos

juntos, en la medida en que estén organizados en un todo político – el partido comunista–, es imbuir el máximo número de obreros y organizaciones obreras con las ideas del comunismo. ¿Significa esto que los comunistas promuevan la conversión de los sindicatos en un apéndice del partido? ¿Quieren dividir los sindicatos en comunistas, anarquistas, mencheviques y así sucesivamente? Es una absoluta tontería. Si los comunistas hubieran querido crear sindicatos de partido lo habrían dicho abiertamente, porque a los comunistas se les puede acusar de cualquier cosa, pero no se les puede acusar de no expresar con suficiente claridad sus pensamientos y sus consideraciones tácticas. Los comunistas no quieren crear sindicatos de partidos. Quieren que los sindicatos estén imbuidos del espíritu de lucha, para que no se queden al margen del periodo catastrófico que atraviesa la sociedad burguesa, y para que no tomen, como siguen haciendo los sindicatos reformistas, una posición hostil hacia la revolución. Pero si tal deseo de los comunistas es completamente legítimo -y nadie negará el derecho de cada grupo de miembros de los sindicatos, en la medida en que sean miembros del Partido y predican sus ideas- ¿qué pasaría si la mayoría de los miembros de los sindicatos o su núcleo dirigente estuviera compuesta únicamente por comunistas? Lo que se habría producido no habría sido una fusión organizativa del partido y los sindicatos, sino unidad ideológica, unidad en la línea táctica, unidad en la lucha. La cuestión de la independencia desaparecería, porque ¿frente a qué y ante quién habría que defender la independencia? ¿En relación a la burguesía? Sí. ¿En relación al reformismo? Indudablemente. ¿En relación a todos aquellos que quieren convertir los sindicatos en un ariete contra la revolución? No hace falta decir nada. Pero ¿podemos decir que los sindicatos deben ser independientes en relación con el partido que los representa? ¿Carne de la carne de la clase obrera, cuyas ideas impregnan todo el movimiento sindical de un país determinado, cuya línea táctica es compartida por la mayoría? ¿Sería posible entonces hablar de esta independencia? Obviamente no. Así, la independencia misma surge donde hay diferencias políticas

ideológicas entre el partido y los sindicatos, donde hay diferentes teorías, donde hay diferentes grupos políticos y diferentes caminos que nos llevan al objetivo planteado. Subrayo una vez más que no hay un solo comunista que quiera organizar partidos o sindicatos puramente comunistas. Sólo la profunda ignorancia y la aún más profunda deshonestidad de la gente de *L'Information Ouvrière et Sociale* explica su constante afirmación de que la Internacional Comunista y los partidos comunistas quieren transformar los sindicatos en organizaciones puramente partidarias. Basta señalar que en todos los estatutos de los sindicatos rusos –y los sindicatos rusos sirven como fantasma y espantapájaros para la pequeña burguesía de la Internacional de Ámsterdam– hay una cláusula que establece lo siguiente: “cualquier trabajador, independientemente de sus convicciones políticas y religiosas, puede ser miembro del sindicato”. De esta manera, cada trabajador, gracias a su posición, puede ser miembro de cualquier sindicato ruso. Los congresos, que determinaron la línea de acción del movimiento sindical ruso, contribuyeron a su orientación hacia el comunismo, del mismo modo que los congresos de Lyon, Orleans y Lille contribuyeron a la orientación del movimiento sindical francés hacia el reformismo. Es curioso que los señores Jouhaux y Merrheim, después de haber escrito una resolución en la que confirman su adhesión a la Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones, con la misma pluma y la misma tinta nos acusen a nosotros, a los sindicatos rusos y a la Internacional Sindical Roja, de subordinar el movimiento sindical al monstruo insaciable que se supone que es la Internacional Comunista. Siéntense junto a los representantes autorizados de la burguesía, trabajen en las comisiones creadas por la Liga de las Naciones, pero no se sienten con la Internacional Comunista, ¡porque esto viola su independencia!

Queda un tercer grupo de sindicalistas que no son ni libertarios ni comunistas, sino representantes de la idea del sindicalismo puro. Pero estos sindicalistas sindicales, si es que vale esta redundancia, admiten ellos mismos que la Carta de Amiens no da respuesta a todos los casos de la vida y que en los últimos 15 años algo ha

cambiado. ¿Cuál es su teoría de la independencia? Que el sindicalismo revolucionario se basta a sí mismo, que es capaz de realizar la revolución social por sí mismo y que los sindicatos no necesitan ninguna ayuda exterior. Para ellos, el principal instrumento de la revolución son los sindicatos y, basándose en este concepto, son hostiles a la idea de coordinar acciones con el Partido Comunista. Pero toda esta teoría no es otra cosa que el programa de un partido sindicalista, que ve en el Partido Comunista un competidor y por eso considera necesario realizar su trabajo de forma absolutamente independiente e independiente del partido político. ¿Hay aquí independencia de la política y de la lucha política? No. Se trata de una teoría única de lucha política, de una política única, que a veces se cruza con la política del Partido Comunista y a veces choca con ella. Si miramos las cosas con perspectiva y no sacralizamos de la teoría del sindicalismo, diremos que los grupos dirigentes del sindicalismo español, así como del francés, son esencialmente partidos sindicalistas que se desarrollaron en las profundidades de la clase obrera, en sus organizaciones sindicales, en oposición al socialismo reformista dominante. Y si esto es así, y no cabe la menor duda sobre esto, entonces para el partido sindicalista francés no puede dejar de plantearse la cuestión de un bloque con el Partido Comunista, pues los intereses de la clase obrera, los intereses de la lucha están por encima de los programas abstractos y de las teorías abstractas. ¿Cuál es la diferencia entre sindicalismo revolucionario y comunismo? El hecho es que el sindicalismo revolucionario piensa en alcanzar resultados comunistas exclusivamente a través de los sindicatos, mientras que el Partido Comunista cree que la realización del socialismo y del comunismo sólo es posible si la clase obrera cuenta con un partido comunista poderoso, que en toda su lucha se apoya en sindicatos no partidistas. La lógica de la lucha obligará a nuestros compañeros a corregir algunas de sus fórmulas teóricas, así como les obliga a introducir modificaciones en la infalible Carta de Amiens. No obstante, sean cuales sean las diferencias prácticas y teóricas que existen entre sindicalistas y

comunistas, hay que perder toda orientación y desentenderse de los intereses del proletariado para retirarse en un momento como éste de la Organización Internacional de los Sindicatos Revolucionarios con el argumento de que algunas decisiones del Congreso no coinciden con la teoría de los sindicalistas franceses. Resulta ser algo muy curioso: los sindicalistas franceses fundaron con nosotros la Internacional Sindical Roja, y cuando al cabo de once meses se reunió el Congreso en el que estaban representados 17 millones de trabajadores organizados, cuando se había levantado una base sólida para la Profintern, entonces los sindicalistas franceses vinieron y dijeron: “No queremos afiliarnos porque tenemos miedo de que no se respete nuestra autonomía”. Y todo esto se dice sin la más mínima base, sin la más mínima prueba y sin la más mínima referencia a los hechos. Los sindicalistas franceses podían, aunque permanecieran dentro de la Internacional Sindical Roja, protestar cuando se violaba efectivamente su autonomía. Pero no, la violación de la independencia, como veis, consiste en que tres representantes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista están incluidos en el Consejo Central de la Internacional Sindical Roja, y tres representantes de esta última están incluidos en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Resulta que la reunión conjunta sobre cuestiones de acción concreta, la participación de tres representantes de la Internacional Comunista, menoscaba la independencia del movimiento sindical internacional y, sobre todo, la independencia del sindicalismo francés. Los sindicalistas franceses consideran conveniente, para diversión de todos nuestros enemigos, mantenerse al margen y exigir algunas garantías especiales, y piensan que esto sirve como prueba de la independencia especial del sindicalismo francés. Desgraciadamente, debo constatar que precisamente esta oposición a la Internacional Sindical Roja, este posicionamiento entre Moscú y Ámsterdam, no demuestra en absoluto la independencia de la minoría de la Confederación General del Trabajo. Obviamente, esto estuvo dictado, por un lado, por el miedo a los embaucadores de *Libertaire* y, por el otro, por el miedo a los

traidores de *L'Information Ouvrière et Sociale*. Sólo esto puede explicar la situación verdaderamente lamentable en la que se han ubicado los sindicalistas revolucionarios franceses, pese a haber construido junto a nosotros la Internacional Sindical Roja. A quienes tanto hablan de independencia, podemos decirles de todo el corazón, con toda la cálida simpatía que sentimos por ellos, de manera amistosa: “Sois prisioneros de viejas fórmulas, estáis de paso por la vida y sus crueles lecciones. El pasado pesa en vuestro cerebro. Fórmulas muertas se apoderan de vuestra conciencia revolucionaria viva. Sed verdaderamente independientes con respecto a los agitadores del *Libertaire* y a los señores que están en la dirección de la Confederación General del Trabajo, ya que entonces no estaréis entre Moscú y Ámsterdam, sino en Moscú para luchar contra Ámsterdam.

Movimiento Obrero Internacional, No. 7, octubre de 1921.

Desde el lado equivocado (Respuesta a los sindicalistas suecos)

En respuesta a la carta oficial que les envió la Profintern, los sindicalistas suecos respondieron con una resolución en la que encontramos afirmaciones que no sólo son incorrectas, sino que además no resisten la más mínima crítica desde un punto de vista fundamental. En su respuesta leemos lo siguiente: “La Internacional en nuestra época de reacción internacional tiene su enorme importancia, aunque todavía no hemos podido convencernos de que sea una necesidad vital”. ¡Cómo lo íbamos a poder imaginar! ¿Creen realmente nuestros camaradas suecos que la reacción actual puede ser derrotada definitivamente dentro de las fronteras nacionales? Obsérvese la propia formulación de la pregunta: todavía no se les ha podido convencer de que la Internacional fuera una “necesidad vital”. ¿Qué necesitan nuestros camaradas suecos para convencerse de esto? ¿No son suficientemente descarnados los acontecimientos que experimentamos? ¿No es acaso suficientemente convincente la gran lucha de clases que se desarrolla en todo el mundo y la unidad completamente evidente del frente capitalista? Nuestros sindicalistas suecos aparentemente no están convencidos aún de los acontecimientos que están teniendo lugar, pues escriben: “Una organización nacional fuerte tiene muchas oportunidades de acabar con la reacción dentro de los límites de su propia esfera de acción”. Nosotros menos que nadie subestimamos a las organizaciones nacionales fuertes; tenemos muy en cuenta su importancia y su papel, pero también sabemos que si bien las organizaciones nacionales fuertes pueden repeler la reacción e incluso derrotarla temporalmente, la victoria final de la clase obrera depende exclusivamente de las organizaciones internacionales sólidas. Aquí se percibe una cierta limitación, una falta de alcance, una comprensión insuficientemente profunda de la conexión causal de los acontecimientos, la dependencia de un país de otro y la estrecha conexión entre el movimiento obrero de todos los países.

Nuestros camaradas suecos informan además que la Profintern ha impuesto al movimiento sindical el estandarte del partido, contra el cual todos los sindicalistas se rebelan por principios. No sabemos de qué “credo partidario” hablan nuestros camaradas. Nuestro estandarte es el comunismo militante. Si nuestros camaradas suecos tienen un credo diferente, que nos lo digan. Nuestros camaradas suecos saben muy bien que las resoluciones adoptadas por el Congreso Constituyente son el resultado de un acuerdo entre los comunistas y los sindicalistas. Nos gustaría que nuestros oponentes no se limitaran a una mera negación de la resolución y a referencias al credo del “partido”. Nos gustaría que nuestros camaradas suecos examinaran una resolución tras otra y señalaran dónde está equivocada, para que pudieran comprobar analíticamente si nuestro programa de acción es adecuado, si puede servir como guía e hilo conductor para nuestro trabajo, si tienen tácticas diferentes a las nuestras. Si hubieran analizado así las decisiones que tomamos, entonces podríamos haber discutido, pero cuando en lugar de aportar pruebas nos recriminan el credo del partido, sólo se puede embarrar el debate.

Nuestros camaradas suecos se rebelan contra la afirmación del camarada Lozovsky de que la mayoría del Congreso, incluida la mayoría de los sindicalistas, se sitúan desde el punto de vista de la dictadura del proletariado. Los sindicalistas, en opinión de los camaradas suecos, tienen una idea diferente de la dictadura del proletariado. ¿Qué es la dictadura del proletariado según los sindicalistas suecos? “Esta idea”, escriben nuestros camaradas suecos, “se reduce al hecho de que las organizaciones sindicales en un período revolucionario deben ser consideradas como actores con el derecho y el deber de tomar todas las medidas políticas que puedan resultar necesarias para mantener los medios de producción en manos de las organizaciones sindicales”. Por ello, los camaradas suecos abogan por el uso de acciones militantes y políticas, de repliegue y de avance. ¿Cuál es, en su opinión, la diferencia? Suponiendo que estas medidas sean aplicadas por las organizaciones sindicales para que puedan mantener la producción en sus manos, quién utilizará los

medios de la dictadura del proletariado no es una cuestión importante en este momento. Depende del país, de las circunstancias, de las condiciones de espacio y de tiempo. Si nuestros camaradas suecos derrocan a su burguesía y si la organización sindicalista toma el poder en sus manos, entonces no sólo no estaremos en contra de esto, sino que brindaremos toda la ayuda a nuestros camaradas sindicalistas. Pero supongamos que los sindicatos tomaran todo el poder en sus manos. La cuestión de quién hará la revolución, quién tomará el poder, ¿puede esta cuestión impedir que comunistas y sindicalistas estén en la misma Internacional? ¿El I Congreso de Sindicatos Revolucionarios declaró que estaba en contra de que los sindicatos derrocaran a su burguesía y tomaran el poder en sus propias manos? El Congreso no declaró nada de eso, y si una “fuerte organización nacional” lo hace incluso antes del II Congreso de Sindicatos Revolucionarios, entonces los comunistas serán los primeros en saludar a aquellos sindicatos que han derrocado a su burguesía. No hay, pues, necesidad de buscar desacuerdos donde no los hay, ni de atribuir a los adversarios de toda dictadura proletaria, entre los que se encuentran numerosos sindicalistas y anarquistas, la peculiar interpretación que nuestros camaradas suecos se complacen en dar.

Aunque no han objetado a la Profintern sobre la esencia de la cuestión, nuestros camaradas suecos deben admitir, sin embargo, que están “plenamente convencidos de que no se ha planteado la cuestión de cualquier subordinación formal de la Internacional Sindical Roja a la Tercera Internacional”. Pero, dicen, “la conexión organizativa entre las organizaciones del partido y las organizaciones sindicales contradice en general uno de los principios básicos del sindicalismo”. Así pues, por una parte, hay que admitir que ni siquiera se ha planteado la cuestión de la subordinación, pero que, por otra parte, en la representación mutua se ve, no obstante, esta subordinación. Se podría hablar de subordinación si la Profintern no tuviera derecho a enviar sus delegados al Comintern, pero si esta representación es mutua, entonces el resultado es una subordinación mutua, y no una subordinación de una organización a otra. Y entonces, ¿qué es lo esencialmente inaceptable aquí para los sindicalistas?

Supongamos que se crea una Internacional anarquista fuerte, basada en una organización poderosa y efectiva. Si los compañeros proponen un intercambio del delegado para disponer de información mutua, no nos opondremos al intercambio. ¿Por qué? Porque la tarea es reunir todas las fuerzas revolucionarias, toda la energía revolucionaria, concentrarla y dirigirla contra nuestros enemigos de clase. En este sentido, cualquier paso que reúna energía revolucionaria debe ser acogido como un logro positivo por cada trabajador revolucionario, cada activista del movimiento sindical revolucionario. Vemos así que nuestros camaradas suecos, en lugar de dar una respuesta sustancial, en lugar de abordar las tareas de la unificación internacional, han pasado por alto el fondo de algunas cuestiones. Preguntamos a nuestros compañeros nórdicos: ¿es necesaria una Internacional de sindicatos revolucionarios? Si se necesita una Internacional así, ¿debería estar compuesta exclusivamente por comunistas, sindicalistas o anarquistas, o debería abarcar todas las corrientes revolucionarias dentro del movimiento sindical revolucionario? ¿Es necesario un bloque de todos los sindicatos revolucionarios contra la reformista Internacional de Ámsterdam, o es necesario y deseable que dividan el movimiento sindical revolucionario en partes separadas y organizaciones diferenciadas?

Finalmente, ¿qué nuevas tácticas nos ofrecen los sindicalistas suecos? ¿Aceptan o no aceptan nuestro “Programa de Acción”? ¿Aceptan o no las tareas de los sindicatos formuladas por el I Congreso? ¿Tienen algo nuevo que aportar a la esfera del diseño organizacional? ¿Están a favor o en contra del control obrero tal como lo definió el Congreso Fundacional? Son preguntas a las que sería deseable recibir una respuesta, y sólo cuando nuestros camaradas suecos se tomen la molestia de responder a todas estas preguntas en esencia, cuando piensen hasta el final en las tareas del movimiento obrero en la época que vivimos, sólo entonces será posible llegar verdaderamente a un acuerdo. Estamos convencidos de que una vez que se pongan manos a la obra, pronto verán que su lugar está en la Profintern y no fuera de ella.

(Internacional Sindical Roja, No. 14, marzo de 1922)

Anarquismo y marxismo en el movimiento de masas

El anarquismo siempre se ha opuesto teórica y prácticamente al marxismo. Partió de la premisa de que un movimiento de masas es, por su propia esencia, un movimiento anarquista y que la tarea es desarrollar e intensificar este movimiento de masas sin formalizarlo ni darle un marco organizativo completo. El individuo y la minoría activa desempeñan el papel de promotores de los acontecimientos, de fermento del movimiento de masas, pero el propio movimiento determina sus objetivos, independientemente de los teóricos y de los dirigentes. La oposición entre el obrero y el intelectual es especialmente aguda en las enseñanzas de los anarquistas, y siempre fue hecha precisamente por los intelectuales más cualificados y más alejados de las masas trabajadoras. “Creemos en el movimiento de masas, creemos en la inteligencia de los trabajadores, harán todo ellos mismos”. Esta es, en general, la filosofía del anarquismo. Y podría parecer que, con tal fe en las masas, con tal reverencia por la razón de los elementos, los anarquistas deberían ser los mejores exponentes de las ideas de estas masas, y el movimiento de masas debería justificar la teoría y la práctica del anarquismo. En realidad, resultó ser exactamente lo contrario: cuanto más se ampliaba el movimiento de masas, más se involucraba la clase obrera en la lucha y cada vez era menor la influencia de los anarquistas. En este sentido, el papel de los anarquistas en comparación con los marxistas-comunistas en los acontecimientos revolucionarios de los últimos años en general y en el movimiento sindical en particular es extremadamente característico.

La guerra trajo consigo una devastación aún mayor en las filas de los anarquistas que en las filas de los socialistas. En muchos países, los oponentes por principios al parlamentarismo resultaron ser trovadores de la “guerra justa” y defensores de sus gobiernos. Los primeros en entrar en oposición a estos acontecimientos fueron los marxistas revolucionarios. De ellos nació la protesta, la creación de

las primeras células internacionalistas, la organización de conferencias en Zimmerwald y Kienthal, y esto dio forma teórica a la profunda crisis en la que entró el movimiento obrero a partir de agosto de 1914. El marxismo revolucionario identificó inmediatamente las causas de la crisis, las raíces de la transición masiva de los partidos socialistas al lado de la burguesía y esbozó métodos de lucha contra la guerra y contra el reformismo. La guerra demostró una vez más la exactitud del análisis marxista de las fuerzas de clase, y el marxismo emergió de esta crisis colosal en gran medida limpio de la escoria que se había acumulado durante los años anteriores con el desarrollo orgánico de la sociedad burguesa. Salió de la guerra enriquecido y aprendió mucho sobre todo de la revolución rusa y de los grandiosos acontecimientos que se desarrollaron en el contexto de esta revolución.

El marxismo siempre ha partido de la posición establecida por Hegel de que la verdad es concreta y por eso encontró una base sólida en este torbellino de acontecimientos. Identificó los puntos sensibles de la sociedad moderna y determinó en qué dirección era necesario actuar para aumentar las contradicciones de clase en el sistema capitalista. El marxismo revolucionario tomó forma durante el período de guerra y revolución como comunismo, que encontró su expresión internacional en la Internacional Comunista.

La característica distintiva del marxismo es que siempre estudia el estado real de las cosas, que basa su táctica y su línea de conducta en los fenómenos inmediatos de la vida, que estudia cuidadosamente las fuerzas disponibles y sólo después de este estudio traza una línea de acción para sí. Es por eso que ha adquirido tanta influencia, es por eso que se ha convertido en un factor decisivo para la lucha de clases en el momento actual. Por lo tanto, la Internacional Comunista y los partidos comunistas son los principales enemigos del sistema moderno, porque la élite gobernante moderna de la burguesía es muy buena para determinar dónde está su enemigo más peligroso.

Con el anarquismo no ocurre lo mismo. La característica distintiva de la ideología anarquista es su abstracción. Tácticas anárquicas de un solo tipo para todos los tiempos y para todos los pueblos. No se basa en un estudio concreto de la realidad, sino en normas abstractas, establecidas una con respecto a todas. Y a pesar de las constantes referencias a las masas, a la admiración de las masas, a las solemnes declaraciones de que la razón de los elementos conducirá a los trabajadores por el camino correcto, a pesar de todas estas solemnes declaraciones, el anarquismo se cierne fuera del meollo de la vida misma. Durante la guerra no logró crear nada. Después de la guerra, con el inicio de la revolución, no dominó el movimiento de masas ni creó una teoría específica. La etapa más alta del desarrollo del anarquismo durante el período de la revolución fue la Makhnovshchina, pero la Makhnovshchina degeneró, como es bien sabido, en bandidaje, como no podía ser de otra manera, porque la ideología del anarquismo con su cultivo teórico abstracto de las masas y su culto real al individuo, a la minoría con iniciativa, es una apología del individualismo. Durante el período de los acontecimientos gigantescos, los anarquistas siempre permanecieron bajo la forma de un círculo de racionalistas, y siempre que intentaron interferir en el meollo del movimiento vital, surgieron toda una serie de elementos pequeñoburgueses, que los subyugaron y los llevaron en la cresta de una ola puramente *kulak*. Así, el anarquismo, cuando entró en contacto con las masas revolucionarias, no formalizó este movimiento, no lo dirigió, no le dio consignas ni dirección concretas, sino que avanzó sin timón y sin velas, perdiendo los restos de su teoría y de su programa.

La revolución es una maravillosa prueba para la teoría. ¿Qué mejor manera de probar la fuerza del marxismo y del anarquismo que en una revolución? Si antes de la revolución había una disputa teórica sobre las futuras formas y métodos de lucha para el derrocamiento del capitalismo, entonces la revolución exigía la realización práctica de su teoría; obligaba a cada grupo, a cada partido, no sólo a proclamar consignas, sino a realizarlas, no sólo a hablar del futuro,

sino a actuar en el presente. La revolución es una fuerza de la naturaleza que afecta a decenas de millones de personas. Tiene sus propias leyes, y aquel grupo político que no entiende esas leyes, que quiere crear sus propias leyes de desarrollo de los acontecimientos revolucionarios, es apartado sin piedad y la revolución le pasa por encima. Vimos esto en el destino del anarquismo en la revolución rusa. La falta de fundamento y el completo desapego del anarquismo son aún más sorprendentes cuando pasamos al movimiento sindical. Anteriormente hemos tratado una masa desorganizada, que se mueve según leyes especiales difíciles de explicar, pero que ya es una masa organizada. Ante nosotros está una parte de los trabajadores, reunidos sobre la base de un sentido elemental de solidaridad, de las necesidades elementales de autodefensa. Los sindicatos son órganos de autodefensa de la clase obrera, y sólo después de muchos años de lucha pasan de ser órganos de autodefensa a órganos de ofensiva a todo el sistema capitalista.

El anarquismo se ha arraigado en el movimiento sindical de algunos países, aunque conviene señalar desde el principio que el número de estos países es bastante limitado. Hablamos principalmente de países latinos: Francia, Italia, Portugal, Argentina, etc. ¿Cómo explicar el hecho de que el anarquismo florezca principalmente en los países latinos y que tenga una importancia insignificante en los países anglosajones y alemanes? La explicación hay que buscarla en la estructura de estos países, donde predomina la pequeña agricultura campesina y la artesanía sobre la gran industria. La influencia del anarquismo en el movimiento sindical es un reflejo de la estructura económica única de estos países. Pero el anarquismo afectó a los sindicatos transformándolos: no permaneció en la forma pura en que había existido antes, pues la organización obrera, sea cual sea, por el hecho mismo de su existencia viola una serie de principios sagrados de la ideología anarquista. Donde hay organización hay una minoría y una mayoría, hay disciplina, hay subordinación, etc. El individuo libre anárquico no tiene en cuenta todo esto. En los países latinos, la síntesis del anarquismo abstracto y del movimiento sindical dio como resultado una teoría conocida

como sindicalismo revolucionario, que sin duda tiene características de un movimiento revolucionario de masas y de un racionalismo anarquista abstracto. El sindicalismo revolucionario creó una teoría única de la liberación de la clase trabajadora. Toma como base la conocida fórmula de Karl Marx: “La liberación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos”, y la interpreta de tal manera que los sindicatos prepararán la revolución social, la llevarán a cabo y utilizarán los resultados de la convulsión social. Ninguna organización puede ni debe abordar la cuestión del movimiento obrero. Si hay comunistas que quieren luchar contra la burguesía, que organicen a los intelectuales y a los campesinos, pero la clase obrera es monopolio del sindicalismo revolucionario. De ahí la teoría de la independencia absoluta del movimiento sindical y la oposición de los sindicatos a los partidos comunistas y a la Internacional Comunista.

Aquí podemos ver los rasgos que son característicos del anarquismo. El movimiento sindical se vio afectado por la debilidad de la ideología anarquista. Al plantear la idea absolutamente correcta de que la tarea principal de los sindicatos es el derrocamiento de la burguesía, infieren de ello que la lucha por los intereses cotidianos de los trabajadores es una cuestión secundaria, sin importancia; quieren el socialismo integral, es decir, revolución inmediata. No quieren luchar por los intereses cotidianos de las masas trabajadoras, considerando esto un asunto secundario. Y cuanto más han llevado a cabo y llevan a cabo este punto de vista, más abandonan a las masas, porque las amplias masas conocen poco las maravillosas teorías anarquistas: luchan porque no pueden dejar de luchar, y la tarea de los dirigentes no es gritar sobre el socialismo integral, sino organizarlo sobre la base de las necesidades inmediatas de la clase obrera, conducir a las masas trabajadoras a la lucha diaria y sobre la base de esta lucha fortalecer y unir el ejército para el asalto al capitalismo. Si tomamos el movimiento sindical internacional en su conjunto, entonces en el ala izquierda del movimiento sindical el anarquismo representa un valor insignificante. El sindicalismo revolucionario está arraigado en algunos países, pero no es homogéneo. En su seno luchan varias corrientes, una de las cuales es la más

cercana al comunismo, porque parte de la relación real de fuerzas y trata de sacar conclusiones de la experiencia de la guerra y de la revolución.

Un análisis del movimiento revolucionario en su conjunto, un análisis de los movimientos de masas de los últimos años y la lucha de los trabajadores para conquistar sindicatos muestra el equilibrio de fuerzas entre el anarquismo y el marxismo revolucionario. Por un lado, están las construcciones abstractas, racionalistas, el culto a los elementos con la impotencia de dirigir estos elementos para alcanzar determinados fines, y por otro lado, las construcciones dialécticas, la comprensión teórica de los acontecimientos, las comprensiones claras de la realidad, teniendo en cuenta todas las fuerzas contendientes, adaptando las tácticas a la situación real y un movimiento claro, persistente y constante hacia el objetivo declarado del comunismo. Los últimos meses de la lucha ideológica en el seno del ala dirigente del movimiento sindical internacional han dejado particularmente claro el peso específico del marxismo revolucionario y del anarquismo en el sindicalismo. A la hora de evaluar los acontecimientos, un comunista siempre empieza por la clase. Maniobra con los movimientos revolucionarios de masas, determina la línea de acción, opera con categorías históricas. Los anarquistas abordan la construcción de la táctica desde el punto de vista del individuo y, en el mejor de los casos, desde el punto de vista de la arena de una minoría activa. Por eso, cada vez que es necesario evaluar una nueva situación, determinar una línea de conducta en este tormentoso flujo de acontecimientos, los anarquistas recurren a su arsenal de verdades constantes y eternas y de allí extraen material para desarrollar su táctica. El comunista desarrolla su táctica no basándose en fórmulas eternas, sino en la vida real, en el choque de fuerzas entre clases; estudia el movimiento de masas y traza la línea que las masas trabajadoras no pueden dejar de seguir. Vimos este choque de dos visiones del mundo, de dos métodos de acercarse a las masas y a los acontecimientos, en los enfrentamientos sobre la cuestión del frente único, en la actitud hacia la revolución en general y hacia la revolución rusa en particular.

El desarrollo de los acontecimientos rompe las construcciones de los teóricos anarquistas y, yendo contra el programa que, digamos, plantean los sindicalistas revolucionarios, declaran: “Esto es aún peor”. Consideran sus construcciones tan inquebrantables que no consideran necesario prestar atención a la prosa de la vida. Por eso juegan un papel secundario en el movimiento obrero internacional, y por eso es que cuando comienza la revolución, cuando las masas están en movimiento, el anarquismo pasa a un décimo lugar, y si se manifiesta es en forma de expresiones individuales, destellos, etc. El movimiento marxista está en un proceso continuo de aprendizajes. Nunca podrán decir que “esto es peor para el porvenir de los acontecimientos” si sus construcciones son refutadas por la realidad. Siempre están dispuestos a desarrollar nuevas tácticas y nuevas líneas si sus construcciones resultan inaplicables en la práctica. Esto explica la creciente influencia y el surgimiento del marxismo revolucionario dentro del movimiento obrero internacional y esto puede explicar por qué la burguesía mundial ve en la Internacional Comunista y en los partidos comunistas a su enemigo más serio.

La revolución rusa y la lucha en desarrollo por un movimiento sindical internacional demostraron que el anarquismo es un elemento capitalista pequeñoburgués dirigido contra el proletariado, una teoría sin vida, muerta, y que aleja a la clase obrera de las tareas revolucionarias que tiene ante sí.

Moscú. 15 de marzo de 1922

Bajo la bandera del marxismo, nº 3, 1922

El anarcosindicalismo y la Profintern

En el mundo revolucionario-sindicalista hay actualmente una gran agitación. Se ha planteado la cuestión del apoyo o no a la Profintern, y en todos los países donde hay núcleos importantes de obreros que están bajo la influencia de las ideas sindicalistas revolucionarias se desarrolla una lucha encarnizada entre los partidarios y los opositores de la Profintern. Durante los 8 meses transcurridos desde el Primer Congreso de la Profintern, han surgido tres corrientes en el movimiento anarcosindicalista: los partidarios incondicionales de la Profintern, los partidarios de la Profintern con reservas y sus decididos oponentes. Todos estos grupos parten de los mismos principios en su ideología, y si dan respuestas diferentes a la pregunta planteada es sólo porque entienden de manera diferente el programa, la táctica del Profintern y tienen en cuenta de la misma manera la experiencia de la lucha y la revolución. Examinemos en detalle todo el conflicto entre corrientes dentro del sindicalismo en torno a la cuestión del Profintern.

Ya durante el Primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios (julio de 1921), tan pronto como se adoptó la primera resolución sobre las relaciones entre la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja, los sindicalistas franceses salieron con la protesta más decidida contra cualquier conexión entre estas dos Internacionales. La protesta se apoyó en la Carta de Amiens y en el principio de independencia y autonomía del movimiento sindical. Este principio de independencia y autonomía recorre como un hilo rojo todo el razonamiento de los anarcosindicalistas y es la base de todas las resoluciones adoptadas sobre esta materia, tanto en Europa como en América. ¿Qué es la autonomía y la independencia que obliga a los sindicalistas revolucionarios de Francia, Italia Estados Unidos y otros países que se oponen a las decisiones adoptadas? ¿Cuál es la esencia de esta independencia? Los sindicalistas parten del punto de vista de que las únicas organizaciones de la clase obrera que prepararán la revolución social y realizarán sus resultados son los sindicatos, que ninguna otra organización puede ni debe asumir esta

tarea y que cualquier organización que no sea de naturaleza sindical es por su propia esencia oportunista y no obrera. Basándose en este principio básico, los sindicalistas exigen el reconocimiento de los derechos exclusivos y el monopolio completo de los sindicatos sobre la clase obrera, dejando a los partidos políticos la tarea de organizar a otros elementos fuera de la clase obrera. Así, la teoría de la independencia tiene en su núcleo la teoría de la exclusividad del movimiento sindical o la supremacía del movimiento sindical sobre todas las demás formas del movimiento obrero, así como la idea de que el movimiento económico del proletariado es universal, exhaustivo y que la política es más bien una invención de la burguesía que una conclusión natural de la lucha de clases. Así, la teoría de la independencia en su forma pura se basa en la separación de la política y la economía.

Sin embargo, los sindicalistas no sostienen esta posición, porque su enseñanza se basa en la inevitabilidad del derrocamiento del capitalismo por la clase obrera. Y allí donde la clase obrera se opone a otra clase, en todas aquellas situaciones donde tenemos la oposición de la clase explotada a la clase explotadora y a su órgano, el Estado, se trata de política. Así, la separación misma de la economía y la política no sólo es teóricamente incorrecta, sino que en la práctica nunca fue contrastada por los sindicalistas revolucionarios, porque querían librar una lucha de clases, y la lucha de clases es una lucha política. Al oponer la economía a la política, los sindicalistas revolucionarios querían ante todo oponer la acción directa de las masas a la lucha puramente parlamentaria, de modo que en esencia el movimiento sindicalista revolucionario en los países latinos tuviera un puro trasfondo de clase. En aquel momento, se trataba de una protesta contra el cretinismo parlamentario, contra el reformismo extremo, contra la esperanza de una transición pacífica hacia el socialismo y contra la teoría de los intereses de clase. Pero esta protesta legítima y progresista va en contra de la teoría, que echa por la borda a todos los sindicalistas. Incluso antes de la revolución, los sindicalistas, para caracterizar el alcance de su lucha, a menudo la llamaban no una lucha económica, sino una lucha social, es decir,

una lucha contra todo el sistema capitalista. Pero ya hablemos de lucha social o de lucha política, la esencia del asunto no cambia, y lo importante es que el sindicalismo se plantea la tarea de derrocar al capitalismo y crear otra sociedad, basada en principios anticapitalistas. Esto es precisamente la política, porque el concepto de “política” no contiene nada más. Llamamos lucha política a una lucha que enfrenta a una clase contra otra, que une y congrega a los explotados para derrocar a los explotadores y su Estado y luego establecer una sociedad socialista en lugar de la sociedad capitalista. Que los sindicalistas llamen a su lucha como quieran. La esencia de la cuestión se reduce a qué forma de organización obrera es la más adecuada para la realización de estas tareas: ¿es necesario un partido político del proletariado para una revolución social o puede hacerlo una organización sindical?

¿Qué es un partido? El partido es una asociación de personas con ideas afines que comparten una determinada plataforma, que comprenden por igual las tareas de la clase trabajadora y actúan según un plan único. Un partido no es algo que esté fuera de una clase; es la expresión de una determinada clase, incluso si entre sus miembros hay personas de otras clases. ¿Y qué es el sindicalismo? Tomemos el sindicalismo revolucionario en Francia durante la última década. No se puede decir que toda la Confederación General del Trabajo fuera revolucionario-sindicalista antes de la guerra. No sólo incluía a la mitad de los sindicatos reformistas, sino que dentro de los propios sindicatos los sindicalistas revolucionarios eran minoría. Esencialmente el sindicalismo revolucionario francés era una especie de partido no partidista. Los sindicalistas revolucionarios representaban una minoría activa dentro de la organización sindical, que tenía su propio programa, su propia táctica y llevaba a cabo este programa y esta táctica en el marco de una amplia organización sindical no partidista. Los sindicalistas revolucionarios tenían y tienen todas las características de un partido político. La diferencia es que este partido surgió de los sindicatos, mientras que los partidos comunistas no se formaron dentro del movimiento sindical, sino fuera de él, surgiendo de la misma raíz del movimiento obrero de un

país determinado. Así, en los países latinos, gracias al peculiar desarrollo social, a las peculiaridades del sistema parlamentario, a la peculiar estructura social y al socialismo reformista, el partido revolucionario comenzó a formarse dentro de los sindicatos, tomando una forma antipartidista, adoptando consignas antipartidistas y una plataforma antipartidista. Pero esto de ninguna manera impidió que los sindicalistas revolucionarios fueran un grupo político único, que librara una determinada lucha política.

Si abordamos la cuestión de este modo, la teoría de la independencia misma nos resultará clara. ¿Cómo debemos entender la afirmación de que sólo los sindicatos prepararán la revolución, la llevarán a cabo e implementarán sus resultados? Hay que entender de tal manera que los sindicatos contienen en sus entrañas todos los elementos necesarios para el derrocamiento del capitalismo, y sobre todo una vanguardia organizada, unida, que cuenta con la simpatía de las amplias masas, es decir, que dentro de los sindicatos hay un partido que llevará a cabo esta revolución. Y cuanto más fuerte es este núcleo sindicalista revolucionario en el movimiento sindical, más presión ejerce sobre el entorno circundante y más agudamente se enfatiza la teoría de la independencia. Es cierto que esta teoría toma la forma de la independencia de los sindicatos, como tales, de otros partidos, pero en esencia se trata de la independencia del partido sindicalista revolucionario de todos los demás, en las condiciones dadas, del partido comunista, es decir, en otras palabras, se trata de la rivalidad entre dos grupos y direcciones políticas, cada uno de los cuales pretende dirigir a la clase obrera y preparar y realizar una revolución social. Nos encontramos ante un partido peculiar, y es muy natural que este partido se centre tan solo en su preocupación por las cuestiones de la independencia y la autonomía. Pero dejemos de lado este partido y veamos cómo se expresa esa independencia y autonomía. ¿Independencia de quién y autonomía en relación con quién? ¿Independencia en relación al capitalismo? Sí. Aquí estamos con los sindicalistas, pero cuando se trata de la independencia empiezan nuestros desacuerdos, porque al mismo tiempo que se plantea esta cuestión, no se plantea la cuestión de la independencia en

relación con el anarquismo, y sin embargo el centro de gravedad está precisamente en esto. El sindicato revolucionario es un partido político que se propone derrocar a la burguesía y fundar una nueva sociedad, y este partido debe plantearse con toda claridad y distinción la pregunta: ¿cómo llevará a cabo esta tarea? Afortunadamente para la clase trabajadora de todos los países, esta cuestión ahora puede ponerse en práctica. La revolución rusa proporciona una experiencia positiva y negativa a este respecto, que nos permite plantear la cuestión en toda su prosaica concreción. Y aquí llegamos a la segunda cuestión con la que se encuentran siempre los sindicalistas revolucionarios y que les impide unirse a la Internacional Sindical Roja: es decir, la cuestión de la dictadura del proletariado.

La dictadura del proletariado aparece ante los sindicalistas como una especie de bestia apocalíptica. El lema más común de los anarcosindicalistas es: abajo toda dictadura. Pero como no pueden negar el simple hecho de que todo el mundo capitalista vive bajo las condiciones de la dictadura de la burguesía, su negación de cualquier dictadura se dirige contra el derecho de los trabajadores a derrocar por la fuerza el poder de la burguesía, es decir, los derechos de la clase trabajadora a la revolución social. Este principio abstracto, a primera vista, comienza a jugar un papel bastante prominente en lo concreto, en la lucha práctica. Consideremos qué contenido dan los sindicalistas revolucionarios al concepto de dictadura del proletariado y qué es la dictadura del proletariado en general. Intentaremos abordar esta cuestión desde un punto de vista puramente práctico. Supongamos por un momento que los adversarios de la dictadura y los ardientes partidarios de la independencia, que son los sindicalistas franceses, han logrado su objetivo y han derrocado a la burguesía. Que todo suceda tal como lo previeron los dirigentes anarcosindicalistas de la Confederación Unitaria del Trabajo. No existía ningún Partido Comunista malvado, los sindicalistas eran completamente independientes, la clase obrera se rebeló, se produjeron cruentos enfrentamientos. Las bandas policiales y las brigadas especiales organizadas por la burguesía fueron expulsadas no sólo de los barrios obreros de París, sino también de los barrios obreros

de otras ciudades; la Unión de Sindicatos del Departamento del Sena se convirtió en el centro de los acontecimientos revolucionarios. ¿Qué tareas tendrán ahora por delante los sindicatos, después de haber derrotado a su burguesía en la primera batalla? Se enfrentarán a tres tareas: 1) la lucha contra la contrarrevolución dentro del país 2) defensa militar de la República Francesa contra las tropas inglesas, españolas, italianas y otras que quisieran restablecer el antiguo orden y 3) organización de la producción y distribución de mercancías.

¿Qué significa la lucha contra la contrarrevolución? Esta lucha requiere la creación de organismos que emprendan una lucha sin piedad contra todas las organizaciones abiertas y clandestinas que se atrevan a restaurar el antiguo orden. La revolución victoriosa se apoderará de bancos, fábricas, plantas, instituciones comerciales. Trasladará a los pobres de los barrios obreros a viviendas ricas y, por tanto, provocará una feroz oposición por parte de todos los que lo padecen. La burguesía se formó en asuntos militares, entre su juventud hay muchos atletas, entre los funcionarios cuenta con muchos partidarios de su forma de pensar. Comenzarán los sabotajes en todas las instituciones, se formarán bandas abiertas y secretas de restauradores que, “en nombre de la civilización, de la cultura, de la democracia y de los principios eternos de la Gran Revolución Francesa”, etc., querrán a toda costa recuperar las casas, los capitales, las fábricas y las plantas perdidas. Si la Unión de Sindicatos del Departamento del Sena no presta atención a la lucha contra la contrarrevolución, habrá sido barrida en una o dos semanas. Tendrá que crear algún tipo de órgano especial. ¿Quién se ocupará de este asunto? Tendrá que crear una guardia obrera especial, para armar a los obreros con fusiles, quitárselos a la burguesía y, si es necesario, atacar al enemigo. Por supuesto, armar a los obreros, crear una milicia obrera especial o una guardia obrera, luchar con las armas en la mano contra los contrarrevolucionarios, todo esto provocará un furioso resentimiento y un furioso ataque por parte de toda la prensa contrarrevolucionaria. La Unión de Sindicatos del Departamento del Sena será calificada de dictadura, y si esta acusación surte efecto,

si a consecuencia de esta persecución se hunde, aunque sea un minuto, los obreros serán derrotados y se restaurará la tiranía y la dictadura de la burguesía. Así, la propia conservación del proletariado insurgente le dicta el establecimiento de un régimen firme y despiadado en relación con todos los que intentan volver al antiguo orden, los que quieren recuperar sus privilegios perdidos. Y aquí tendremos que invadir la libertad de prensa, tendremos que, tal vez, ocupar las magníficas redacciones de los periódicos *Matin*, *Tan*, *Journal*, *Petit Parisien*, *Echo de Paris* y, en lugar de esta prensa, comenzar a publicar prensa revolucionaria. Por supuesto, si los dirigentes de la Unión de Sindicatos del Departamento del Sena hicieran esto, serían declarados como bolcheviques maliciosos, dictadores, traidores a la libertad, etc., pero no podían dejar de hacerlo, porque de lo contrario estos focos de mentiras habrían hecho estallar la revolución; la lucha había comenzado y era necesario llegar hasta el final. *Le vin est tiré, il faut le boire*.

Así, la lucha contra la contrarrevolución obligaría a cualquier organización obrera que tomara el poder en sus manos a aplicar medidas despiadadas contra sus enemigos de clase. Pero si el internacionalismo del proletariado todavía no es suficientemente fuerte, el internacionalismo de la burguesía representa un factor serio. Una revolución en Francia habría provocado una explosión de odio furioso en otros países burgueses. La América democrática, habiendo perdido finalmente la esperanza de recibir no sólo su capital invertido en préstamos franceses, sino también los intereses, comenzaría a enviar acorazados y otros productos de la creatividad democrática a las costas de Francia. La burguesía española intentaría cruzar la frontera, también lo haría cada uno de los países circundantes, el estrangulamiento inmediato del proletariado rebelde sería una cuestión de vida o muerte. No en vano, en un momento dado, Bismarck y Thiers llegaron a un acuerdo frente a la Comuna.

¿Qué se debería hacer en tales condiciones? Entrenar bien una milicia obrera, transformar la guardia obrera en un ejército obrero, declarar una movilización general del proletariado, poner a todos los obreros y explotados bajo las armas, introducir una disciplina

estricta y comenzar una lucha centralizada contra los enemigos que avanzan. Y por más inclinados al federalismo que puedan ser los anarcosindicalistas, por más queridos que sean para ellos los principios federalistas, el simple sentido común obligaría a todo revolucionario a centralizar toda autodefensa para atacar en el momento justo el punto más doloroso de nuestros enemigos de clase. Entonces sería necesario crear un ejército revolucionario de trabajadores para defender las conquistas de la revolución.

Durante esta lucha en el frente interno y externo, tendríamos que enfrentarnos con la pequeña burguesía, con los pequeños propietarios, tendríamos que enfrentarnos con todo el legado del pasado, con todos los prejuicios, con todo lo que se ha acumulado durante muchos siglos. La clase obrera en Francia estaría en minoría y una parte del campesinado estaría en contra, porque los burgueses no se beneficiarían del socialismo. Por lo tanto, sería necesario mantener en sus manos todo lo que fue quitado a la burguesía y repeler cualquier intento de devolver la propiedad confiscada a sus antiguos propietarios. Aquí tendríamos que recurrir a la violencia. Los contrarrevolucionarios deberían ser fusilados, porque la burguesía no se detiene ante nada cuando es necesario restaurar su poder y demostrar al proletariado la santidad de la propiedad privada. Pero no todos deberían ser fusilados: algunos tendrían que ser aislados, encerrados, y las cárceles construidas por la burguesía tendrían que ser utilizadas para esos señores. Por supuesto, habría algunos excéntricos que empezarían a gritar: ¿cómo, después de una revolución social, violencia y cárceles? Sí, respondemos, violencia y cárceles hasta que finalmente se rompa la resistencia de los explotadores. Si no los metéis en la cárcel, os meterán a vosotros en ella.

A la guerre comme à le guerre. Pero aquí hay todavía otros aspectos, que los sindicalistas ni siquiera han pensado. Imaginemos que, en la misma Francia, después de que el decreto solemne de la Confederación General Unitaria del Trabajo o de su órgano ejecutivo haya declarado de propiedad pública todas las fábricas, establecimientos, instrumentos y medios de producción, comienzan a producirse

actos individuales por parte de anarquistas, individualistas, etc. Estos afirman que no les importan las decisiones del sindicato, toman lo que consideran necesario y, por lo tanto, se apropian del dinero público de los bancos, se llevan productos de los almacenes públicos, no queriendo someterse a la disciplina establecida por los trabajadores. Por muy bellas que sean las teorías de los anarquistas, casi nadie aceptará darles la oportunidad de apropiarse de la propiedad pública. Si estos anarquistas toman las armas, entonces habrá que llamarlos al orden con las armas en la mano. Vemos, pues, que los sindicatos, habiendo derrocado a la burguesía, se verán obligados por el curso objetivo de los acontecimientos a crear órganos de represión contra la contrarrevolución, órganos de defensa contra los enemigos externos y órganos de violencia dirigidos contra aquellos que, por razones anarquistas o de cualquier otra índole, violen la disciplina proletaria y los intereses de todo el resto del proletariado en su conjunto.

Sin embargo, esto está lejos de agotar las ambiciones revolucionarias de la clase trabajadora. Al día siguiente de la revolución social surgiría en toda su magnitud el mayor problema de la producción y distribución de productos. ¿Qué es la producción? ¿Cuáles son sus elementos? La producción se compone de fuerza de trabajo viva, fábricas, plantas, un aparato administrativo y técnico, y es necesario ante todo organizar la fuerza de trabajo viva, para lo cual, por supuesto, se utilizarán los comités de trabajadores en las fábricas. ¿Pero es posible organizar la producción de tal manera que cada fábrica pueda hacer lo que quiera? Después de todo, las materias primas deben ser entregadas a la fábrica desde un único centro. Francia no tiene todas las materias primas que necesita. Digamos que Francia tiene que importar algodón del extranjero, cada fábrica no tendrá que pedir algodón por separado, el algodón será importado según las necesidades predeterminadas de todas las fábricas. Es necesario distribuir, es necesario un aparato centralizado de distribución, además, también es necesario un aparato centralizado de producción, porque hay momentos en que los intereses del país exigen, por ejemplo, el cierre de determinadas fábricas. Si, digamos, la

situación en Francia en el momento de lucha aguda resulta ser muy difícil, habría escasez de alimentos y combustible, debido a que los acorazados democráticos del presidente Harding bloquearan decididamente las costas de Francia, entonces sería necesario cerrar una serie de producciones, cerrar una serie de fábricas. Sería necesario decidir qué fábricas exactamente deben clausurarse, y esta cuestión sólo puede ser decidida por un organismo central que conozca la situación de toda la producción y que represente los intereses generales de todo el país, y no las necesidades de un grupo separado de la clase obrera o de una federación.

¿Qué órgano decidirá todas estas cuestiones? ¿La misma Confederación del Trabajo? Se dedicará a la producción, distribución, protección de la seguridad interior y exterior de la república y a la lucha contra la contrarrevolución. También organizará la educación pública, establecerá relaciones exteriores con otras repúblicas similares, etc. ¿Hasta dónde llegaríamos? El hecho es que, si en Francia los sindicatos hubieran derrocado a la burguesía, se habrían visto obligados a crear un aparato de gestión, un aparato de producción, se habrían visto obligados a crear un Estado obrero, es decir, precisamente la dictadura que tanto asusta a muchos anarcosindicalistas. Pero aquí otros sindicalistas nos dicen: nosotros no nos oponemos a la dictadura de las organizaciones obreras, nos oponemos a la dictadura del partido. ¿Qué quiere decir esto? ¿En qué condiciones podría librarse la lucha con mayor o menor éxito en todos los frentes? Siempre que haya máxima unidad de acción y unidad de voluntad en el gobierno de todo el país; siempre que a la cabeza de este aparato recién creado estuviera un grupo de personas con ideas afines, unidas por un programa, una comprensión común de las tareas de la clase obrera y una táctica común, es decir, que hubiera un partido político al frente; que se llame partido de los sindicalistas revolucionarios, aunque pensamos que se llamará Partido Comunista, pero como quiera que se llame, el partido estará a la cabeza, y será una dictadura de la clase obrera, porque la clase trabajadora requerirá de una dictadura propia. La burguesía hace propaganda, socializa a través de su aparato político, estatal, administrativo, a través de la

universidad, a través de su prensa. La clase obrera también levantará su dictadura, influyendo en lo externo, en todos los sentidos. Si los sindicatos derrocaran a la burguesía, tendrían que crear órganos especiales para la gestión, para la solución de los problemas generales, órganos especiales para la producción, distribución, etc. Así, en última instancia, sería necesario realizar una distribución del trabajo tal en la que el partido revolucionario-sindicalista gobernaría el país, daría directivas generales en el ámbito de la producción y la distribución, y los sindicatos correspondientes y los órganos especialmente creados para este fin implementarían estas directivas.

Por lo tanto, examinando más detenidamente la cuestión, llegamos con certeza a la conclusión de que los sindicalistas revolucionarios, que rechazaron la dictadura y el Estado obrero, rechazaron con ello la revolución misma. Esto es un síntoma de una falta total de comprensión de la mecánica de la lucha social y el resultado de un concepto puramente abstracto y metafísico de la lucha de clases. La lucha de clases no es un elemento amorfo, tiene una forma definida y debe conducir a resultados concretos y definidos, y cuando la clase obrera triunfa, debe registrar su victoria en formas organizativas concretas. Estas formas organizativas representan precisamente lo que llamamos un Estado obrero o un Estado en transición. Cuando las clases sean destruidas y la resistencia de los explotadores desaparezca, entonces los órganos de represión se desvanecerán, sólo quedarán los órganos de producción y distribución, y entraremos en una sociedad comunista plenamente desarrollada.

Así es la dictadura del proletariado si la burguesía es derrocada. Presuponíamos que las organizaciones sindicalistas también asumirían este análisis, pero como no habían aprendido nada del ejemplo de la revolución rusa, todavía siguen luchando contra cualquier dictadura, y por ello estas organizaciones no son para nada temibles para la burguesía. La metafísica anarquista no es peligrosa para las clases dominantes y temo que mi suposición de que los anarcosindicalistas derrocarán a la burguesía y se verán obligados a construir un Estado obrero seguirá siendo una suposición, porque sus tácticas pueden conducir no a la victoria del proletariado, sino a su derrota.

Así, vemos que la base de la actitud negativa de los sindicalistas revolucionarios hacia la Profintern es una comprensión completamente incorrecta de la relación entre economía y política, entre partidos políticos y sindicatos. De ahí la tenaz resistencia de todos los sindicalistas al establecimiento de cualquier tipo de conexión entre la Profintern y el Comintern.

Después de los sindicalistas franceses, con su declaración de independencia y autonomía absoluta, en nuestro Congreso hablaron los sindicalistas alemanes, a quienes no les gusta la Profintern, principalmente porque está comprometida con la revolución. Los sindicalistas alemanes son una variedad peculiar de los pacifistas tolstoyanos. Se llaman sindicalistas porque hablan de sindicalismo todo el tiempo, pero en realidad son puros tolstoyanos, que tienen la misma insignificancia en el movimiento obrero alemán que los tolstoyanos tuvieron en el movimiento obrero ruso. Para los sindicalistas alemanes, la Profintern es inaceptable porque fue organizada desde Rusia y porque está relacionada con los comunistas. A los tolstoyanos les resulta difícil comprender y aceptar el programa de la Internacional Comunista, porque se dedican fundamentalmente al trabajo cultural, poniendo en primer plano las cuestiones de la educación y la mejora individual, y no las cuestiones de la lucha de masas de la clase obrera contra la burguesía. ¡Y estos ermitaños sindicalistas quieren crear una nueva Internacional! No les gusta la Profintern porque estableció una conexión organizativa con la Comintern y adoptó un programa de acción revolucionario. Necesitan una Internacional que proclame principios eternos e inmutables que no amenacen sus mezquinos intereses de existencia burguesa. Y en su congreso de Düsseldorf, en octubre de 1921, intentaron crear su propia Internacional, a su imagen y semejanza. Para ello invitaron a un representante de Holanda, y otro de Checoslovaquia aprovechando la estancia en Alemania del delegado de la I.W.W., Williams, que había llegado de Rusia, para crear un nuevo sindicalismo revolucionario, absolutamente independiente, basado en principios trascendentales. En una palabra, una Internacional de ultratumba. Pero no resultó ser tan sencillo. Dos o tres tolstoyanos,

junto con un representante único del sindicalismo checoslovaco y un norteamericano de paso, no pudieron crear la Internacional, y por lo tanto el asunto tuvo que posponerse.

George Williams, el típico ejemplo del filisteo americano, escribió un informe muy largo sobre su viaje a Rusia. En este informe, él, con asombrosa perspicacia, narra que el comunismo aún no se ha establecido en Rusia, y como este confía en que el comunismo puede establecerse en unos pocos meses, se sintió ofendido y decepcionado. De su informe se desprende claramente que no entendió nada de lo que vio en Rusia y oyó en el Primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios. Para caracterizar la actitud de este caballero basta señalar lo siguiente. Cuando el autor de estas líneas le preguntó: “¿Por qué tras la Primera Guerra Mundial se niega a hablar clara y precisamente a favor de la dictadura del proletariado?”, respondió: “Ya ves, si nos pronunciamos a favor de esta fórmula, el gobierno de los Estados Unidos confiscará nuestra imprenta y cerrará nuestra casa editorial”.

Este ciudadano desilusionado pintó un panorama tan sombrío del Congreso de la Profintern que el Comité Ejecutivo, en relación con la I.W.W., adoptó la siguiente resolución el 10 de diciembre:

El Comité Ejecutivo considera que la entrada de la IWW en esta llamada Internacional no sólo es indeseable, sino absolutamente imposible. Los motivos son los siguientes:

1) El Congreso ha condenado claramente las tácticas y políticas de IWW.

2) La Profintern es de naturaleza política y está dirigida por políticos. En realidad, es un partido comunista, pero con otro nombre.

3) Todas las aspiraciones de la camarilla que creó y controla la Profintern se reducen a la liquidación de todas las organizaciones obreras que se niegan a someterse a su disciplina.

4) La Profintern también busca la liquidación de los I.W.W.

5) El Congreso de Moscú no fue una verdadera expresión del movimiento obrero revolucionario internacional.

6) Incluso aunque pudiéramos permitirnos trabajar junto con cualquier organización política, entonces, en cualquier caso, la IWW no podría trabajar junto con el Partido Comunista Americano.

¡De cuántos crímenes es responsable la Profintern! El crimen más importante y grave es que la Profintern no aceptó las tácticas y políticas de la IWW. ¿Pero puede el Congreso Internacional aceptar las tácticas y políticas de todas las organizaciones? Al fin y al cabo, si la IWW no acepta unirse a la Profintern porque el Congreso no ha aceptado su política, y los sindicalistas italianos lanzan un ultimátum exigiendo la aceptación de su programa, si los representantes de todos los países siguen ese camino, entonces no será posible ninguna Internacional. Elementos burgueses de la IWW imaginan a la Internacional como un filántropo de buen corazón que satisface absolutamente a todos, acepta todos los programas que llegan de todos los países y como resultado establece “la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres”. Que todos queden contentos porque todos los programas han sido aceptados. Esta idea ingenua de la Internacional es muy característica de la ideología anarquista. Sin embargo, esta ingenuidad tiene un matiz político. La lucha de la IWW está dirigida contra el Partido Comunista de América. Los trabajadores industriales del mundo se unieron en Estados Unidos para protestar contra el movimiento obrero reformista. En aquel entonces no había un partido comunista revolucionario en Estados Unidos, pero ahora hay un partido comunista allí que tiene todas las posibilidades de ganar la simpatía de las masas trabajadoras. Y por eso, para destacar su organización, subrayar sus particularidades y oponerse a todo el movimiento obrero revolucionario, la IWW impide a esta organización revolucionaria entrar en la Profintern.

Tampoco sería correcto decir que en el Congreso de Moscú no fue una expresión real del movimiento obrero revolucionario. No sabemos a qué llama los IWW el “movimiento obrero revolucionario”, pero no tenemos ninguna duda de que cuando se reúnan con los

tolstoyanos alemanes y elaboren una resolución común, se considerarán “los verdaderos exponentes del movimiento obrero revolucionario”. Podríamos decir que si multiplicamos a los tolstoyanos alemanes por los I.W.W., no obtendremos un “verdadero movimiento obrero revolucionario”, sino la confusión al cuadrado.

Los sindicalistas franceses, aunque no tan remilgados, formulan su oposición a la Profintern aproximadamente de la misma manera. Desde hace ocho meses nuestros camaradas franceses intentan formular qué tipo de Profintern quieren, y tenemos que admitir que cuanto más formulan, menos clara se vuelve su formulación. Hasta ahora sólo se puede establecer un punto: los sindicalistas franceses están en oposición a la Profintern porque está vinculado a la Comintern por representación mutua: ahí es donde empezó la oposición. ¿Tal vez el lector pensará que los sindicalistas franceses intentaron formular algún tipo de programa, analizar las resoluciones adoptadas, expresar su opinión sobre el programa de acción y oponerle su programa? Nada de esto considera estas cuestiones secundarias. La cuestión más importante es si habrá representación mutua en los Comités Ejecutivos de la Comintern y la Profintern, y el programa de acción elaborado por el Primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios, que es una experiencia concentrada del movimiento revolucionario de todos los países, no les interesa. He seguido de cerca todo lo que los sindicalistas franceses escribieron en sus órganos: *La Vie Ouvrière*, *Syndicaliste-Revolutionnaire* y *Liberter*, y debo decir que sólo encontré una posición clara entre los anarquistas: los señores de *Liberter* saben muy bien lo que hacen. Quieren crear una nueva Internacional, compuesta exclusivamente por anarquistas, y admitirán también a sindicalistas si se someten a la influencia anarquista. Quizás parezca absurdo, pero está claro. Pero tan pronto como llegamos a nuestros compañeros de *La Vie Ouvrière* y del *Syndicaliste-Revolutionnaire*, comienza la carrera de obstáculos. El camarada Benard intentó formular sus deseos: propone convocar una Conferencia Internacional de Sindicalistas, para elaborar una serie de reivindicaciones y presentarlas a los comunistas. El camarada Kenton piensa que “dado que queremos construir una Internacional

verdaderamente autónoma y antiestatal, ya no nos invitan tan insistentemente a Moscú". Además, insinúa una conferencia en Milán, que tendrá lugar después de Génova, y afirma que "la Conferencia es un intento de liquidación honorable de la Profintern en favor de la Internacional de Ámsterdam. La Internacional de Ámsterdam parece menos peligrosa a los ojos de Moscú que la que queremos crear. Puede que sea una ilusión, pero sea una ilusión o no, haremos todo lo posible de nuestra parte para garantizar que se forme la Internacional Federalista y que tenga su lugar en Moscú. Será muy impactante si nos negaran esto". Resulta que Moscú quiere liquidar la Profintern, y el camarada Kenton, desafiando a Moscú, no sólo no quiere liquidarla, sino que incluso contra nuestra voluntad quiere establecer la sede de la Profintern aquí, en la Rusia soviética. Este es un desafío muy grande por parte del camarada Kenton, quien nos presenta su Internacional Federalista antiestatal, pero sin embargo este estado de ánimo no debe dar al camarada Kenton motivos para escribir tales absurdos, porque el camarada Kenton, con toda probabilidad, leyó la resolución del último pleno de la Comintern, que condenó todo tipo de proyectos, emanados de Paul Levi y Friesland, para la liquidación de la Profintern. Si no ha leído esta resolución, le aconsejamos que la lea y que en el futuro siga más de cerca la prensa comunista, ya que de lo contrario corre el riesgo de meterse en problemas.

Así pues, nuestros camaradas franceses quieren una Internacional federalista y antiestatal, es decir, una Internacional en la que cada organización haría lo que quisiera y una vez al año se reunirían todas para la interpretación conjunta de canciones revolucionarias. En sentido estricto, ésta debería ser una sociedad internacional para cantar canciones revolucionarias y no una Internacional de acción y lucha. La Internacional federalista con la que sueñan estos camaradas no debe dirigir las acciones de organizaciones individuales; sólo pueden escuchar qué es lo que necesitan. Este sueño ya lo hemos vivido: hemos visto ya a esas Internacionales, sobre todo las hemos visto en acción cuando empezó la guerra. La revolución social no avanzará ni un paso más a la victoria si construimos otro buzón y

ponemos en él la inscripción de "Internacional Federalista". La revolución sólo puede triunfar cuando la Internacional se convierta en una fuerza verdaderamente activa, cuando una al movimiento cada vez mayor de las masas y coordine sus acciones, cuando organice acciones internacionales, cuando los obreros del mismo oficio en todo el mundo, o los obreros de todos los oficios, pueden salir el mismo día en nombre de la misma consigna. Quien opone una Internacional real a una Internacional "federalista", en realidad rechaza cualquier Internacional y hace retroceder al movimiento obrero décadas; cierra los ojos a los objetivos y tareas del movimiento obrero. Afirman además que quieren una Internacional antiestatal. Hasta que Kenton no nos explique qué significa este término, sólo podemos hacer nuestras propias conjeturas. Con toda probabilidad, éste es el tipo de Internacional que, en lugar de aprender de la experiencia de la práctica, construye su programa y su táctica sobre los panfletos de Bakunin y Kropotkin. Si el miembro del Partido Comunista Francés, Kenton, piensa crear otra Internacional antiestatal, que lo diga; estaremos muy contentos de saber finalmente de qué se trata. ¿O tal vez se trata de una Internacional que debería luchar contra todos los Estados? Los anarquistas, como es sabido, siempre han luchado contra cualquier dictadura, contra cualquier Estado; no quieren tener en cuenta ni el tiempo ni el espacio. Debemos decir que estas teorías atemporales, aespaciales y de otro mundo no son para nosotros. Nuestra Internacional también será antiestatal, porque libraré una lucha contra el Estado burgués, lucharé para que la clase obrera de cada país derroque a su burguesía y cree su propio Estado obrero, y cuando los obreros de cada país creen sus Estados, entonces la Profintern hará todo lo que esté a su alcance para defender estos Estados, pues estos serán Estados de los obreros y de los explotados.

Otro de los autores de la idea de una Internacional de otro mundo, el camarada Benard, plantea otra exigencia a la Internacional: en su opinión, el sindicalismo debe ciertamente ocupar un lugar de honor en la Internacional. No estamos en absoluto en contra de

los lugares de honor, pero la Internacional no es una entidad nobiliaria, no entrega cruces de la Legión de Honor a determinados movimientos u organizaciones. Los sindicalistas se asegurarán un lugar de honor en el movimiento obrero internacional en la medida en que sean capaces de hacer frente a la burguesía, silenciar la reacción y, finalmente, derrocar a la clase dominante. Nos atrevemos a pensar que el proletariado ruso tiene, en todo caso, no menos derecho a un lugar de honor que los sindicalistas franceses, pero no recuerdo que hayamos exigido jamás a nadie el reconocimiento formal de nuestros méritos, premios y lugares de honor. Los lugares honorables en la Internacional se adquieren en la lucha contra la burguesía ¿Quieres alcanzar un lugar de honor, camarada Bernard? ¡Por favor, adelante, seremos muy felices!

También es extremadamente curiosa la actitud de los sindicalistas italianos hacia la Profintern. El representante de la Unión Sindical Italiana, Borgi, anunció oficialmente en 1920 que su organización se unía a la Internacional Comunista. Pero esto fue una adhesión puramente verbal. Cuando se hicieron evidentes las colosales dificultades con las que tenían que luchar la revolución rusa y el proletariado ruso, entre los sindicalistas italianos empezaron a oírse cada vez con más frecuencia voces que reprochaban a la revolución rusa no seguir los mandamientos anarquistas. Representantes de la misma Unión de Sindicalistas Italianos llegaron, aunque tarde, al Primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios y se adhirieron a las decisiones tomadas por el Congreso, pero inmediatamente después de su regreso, la Unión Sindical Italiana inició una lucha persistente contra la Profintern. A la cabeza de los oponentes del Profintern está Borgi, el mismo Amando Borgi que llegó a Moscú e hizo declaraciones orales y escritas sobre su adhesión a la Internacional Comunista, ¿por qué Borgi está ahora en contra del Profintern? Presenta contra la Profintern los mismos argumentos que los tolstoyanos alemanes y los anarcosindicalistas franceses. Él, como veis, querría crear una Profintern que sería como dos gotas de agua con la "Union Sindical Italiana": quiere el federalismo, quiere la independencia absoluta de los partidos políticos y, además de todo lo

demás, exige un lugar honorable para los sindicalistas en la Internacional Sindical, y acepta este lugar honorable en forma de la influencia exclusiva y predominante de los sindicalistas en la Profintern. El último congreso de la Unión Sindical Italiana mostró hasta qué nivel han caído los sindicalistas italianos. El discurso de Borgi fue una acusación a la revolución rusa. Borgi se convirtió en un defensor de Makhno y de la Makhnovshchina. A Borgi no le gusta el hecho de que el gobierno soviético esté luchando contra los anarquistas. Borgi tiene su propia teoría de la revolución y está muy descontento con que Rusia esté haciendo su propia revolución, ignorando por completo las propias tesis de Borgi. Todo esto está claro, lo único que no está claro es ¿por qué Borgi no aplica su maravillosa teoría en Italia? Parecería que lo más fácil sería organizar una revolución en el propio país según una receta propia, para mostrar a los obreros rusos, no con palabras sino con hechos, cómo evitar los errores. Sin embargo, los anarquistas y sindicalistas evitan este método simple y prefieren enseñar a los trabajadores rusos con conversaciones salvadoras de almas y discursos acusatorios. La resolución más extensa de Giovanetti, adoptada sobre la cuestión del Profintern, fue discutida, paseando al mismo perro con distinto collar, proclamando su ardiente amor por la independencia y exigiendo la creación de una Internacional federalista, al tiempo que declara la absoluta necesidad de convocar un congreso fuera de Rusia. Esta exigencia de celebrar un congreso fuera de Rusia es fruto de la creatividad italiana. Es cierto que a esto también contribuyeron los tolstoyanos alemanes, pero el honor de procesar estas ideas pertenece a los italianos en general y a Borgi en particular.

En cierta ocasión, uno de los sindicalistas alemanes, Rocker, escribió que se negaba a ir a la Primera Sesión de Sindicatos Revolucionarios porque los delegados se alojaban en el Hotel Lux a expensas del Estado, lo que contradecía sus convicciones. Parece que no hay nada más sencillo: venir a Moscú y, en lugar de alojarse gratis en el Hotel Lux, pagar el alojamiento. Pero ¡no! La cabeza de Rocker está estructurada de otra manera: como no quiere vivir gratis en el Hotel Lux, no puede ir al Congreso Sindical Internacional. Este

pensamiento elemental de Rocker está acompasado con música italiana por Borgi. Ahora Borgi va más allá y, en interés de la “independencia” del movimiento sindical, exige la convocatoria de un congreso fuera de Rusia. Si Borgi nos ofrece la posibilidad de reunirnos en Milán, después de haber tratado previamente con su burguesía siguiendo el ejemplo del proletariado ruso, entonces con mucho gusto iremos a Milán. Y si Borgi, en lugar de declaraciones y resoluciones, hubiera dicho simplemente que la Unión Sindical Italiana proponía la convocatoria de un congreso en Milán y que él asumía la tarea de garantizar la inviolabilidad del congreso, entonces también habríamos encontrado posible hablar de ello. Pero Borgi sabe perfectamente que es imposible convocar un congreso en Italia, que este congreso no puede convocarse ni en Francia, ni en Italia, ni siquiera en Alemania, y puesto que lo sabe, ¿por qué inicia estas conversaciones, iniciadas en su momento por D'Aragona? El reformista D'Aragona exigió que el congreso se trasladara al extranjero, y el "revolucionario" Borgi repite ahora esta exigencia, olvidando que un congreso de sindicatos revolucionarios sólo puede convocarse en el país de la revolución. Los sindicatos rusos han demostrado, no con palabras sino con hechos, cómo luchar contra la burguesía, y los anarcosindicalistas tienen algo que aprender de la Rusia soviética. Si Borgi y sus amigos hubieran pensado un poco en esta cuestión, se habrían dado cuenta de que su propuesta aparentemente inocente contenía un pensamiento antirrevolucionario.

La Unión Sindical Italiana fue aún más lejos. Habiendo expresado solemnemente en su resolución su desconfianza en el gobierno soviético y su confianza en todos los gobiernos burgueses de Europa y América, estos revolucionarios extraordinarios, entre otras cosas, decidieron: “Excluir de la Internacional Sindical a aquellos sindicatos y minorías sindicales que se unan a la Internacional Amarilla de Ámsterdam, aunque sea a través de una federación profesional. Limitar la actividad y el liderazgo de la Internacional Profesional a tareas y trabajos de carácter internacional.” Vamos a intentar entender qué significan estos dos puntos. El primero de ellos exige

la exclusión de minorías en la Profintern. Así, tres millones de revoluciones de obreros revolucionarios que pertenecen a los sindicatos en Alemania deben ser excluidos porque los centros a los que están afiliados formalmente pertenecen a la Internacional de Ámsterdam. Los camaradas italianos han pensado en esto hace poco. Si esto se hubiera propuesto hace tres meses, la minoría de la Confederación General del Trabajo de Francia habría tenido que ser expulsada del Profintern, ya que los sindicalistas revolucionarios de Francia sólo formaron una organización separada hace un mes. Si lo que ahora proclaman los sindicalistas italianos fuera realmente su principio, lo habrían exigido antes, pero no hemos encontrado en la prensa de los sindicalistas italianos ninguna exigencia de exclusión del Comité de Sindicalistas Revolucionarios de Francia de la Profintern. ¿Por qué hicieron esta exigencia ahora? Quieren quedarse en su compañía. Ahora que se ha creado la Confederación Unitaria del Trabajo y los sindicalistas revolucionarios no pasarán por semejante proceso, proponen este nuevo principio con alevosía y están dispuestos a acusar al Profintern de oportunismo y de todos los demás pecados mortales por el hecho de tratar tales principios con ironía.

Si este punto se explica en gran medida por consideraciones demagógicas, entonces el punto siguiente es completamente incomprensible. ¿Qué significa “limitar la actividad y el liderazgo de la Internacional Sindical Roja a tareas y trabajos de carácter internacional”? Si estas palabras tienen algún significado, es éste: la Profintern debe permitir a cada organización afiliada a ella hacer lo que quiera y como quiera, en su propio territorio. Lo internacional debe limitarse a un trabajo de carácter internacional ¿Qué significa realizar un trabajo de carácter internacional? Tomemos como ejemplo el actual cierre patronal de los metaleros ingleses. ¿Debe la Profintern reaccionar simplemente enviando un programa de radio y pidiendo ayuda financiera, o puede y debe llegar a un acuerdo con los partidarios del Profintern en Inglaterra sobre los métodos para contrarrestar el avance del capital? Las acciones de carácter internacional, extraterritorial, no existen, todo deber internacional tiene en su

base una organización nacional, y la limitación introducida por la Unión Sindical Italiana convierte a la Internacional no en un órgano de acción, sino en una máquina de producir declaraciones que no comprometen a nadie a nada. En este punto, la Unión Sindical Italiana se otorga la licencia de hacer lo que quiera en territorio italiano y de atacar a la Internacional mientras pertenezca a ella; proclaman su ardiente amor por la revolución rusa, dicen apoyar al proletariado ruso, declaran su adhesión de principios a la Comintern y al mismo tiempo dicen que la Comintern es una pandilla de políticos. Proclamar consignas revolucionarias y aplicar políticas opuestas. Hablan mucho y hacen poco, entonces, ¿qué derechos quieren asegurar los políticos anarquistas de la Unión Sindical Italiana en relación con la Internacional?

Pero ¿es realmente necesaria la Internacional en tales condiciones? Obviamente no. Quien quiera una Internacional de acción y no una Internacional de palabras, no puede estar de acuerdo con una formulación tan absurda, por decirlo suavemente, según la cual la Internacional debería ocuparse exclusivamente de conversaciones de carácter internacional. Cuando se les pregunta a los anarcosindicalistas qué tipo de Internacional quieren, responden que exigen una Internacional de acción, pero cuando se les intenta preguntar qué significa esa Internacional de acción, plantean su principio federalista, que puede formularse aproximadamente así: cada organización puede hacer lo que quiera y la Internacional no tiene derecho a interferir. Está claro que los propios anarcosindicalistas no comprenden muy claramente de qué están hablando, pues la Internacional de acción, la Internacional revolucionaria, excluye la independencia absoluta de cada organización nacional. La Internacional se crea sobre la base de una disciplina, operativa y libre, por más que de manera poco forzada los obreros lleguen a la idea de la necesidad de crear una Internacional, sólo porque la lucha de clases se ha vuelto internacional y sólo a escala internacional se puede derrocar el capitalismo. Nuestros sindicalistas italianos aún no han llegado a la comprensión de esta simple verdad y por eso tratan de encerrarse en su marco nacional, de cavar su trinchera nacional,

pensando que hablar de federalismo puede sustituir la lucha contra la burguesía nacional e internacional.

Desgraciadamente, esta estrechez de miras nacional no es característica sólo de los sindicalistas italianos; se puede ver también entre los sindicalistas suecos, quienes en su respuesta a la carta del Profintern escribieron lo siguiente: “La organización internacional en nuestra época de reacción internacional es de enorme importancia, aunque todavía no hemos podido convencernos de que es una necesidad vital”. ¡Esto es simplemente magnífico! ¡Dudan de que una organización internacional sea una “necesidad vital”! He aquí, en esta fórmula, la quintaesencia del “federalismo” anárquico y una incompreensión de las tareas históricas de la clase obrera. Además, aquí se pone de manifiesto el aislamiento absoluto de estos grupos de obreros de la lucha de clases en general; la estrechez de miras nacional pequeñoburguesa triunfa sobre la ideología proletaria revolucionaria.

Vemos, por tanto, que cada vez que los sindicalistas revolucionarios comienzan a oponerse a la Profintern, a su programa y a sus tácticas, rápidamente caen en una teoría y una práctica antirrevolucionarias. Esta ideología antirrevolucionaria es una consecuencia de su visión anarquista del mundo. ¿Cuál es la esencia del anarquismo? Es el hecho de que en sus construcciones no parte del concepto de clase, sino del concepto de individuo, no del movimiento de las masas, sino de las acciones de una minoría con iniciativa. Los anarquistas se esfuerzan por adaptar la realidad a sus fórmulas. Creen que la construcción metafísica es esencial para la historia. En lugar de estudiar con un conocimiento detallado de la situación en la que lucha la clase obrera, en las condiciones específicas de la lucha, el anarquista llega, elabora sus fórmulas y dice: “Quiero que los historiadores sigan este camino”. Pero la historia nunca se examina con fórmulas, las construcciones abstractas no son obligatorias para los acontecimientos históricos, y vemos cómo el anarquismo se queda al margen del movimiento de las masas, avanza cojeando detrás del carro que avanza velozmente de la his-

toria y, sin seguir el curso de los acontecimientos, empieza a quejarse de la revolución y a increpar a sus líderes. En los últimos años hemos visto el anarquismo en acción. ¿Dónde, en qué país, el anarquismo jugó un papel serio en el movimiento obrero? Incluso en España, cuna del anarquismo, éste no aportó nada a la clase obrera: no aprendió nada, ni de la guerra ni de la revolución rusa. Además, la revolución rusa reveló la verdadera naturaleza del anarquismo donde el anarquista quería crear, donde quería seguir su propia línea. Esta línea era antiobrera y antirrevolucionaria. Los anarquistas resultaron ser una escisión en las oleadas de elementos *kulaks* y un arma en manos de la contrarrevolución. Es por eso que toda esta cháchara anarquista está empezando a molestar a algunos de los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo de Francia. La Unión Sindical Italiana y algunas otras organizaciones pueden causar mucho daño. Es peligroso porque los anarquistas están dividiendo el frente único del movimiento obrero revolucionario. El anarquismo siempre ha sido tan estéril como la higuera bíblica, y no ha dado ni puede dar nada real, nada práctico, nada concreto a la clase trabajadora.

Desde hace 8 meses los anarcosindicalistas atacan a la Profintern y acusan a sus dirigentes de politiquería, pero ¿han intentado analizar la esencia de las resoluciones adoptadas, han intentado elaborar un programa de acción diferente, para ofrecer algo útil a los trabajadores que están en sus organizaciones? Los anarquistas y anarcosindicalistas suelen decir que quieren el socialismo integral, es decir, revolución inmediata. ¿Pero qué sentido tiene este deseo suyo? ¿En qué país los anarquistas han hecho avanzar siquiera un paso la causa de la clase obrera y la lucha contra la burguesía? Es característico que la reacción burguesa no cese de hacer estragos, sin prestar atención a los esfuerzos revolucionarios. Es el fenómeno de los fanáticos del socialismo inmediato. La burguesía francesa continúa, como si nada hubiera pasado, tocando el primer violín en el concierto reaccionario internacional, mientras los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo, en lugar de dirigir su atención a la lucha contra su burguesía y su reacción, se dedican a atacar a la

revolución rusa y al gobierno bolchevique. Aquí están siguiendo no sólo a toda la prensa reformista sino también a la nacionalista, y no tienen suficiente instinto revolucionario ni siquiera para comprender esta extraña conexión y esta extraña coincidencia.

Si examinamos cuidadosamente todo lo que los sindicalistas han escrito contra la Profintern durante los últimos 7-8 meses, si revisamos todos sus argumentos, entonces, en general, todas sus afirmaciones se reducen al hecho de que los sindicalistas, dicen, quieren hacer una revolución ellos mismos, sin la ayuda de nadie, y la Profintern y la Comintern quieren impedirles que lo hagan. Nos atrevemos a asegurar a los sindicalistas que nadie les impedirá hacer una revolución. Nunca interferiremos en las acciones de los sindicalistas revolucionarios contra la burguesía, pero siempre desenmascaramos a quienes hacen pasar palabras por hechos. A juzgar por los informes de la prensa anarcosindicalista, los anarquistas quieren crear su propia Internacional. En este sentido también se expresó la Conferencia Internacional de Anarquistas celebrada en diciembre en Berlín. Habiendo creado una Internacional Sindicalista Revolucionaria bajo el patrocinio de los anarquistas, los sindicalistas revolucionarios, por supuesto, la declararán como la organización más independiente y autónoma del mundo. Pero ya hemos oído tanto sobre independencia y autonomía que no podemos fiarnos de ese tipo de afirmaciones. Al fin y al cabo, también la Internacional de Ámsterdam grita en cada encrucijada su independencia y autonomía. La Confederación Reformista del Trabajo de Francia no pierde una sola ocasión, conveniente o incómoda, de no proclamar solemnemente su ardiente devoción a la Carta de Amiens, y todas las organizaciones reformistas que siguen el ejemplo no sólo de la socialdemocracia, sino también de la burguesía de su país, son todos caballeros de la autonomía y de la independencia y, como siempre ocurre, cuanto más dependen de la burguesía, más gritan su independencia del comunismo.

Nuestros camaradas, los sindicalistas revolucionarios, hacen lo mismo: cuanto más gritan por la independencia, más estrecha-

mente se unen al anarquismo, es decir, a la ideología pequeñoburguesa, y como ya hemos visto muchas veces cómo los campeones de la independencia pasan de repente con armas y bagajes al campo de nuestros enemigos de clase, pasamos por alto todo este ruido con toda calma, declarando a los anarcosindicalistas de todos los países: los comunistas os ofrecen un bloque, quieren sinceramente crear junto con vosotros un frente único para la lucha contra el reformismo y contra la burguesía. ¿No queréis este bloque? ¿Queréis crear una Internacional separada? Vuestra Internacional está condenada de antemano a la esterilidad. Iremos a los miembros de base de sus organizaciones y les diremos abiertamente: “Aquellos que os incitan contra los comunistas, que os obligan a ver a los comunistas como vuestros enemigos, que os llaman a protestar y a luchar contra la Rusia soviética, la Comintern y la Profintern, están haciendo el trabajo de la burguesía, no del proletariado, están cumpliendo un papel antirrevolucionario y antiobrero”. Esto es lo que diremos abiertamente a los trabajadores de vuestras organizaciones. Les hemos ofrecido y seguimos ofreciéndoles una alianza. Creamos una organización en la que hay comunistas y anarquistas. Los sindicalistas y todos los sindicalistas de izquierda podrían trabajar juntos, pero en lugar de trabajar de manera fraternal nos presentan ultimátums y exigen que la mayoría de los trabajadores revolucionarios organizados se sometan a la minoría anarcosindicalista. Hemos esperado muchos meses, con la esperanza de que vosotros mismos comprendierais lo que estáis haciendo, pero cada día avanzáis más y más en el camino de la lucha contra la revolución rusa, la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja. Entonces, ¿queréis confrontación? La tendréis.

(Internacional Comunista, No. 21, abril de 1922).

La enfermedad infantil del sindicalismo francés

En la lucha contra el reformismo se formó y creció la Confederación Unitaria del Trabajo, que desde los primeros días de su aparición sentó sus bases en los viejos principios del sindicalismo revolucionario. La Confederación General del Trabajo, antimilitarista, antiparlamentaria, antipolítica, se convirtió, como es sabido, durante la guerra en una organización militarista, politizadora, cuyos dirigentes nunca abandonaron las antesalas ministeriales. La caída sin precedentes de los sindicalistas revolucionarios y la descarada traición a la causa de la clase obrera provocaron en un principio una profunda decepción y desmoralización entre las masas trabajadoras. Entonces empezó a formarse una oposición interna. Esta oposición crecía cada año que pasaba, y cuando se volvió muy peligrosa, los dirigentes reformistas de la Confederación General del Trabajo comenzaron a expulsar a los sindicatos revolucionarios. En respuesta a la exclusión, se tomaron medidas para agrupar a todos los sindicatos revolucionarios. De esta manera se formó la Confederación Unitaria del Trabajo.

La organización recién nacida se enfrentó a tareas extremadamente difíciles. La Confederación General del Trabajo le dejó un legado negativo. Los reformistas todavía tenían sus sedes, sus aparatos, el favor del gobierno, mientras que los revolucionarios llegaron con los bolsillos vacíos y tuvieron que empezar a crear todo desde cero. El patrimonio ideológico estaba en un estado aún peor. El número de miembros a finales de 1921, como resultado de la gestión reformista, cayó de 2 millones a 500 mil, y así la parte revolucionaria del proletariado se encontró ante la cuestión de revivir el movimiento obrero, que había sido desmoralizado, desorganizado y dispersado, gracias a las astutas tácticas de los grandes estrategas como Jouhaux y Dumoulin. En tal situación, a los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo se les exigía no sólo que se comprometieran con las normas, en otras palabras, sino con un análisis

real de la correlación de fuerzas, teniendo en cuenta el estado de las cosas y la hábil implementación de las tácticas revolucionarias.

Pero, desgraciadamente, nuestros camaradas franceses empezaron con el pie izquierdo desde el primer momento. Antes incluso de que se formara la Confederación Unitaria del Trabajo, el ala anarquista colocó la cuestión de la independencia del movimiento sindical como el punto más importante del orden del día y proclamó la Carta sagrada adoptada en 1906 como inquebrantable e inviolable. Lo que menos nos oponemos, por supuesto, es a la discusión, a las disputas fundamentales y a la teoría, pero en este caso no se trataba de una teoría establecida por la práctica de la realidad. No era una teoría que hiciera avanzar el trabajo práctico de todos los días, sino una teoría que sustituía a la práctica, que, con su universalidad, se suponía que resolvería todas las cuestiones planteadas durante la última década. La Carta de Amiens fue tomada, así como base de la actividad, y cualquier indicación de que la Carta había sido adoptada 16 años antes y que no podía prever ni la guerra mundial ni la revolución rusa, y que la clase obrera se enfrentaba ahora a nuevas tareas que ninguna Carta podía prever, fue declarada una violación sacrílega de la independencia del movimiento obrero y fue solemnemente anatematizada en nombre de los grandes principios del anarcosindicalismo.

Pero ¿qué es esta famosa Carta de Amiens? En vista de que se declara eterna e inmutable, no sujeta a cambios y previendo todos los casos de vida y muerte, la presentaremos aquí en su totalidad y trataremos de analizar en qué medida esta Carta puede servir de base al movimiento obrero revolucionario de la época de la revolución social que ha comenzado. A continuación, el texto completo de esta carta:

El Congreso de Amiens de la Confederación confirma el artículo 2 de la Constitución de la CUT. La CUT reúne, independientemente de su orientación política, a todos los trabajadores que son partidarios conscientes de la lucha por la abolición del trabajo asalariado. El Congreso considera que esta declaración es un reconocimiento de la lucha de clases

que se libra en el terreno económico. Opone a los trabajadores rebeldes a toda forma de explotación y opresión, tanto moral como material, contra el proletariado.

El Congreso revela en los párrafos siguientes el significado concreto de esta posición teórica. En sus reivindicaciones diarias, el sindicalismo persigue la tarea de coordinar todas las fuerzas del proletariado, aumentando el bienestar de los trabajadores mediante una mejora directa de su situación, expresada en una reducción de la jornada de trabajo, un aumento de los salarios, etc. Pero esta actividad es sólo una parte del sindicalismo. El sindicalismo prepara al mismo tiempo la liberación completa, que sólo puede lograrse mediante la expropiación de los capitalistas; aboga por la huelga general como medio de lucha y considera que actualmente es necesario el sindicato como asociación de autodefensa. En el futuro, está destinada a desempeñar el papel de asociación de trabajadores para la producción y la distribución y de célula principal de reconstrucción social.

El Congreso declara que este doble trabajo, el trabajo del día y el trabajo del futuro, resulta del sistema asalariado que oprime a la clase obrera y que induce a todos los trabajadores, cualesquiera que sean sus aspiraciones filosóficas y políticas, a ingresar en el órgano fundamental de la clase obrera, que es el sindicato. La consecuencia de estas disposiciones es que, en relación con los individuos, el Congreso confirma la completa libertad para cada miembro del sindicato de participar fuera de su organización sindical en aquellos órganos de lucha que correspondan a su cosmovisión filosófica y política, limitándose al mismo tiempo sólo a la exigencia de no introducir en el sindicato aquellas teorías que profese fuera de su organización profesional. En materia de organizaciones, decide el Congreso, que para que el sindicalismo alcance los máximos resultados es necesario que la actividad económica de los sindicatos se dirija directamente contra el sistema burgués, y que las organizaciones confederales, como asociaciones sindicales, deben actuar fuera de toda conexión con los diversos partidos y organizaciones que están abiertas

a la libre oportunidad de luchar por la regeneración de la sociedad dentro de la Confederación y junto a ella

La Carta de Amiens contiene, pues, una proclamación solemne de los principios de la lucha de clases y un énfasis en el hecho de que la lucha diaria de la clase obrera contra el capital es sólo un aspecto de su actividad, pero que la tarea fundamental de la clase obrera es el derrocamiento del capitalismo. En esta parte de la declaración se proclaman, pues, aquellos principios del movimiento obrero revolucionario que son comunes tanto al sindicalismo como al socialismo revolucionario, es decir: el comunismo.

Pero no es éste el aspecto más característico de la Carta de Amiens, pues si el centro de gravedad de este documento residía en la proclamación del principio de la lucha de clases revolucionaria, ¿cómo pudo ocurrir que la reformista Confederación del Trabajo se aferrara también a la Carta de Amiens? Basta mirar toda la literatura de la reformista Confederación del Trabajo, todos los discursos de sus dirigentes, para convencerse de que la lucha de clases ha desaparecido del horizonte de estos políticos. Son partidarios totalmente abiertos de la paz de clases, de la cooperación de clases, y la Carta de Amiens les resulta valiosa no porque proclame la necesidad de la lucha de clases. Si la reformista Confederación del Trabajo, en cada oportunidad conveniente o inoportuna, declara solemneamente que también ella está a favor de la Carta de Amiens, es porque la Carta de Amiens establece la independencia de los sindicatos respecto de toda organización política.

El último punto de esta Carta establece que las organizaciones confederales, como tales, no deben interesarse por partidos y organizaciones que, fuera y junto a ellas, pueden perseguir con total libertad la transformación de la sociedad. El énfasis está puesto en “el dentro y junto”, y los sindicatos no deberían tener absolutamente ningún interés en este asunto. ¿Cuál es el significado de esta frase, aunque vaga, pero aun así comprensible? La cuestión es que el sindicato es la única organización que lucha por la liberación de la clase obrera y que todos los grupos políticos, independientemente de su

esencia, se sitúan fuera del marco de la clase obrera y la acompañan. Así pues, esta parte de la Carta de Amiens es una negación de la necesidad de un partido independiente de la clase obrera, cuya actividad debe ser llevada a cabo por los sindicatos. Esto significa, en otras palabras, que los sindicatos, en el proceso de lucha por la mejora de las condiciones de trabajo, llegarán al Estado capitalista, derrocarán a la burguesía y crearán una nueva sociedad, es decir, que los sindicatos encarnan, por un lado, una organización de masas que engloba a los trabajadores sin distinción de convicciones políticas, filosóficas o religiosas y, por otro lado, una organización que tiene un programa político y filosófico completamente definido, es decir, un partido.

El origen histórico de la Carta es claro. El socialismo francés siempre se ha distinguido por un reformismo local particular, y la Carta mostró una sana protesta de clase contra el ministerialismo y la política de acuerdos y compromisos que subyacía en la práctica del Partido Socialista Francés. Pero ¿puede esta negación flagrante de un partido político servir como programa de acción? Después de todo, un partido político existe. Si escuchamos a algunos anarquistas, entonces un partido político obrero surge por la mala voluntad de algunos intelectuales: hay intelectuales desempleados, escritores y todo tipo de personas que buscan algo que hacer y por eso se les ocurre la idea de crear partidos políticos. Sólo el pensamiento primitivo, sólo la gente con una visión primitiva puede imaginar la mecánica de la lucha social de una manera tan vulgar y tan infantil. ¿Qué es un partido? Cada partido es un reflejo consciente de un determinado estrato social en una sociedad de clases moderna. Un partido es una asociación de personas con ideas afines que tienen la misma comprensión de las principales líneas de desarrollo de la sociedad moderna y de las tareas que enfrenta la clase cuyos intereses expresa el partido dado. La clase obrera, como fuerza que crece en el proceso de lucha, identifica constantemente grupos políticos que de una forma u otra reflejan sus intereses

¿Pero cómo es posible que en un mismo país existan varios partidos obreros, con tácticas y programas diferentes? Esto sucede porque la clase trabajadora es heterogénea, sus diferentes capas se encuentran en diferentes etapas de desarrollo. Hay partidos obreros que reflejan el estado de ánimo de las capas más atrasadas de la clase obrera, aquellos que vinculan a la clase obrera con las demás clases, que son los portadores y exponentes de ese objetivo. Y, en otros países, hay grupos políticos que componen una organización revolucionaria que conduce a la destrucción de la sociedad de clases. Éstos son los partidos comunistas. Así, el surgimiento de los partidos no es un accidente, no es algo inventado artificialmente, sino que es el reflejo de una profunda necesidad de clase de reunir, de agrupar a los elementos más conscientes de la clase obrera, junto con aquellos elementos que se han convertido en el centro de atención de la clase obrera, aunque ellos mismos provengan de otras clases, para llevar a cabo la misión histórica del proletariado.

Sólo por esta razón los sindicatos no pueden dejar de interesarse por los partidos y su formación. ¿Puede un sindicato tratar por igual a los partidos burgueses, a los partidos socialistas y a los partidos comunistas? ¿Pueden los sindicatos tratar a todas las agrupaciones políticas exactamente de la misma manera cuando está claro para cualquier trabajador que algunos partidos buscan fortalecer el dominio burgués, mientras que otros buscan destruir este dominio burgués? Si la reformista Confederación del Trabajo se refiere a esta parte de la Carta, es para continuar su politiquería y encubrir su traición a los intereses de la clase obrera. ¿Por qué, sin embargo, los anarcosindicalistas se aferran tanto a estas fórmulas? ¿Qué asocian con la Carta de Amiens? Desafiando la razón y los elementos, quieren proclamar que la única organización universal y abarcadora de la clase obrera es su organización sindical. Los sindicalistas revolucionarios incluso crearon una teoría completa sobre la naturaleza revolucionaria objetiva de los sindicatos, sobre el hecho de que los sindicatos son revolucionarios por su propia esencia. Pero en esto se equivocan. Al fin y al cabo, toda la historia del movimiento sindical

a lo largo de un siglo demuestra que los sindicatos tienden al conservadurismo y que existen muchos prejuicios burgueses. No es necesario remontarse muy atrás: la posición actual del movimiento obrero en el mundo ilustra estos puntos. Basta con mirar el estado actual del movimiento obrero internacional para comprobar que los gigantescos sindicatos de la clase obrera, revolucionarios, alemanes, ingleses, estadounidenses y de otros países, son la encarnación del conservadurismo de clase. Son, en esencia, organizaciones no revolucionarias, lo que significa que entran en contradicción con la verdad histórica, no prestan atención a los hechos, no se alejan de la autocomplacencia e inventan para sí mismos fórmulas reconfortantes que son refutadas por el estado de la clase obrera en todos los países.

Esta ilusión sobre el carácter revolucionario de los sindicatos, sobre el hecho de que un sindicato es “suficiente en sí mismo”, de que los sindicatos son organizaciones universales, es lo que está en la base de la Confederación Unitaria del Trabajo, y este pensamiento, esta idea, es el punto más débil y peligroso para el movimiento sindical revolucionario en Francia. De esta universalidad debemos sacar las conclusiones adecuadas, y nuestros camaradas franceses han comenzado a sacarlas. Habiéndose declarado los únicos revolucionarios y los únicos oponentes de la sociedad burguesa, sin reconocer ninguna otra fuerza que librara la lucha contra el capitalismo, los camaradas franceses tuvieron que llegar, ante todo, al punto de romper la unidad dentro de su propia organización. La organización del CUT se basa en el principio de unir a todos los trabajadores revolucionarios, independientemente de sus opiniones y convicciones políticas. Pero aquí lo que se requiere no es sólo el reconocimiento del principio de la lucha de clases revolucionaria, sino algo mucho más: aquí se requiere que todos reconozcan que el sindicato es la única organización universal que puede liberar a la clase obrera.

Sin embargo, los dirigentes de la Confederación del Trabajo fueron más allá. Pensaron que no bastaba con limitarse a esta fórmula. Comenzaron a profundizar su punto de vista, y cuanto más lo profundizaban, más y más caían en el anarquismo puro, lo que no pudo

evitar llevarlos a un callejón sin salida. El espíritu sectario de la Confederación Unitaria del Trabajo se manifestó especialmente claramente en dos cuestiones: sobre la adhesión a la Internacional Sindical y sobre la actitud hacia la revolución rusa. El ala revolucionaria del movimiento obrero francés participó en la creación de la Profintern. Las minorías revolucionarias de los sindicatos, junto con los sindicatos rusos, crearon el Consejo Internacional Provisional y luego la Internacional Sindical Roja. Parecería que debían ser la parte más importante de la Profintern, pero ya en el momento de su aparición, los sindicalistas franceses se manifestaron decididamente en contra de ella y basaron toda su oposición únicamente en la conocida resolución sobre la vinculación entre la Profintern y la Comintern. Así pues, la actitud hacia la Comintern se convirtió en una cuestión militante para los anarcosindicalistas, y resultó ser un motivo suficiente para abstenerse de unirse a la Profintern.

Leyendo atentamente todo lo que se ha escrito sobre este tema, se puede afirmar que los sindicalistas están en contra de la Comintern no porque las tácticas de la Comintern no les satisfagan, porque la Comintern esté siguiendo tácticas oportunistas, sino porque la Comintern es una organización política. Por eso no objetan nada en cuanto al fondo; no tienen nada que decir contra la línea revolucionaria de la Comintern, pero concentran todas sus pruebas y toda su lucha en el hecho de que la Comintern es una organización política. Y como la Carta de Amiens establece que los partidos políticos deben ejercer su trabajo “fuera y junto a ellos”, no pueden aceptar representaciones mutuas ni acciones conjuntas. ¿Qué exigen los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo? En el número 14 del *Sindicalista-Revolucionario*, del 23/29/11-1922, encontramos la formulación de estas reivindicaciones. Se reducen a lo siguiente: 1) a escala nacional: autonomía completa, independencia absoluta en la gestión, en la propaganda, en la preparación de acciones, en el estudio de los medios de organización y de las futuras batallas y, finalmente, en la acción misma; 2) a escala internacional: autonomía e independencia de ambas Internacionales, así como a escala nacio-

nal, negativa a la representación mutua entre ambos órganos ejecutivos, actuación de ambas Internacionales dentro de sus propias fronteras, no interferencia mutua, delimitación preliminar del ámbito de actividad.

¿Averiguaremos qué significan estas fórmulas? ¿Qué significa autonomía completa e independencia absoluta? ¿Independencia de qué y de quién? Supongamos que en Francia la presión de la burguesía ha aumentado tanto y la ira entre las masas trabajadoras ha crecido tanto, que es posible organizar una serie de movilizaciones serias. ¿Qué se debe hacer en tales condiciones? Según la teoría de los sindicalistas, la Confederación Unida del Trabajo preparará estas acciones por sí sola, y el partido por sí solo. Pero si llevan esta independencia hasta el final, entonces la burguesía, a pesar de su independencia, los devorará a ambos. ¿Tiene sentido organizar estas manifestaciones por separado e independientemente si tanto el partido como los sindicatos están de acuerdo no sólo en el objetivo de la movilización sino también en los métodos? ¿No sería mejor crear un comité de acción conjunta para estas actuaciones? Después de todo, esto garantiza tanto un ahorro de recursos y de mano de obra como una distribución racional de los recursos disponibles, el uso de toda la energía revolucionaria y el fortalecimiento y el aumento del golpe contra la clase enemiga. ¿En nombre entonces de qué es necesario llevar esta independencia tan completa hasta el punto del absurdo? ¿En nombre de la Carta de Amiens? ¿En nombre de la teoría de que los sindicatos y los partidos no deben conocerse? Es evidente que una teoría de este tipo puede llevar a consecuencias prácticas extremadamente graves, que no resiste la menor crítica, porque en estos últimos años la lucha ha demostrado que es necesario concentrar todas las fuerzas y toda la energía de la clase obrera, que donde tenemos un Partido Comunista que puede dirigir la lucha, que organiza a las masas trabajadoras para esta lucha, sería un crimen que los sindicatos, en nombre de la abstracta, muerta y tres veces muerta Carta de Amiens, desorganizaran la lucha negándose a emprender una acción conjunta.

El segundo punto también contradice los intereses de la clase obrera. El "*Sindicalista-Revolucionario*" propone delimitar la esfera de actividad de la Comintern y de la Profintern. ¿Qué significa delimitar la esfera de la actividad? ¿Se quiere decir con esto que los sindicatos deban ocuparse exclusivamente de cuestiones de puro movimiento sindical, de cuestiones de naturaleza corporativa? Humildemente les agradecemos esta distinción: qué sindicatos revolucionarios tan ridículos serían aquellos que concentraran toda su atención exclusivamente en cuestiones puramente sindicales. Sin embargo, ellos no quieren eso; su objetivo es tener una Internacional Sindical Roja que sea una organización de lucha, quieren luchar contra la burguesía, y emplear toda fuerza contra el estado burgués y golpearlo en sus puntos más débiles. Tenemos ante nosotros la Conferencia de Génova. ¿Necesita la Comintern abordar este asunto? Es poco probable que un solo sindicalista revolucionario responda que no; pero ¿cómo podemos delimitar el ámbito de actuación en esta cuestión de la Comintern? ¿Debemos pedirle a la Comintern que no se pronuncie sobre este tema, o que nuestra actuación tiene un propósito diferente o un contenido diferente? No, no tenemos nada más que decir: tanto nosotros como la Comintern valoramos por igual tanto las razones que llevaron a la Conferencia de Génova como sus resultados.

O tomemos como ejemplo la Conferencia de Washington, o la destrucción de los sindicatos en España y Yugoslavia, la lucha contra el militarismo y la reacción. ¿Cómo delimitar aquí el ámbito de actuación? Y aun si hiciéramos una diferenciación, ¿en qué consistiría tal distinción? ¿Por qué no actuar juntos, cuando no hay diferencias significativas en la valoración de las propuestas prácticas y los métodos de lucha? ¿Qué pueden proponer los sindicalistas franceses sobre la cuestión de la Conferencia de Génova? ¿Algo diferente a lo que ofrece la Internacional Comunista? Eso sería muy interesante. Si hubieran propuesto algún nuevo medio de lucha, la Comintern habría sido la primera en aceptarlo. Entonces, ¿por qué, si la Comintern y la Profintern ofrecen juntos los mismos medios de lucha y se dirigen a públicos iguales, no actúan juntos? ¿Esto viola

los intereses de la clase trabajadora? Actuar de otro modo significa, una vez más, sacrificar el beneficio práctico en favor de una fórmula caduca establecida en la Carta de Amiens, perjudicando al movimiento obrero. Si examinamos todos los ataques que se escribieron en Francia contra las acciones conjuntas de la Comintern, entonces, efectivamente, no hay ni una sola que merezca ser tomada en serio. Se trata de frases escolásticas y metafísicas, pero no hay pensamiento revolucionario ni acción revolucionaria.

Las cosas son aún peores cuando los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo abordan problemas internacionales. Hablando todo el tiempo contra la política del espíritu de partido, la militancia y las escuelas, se esfuerzan por imponer bajo esta bandera una visión del mundo puramente anárquica, "liberal", y por lo tanto terminan atacando la dictadura del proletariado. A los anarquistas la dictadura del proletariado les parece algo así como una bestia apocalíptica. Por lo general tenían la costumbre de escribir contra cualquier dictadura, pero de alguna manera resulta que la dictadura burguesa no sufre lo más mínimo por sus escritos, y todas sus flechas están dirigidas únicamente contra la dictadura proletaria: la dictadura del proletariado ruso.

En nombre de la oposición a toda dictadura en general, la Confederación Unitaria del Trabajo, dirigida por anarquistas, adoptó la siguiente resolución:

En total conformidad con la resolución adoptada por el Comité Nacional de la Confederación los días 5 y 6 de marzo, la Comisión Administrativa de la Confederación Unitaria del Trabajo considera necesario declarar que no se dispone a adoptar una posición definida en los conflictos que podrían enfrentar entre sí a los partidos políticos que luchan en cada país por la supremacía y el poder. El sindicalismo revolucionario en Francia, antiestatal en su esencia y en sus fines, que rechaza decididamente cualquier forma de gobierno, considera absolutamente necesario mantenerse al margen de los enfrentamientos entre partidos políticos que abogan por la existencia de un poder estatal, ejercido primero por un grupo

y luego por otro y basado exclusivamente en la violencia y la tiranía. La Comisión Administrativa, precisando su punto de vista, considera necesario expresar una vez más su ardiente e inquebrantable protesta contra todo gobierno que, para fortalecer su poder, socave la libertad de los trabajadores que luchan por su liberación. La Comisión Administrativa de la CUT., que se opone firmemente a cualquier violencia innecesaria que no persiga el objetivo de defender las conquistas revolucionarias del proletariado, que no se identifica con ningún gobierno o partido, protesta contra cualquier otro intento de violar el derecho inalienable de expresión del pensamiento humano y el derecho de defensa de los individuos, víctimas de maquinaciones policiales justificadas por consideraciones estatales.

Leed atentamente esta resolución y veréis que contiene toda la doctrina del anarquismo. Resulta que la Confederación Unitaria del Trabajo es antiestatal por esencia, que está contra todo gobierno, contra toda dictadura, que no tiene nada que ver con la lucha de partidos, en una palabra, que se cierne sobre todo y sobre todos y que sólo reparte certificados de revolución, proclamando al mismo tiempo su odio a la violencia, etc. Si los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo no hubieran escrito nada más, entonces esta resolución por sí sola habría bastado para diagnosticar una enfermedad aguda; pero, lo más triste, es que si la Confederación Unitaria del Trabajo hubiera crecido con los acontecimientos, si hubiera vuelto su mirada no hacia atrás, hacia la Carta de Amiens, sino hacia adelante, si no hubiera mirado con desdén la revolución rusa, sino que hubiera estudiado y aprendido todo lo que hizo el proletariado ruso, nunca habría aprobado una resolución así.

¿Qué significa realmente este decreto? Si escucháis a los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo, para ellos está claro que la revolución rusa comete muchos errores y, como escriben en otros lugares, se niegan a identificar la revolución del proletariado de cualquier país con el gobierno o partido temporalmente en el poder. Sólo personas que son completamente indiferentes a los hechos

pueden escribir así. ¿Por qué la CUT no tuvo en cuenta la historia de los cuatro años de lucha del proletariado ruso? ¿Por qué no se centró en cómo y por qué se formó el poder soviético y por qué este poder se formó precisamente de esta forma y no de otra? ¿O acaso los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo piensan realmente que los soviets aparecieron por casualidad y que su formación se debe a tal o cual partido? ¿Pueden realmente las personas adultas abordar los acontecimientos históricos de esta manera? Al fin y al cabo, Rusia es un país con una población de 150 millones de habitantes y ocupa una sexta parte del planeta. ¿Es realmente posible considerar los acontecimientos de una forma tan infantil y frívola? ¿Cómo puede alguien ser tan infantilmente despreocupado al juzgar y observar todo en relación con la Carta de Amiens (que sólo destaca en un aspecto: impedir que sus seguidores de consideren el estudio vivo verdadera seriedad)? ¿Estas resoluciones causan una triste impresión, llenas de presunción y rechazo a cualquier oportunidad de aprender de la revolución rusa! Cuando hay tanto que aprender, especialmente para los sindicalistas franceses.

Si yo fuera sindicalista, me diría a mí mismo: la sagrada Carta de Amiens no parece justificada en base a la revolución rusa, y por eso es necesario estudiar el curso de la revolución rusa, la situación interna, las formas de lucha social, las condiciones en que vivió y se desarrolló la clase obrera durante el período de esta gigantesca lucha, y luego, desde el punto de vista de la experiencia, volver a mirar la Carta de Amiens. Los sindicalistas hacen lo contrario: toman la Carta y quieren meter en ella todo lo que ha sucedido en los últimos 16 años. Y si los acontecimientos no encajan en el lecho procrustiano de la Carta de Amiens, entonces los desestiman, declarándolos un malentendido o una invención intencionada de tal o cual grupo político. Hasta qué punto los escritos de nuestros camaradas están impregnados, por decirlo suavemente, de ignorancia sobre el estado de cosas y de una excesiva confianza en sí mismos, lo demuestra toda una serie de otros artículos en el mismo *Sindicalista-Revolucionario*. Para desacreditar la labor del Congreso Fundacional de Sindicatos Revolucionarios, un tal Max Stephen publica en este periódico un

artículo bajo el título “*Es imposible ingresar en la Profintern sin renunciar a los propios principios*”. En este artículo se habla con desdén de que allí estuvieran presentes representantes de Georgia, de Azerbaiyán y otros representantes del Cáucaso. Para este burgués, Azerbaiyán, Georgia o la República del Lejano Oriente³ son lugares vacíos. Él no sabe que en Azerbaiyán hay 100 mil trabajadores organizados, que tiene una historia gloriosa y largas décadas de lucha a sus espaldas. Si algún pequeño sindicato enviara a su delegado desde Luxemburgo, el autor probablemente diría: “sí, Luxemburgo está en Europa, ¡pero Azerbaiyán está en Asia! ¿Acaso es posible equiparar a los trabajadores de Asia con los europeos altamente cultivados?” Y esta gente se llama a sí misma sindicalistas revolucionarios. No ven cuántos prejuicios, cuánta basura vieja sigue habiendo en sus cabezas.

Este desdén despertado por el Oriente refleja la psicología de los europeos blancos, que consideraban que todas las personas de color habían sido creadas por Dios exclusivamente para su explotación. ¿Qué le importa a este ciudadano que en la República del Lejano Oriente haya 130 mil trabajadores, más que en Portugal y tres veces más que los sindicalistas en la misma Holanda a la que se refiere? Él sabe que en Holanda hay 30 mil sindicalistas, que en Suecia hay aproximadamente el mismo número y considera a esos 30 mil obreros como una verdadera organización, pero no considera a los 100 mil obreros de la República del Lejano Oriente como verdaderos obreros. ¿Por qué? Porque, veréis, ellos están libres de las ideas que llenan su confuso cerebro.

Además, Max Stephen habla de “sindicatos fantasmas rusos” y exige que, en primer lugar, se libere a los trabajadores rusos para que puedan crear sindicatos reales. ¿En qué se diferencia la escritura de este, por así decirlo, “revolucionario” de la del fabricante de mentiras, Merheim? En absolutamente nada. Los anarquistas han demostrado una vez más que son amigos y aliados de los reformistas

³ Hace referencia a la República de Chitá en el extremo oriente ruso siberiano y que fue establecida entre 1920 y 1922.

cada vez que es necesario actuar contra los comunistas, es decir, contra el proletariado revolucionario.

¿Qué conclusiones se pueden sacar de los hechos expuestos? Las siguientes: La Confederación Unitaria del Trabajo aún no ha encontrado su verdadera orientación. Ella busca caminos, y el camino de la revolución no está donde indican el *Libertaire* y muchos de los propagandistas que escriben en el *Sindicalista-Revolucionario*. Es cierto que aquí se formó un bloque de sindicalistas y comunistas, pero esto no redujo la confusión, sino que sólo la aumentó. Esta confusión se evidencia también en el proyecto de los nuevos estatutos de la Confederación Unitaria. Lleva el federalismo al extremo. Ha adoptado formas claramente caricaturescas y amenaza al movimiento sindical francés con una grave derrota. El deseo de los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo es ahora parecerse más a los sindicalistas de 1906. Resucitaron toda la fraseología y sacaron a la luz los trajes antiguos, y están seguros de que un sombrero de 1906 definitivamente se adaptará a las cabezas de los trabajadores de 1922. No hay ningún intento de plantear de manera específica y práctica las cuestiones del movimiento obrero; no hay ningún intento de aproximarse a las masas e interesarlas sobre la base de cuestiones específicas y profundamente preocupantes. Cuando se planteó la cuestión de un frente único, los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo la desestimaron, huyeron de él ¿Con quién dicen establecer un frente unido? No queremos hablar con reformistas, etc. Mientras tanto, camaradas, si vuestra organización se considera unitaria, entonces ¡tenemos una obligación! Después de todo, esto obviamente significa que se quiere la unidad, que se tiene en cuenta el deseo de los trabajadores por la actividad de clase, que este deseo debe usarse para revolucionar a las masas. ¿Cómo usarlo? Seguramente nadie afirmaría que hoy en Francia se podría llevar a cabo una lucha huelguística seria sin un acuerdo con los sindicatos reformistas correspondientes. Esto significa que este acuerdo será necesario, y un acuerdo para la lucha es un frente unido. Si los líderes se niegan, aseguraos de que la culpa recaiga so-

bre ellos. Los dirigentes son malos, lo sabemos, no hace falta demostrarlo, pero hay trabajadores que no lo saben. Realizad vuestro trabajo de tal manera que ellos también sepan esto, pero no convirtáis la Confederación Unitaria del Trabajo en una sociedad de debate. El sindicato revolucionario no es una escuela de discusión, sino una escuela de acción, un taller de comunismo. ¿Cómo se crea el comunismo? ¿Cómo lo forjas? ¿Qué saca el trabajador francés de toda esta literatura? Poco, muy poco. Al fin y al cabo, si en el momento más candente de los preparativos para Génova, cuando todo el mundo burgués está haciendo todos los esfuerzos posibles para desacreditar a la Rusia soviética, lanzáis acusaciones contra el gobierno soviético, ¿no se desorganiza la lucha de la clase obrera de todos los países?

En lugar de encauzar vuestra energía y toda la atención de los trabajadores a la política reaccionaria de vuestro gobierno, empezáis a involucraros en teorías filosóficas y antiestatales que no conllevarán ningún daño a vuestra burguesía, pero que si, por ahora, están dañando al Estado soviético. ¿Creéis que con ello se aplica una política revolucionaria? No, esto es politiquería anárquica bajo la bandera de la independencia, bajo la bandera de la autonomía. El movimiento obrero francés está en crisis. Los sindicatos han perdido un gran número de miembros. Existe un sentimiento de profunda insatisfacción entre las masas trabajadoras hacia los dirigentes. A las masas no se las puede ganar con frases, por revolucionarias que sean; se las puede ganar con acciones prácticas, con la lucha práctica. La preparación para esta lucha no es visible en la práctica de la Confederación Unitaria del Trabajo. Es demasiado lenta en seguir este camino, dirige su mirada hacia donde el *Liber-taire* la señala. Pero ahí, camaradas, lo que os espera no es la victoria, sino una cruel derrota. Y consideramos que no sólo es nuestro derecho, sino también nuestro deber, advertir al movimiento revolucionario francés de los peligros que lo amenazan. Estamos viviendo una época extremadamente difícil. La historia ha asignado grandes tareas a la clase obrera. Toda organización laboral debe tener claro lo que está en juego. Ya pasó el tiempo de las palabras, de las frases

revolucionarias, de las fórmulas vacías. Lo que se necesita es una táctica concreta, profundamente revolucionaria, pero también profundamente realista, que vincule a los sindicatos revolucionarios con las masas, que plantee las cuestiones de la revolución a cada trabajador, que vincule la revolución social con sus necesidades diarias, que arranque a estas masas de la influencia embrutecedora de la sociedad burguesa y las mueva a luchar contra el capitalismo.

La Confederación Unitaria del Trabajo está vacilante, es inestable, está desgarrada internamente por diferentes corrientes. Todavía no hay suficiente claridad ni certeza y ese es el peligro inmediato para el movimiento obrero. Es cierto que la Confederación Unitaria del Trabajo no morirá por esto, sobrevivirá a este período de vacilaciones, está viviendo un período de pasiones, de frases anárquicas, de esto estamos profundamente convencidos. Pero es necesario tomar todas las medidas para que la retórica anarquista no cueste demasiado, para que nuestros compañeros, que sin duda se curarán de sus enfermedades infantiles, no paguen un precio demasiado alto. Y para ello es necesario no sólo no inclinarse ante la Carta de Amiens, y no sólo mirar al pasado, sino que es necesario, en primer lugar, estudiar la revolución que ya está en marcha; y, en segundo lugar, mirar siempre hacia adelante y recordar que la vida no puede adaptarse a la Carta, pero que la Carta no sólo puede, sino que debe adaptarse a las condiciones reales de la lucha de clases.

El movimiento obrero francés en una encrucijada

Cualquiera que esté mínimamente familiarizado con el movimiento obrero francés no puede evitar sentirse profundamente incómodo al ver la confusión que actualmente prevalece tanto en la capital como en las localidades. Esta preocupación por el destino del movimiento obrero francés nos obliga a estudiar las causas de este fenómeno y a considerar el posible resultado de esta crisis, que debería ser la tarea más importante del próximo congreso en Saint-Étienne.

En Francia habrá algunos excéntricos que verán en nuestro intento de examinar la cuestión objetivamente una intromisión en los asuntos de otros, una violación de la autonomía y de la independencia, etc. Gracias al cielo más allá de lo razonable de algunos camaradas que hablan y escriben mucho, pero piensan muy poco, las palabras "autonomía e independencia" han sido tomadas como una consigna vieja y gastada. Es difícil entender en general qué significa esta jerga, porque cada uno de ellos, a su manera, tiene dos o tres significados para esta palabra. Por eso, a riesgo de ser acusado de violar la autonomía de la Confederación Unitaria del Trabajo y de cometer otros pecados mortales, expresaré plenamente lo que pienso sobre el próximo congreso.

Causas de la crisis del movimiento obrero francés.

La confusión fue causada, sobre todo, por el reflujo del movimiento obrero en todos los países, que comenzó a mediados de 1920. A partir de ese momento la burguesía pasó de la defensa al ataque. ¿Cuál es la fuerza más importante de la burguesía? Ésta es la influencia moral que ejerce sobre el proletariado. Corrompe con su prensa, sus carreras y todos los demás beneficios de la civilización burguesa. Los señores Jouaux, Mergeim y Dumoulin tienen el dudoso honor y el triste coraje de defender los intereses de sus clientes burgueses, y

lo hicieron y lo hacen, sin duda, con gran talento. Tener dirigentes obreros que actúen como perros guardianes es la mayor victoria moral de la burguesía. No es sorprendente que, bajo la influencia de la creciente afluencia del capital y la pérdida de independencia de los reformistas, la apatía, la pasividad y la decepción inundaran las masas trabajadoras. Todo esto es completamente natural, como es natural que el señor G. Jouhaux y compañía hayan inventado ahora el sistema de peticiones (demandas) como medio de presionar a la burguesía, probablemente sin sospechar que habían tomado prestado este “poderoso” medio de los mencheviques rusos, que en 1905 emprendieron esta comedia en Rusia. Ya entonces estábamos en contra y ahora lo estamos más aún. Estas peticiones pueden defender la jornada laboral de ocho horas, del mismo modo que enviar postales pacifistas al señor Poincaré puede impedir que la burguesía francesa se embarque en una nueva aventura militar. Esta desmoralización del movimiento obrero desenfrena a la burguesía, que continúa librando un brutal ataque contra la revolución fuera y dentro del país. La resistencia no es suficiente porque las fuerzas revolucionarias están dispersas y porque en los grupos avanzados de la clase obrera reina la confusión, lo que les impide aplicar las tácticas que requieren las condiciones frecuentemente cambiantes de la lucha.

El muerto atrapa a los vivos

El rasgo característico del movimiento sindical francés es el predominio de fórmulas abstractas, el respeto a las tradiciones y la confianza de los dirigentes en que el movimiento sindical francés es el más avanzado y el más revolucionario del mundo. El predominio de las fórmulas abstractas se pone de manifiesto en la adhesión de los sindicalistas a la Carta de Amiens. Si se escucha a los caballeros de esta franja de edad bastante avanzada, la Carta ha dado y sigue dando hoy una respuesta a todas las cuestiones planteadas al movimiento obrero. Es cierto que esta Carta fue escrita antes de la guerra y de la revolución, pero esto no tiene importancia. Está escrita para

todos los tiempos y para todos los pueblos. Es cierto que, mientras los revolucionarios sindicalistas se inclinan ante esta Carta, Jouhaux y Mergeim tampoco puede sentarse a la mesa sin este nuevo y conveniente documento. Así pues, los reformistas, por supuesto, anarquistas puros y simples, tiranizan esta Carta, convirtiéndola en un escudo común contra el creciente comunismo.

La Carta de Amiens para el período en el que fue adoptada tuvo una importancia limitada. Hacer de esta resolución temporal la base de un desarrollo futuro en las condiciones de desintegración del capitalismo, oscurece el presente y el futuro próximo. Esta admiración por la Carta es una autoadmiración permanente. Desde la cuna, la burguesía francesa infunde en cada francés la idea de la superioridad de su país. Francia es la mejor, la más trabajadora, la más justa, la más humana, la más libre, la más democrática, la más alegre, la más bella, la más rica, etc., del mundo entero, e incluso entre los elementos revolucionarios se crea la impresión de que el movimiento sindical francés es el más avanzado. Se crea la teoría de que Francia es el centro del mundo entero y el movimiento sindical también lo es. De ahí las reivindicaciones y demandas especiales que hacen los sindicalistas a la Internacional. Los sindicalistas franceses piensan que el movimiento sindical francés está a la cabeza del movimiento obrero de todos los países. Pero esto es un error, solo lo fue durante la Comuna. Los antepasados hicieron la revolución, pero eso no da a los descendientes el derecho a vivir de los intereses del capital revolucionario. Nuestros camaradas franceses viven demasiado en el pasado. No hay que contentarse con estudiar historia; hay que estudiar también un poco de geografía, y si los sindicalistas franceses se tomaran la molestia de interesarse por lo que ocurre a su alrededor, se convencerían de que el centro del movimiento revolucionario no está en su país y que tienen algo que aprender de sus hermanos de clase de otros países. Pero los sindicalistas franceses están tan seguros de su superioridad que ni siquiera se les ocurre estudiar seriamente el movimiento obrero de otros países y aprovechar la experiencia de otros en su lucha.

Independencia y autonomía

Cuanto más se escribe sobre estas cosas magníficas, menos se puede entender lo que los ardientes partidarios de la independencia y la autonomía quieren decir. Hasta donde se puede comprender la idea que anima las numerosas resoluciones de los partidarios de la independencia, es lo que se quiere decir con estos términos:

1) Los sindicatos franceses harán ellos mismos la revolución y garantizarán su realización;

2) Después de la victoria sobre la burguesía, los sindicatos tomarán el control de la producción en sus manos y abolirán el Estado.

3) La dictadura no es nada deseable. Por eso, al día siguiente de la victoria, los sindicalistas permitirán que cada uno haga lo que quiera.

4) El sindicalismo debe ocupar el primer lugar en la Internacional, independientemente del peso específico que ocupe en la lucha mundial contra la burguesía.

5) La Internacional es una organización donde cada uno hace lo que quiere y como quiere, y cuanta menos unidad haya entre los trabajadores de los distintos países, más autonomía hay.

6) Una vez al año, los obreros de todos los países se reúnen en congreso para cantar la Internacional y adoptar resoluciones. Después de esto, la Internacional no tiene nada que hacer hasta el próximo congreso, porque la más mínima actividad de su parte no es más que una injerencia en los asuntos ajenos, una violación de la independencia y autonomía de las organizaciones sindicales.

7) El voto de silencio es obligatorio sólo para la Internacional, y no para los sindicalistas. Para los sindicalistas, que ocupan el primer lugar, ocurre necesariamente lo contrario. Adoptan resoluciones contra toda dictadura, protestan contra la política exterior e interior de los soviets, critican duramente a la Tercera Internacional y a los sindicatos, y como esto lo hacen los sindicalistas, esto no viola en modo alguno ni la autonomía ni la independencia de las organizaciones mencionadas.

8) Pero teniendo en cuenta que la Internacional no es una orden de silencio, sino un órgano de acción, sus resoluciones, propuestas, métodos de lucha, en una palabra, todo lo que proviene de ella y que no gusta a los anarcosindicalistas, se declara “decreto”, y dado que la autonomía es más importante que la realidad, entonces, por lo tanto, “abajo la intervención”.

9) Para alentar a las organizaciones afiliadas a la Internacional, es necesario enviarles cartas de vez en cuando y elogiarlas, independientemente de lo que digan y hagan. En ningún caso se les debe confrontar, incluso si la organización está haciendo un trabajo en contra de las resoluciones, como fue el caso en Alemania, cuando los localistas salieron durante el levantamiento de marzo junto con la burguesía y la socialdemocracia contra los obreros revolucionarios que estaban siendo fusilados.

10) Si la Internacional se ve obligada a tomar decisiones, éstas deberán formularse de tal manera que satisfagan a todos. Es necesario tener especial cuidado de que todos los sindicalistas estén satisfechos, porque si hay un sindicalista que esté insatisfecho, entonces esto ya será una violación de su autonomía e independencia.

11) En los países latinos, donde el movimiento obrero tiene un carácter especial, no es posible ni realizable ninguna conexión orgánica entre partidos políticos y sindicatos. Es posible realizar acciones conjuntas de vez en cuando.

12) En estos países, los partidos políticos deben seguir las consignas de los sindicatos, porque la vanguardia del proletariado son los sindicalistas, no los comunistas.

13) La representación mutua de la Comintern y la Profintern debe ser abolida, porque la presencia de representantes de la Comintern en las reuniones de la Profintern constituye una subordinación del movimiento sindical a los partidos comunistas.

Esto es lo que se desprende de los numerosos artículos y resoluciones que hemos podido leer. Cualquier lector imparcial comprenderá que no se pueden tomar en serio las promesas de los

anarcosindicalistas de hacer una revolución sin partidos comunistas. No tenemos por qué confiar en sus palabras. Nunca hemos obligado a nadie a hacer una revolución “a la rusa”. Por el amor de Dios, haced lo que queráis, pero hacedlo y no confundáis revolución con resolución. En cuanto a la protesta contra toda dictadura, ¿no os parece extraño que estos que protestan se sientan mejor bajo la dictadura de la burguesía que bajo la dictadura del proletariado y que quieran impulsar la teoría anarquista bajo el manto de la independencia? De todos estos puntos, sólo el 11 y el 13 contienen ideas más o menos definidas, concretas y prácticas. Puedo afirmar que ni el I Congreso de la Profintern ni su Buró Ejecutivo sopesaron obligar a los sindicatos franceses a establecer una conexión orgánica con el Partido Comunista. Queremos una coordinación de acciones en la lucha defensiva y ofensiva contra el capital, y si esta coordinación de acciones no existiera en Francia, ¿la Profintern excluiría a las organizaciones francesas? Obviamente no. Si los dirigentes de la Confederación Unitaria del Trabajo hubieran tenido el más mínimo deseo de encontrar bases para un acuerdo, si algunos miembros de la Comisión Administrativa no hubieran intentado a toda costa romper el acuerdo con la Profintern para crear su propia Internacional anarcosindicalista, entonces habría sido posible llegar a un acuerdo en media hora. Sería posible establecer en media hora que la Profintern no exige a la CUT que renuncie a sus principios y renuncie a su autonomía e independencia. Cuatro veces lo afirmó la Profintern, y cada vez los que querían una ruptura a cualquier precio dirigieron la cuestión en otra dirección, haciendo todo lo posible para enturbiar las aguas, con la esperanza de atrapar a su pequeña Internacional plegable en esas aguas turbias. En cuanto a la cuestión de la representación mutua en la Profintern y la Comintern, los camaradas franceses pueden plantearla en el Congreso, que examinará este asunto. Pero lo que hay que tener especialmente presente es que para los comunistas el centro de gravedad de la cuestión no es la representación mutua, sino la acción revolucionaria conjunta. Y si los sindicalistas se encuentran en minoría en esta cuestión, ¿será

eso realmente motivo suficiente para irse? Nuestros camaradas tienen una idea extraña sobre la Internacional: si cada organización entra en ella con sus propias resoluciones y exige categóricamente su adopción, entonces una Internacional así es imposible. Siempre hay una minoría y una mayoría. Si siguiéramos ese camino, la CUT tendría que desintegrarse en partes separadas tan pronto como una de sus decisiones no fuera del agrado de una u otra federación. Sin embargo, esto es un absurdo monstruoso. Lo peor que podría pasar sería que el Congreso de Saint-Étienne adoptara alguna resolución confusa sobre la cuestión de la Internacional. En la confusión de ideas en que estamos presentes, suelen brotar los grises. Después de esto, nadie sabe qué hacer con la resolución adoptada pues fue escrita con el fin, como dice el proverbio francés, de satisfacer al mundo entero y también al padre, lo que, como es sabido, es extremadamente difícil.

Sobre un frente único

¿Qué es un frente único? Un intento de unir a los trabajadores de todas las tendencias en la lucha contra el avance del capital. ¿Por qué Francia convirtió este frente en un monstruo? ¿Por qué se habló aquí de unidad con los disidentes, de un bloque de izquierda, de la voluntad de suavizar la lucha contra la burguesía? En resumen, ¿por qué el frente único se convirtió en un frente “monstruoso”? Porque el Partido Comunista no se siente como un partido obrero y ni siquiera él mismo confía todavía en sus propias fuerzas. En el partido hay, por una parte, elementos oportunistas que sueñan con los tiempos felices anteriores al Congreso de Tours, y por otra parte, elementos anarquistas que esconden su pasividad tras frases pomposas. Es bastante obvio que el bloque de izquierda, la participación en un ministerio burgués tiene con el frente único la misma relación que la reformista Confederación del Trabajo con la revolución. Todo esto está inventado para asustarnos. Pero dejemos todo esto a un lado y pasemos a los sindicatos. Al frente de la Confederación Unitaria del Trabajo están, como es sabido, revolucionarios, y por eso

decidieron que: “La Confederación Unitaria del Trabajo, que es una organización proletaria, no tiene necesidad de tratar la cuestión del frente único”. Todas las soluciones brillantes son así de simples. ¿Y ahora qué? ¿Por qué esta organización se llama “Unitaria”? ¿Es este nombre realmente una mera maniobra demagógica y pretenden vender nada más y nada menos que un producto divisivo bajo la bandera de la unidad? ¿Qué significa tal resolución? Esto significa que nuestros camaradas, que están a la cabeza de los sindicatos revolucionarios franceses, no saben por qué su organización lleva el nombre de “Unitario”, que tienen una actitud muy ligera hacia la unidad del movimiento sindical, y si las cosas se prolongan así, entonces la reformista Confederación del Trabajo los elogiará públicamente por su hábil desorganización de las filas revolucionarias. El movimiento sindical francés está debilitado por las divisiones. La tarea de los sindicatos revolucionarios es hacer todos los esfuerzos para crear unidad, para fusionar organizaciones paralelas para que cada trabajador, independientemente de sus convicciones políticas, pueda participar en un sindicato, para que cada miembro de un sindicato reformista sepa que los sindicatos revolucionarios siempre están dispuestos a crear un frente único con otros sindicatos contra el capital, y si esta unidad en la lucha no existe, entonces la culpa recae enteramente sobre los líderes reformistas. Esto sólo se puede lograr si no existe sólo un cartel que diga “Unitario”, sino si el trabajo cotidiano de cada sindicato en particular y de todos los sindicatos en conjunto está imbuido de la siguiente idea: la unidad de los sindicatos, ante todo. ¿Cómo realizar esta unidad? Mediante la unidad de acción en la protección de los intereses económicos básicos de la clase trabajadora. La situación en Francia es tal que ningún sindicato revolucionario puede llevar a cabo con éxito no sólo una lucha ofensiva, sino incluso defensiva contra el capital sin, y especialmente contra, sindicatos reformistas paralelos. ¿O acaso la Confederación Unitaria del Trabajo se siente lo suficientemente fuerte como para preservar las conquistas restantes del proletariado francés sin sindicatos reformistas? Si es así, entonces que lo diga. Sin embargo, todo el mundo sabe que es necesario un frente unido. ¿Por

qué entonces aceptar tan fácilmente resoluciones que no dicen nada? ¿Por qué esta fraseología, que sólo puede complicar el reclutamiento de nuevos miembros? ¿Los dirigentes de la CUT realmente quieren crear sindicatos formados únicamente por personas que comparten su misma forma de pensar? Al fin y al cabo, entonces no sería un sindicato, sino un desastre político. Si la CUT continúa por el camino hacia el cual lo empujan sus actuales líderes, los trabajadores abandonarán los sindicatos, que se convertirán en organizaciones esqueléticas y flacas. Para poder crear un frente único con los sindicatos reformistas, es necesario, en primer lugar, crear un frente único dentro de los sindicatos revolucionarios. Un frente único dentro de los sindicatos revolucionarios no significa que las cuestiones más importantes deban silenciarse y no discutirse. La filosofía del miedo nace del miedo al conflicto de opiniones. “Callémonos”, dicen algunos compañeros. Pero ¿por qué debemos permanecer en silencio? No, no permanezcáis ni paséis en silencio. Lo que se tiene que decir hay que decirlo. Máxima claridad en que nuestra táctica del frente único en las filas nacionales es una condición previa cuyo rechazo llevaría al movimiento sindical francés al colapso y a la derrota.

Las tareas más importantes del movimiento

Cuando llegará la lucha decisiva y final, nadie lo sabe. Por eso es necesario preparar activamente nuestras fuerzas y mantener listo nuestro ejército proletario. En el frente de clase, la lucha no cesa ni un solo momento. Las escaramuzas individuales tienen lugar en todo el campo de la lucha de la clase. La tarea más importante es conocer las propias fortalezas y aumentarlas sistemática y metódicamente. No podemos declarar la movilización de clase obligatoria, pero mientras tanto, para ganar, necesitamos tener un ejército profesional y altamente consciente. De aquí que la cuestión de la incorporación de nuevos miembros pase a primer plano. Toda nuestra atención debe dirigirse a aumentar nuestra militancia y fortalecer su composición de clases. Debemos encontrar nuevos métodos de

reclutamiento para mejorar nuestro personal y la estructura de los sindicatos. Es hora de acabar con los sindicatos enanos y pasar a concentrar nuestras fuerzas en la producción. No es necesario abandonar ni por un momento la idea de crear comités de fábrica. El control obrero debe convertirse en la tarea práctica de hoy. Sin embargo, como los comités de fábrica siguen siendo una cuestión de mañana para Francia, está claro que no pueden convertirse en el centro de las tácticas concretas y prácticas de hoy. El centro de la lucha debería ser la cuestión de la jornada laboral de ocho horas, el alto coste de la vivienda, las condiciones de trabajo, la legislación laboral, etc. En este terreno, me parece, la CUT no ha desarrollado todo su potencial. Los trabajadores aún no saben que la CUT es la fuerza más importante que se opone a la prolongación de la jornada laboral. Todavía no se ha librado una sola batalla seria para preservar la jornada laboral de ocho horas que afectaría a cientos, miles y millones de trabajadores. Hasta ahora sólo se han producido pequeños enfrentamientos en puestos de avanzada, que aún no dan a las grandes masas la oportunidad de concluir que el centro es el CUT. No quiero decir con esto que sea necesario crear artificialmente conflictos de masas. En primer lugar, es imposible para atraer a millones de trabajadores a la lucha. Quiero enfatizar que la CUT bajo su forma actual no está preparado todavía para liderar una lucha de masas si estalla. Todavía le falta experiencia y fuerza suficiente. ¿Es esto un reproche? En ningún caso. Esto es sólo un análisis. Lo peor es la ceguera deliberada. Pero los demagogos y los políticos miserables que desprecian a la clase trabajadora y sus organizaciones siempre lo adulan, ¿y quién no sabe que esa es la mejor manera de resolver sus pequeños entuertos? Sí, la Confederación Unitaria del Trabajo todavía es débil en el momento actual, y cuanto más claramente lo comprendan sus dirigentes, más pronto fortalecerán su organización. Sólo a través de la lucha uno puede fortalecerse y forjarse. Pero como la historia quiere que el colapso del capitalismo se produzca mucho más lentamente de lo que quisiéramos, es necesario que la táctica de las organizaciones revolucionarias corresponda al lento desarrollo de los acontecimientos. La revolución no

se da, se produce por sí sola, viene por sí sola. Todo revolucionario tiene el deber de preparar sistemáticamente la revolución y toda organización revolucionaria tiene el deber de no dejarse sorprender por los acontecimientos. Mirad a la burguesía: con qué destreza y con qué conocimiento llevan a cabo sus asuntos. Aprended de la solidaridad de clase de nuestros enemigos de clase. Estudiad la práctica de la lucha entre los obreros de otros países y sólo entonces encontraréis el camino mejor y más corto hacia las amplias masas del proletariado francés.

Conclusión

La situación de la Confederación Unitaria del Trabajo es difícil. En un país pequeñoburgués, donde reina el capital bancario, donde la embriaguez de la victoria todavía marea a muchos, muchos proletarios, donde decenas y centenares de sindicalistas y predicadores anarquistas de la revolución se han pasado al lado de nuestros enemigos de clase, donde la burguesía, bajo la bandera de la Gran Revolución Francesa, está a la cabeza de la reacción mundial, es muy difícil aplicar una táctica revolucionaria en este país. En la lucha de ideas, algunos individuos quedan relegados a un segundo plano, otros, voluntaria o involuntariamente, se marchan, pero como la clase obrera permanece con toda su pobreza, esta lucha permanece y, al mismo tiempo, el objetivo principal de la Confederación Unitaria del Trabajo sigue siendo el comunismo ¿Cómo prepararse para la lucha final y decisiva? ¿Cuál es la pregunta que me ha ocupado aquí? Dije muchas cosas desagradables. Algunos considerarán que tal interferencia es completamente inaceptable. Los partidarios de la cortesía probablemente notarán el tono completamente inadmisibles y las expresiones excesivamente duras. Me gustaría que se considerara la cuestión de fondo y que cada trabajador supiera que, si formulo mis pensamientos con un poco de dureza, no es por deseo de ofender a nadie, sino para expresar, como aconsejaba Lassalle, lo que es. Amo demasiado al movimiento obrero francés como para pasar en silencio por alto sus puntos débiles. Todo lo que ocurre en

cada sindicato, en cada federación y en el CUT me concierne directamente y no puedo dejar de expresar lo que me preocupa y me inquieta. El primer mandamiento de un revolucionario es la autocrítica.

El movimiento obrero francés se encuentra en una encrucijada. Depende del Congreso de Saint-Étienne el facilitar y aumentar la reunión de fuerzas revolucionarias, forjar una organización fuerte, unida y compacta, o aumentar los desacuerdos internos, la confusión y la incertidumbre en el movimiento revolucionario en Francia. Tengo confianza en que el Congreso de Saint-Étienne elegirá el primer camino y librará con una fuerza diez veces mayor la lucha por la liberación de la clase obrera, por el comunismo.

(Lucha de clases nº 4. París, 15 de junio de 1922)

Mensaje de la Profintern al Congreso de la CUT

¡Queridos camaradas!

El régimen de dictadura burguesa que gobierna en vuestro país no permite a la Internacional Sindical Roja enviar un delegado a vuestro Congreso para desarrollar ante los representantes del proletariado francés la totalidad de los problemas que enfrenta el movimiento sindical internacional. La presencia de nuestro delegado sería tanto más necesaria cuanto las resoluciones y estatutos de la Profintern han sido desvirtuados y pervertidos hasta el extremo en Francia. En ningún otro país ha surgido ni circulado mayor confusión en relación con estas resoluciones. En Francia, el poder sigue en manos del bloque nacional. Sus gobernantes no son en absoluto oponentes del principio mismo del poder. Por lo tanto, nos vemos obligados a abstenernos de hacer una presentación oral y enviarle esta carta, en la que trataremos de examinar de manera objetiva e imparcial todas las cuestiones que se relacionan con el movimiento sindical revolucionario en todo el mundo.

1. ¿Es necesaria una Internacional Revolucionaria?

Nos vemos obligados a plantear esta cuestión en primer lugar, ya que los 10 meses transcurridos desde el I Congreso Internacional de Sindicatos Revolucionarios han demostrado que en este ámbito reina la mayor confusión. Existe la opinión de que en la Internacional cada organización que la integra actúa como quiere y como considera necesario actuar. Esto se llama “autonomía absoluta e independencia completa”. Si estamos de acuerdo con esta definición de los términos “autonomía e independencia”, entonces tendremos que reconocer que la Internacional es innecesaria. Una organización cuyos elementos constituyentes no están dispuestos a reconocer ninguna. En efecto, si los miembros de la Internacional tienen obligaciones y cada uno actúa a su manera, en contra de las decisiones tomadas, una organización de este tipo es una ficción. En el mejor de los casos, esta “Internacional” es una sociedad cuyos

miembros son tan independientes y autónomos como los turistas de la Agencia Cook: viajan juntos y no tienen nada en común. Llegamos a la caricatura de la Internacional cuando nos dedicamos a caricaturizar las palabras “terminología de la independencia”, sin dar nunca una definición precisa de estos términos.

Sin embargo, estamos creando una Internacional de acción, no una Internacional de palabras. Por lo tanto, es necesario un mínimo de unidad de opiniones; las organizaciones nacionales deben llegar a acuerdos mutuos para facilitar la actividad común y asegurar un mínimo de disciplina proletaria, sin el cual la organización es imposible. Está claro que nuestra disciplina debe ser aceptada voluntariamente. Se trata de la sumisión voluntaria de una parte al todo. Si la CUT no tuviera ningún deseo de asumir obligaciones internacionales, si la CUT hubiera decidido firmemente colocar constantemente los intereses de los sindicatos nacionales por encima de los intereses del movimiento sindical internacional, no tendrían ninguna razón para afiliarse a ninguna Internacional. Una adhesión de este tipo no aportaría ningún beneficio ni a su organización ni a la Internacional. Pero estamos convencidos de que incluso aquellos que sólo sueñan con la autonomía entienden perfectamente que la completa independencia de las partes individuales hace imposible el correcto funcionamiento de una organización sana y fuerte. El deseo exagerado de independencia refleja aparentemente el temor de que la Internacional exija, mediante “decretos” e “instrucciones”, vuestra participación en acciones que son imposibles de llevar a cabo para la CUT. Las organizaciones nacionales, y en este caso la CUT, tienen miedo de verse arrastradas a aventuras políticas. En Francia, la palabra «decreto» se utiliza incorrectamente. ¿Qué significa este miedo? Esto sólo demuestra que la CUT desde el principio desconfía del Buró Ejecutivo que se sitúa a la cabeza de la Profintern. Este temor indica también que nuestros camaradas franceses no esperan ejercer suficiente influencia en la Internacional Roja para proteger al movimiento obrero de todos los países de una posible aventura política. No podemos comprender estos miedos, esta desconfianza. Toda organización siempre tiene el órgano de gobierno

que merece tener. Uno vale más que el otro. Nuestros camaradas franceses pueden estar seguros de que cualquier consejo que den en el campo de la táctica internacional, cualquier instrucción útil y bien fundamentada en el campo de la estrategia de la lucha de clases será tomada en cuenta tanto por la Profintern como por todas las organizaciones que forman parte de ella. Somos internacionalistas, creamos la Internacional con el objetivo de poner la experiencia de todos al alcance de todos.

Si adoptamos este punto de vista, quedará claro que la Internacional Sindical Roja es necesaria. Pero en la Internacional, recuerden que no puede haber derechos sin obligaciones.

2. Autonomía e independencia.

Tan pronto como Francia conoció la resolución del Congreso Fundacional de la Internacional de Sindicatos Revolucionarios sobre las relaciones entre la Profintern y la Comintern, los sindicalistas franceses, que en ese momento todavía constituían una minoría de la Profintern, cerraron la puerta y abandonaron la Internacional. La Profintern fue creada con la participación de los Comités de Sindicalistas Revolucionarios. ¡Y de repente ese discurso ruidoso, antes de que se conocieran todas las decisiones del Congreso! Cuando abandonasteis tan repentinamente la Internacional, sólo pudimos llegar a la conclusión de que aparentemente aceptasteis participar en la Internacional sólo en la medida en que esta Internacional compartiera vuestro punto de vista. Los diez meses transcurridos desde el Congreso no han hecho más que confirmar nuestra suposición. ¡En efecto! En nuestro llamamiento al Congreso de Lille subrayamos que la Profintern no tiene intención de subordinar los sindicatos franceses al Partido Comunista. Señalamos que la autonomía de los sindicatos no está amenazada. Después, para ello firmamos, junto con algunos de vuestros delegados, una declaración en la que establecíamos de la manera más definitiva que, de acuerdo con el verdadero sentido de la resolución que se nos incrimina, se trataba únicamente de proponeros que participarais en una lucha conjunta

contra nuestro enemigo de clase, sin violar en modo alguno la independencia de los sindicatos. Más tarde aún, en febrero de 1922, el Consejo Central adoptó una resolución en la que subrayaba claramente que nadie estaba invadiendo su autonomía. Una declaración similar fue enviada por nosotros a la Unión de Sindicalistas de Italia y a los sindicatos de Portugal y Argentina. Pero se sabe que quien no quiere oír es incurablemente sordo.

En la prensa sindicalista continuó la campaña contra la Profintern. Hay quienes ni siquiera se han molestado en leer los estatutos de la Profintern, y han escrito que la Internacional Sindical obligaría a los sindicatos franceses a establecer vínculos orgánicos con el partido, que la Profintern intentaba engañar al sindicalismo francés para que se uniera a la Tercera Internacional, etc. Pero basta con leer atentamente las resoluciones aquí citadas para ver hasta qué punto los ataques contra la Profintern son torpes y deliberadamente confusos. La resolución del Congreso establece que sería deseable establecer una conexión entre los sindicatos revolucionarios y los partidos comunistas para coordinar acciones. ¿Por qué escribimos: deseable y no obligatorio? Porque el Congreso tuvo en cuenta el estado del movimiento sindical revolucionario en aquellos países en que las relaciones entre sindicatos y partidos políticos son tensas y lejos de ser amistosas. Si el Congreso escribe en su resolución: “deseable”, entonces por este mismo hecho revela que da a cada organización la posibilidad de determinar libremente sus relaciones con el Partido Comunista, de acuerdo con las circunstancias y peculiaridades locales. ¿Creen los sindicalistas revolucionarios que la Profintern los habría expulsado si, después del I Congreso, hubieran declarado: ¿permanecemos en la Internacional Sindical Roja, pero no podemos cumplir el deseo expresado por el Congreso sobre la cuestión de un vínculo orgánico con el Partido Comunista? No podemos hacerlo debido a las condiciones especiales que existen en Francia.

La respuesta que se puede dar a esta pregunta es tan obvia que es necesario detenerse en relación a cómo la CUT tenía el deseo de llegar a un acuerdo, pero ahora hay mucha gente que está tratando de

no llegar a un acuerdo. La decisión se habría tomado hace mucho tiempo y la Profintern habría apoyado la decisión de llegar a un acuerdo. Para la Profintern estas tareas son mucho más tediosas, pero nunca pensamos en violar la autonomía orgánica del Partido Comunista Francés y no vimos en ello ni utilidad ni necesidad. Es necesario lograr nuestra independencia y la unidad de acción ofensiva y defensiva de todos los participantes en la lucha revolucionaria y propagandística contra la burguesía. Pero esta actividad conjunta adopta formas diferentes, dependiendo de la naturaleza del movimiento sindical y de los diferentes países. Si tuviéramos que luchar contra las peculiaridades del movimiento sindical internacional, si quisiéramos crear una organización comunista homogénea, no necesitaríamos crear la Internacional Sindical. Los comunistas están unidos en la Internacional Comunista. Una organización paralela no les habría aportado ningún beneficio. Si los comunistas tomaron la iniciativa de crear la Unión Sindical Internacional, lo hicieron para que las diversas organizaciones del movimiento obrero revolucionario pudieran unirse y, sin renunciar a sus propias características, pudieran actuar juntas y preparar la abolición del capitalismo. ¿Es posible que un punto de vista así sea inaceptable para la CUT?

Comintern y Profintern

La burguesía representa un poderoso factor internacional que sólo puede ser combatido a escala internacional. De este hecho se desprende la necesidad de la acción y del despliegue conjunto de todas las fuerzas proletarias revolucionarias, organizadas a escala internacional. Por eso el Congreso Fundacional de la Profintern estableció una representación mutua entre la Comintern y la Profintern para coordinar su lucha contra la burguesía. Esta representación mutua en Francia suscitó objeciones. Algunos lo vieron como prueba de la subordinación del movimiento sindical. Otros se opusieron a la resolución adoptada porque la Profintern vinculaba su destino al de la organización cuyo espíritu revolucionario represen-

taba. Mientras tanto, si la representación mutua implica subordinación, ésta se aplica por igual a ambas partes. Siguiendo esta terminología, se podría hablar aquí de subordinación mutua. En lugar de pensar en el problema de concentrar todas las fuerzas revolucionarias, se recurre a las palabras: “subordinación, esclavización” y creen que con ello están prestando un gran servicio a la clase obrera. Pero en realidad sólo malinterpretan la situación. Si bien se pueden expresar dudas, incluso infundadas, sobre el espíritu revolucionario del Comintern en el futuro, nadie puede negar que en el momento actual la Comintern representa una poderosa fuerza activa de la revolución. ¿Es posible actuar a escala internacional –hablamos de acciones, no de resoluciones– sin la Comintern?

El objetivo de las aspiraciones de la Comintern es la destrucción del sistema burgués y el establecimiento de la dictadura del proletariado. ¿Cómo se puede llevar a cabo con éxito esta tarea sin coordinar esfuerzos comunes, estableciendo una independencia absoluta, cuando la lógica exige actividad conjunta y acciones conjuntas en interés del proletariado y de la revolución? Si antes de la guerra era posible considerar que la Carta de Amiens podía proteger a las organizaciones obreras de la traición, después de la guerra seguir jugando con la palabra “política” es inaceptable. Todo el mundo sabe que el Partido Comunista de Ucrania se quedó inesperadamente atrapado en un pantano junto con el Partido Socialista. Su unificación se logró mediante la traición a la clase obrera. Es dudoso que haya alguien entre vosotros que prefiera a los “obreros” Zhuoi Merrheim antes que a los intelectuales Liebknecht y Rosa Luxemburg, miembros del Partido Comunista. La guerra ha transformado el movimiento obrero hasta tal punto que quienes aún no desean desprenderse de las viejas fórmulas corren el riesgo de hacer retroceder al movimiento obrero décadas. La guerra y la revolución abrieron un profundo surco en el movimiento obrero. Se formaron dos bandos: el bando de los partidarios de la revolución social y de la dictadura del proletariado y el bando que unía a todos los elementos hostiles a la revolución. ¡Ay de aquellos que se niegan a adoptar

una determinada posición y distorsionan la perspectiva con una formulación puramente combativa de cuestionamientos!

El eje principal de la cuestión para nosotros es la actividad conjunta de la Profintern y la Comintern, mientras que la cuestión de la representación mutua adquiere cada vez mayor importancia. El Segundo Congreso considerará las propuestas de las organizaciones sindicales para abolir su representación, es decir, sobre la anulación del párrafo 11 de la Carta. Sin querer ni poder prejuzgar una cuestión que depende exclusivamente del Congreso, os preguntamos si el mantenimiento del párrafo 11 de la Carta es razón suficiente para aislarlos del movimiento obrero internacional. En la Internacional Sindical Roja puede haber siempre un cierto número de organizaciones a las que no les guste tal o cual párrafo, tal o cual resolución. Si estas organizaciones siguen el camino trazado por la CUT y, a su vez, presentan ultimátum tras ultimátum, ¿qué resultará de esto: una Internacional revolucionaria de acción o una sociedad internacional de amantes de la independencia?

Sobre la nueva Internacional Sindical Anarquista.

Por supuesto, hay otra salida posible: si no se acepta el ultimátum, se puede crear una nueva Internacional anarcosindicalista, que estará formada por personas que coincidan completamente en sus puntos de vista. Pero este resultado representa el mayor peligro para el movimiento obrero. Después de todo, el sindicalismo, como doctrina, no forma un todo homogéneo. No está tallado enteramente en piedra. En el sindicalismo se pueden distinguir tres corrientes y, en consecuencia, la primera consecuencia de la creación de una nueva Internacional sería una escisión en las organizaciones sindicalistas, que, como todos saben, no se distinguen por un número significativo de miembros. La nueva Internacional, que en los países latinos se apoyará en organizaciones debilitadas por la escisión, será sólo una sombra de la Comintern. Es cierto que en esta Internacional todos podrán estar orgullosos de su independencia, pero será una independencia de la inacción y autonomía del caos ¿Y

esta nueva Internacional dependerá de todas las Internacionales del mundo, igualmente libres de la “política” que tanto asusta a los camaradas franceses? ¡No! La nueva Internacional será entregada íntegramente a los anarquistas, quienes realizarán todas sus ideas bajo la bandera de la independencia. Se puede decir de antemano que esta Internacional no será un montón de palabras vacías. De hecho, la nueva Internacional sólo podrá contrarrestar el movimiento capitalista internacional bien organizado con sus propias resoluciones. Hay que tener en cuenta, camaradas, que las Internacionales no crecen como hongos después de la lluvia. No hay lugar en el movimiento obrero internacional para dos internacionales revolucionarias. Si queréis crear una Internacional de disidentes, pronto veréis que nuestro punto de vista era el correcto. Estaréis entre Ámsterdam y Moscú, ocupareis una posición intermedia entre la revolución y la reacción. Y como, desgraciadamente, todavía no hay revolución en los países latinos, no conseguiréis crear una Internacional revolucionaria viable que saque su fuerza de la experiencia revolucionaria y sea un arma sólida para la ofensiva contra el enemigo de clase.

En el frente revolucionario unido

¿Qué hay que hacer? En primer lugar, es necesario crear un frente único del movimiento sindical revolucionario. El frente único no fue desbaratado por nuestra culpa. Nos hemos dirigido muchas veces a los sindicatos revolucionarios de Francia, ofreciéndoles un acuerdo solidario, pero cada vez hemos sido recibidos con sospechas y hostilidades. Crear un frente revolucionario unido significa formar un bloque de comunistas y sindicalistas revolucionarios. La Profintern encarna este bloque, la unión de dos corrientes revolucionarias del movimiento obrero nacional. Los desacuerdos sobre una serie de cuestiones no deben ni pueden interferir en la unidad de acción. Sólo en el cementerio reina la paz completa y la unidad de pensamiento. En un organismo viable y plenamente operativo, como la

Profintern, la lucha de ideas continuará, se tendrá en cuenta la experiencia de diferentes países, surgirán nuevas cuestiones polémicas que preocuparán a las masas trabajadoras. La vida lo exige, las condiciones de lucha lo exigen. La clase obrera saldrá indemne de este choque de opiniones y tendencias si se encuentra un mínimo de unanimidad sobre la cuestión de los principios y caminos básicos que pueden conducir directamente a la revolución social y al establecimiento de la dictadura de la clase obrera durante el período de transición. ¿Existe este mínimo de unidad? Nosotros creemos que sí. Esto determina para nosotros la necesidad de luchar junto con los trabajadores revolucionarios de otros países. Será un crimen de vuestra parte contra el proletariado francés y contra la Internacional si permanecéis alejados del centro mundial del movimiento sindical revolucionario: la Internacional Sindical Roja.

Unidad del movimiento sindical

Los sindicatos estaban unidos durante la guerra. Después de la guerra comenzó una división. ¿Cuál es el motivo de esta división? La razón es que los dirigentes del movimiento sindical siguen aplicando una política de “santa alianza” y de cooperación de clases. Sintiendo que la resistencia de los trabajadores crecía, los reformistas decidieron recurrir a la escisión con el único objetivo de preservar la organización oficial de la clase obrera, subordinada a la influencia ideológica y política de la burguesía. La Internacional de Ámsterdam, que opera en contacto con la Sociedad de Naciones, lleva a cabo su política en cada país con la ayuda de personas pertenecientes a gobiernos burgueses. El vicepresidente de la Internacional de Ámsterdam, Jouhaux, ha cumplido el sueño largamente acariciado por la burguesía francesa provocando una escisión en la CUT. Luchasteis contra la escisión, pero no pudisteis evitarla. Llamasteis “Unitaria” a la organización que creasteis. Por eso nos sorprendió saber que hay muchos entre vosotros que estáis en contra del frente único. Nuestra sorpresa fue aún mayor cuando la resolución del Consejo Central del Profintern sobre un frente proletario

único no suscitó ninguna objeción. Nadie intentó siquiera criticar la decisión que tomamos, hasta tal punto que esta decisión correspondía a la idea básica del movimiento sindicalista revolucionario en sus tareas y objetivos.

Es cierto que en este momento cuando los sindicatos tienen que superar dificultades, no es fácil hablar de frente único, pero, sin embargo, en vista de lo que considero importante y necesario, se requiere alcanzar una situación de lucha económica tan seria en Francia hasta que se llegue un acuerdo con los sindicatos paralelos. Incluso allí donde haya una mayoría de trabajadores organizados, seréis derrotados si los sindicatos reformistas no os apoyan. Esto ocurrirá porque las masas no organizadas (y en Francia la mayoría de los trabajadores están fuera de los sindicatos) preferirán, en las condiciones actuales, unirse a los reformistas. Como el resultado de la lucha depende de esta masa desorganizada, los sindicatos revolucionarios serán derrotados si no recurren a la táctica del frente único. El frente único es una lucha por la influencia entre las masas para la acción común. El frente único no se crea para la cooperación de las clases (los reformistas, por su parte, están a favor de un frente único con la burguesía), sino para la oposición de una clase contra otra. Todos los trabajadores están deseosos de mantener la jornada laboral de 8 horas, y ninguno de ellos aceptará una reducción de los salarios. ¿Por qué no tomáis la iniciativa de proponer a los sindicatos paralelos una lucha común para defender las posiciones conquistadas? ¿Os preocupa tener que hablar con reformistas? Hablasteis con ellos cuando erais parte de la CUT. ¡Estas conversaciones aludirán, no lo olvidéis, a una demanda colectiva! De cada intento de acción conjunta de los trabajadores, sin importar a qué corriente pertenezcan, los sindicatos sólo ganarán, si consiguen que cada trabajador comprenda que sois partidarios de la unidad del movimiento sindical, que si se mantiene la unidad de la CUT solo podrá ser destruida por la fuerza. Por tanto, la responsabilidad no recae sobre vosotros, debe recaer enteramente sobre los políticos reformistas que prefieren un acuerdo con la burguesía a un acuerdo con los obreros revolucionarios. Éste es el significado de un frente unitario. Simple-

mente no podemos entender por qué el CUT puede mostrarse hostil a la idea de un frente unido.

La burguesía francesa y la Profintern.

En el mercado internacional de la reacción, la Profintern cotiza al mismo nivel que Moscú. Esto significa que se identifica con la revolución social. Es por eso que la burguesía francesa tiene tanto miedo de que os unáis a la Profintern. Ella ve esta anexión como un acto de solidaridad con la revolución rusa, con la revolución de los “parásitos” que privaron de millones al “pueblo honesto” de Rusia.

Basta con que escuchéis a estos usureros. Toda la prensa burguesa francesa está librando una campaña implacable contra los “decretos” de Moscú. Exige la independencia de las organizaciones obreras francesas. Detrás de ellos están los sepultureros de la calle Lafayette. También proclaman en sus discursos y artículos la independencia del movimiento obrero francés y la necesidad de oponer una firme resistencia a los “dictadores de Moscú”. ¿Creéis que actúan así por casualidad? ¡No! Es natural y normal que actúen de esta manera. La burguesía francesa comprende perfectamente el peligro que representa para ella la Internacional, que se apoya en la experiencia de la revolución. La burguesía teme una unión internacional, en cuyas filas se encuentre el proletariado experimentado, acostumbrado a la lucha contra el mundo burgués. Si la burguesía francesa intensifica sus ataques contra los dictadores y bandidos de Moscú, es porque estos llamados bandidos han dirigido la punta de lanza de su dictadura contra la burguesía, privándola de sus tierras, fábricas, plantas y bancos. El odio amargo que se manifiesta hacia nosotros demuestra que representamos una fuerza peligrosa que amenaza al capital. Los trabajadores revolucionarios no deben complacerles hablando en contra de Moscú. La Profintern no tiene ninguna duda de que nuestros enemigos aprenderán de nuestras discusiones amistosas, de nuestras conversaciones de camaradería, pero en el futuro no obtendrán ningún beneficio para sí mismos, como ocurrió cuando los líderes de la CUT consideraban como su deber participar

en manifestaciones hostiles contra el gobierno soviético y la revolución rusa. La Profintern está convencida de que la clase obrera francesa podrá defenderse del instrumental frente único que se ha formado contra la Rusia soviética por toda la burguesía junto con una cierta organización que se autodenomina revolucionaria.

Conclusiones

Para concluir, llamamos la atención sobre el hecho de que hasta el momento no conocemos la posición de la CUT con el “Programa de acción”, que fue elaborado por el Congreso Fundacional de la Profintern, y es el resultado de la experiencia revolucionaria colectiva de todos los países. ¿Cómo se explica que los sindicatos revolucionarios de Francia concedan tan poca importancia a los trabajos del I Congreso Internacional? ¿Será porque estos sindicatos aún no se han unido a la Profintern? Pero ¿puede este hecho impedirles utilizar la experiencia de los trabajadores de otros países?

La gran mayoría de sus profetas revolucionarios ni siquiera sabe que existe este programa. Entretanto, fue precisamente la no alineación con la Profintern lo que, al parecer, debería haber impulsado a los líderes de la CUT a distribuir el texto de todas las resoluciones adoptadas por el I Congreso, a fin de hacer posible un estudio imparcial de sus trabajos. Llevamos muchos meses esperando que ellos, que enviaron una delegación al Congreso, publiquen las decisiones de este Congreso. Podríais, en caso de necesidad, publicar estas decisiones con un comentario en el que manifestarais que no aceptáis dos párrafos de las resoluciones, ya que era vuestro deber informar a vuestros compañeros.

También nos sorprende que durante diez meses se hayan llevado a cabo debates sobre tan sólo dos párrafos de una misma resolución. Todo el enorme trabajo táctico realizado por el Congreso Fundacional de los Sindicatos Revolucionarios ha quedado fuera del ámbito de debate. Pero dejemos este. Vuestro Congreso tendrá que aclarar su actitud hacia la verdadera lucha revolucionaria tanto a escala nacional como internacional. Cualquier decisión que tomen, estamos

seguros de que procederán desde los intereses de la revolución internacional. Por favor, aceptad nuestros cálidos saludos fraternales. Sabed que la posición de dejar a un lado el apoyo a la Profintern no nos impedirá encontrarnos con alegría en las filas del frente único de la revolución social en la lucha por el comunismo.

¡Saludos al proletariado revolucionario de Francia!

¡Viva la revolución internacional proletaria!

¡Viva la Internacional Sindical Roja!

Buró Ejecutivo de la Profintern.

Moscú, 10 de julio de 1922

El sindicalismo, la revolución rusa y los especuladores

(Ponencia en el Congreso de Saint-Étienne)⁴

Camaradas, en Rusia nos encantan las canciones y estoy muy contento de empezarais con la "Internacional" y la "Revolución". Esto demuestra que ambas facciones del presente congreso están por la revolución social, pero no ambas están por la dictadura del proletariado. En cualquier caso, creo que querréis escuchar a alguien que ha llegado aquí ilegalmente, que corre el riesgo de ser detenido en cualquier momento, mientras que otros están presentes aquí de manera pública y sus nombres aparecen en las páginas de revistas burguesas. Sí, camaradas, por favor, escuchad lo que voy a deciros, porque es la primera vez que un bolchevique habla aquí. No conozco muy bien vuestro idioma, pero sed indulgentes conmigo, ya que vengo desde un país que actualmente está luchando contra el mundo entero.

Tomo la palabra aquí con gran emoción y, creedme, camaradas, que esta emoción no está causada por la manifestación hostil organizada por una parte de esta reunión y, ciertamente, no por la posibilidad de mi arresto. Viví en París durante 9 años. Soy uno de los que, junto con Monatte y Rosmer, comenzaron a luchar contra el frenesí chovinista en Francia en octubre de 1914. Comprenderéis, pues, que tengo algo que decir en el país donde, durante la guerra y durante el estado de sitio, luché contra la guerra imperialista. Permitidme, ante todo, saludar en persona al proletariado revolucionario francés, representado aquí por los delegados presentes. Permítanme transmitirles los saludos del proletariado de Rusia. Me

⁴ Cuando el representante de la Profintern apareció en el podio, la mayoría del congreso se puso de pie y comenzó a cantar la Internacional. El anarquista Lecoing gritó: "¡Abajo los dictadores de Moscú!" y entonces los anarcosindicalistas comenzaron a cantar "¡Revolución!".

siento aún más feliz de dar la bienvenida al proletariado francés aquí en Saint-Étienne, en el departamento del Loira, que no sólo tiene hierro, sino también energía revolucionaria. Os traigo saludos de ese mismo proletariado ruso que lucha, sufre y soporta el peso del mundo entero. Camaradas, sobre Rusia se han escrito muchas cosas, sobre Rusia se han hablado muchas cosas, y los que más hablan son los que menos saben de lo que allí ocurre. Permitidme que alguien que tiene experiencia, alguien que luchó en lo más profundo de la revolución durante 5 años, alguien que en su tiempo pasó por las cárceles y por Siberia, os diga con total libertad y total honestidad lo que piensa sobre los problemas del movimiento obrero internacional. Si por casualidad en mi exposición hay palabras y frases aisladas que son duras, créanme, camaradas, que esto no será como resultado de mi deseo de faltar el respeto a nadie, sino simplemente porque me resulta muy difícil encontrar la palabra exacta para expresar mi pensamiento lo mejor posible para los franceses más sensibles.

Contexto revolucionario internacional

La primera pregunta que se nos plantea es ésta: ¿la situación internacional es revolucionaria o ya se ha superado el punto de no retorno? Esta pregunta es de la mayor importancia. Todos estamos de acuerdo en que el capitalismo está decayendo y desintegrándose. Este hecho es evidente en toda la política moderna de las grandes potencias. En la actualidad se están produciendo en este ámbito muchos fenómenos interesantes: en países con economías fuertes - Estados Unidos, Inglaterra, Noruega, Suecia, Suiza- hay un desempleo muy elevado. Por el contrario, en los países con economías más débiles el desempleo es casi inexistente. A medida que la economía crece, el desempleo aumenta, y a medida que la economía se contrae, el desempleo también. ¿Qué quiere decir esto? Esta contradicción nació de la guerra, esta es la contradicción que creó la Paz de Versalles, este es el resultado del choque general de imperialismos que ha caído sobre la humanidad moderna. En efecto, para eso, para

que Francia salga de la grave situación financiera en la que se encuentra, Alemania debe pagar. Pero para que Alemania pueda pagar, su industria debe desarrollarse a toda velocidad. En el mismo momento en que Alemania se vuelva fuerte económicamente, también se volverá fuerte políticamente. Para que Francia reciba dinero, Alemania necesita ser fuerte. Si Alemania se hace fuerte, es más que probable que no quiera pagar las deudas que le están haciendo pagar y deje a un lado sus obligaciones con los vencedores de la guerra mundial. Por eso Francia está constantemente preocupada y desconfiada, por eso Lloyd George quiere jugar el papel de pacifista, por eso la América democrática, que ha puesto todo el dinero de esta guerra y ahora tiene el dinero de todo el mundo, está en contra y expresa su descontento. Por eso todo el mundo está descontento, todos se culpan unos a otros, cada país está en contra del otro. Hoy en día no es el franco el que determina el destino del mundo, sino el dólar, el verdadero dueño del mundo. Este predominio del dólar ejerce cada vez más presión sobre Europa, que se hunda cada vez más.

¿Qué hizo la Rusia revolucionaria y luchadora en estas condiciones? Asestó un golpe mortal al capitalismo. Rusia ha realizado en pocos años todas las revoluciones que ustedes han realizado en 130 años. En efecto, en este breve tiempo hemos pasado por vuestra revolución de 1789, de 1793, de 1830, por la revolución de 1848 y también por la Comuna. Esta gran revolución tuvo un efecto devastador sobre el sistema capitalista. Este golpe también tuvo toda una serie de graves consecuencias políticas fuera de Rusia, ya que fue un ataque frontal a la propiedad, a los bancos y a los banqueros. Sí, contra los bancos. Entendéis perfectamente lo que esto significa: después de todo, éste es el lugar más sensible del mundo burgués. Bancos, tierras, casas, palacios, etc., todo esto fue arrebatado, todo esto fue expropiado. Estos "bandidos bolcheviques" le dieron una lección a la burguesía rusa. Lo cual fue sentido con mucho dolor por sus amigos alrededor del mundo. Sí, camaradas, si el proletariado internacional fuera tan consciente como la burguesía internacional, hace tiempo que habríamos acabado con esta banda.

Tan pronto como la burguesía rusa sufrió por estos “ladrones”, por estos “asesinos”, por estos “dictadores”, etc., América, Francia, Rumania, Polonia, Inglaterra se sublevaron: el mundo entero nos atacó. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que querían recuperar lo que les habíamos quitado, querían rebelarse para restaurar la propiedad privada, es decir, querían recuperar su dinero, y como somos dictadores, no queríamos pagar los 37 mil millones de rublos de oro que nos exigían. No, no somos estúpidos y no vamos a pagar. Nuestra actitud hacia el principio sagrado de la propiedad ha levantado al mundo entero. En diciembre de 1917 comparecieron ante el camarada Lenin representantes de 19 potencias y el embajador de Estados Unidos, el más anciano, el señor Francis, dijo lo siguiente: “Estimado señor presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, le declaramos en nombre de los 19 Estados, que no permitiremos que los intereses de nuestros ciudadanos se vean afectados de alguna manera”. ¿Qué significa exactamente esta afirmación? Confiscamos y expropiamos fábricas francesas, inglesas, etc. Esta declaración de 19 potencias nos fue hecha en nombre de la humanidad, de la civilización, de la cultura, etc. El significado de esta declaración fue una declaración de guerra de parte de todo el mundo capitalista contra la Rusia soviética. Durante 4 años el mundo entero luchó contra nosotros. El imperialismo de los imperios aliados y del eje se unieron contra la Rusia soviética. Alemania, por un lado, y los aliados, por el otro, todos se pusieron contra nosotros. Nos quitaron el petróleo de Bakú, nos quitaron el trigo de Ucrania, nos cortaron Siberia, nos cortaron Arkhangelsk, y nosotros, proletarios rusos, nos vimos obligados a enfrentarnos con las mayores dificultades. Sin embargo, superamos las fuerzas hostiles hacia nosotros. Logramos derrotar a las potencias imperialistas que se unieron en su odio hacia nosotros. Sí, lo hicimos, pero ¿cuáles fueron las fuerzas económicas que impulsaron la revolución rusa? Los campesinos tomaron la tierra y no tenían intención de devolverla. Lo mismo ocurrió con los trabajadores que tomaron las fábricas y plantas. Además, antes de la Revolución de Octubre teníamos muchos soldados en el frente que tenían armas y ametralladoras. Después de la

Revolución, cada soldado llevaba consigo un fusil o una ametralladora, armas que probablemente se fabricaban en las fábricas de Saint-Étienne, Creusot, etc.

Reformistas y revolución

La burguesía actúa con mucha más inteligencia que muchos trabajadores. Tan pronto como comenzó la revolución, se llevaron a cabo todo tipo de reformas de inmediato. Los reformistas se rebelaron contra nosotros. Jouhaux y Renaudel, Henderson y los reformistas de Francia, Inglaterra, Alemania, América, los partidos socialistas, la antigua Confederación Francesa del Trabajo, los sindicatos y las centrales sindicales de Alemania, todos se levantaron contra la revolución rusa⁵. Los reformistas de todos los países estaban en contra de la revolución rusa porque ofendía sus sentimientos democráticos al tratar demasiado a la ligera la asamblea constituyente y otros fetiches creados durante la guerra y de los cuales, desgraciadamente, el proletariado aún no se ha liberado. Y cuando, camaradas, tenéis contra vosotros a toda la burguesía, a todas las mayores organizaciones reformistas del mundo entero, como la Confederación Francesa del Trabajo, la Asociación Sindical Alemana, los sindicatos ingleses, no hay la menor duda de que la situación es muy complicada. En 1917 eran minoría en nuestra organización e hicieron todo lo posible para apoyar la revolución rusa. Se formó una coalición contra la revolución rusa, una coalición formada por mencheviques y todo tipo de socialistas que nos decían que la revolución no debía ir tan lejos. ¿Qué se supone que significa esto? Nada más y nada menos que lo siguiente: “No toméis las fábricas, porque no podrán organizar la producción; no toquéis los bancos, porque tendréis el mundo entero contra vosotros; no toquéis las

⁵ Esta última afirmación produjo un gran alboroto entre el público. Tras lo cual Lozovsky afirmó: “No sé por qué se produce tanto alboroto en este congreso cuando afirmo que todos los reformistas se han manifestado en contra de la revolución rusa”

organizaciones empresariales, porque en vuestro país atrasado todavía necesitáis estas organizaciones, porque sin ellas no podréis organizar una nueva Rusia democrática”.

Bajo esta consigna se opusieron a nosotros los mencheviques y los socialrevolucionarios. ¿Qué se suponía que debíamos hacer? Cuando tienes dos armas contra ti que dicen: “dinero sobre la mesa y abajo dictadores”, “socialismo democrático y abajo dictadores”, cuando esas armas apuntan contra ti, entonces apuntas con cuatro de las tuyas hacia ellos y continuas haciendo tu trabajo, sin importar lo que digan en tu contra, sin importar de qué te acusen. “Perro ladrador, poco mordedor”. Así, la Revolución de Octubre trajo gran alegría a las almas de los trabajadores de todos los países. Los que soñaban con el socialismo y el comunismo, como un ideal lejano, surgió. Sí, todo el mundo de los “ladrones” se apoderó de las fábricas, e incluso el trabajador menos adepto dijo: “Tal vez realmente sean ladrones, pero aun así se les puede perdonar su robo, ¡porque sólo los ricos lo sufren!”

El anarquismo y la revolución rusa

Desde principios de 1918 hasta mediados de 1920, todos los revolucionarios saludaron la revolución rusa y todos expresaron su gran alegría y sus sentimientos fraternales hacia el proletariado ruso. En 1919, la Confederación Nacional del Trabajo de España, organización sindicalista revolucionaria, se unió a la Tercera Internacional. Borgi, en nombre de la Unión Italiana de Sindicalistas, anunció su adhesión a la Internacional; una minoría de la Confederación Francesa del Trabajo también se unió a la Tercera Internacional. Esto fue así hasta mediados de 1920. Ya veis, camaradas, que hubo adhesiones que ahora parecen un poco extrañas, porque en aquella época todavía no existía la Profintern, sólo existía la Internacional Comunista. ¿Cómo fue posible que una organización sindicalista revolucionaria, una organización anarquista, se uniera a la Tercera Internacional, que es, por supuesto, una organización política?

¿Cuáles son las razones? La razón fue la revolución, su carácter social y profundamente obrero, que convenció a los compañeros de que, independientemente de su nombre, ya que la revolución quita fábricas, plantas, bancos, los proletarios revolucionarios del mundo deben decir: ¡sí, estamos con los que hacen esta revolución! Así es exactamente como razonaron muchos camaradas. ¡Los saludo, les expreso mi alegría en esta ocasión, pues el instinto de clase correcto los guía!

A partir de finales de 1920 los desacuerdos empezaron a aparecer cada vez más. Os diré, camaradas, hasta el final todo lo que pienso. La hostilidad contra Moscú comienza a surgir después de la derrota de los trabajadores en muchos países. Coincide con el reflujo del movimiento obrero y el inicio de la ofensiva del capital. Esto se hizo especialmente evidente después de las fallidas adquisiciones de empresas en Italia: coincide en todas partes, es decir, no es un accidente fruto de la nueva marea de la ola capitalista. A finales de 1920, el capitalismo internacional había cobrado sentido. En una ocasión, sus representantes viajaron a Washington, donde hablaron de reformas sociales con Jouhaux, Legien, Fimmen y otros reformistas. El capitalismo no hizo concesiones después de la guerra. En Francia incluso se aprobó la jornada laboral de ocho horas. Cuando en el senado de la isla de los pingüinos⁶ se aprueba una jornada laboral de 8 horas, esto significa que esta atmósfera tan cálida y tensa se está extendiendo a todo el mundo. No diré que nosotros seamos el origen, sin embargo, la revolución soviética sin duda tuvo su impacto en la implementación de esta reforma social.

Nuestros adversarios lo han mezclado todo: Moscú, política, ¡oh, esta maldita política! La Comintern y la Profintern mezclaron todo en uno y comenzaron a hablar duramente contra todo el conjunto de ideas que había cuestionado la revolución rusa. La oposición comienza en 1920 y en 1921 se intensifica, haciendo cada vez más difícil el indudable el movimiento ofensivo contra el proletariado ruso. Es

⁶ Nota del traductor: se refiere a las islas Svalbard, las cuáles menciona de modo satírico varias veces.

posible que cuando los compañeros aquí cantaron la “Revolución”, pensaron que estaban insultando mis sentimientos, pero me gustaría, camaradas, que no sólo cantaran la “Revolución”, sino que también la hicieran.

La segunda razón de la oposición del anarquismo internacional a la Internacional Comunista es la derrota de los anarquistas en la revolución rusa. Desde febrero de 1917 hasta octubre, anarquistas y comunistas lucharon juntos contra el capitalismo. ¿Qué ocurrió entonces? En octubre, los obreros de Petrogrado, Moscú y otras ciudades rusas se levantaron con ametralladoras y cañones contra sus enemigos de clase. Los trabajadores tomaron las fábricas. Cada fábrica es una fortaleza del capitalismo, y quien pueda romper esta fortaleza debe hacerlo. Después de la revolución, el anarquismo ruso formuló su punto de vista, que consideró necesario poner en práctica. Durante una revolución no se puede salir adelante sólo con canciones. Cuando se acepta una revolución hay que ponerla inmediatamente en práctica. ¿Cuáles son las principales ideas que los anarquistas querían poner en práctica? En primer lugar, los comités de fábrica y de planta son los propietarios de cada fábrica y de cada planta. No se trata de una expropiación colectiva, sino de una expropiación individualizada. En segundo lugar, la absoluta independencia de todas las comunas locales respecto del centro, es decir, del centro que asegura la victoria de la revolución. En tercer lugar, la lucha categórica contra todas las instituciones creadas por el gobierno, así como contra el propio gobierno. En cuarto lugar, la libertad absoluta de hacer lo que se quiera. En quinto lugar, la lucha contra el Ejército Rojo y contra el Estado soviético. El camarada Borgi, que está aquí, probablemente confirmará esto⁷.

Entonces, camaradas, cuando en una revolución hay diferentes puntos de vista en conflicto, ¿cómo se resuelve la cuestión? ¿Qué hacer cuando la lucha no es sólo sobre esta o aquella cuestión práctica, sino también sobre la cuestión más fundamental, más esencial de la revolución? Un ingenioso francés dijo: “La revolución es un ideal

⁷ A esto, desde el público, Borgi respondió: “No, y lo demostraré”

que ha encontrado sus bayonetas". Las bayonetas finalmente decidieron qué punto de vista era el más correcto y los anarquistas fueron derrotados. ¿Por qué? ¿Será porque somos dictadores? ¿Será porque somos demonios, como nos describen en los periódicos burgueses? No, los bolcheviques derrotaron a los anarquistas porque hay muchas cosas maravillosas en la idea anarquista, pero sólo serán aplicables después de que la burguesía sea finalmente aplastada. Pero cuando necesitas luchar, necesitas algo más. Teníamos contra nosotros a los ejércitos francés, inglés, polaco y alemán, todos magníficamente organizados y teniendo a su disposición no sólo fusiles, sino también cañones, tanques, aviones, etc. Durante este tiempo de revolución encontramos muchas armas dentro de Rusia. ¡Perteneciente a los aliados y a los alemanes! Utilizamos todo esto contra ellos. Con estas armas repelimos los ataques de nuestros enemigos internos y externos. Las mayores dificultades no se pueden superar dejando que cada uno haga lo que quiera y dejando que cada comunidad viva como quiera.

En cuanto a mí, desde el momento de mi regreso a Rusia en junio de 1917, nunca abandoné las filas de los sindicatos ni un minuto y siempre tomé parte activa en su trabajo. Nos encontramos en las mayores dificultades después de la revolución, tan pronto como expulsamos a los burgueses, la mayor dificultad no fue la ausencia de estos, sino el hecho de que también se fueron con ellos los técnicos e ingenieros. Veo que en una de las resoluciones que se proponen a este congreso, también queréis incluir a los técnicos e ingenieros en el código de conducta. En el futuro esto será posible, pero ahora ni siquiera tienen madurez para unirse a la reformista Confederación del Trabajo, y mucho menos a la vuestra. No puedo imaginar cómo podéis incluirlos en vuestra organización. Esto lo digo por nuestra experiencia. En Rusia, después de la Revolución de Octubre, según recuerdo, el sindicato de ingenieros adoptó una resolución en la que se decía literalmente lo siguiente: "tan pronto como los obreros ocupen las fábricas e introduzcan el control obrero, todos los técnicos e ingenieros deberán dejar sus puestos de trabajo". Tal es, por así de-

cirlo, la experiencia. Pero no sólo tuvimos dificultades con los técnicos, también tuvimos grandes dificultades con los trabajadores. Así, los trabajadores rusos estaban aún menos educados desde el punto de vista técnico que los trabajadores franceses. Cuando tienes una planta con 20.000 trabajadores y el personal técnico se marcha, entiendes muy bien las dificultades que esto ocasiona en términos de seguir produciendo. ¿Quién garantizará el futuro progreso de las empresas en tales casos? ¿El comité de fábrica? Pero aquí surgió nuevamente una nueva dificultad: algunos comités de fábrica y de trabajadores comenzaron a considerar la fábrica como propiedad de los trabajadores empleados en esta empresa. Os daré un ejemplo. En Rusia hay una enorme fábrica de productos de zapatos llamada “Treugolnik”, donde trabajaban 13 mil personas. Esta fábrica consiguió producir una gran cantidad de combustible. En enero de 1918 resultó que los tranvías en Petrogrado estaban parados. Fuimos a los trabajadores de la fábrica y les dijimos: “Tenéis dos millones de libras de petróleo, ceded un poco de ese petróleo para el tranvía”. El comité de fábrica respondió: “Pero este petróleo es nuestro, es necesario para nuestra fábrica y no lo daremos”. ¿Qué decís a esto, camaradas? Esto es, sin duda, egoísmo. ¿Pero creéis que esto se puede solucionar fácilmente? Nosotros, camaradas, sindicalistas, anarquistas y comunistas, estamos lejos de ser santos, todavía estamos muy lejos del ideal. Todavía hay muchos, muchísimos prejuicios en cada uno de nosotros, y esto se debe a que venimos de una sociedad podrida hasta la médula, porque desde muy pequeños estuvimos rodeados de la cultura burguesa, de los hábitos burgueses y de un ambiente burgués corrupto. Nuestros cerebros han sido dañados de la misma manera que lo ha sido el corazón.

Así pues, camaradas, el egoísmo existe y hay que superarlo en la acción revolucionaria. El comité de fábrica antes mencionada se consideraba autónomo e independiente, pero no podíamos estar de acuerdo con esto. ¿Qué hacer en estos casos? Por supuesto que no movimos armas contra estos trabajadores. Organizamos cuatro reuniones donde les dijimos: “Entended que la revolución no se hizo para que tuvierais 2 millones de libras de combustible. Si se fabrican

zapatos, es para poder intercambiarlos por otras mercancías. Si mantenéis este enfoque, no recibiréis alimentos y moriréis de hambre, a pesar de la gran cantidad de zapatos que produzcaís. No sois los dueños de esta empresa, el petróleo no os pertenece, pertenece a todos”. Al final, superamos la resistencia de los trabajadores, y ellos voluntariamente entregaron parte de su petróleo para el tranvía de Petrogrado.

Pero, también tuvimos otras dificultades. Rusia es 45 veces más grande que Francia. Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, casi todos los distritos establecieron sus propios consejos de comisarios del pueblo. Se trataba de un federalismo completo absoluto. Para que tengáis una idea de este federalismo, añadidle todos los adjetivos que puedan reforzar mi concepto. Por supuesto, nos dirán: es necesario que el federalismo sea racional, eficiente, etc. Sí, el federalismo realmente debe ser racional y eficiente. Lo hicimos modelando la autonomía absoluta y completa, convirtiendo todas las comunas en un todo único y limitando su competencia a los límites razonables.

Entonces, camaradas, surge la cuestión del Ejército Rojo. ¿Qué es el Ejército Rojo? Son trabajadores. Tuvimos que luchar contra el ejército alemán con sus oficiales y fuimos derrotados. Cuando firmamos la Paz de Brest-Litovsk, nos dijeron: “Oh, estos bolcheviques, firmaron la paz con Guillermo II. Así son estos revolucionarios: gente que se ha sentado a la misma mesa que Hindenburg, Ludendorff y Hoffmann, mientras que nosotros, los (verdaderos) revolucionarios, nos quedamos en Francia, en Italia, sin sentarnos a esa mesa” Camaradas, ¿qué significan esos reproches? Cuando se declara una huelga, camaradas, ¿qué hacéis? Imaginad que se organiza una huelga y que dura 4, 5 o 6 semanas. Todo el mundo sabe que sois trabajadores y que buscáis que la huelga triunfe. Estáis intentando influir en los esquirols, negociáis con los capitalistas, etc. ¿Podemos decir que la revolución fracasó porque los líderes de la revolución se vieron obligados a hablar con sus enemigos de clase? No. Si firmamos la Paz de Brest-Litovsk fue por-

que no teníamos otra opción. Firmamos la paz y gracias a ello conservamos cierto territorio y empezamos a organizar un ejército. El curso de los acontecimientos nos obligó a librar una larga guerra. Pero ¿los soldados, simples trabajadores, conocen la técnica militar? Por supuesto que no. Mientras tanto, era absolutamente necesario utilizar la técnica militar contra nuestros enemigos. Era necesario hacer todo lo posible para luchar con éxito contra un enemigo peligroso. Los altos mandos del antiguo ejército estaban contra nosotros: la guardia imperial, todos los regimientos y brigadas especiales; todos estaban contra la revolución. Organizaron batallones de oficiales especiales y libraron una lucha a vida o muerte contra nosotros. Pero había un cierto porcentaje de oficiales que decían: “Al final, no nos importa si estamos con los bolcheviques o con los demás”. Otros decían: “Los bolcheviques siguen luchando contra los enemigos extranjeros, estaremos con ellos”. O razonaban así: “Soy un oficial promedio, un especialista militar, y trabajo donde puedo aplicar mis conocimientos especializados. Tengo un oficio”. A lo que respondimos: “Bueno, si tienes un oficio y quieres ganarte la vida, trabajar, aplicar tus conocimientos técnicos, está bien, pero si te opones, estás acabado”. Esto no es una teoría, sino la realidad. En cada destacamento, en cada batallón, en cada regimiento hemos establecido comisarios especiales. ¿Quiénes son estos comisarios? Los comisarios eran comunistas. Entre ellos había muchos sindicalistas y anarquistas. El comisario no conoce los asuntos militares, no es un especialista, no conoce la técnica militar, pero tiene amplios poderes para ejecutar, en caso de traición, a cualquier jefe militar, cualquiera que fuera el cargo que ocupara. Es decir, se trata de un derecho que ninguna ley puede garantizar; se trata de un derecho que fue arrebatado por la fuerza de la revolución.

Teníamos batallones de oficiales contra nosotros. Esta gente, que estaba bien organizada militarmente, luchó contra nosotros porque muchos de ellos pensaban que los bolcheviques eran parásitos que habían corrompido a Rusia. Otros porque defendían sus propiedades y bienes confiscados. ¿Cómo luchamos contra estos batallones de oficiales? Organizamos para ello nuestros batallones, batallones

de comunistas y sindicalistas, y todos los obreros, partidarios de la revolución, luchamos como demonios contra los batallones de oficiales. Estos batallones nuestros tienen el honor de repeler muchos de los más audaces y atrevidos ataques contrarrevolucionarios. Sobre el Ejército Rojo puedes afirmar todo lo que quieras. La realidad, sin embargo, sigue siendo la siguiente: si el Ejército Rojo no hubiera existido, Rusia habría pagado ahora su revolución con cientos de miles de proletarios. No exagero, camaradas. Haced un simple cálculo aritmético vosotros mismos. Los dos meses de existencia de la Comuna en Francia costaron sólo a París la vida de 30 mil obreros: ¿cuánto tendría que pagar el proletariado ruso por cuatro años de su gobierno? Establezcan la proporción adecuada y piensen que en Francia era un asunto sólo de París, pero para nosotros es un asunto de toda Rusia, que tiene 150 millones de personas, y entonces comprenderán que si no hubiéramos organizado el Ejército Rojo, entonces cientos de miles de obreros habrían sido asesinados por la contrarrevolución internacional y rusa.

Sobre el Estado

Ahora llego a la cuestión del Estado. "Estado" normalmente se escribe con mayúscula. Esta letra mayúscula tiene un significado místico para algunos camaradas. Analicemos esta cuestión más de cerca para entender qué se entiende por la palabra "Estado". Para aclarar mejor mi punto, quisiera dar algunos ejemplos. Pero no quiero hablar del Estado francés, hablaré del Estado X o Y. El Estado es la concentración de fuerzas de la clase dominante. Todas las instituciones creadas por la sociedad moderna (justicia, policía, gobierno, tribunales), todo ello son distintas caras del aparato estatal. Ese órgano gigantesco que lleva el nombre del estado tiene múltiples tentáculos. Para combatir esta violencia concentrada, ¿es posible actuar en pequeños grupos y de forma aislada en diferentes partes de Rusia? Por supuesto que no. Era necesario destruir todo lo viejo hasta sus cimientos. Era necesario crear un nuevo aparato es-

tatal que fuera completamente diferente del antiguo, que se diferenciara de él en un aspecto fundamental. Y el hecho de que hayamos creado todo el conjunto de instituciones cuya tarea es proteger y defender los intereses de la clase obrera es lo que constituye el Estado soviético. Al día siguiente de la revolución era necesario luchar contra la contrarrevolución, y no creo que haya un solo anarquista aquí que diga que no era necesario hacer ese trabajo. Se puede ser un ardiente partidario de la libertad absoluta, pero esto de ninguna manera impide luchar contra la contrarrevolución. Era necesario confiscar fábricas y plantas, era necesario organizar la producción, la protección externa e interna de la clase obrera. En el proceso de nuestra lucha creamos comités de fábrica, consejos, sindicatos y el conjunto de todas estas instituciones constituye el Estado proletario. Todas estas instituciones de distribución, de organización de la producción, órganos de autogobierno, son partes del Estado. ¿Cuánto tiempo podremos conservar este organismo? ¿Hasta cuándo existirá el Estado? Hasta el momento en que el capitalismo desaparezca no sólo en un país, sino en todos los países. En Rusia tuvo lugar una revolución social y no un asalto a un palacio. Cuando tomamos el control de las fábricas y plantas, París sintió el golpe. La revolución rusa puede compararse con una tormenta: las olas revolucionarias se extendieron mucho más allá de las fronteras de Rusia. Cada movimiento que hicimos se sintió en Bélgica, Inglaterra, Francia y otros países. ¿Por qué? Porque en vísperas de la Revolución de Octubre, en las empresas rusas se habían invertido más de mil quinientos millones de rublos en oro de capital extranjero; había muchos activos de valor rusos, todo lo que tienen las bolsas y los bancos internacionales para explotar a la clase obrera. Y así, la expropiación de todo esto tuvo un efecto mágico en todo el sistema capitalista internacional. Por esa razón a escala internacional, revoluciones similares deben tener lugar en otros países, y sólo cuando la revolución triunfe en los países más importantes, el Estado, con los restos del antiguo, dependerá de nosotros. El país que entre último en esta lucha tendrá el período de transición más corto, y esto será una señal

de la victoria de la idea anarquista, y sucederá porque la revolución allí será la última.

La cuestión, pues, puede plantearse así: el Estado no puede ser destruido inmediatamente y, en consecuencia, sería erróneo limitarnos a la afirmación de que “¡estamos contra el Estado!”. Si tuviéramos una fuerza policial así, ¿qué nos quedaría por hacer? ¿Vosotros, representantes de los sindicatos aquí, sabéis que los sindicatos rusos organizaron la Guardia Roja, tomaron fábricas, organizaron una milicia que vigilaba las grandes fábricas para que la contrarrevolución no las hiciera estallar? Pero ¿qué significan estas medidas? Se trata de momentos aislados de violencia organizada del proletariado ruso contra una clase hostil a él.

En general, a mucha gente en Francia le gusta escribir sobre la autonomía de los sindicatos, pero ¿qué significa esta autonomía? Si con esto queremos decir que no dependéis de nadie y no tenéis en cuenta a nadie, entonces es absurdo, porque en este sentido no sois autónomos con respecto a vuestros aliados, pero tampoco con respecto a Francia, porque cuando ellos salen contra nosotros con armas, vosotros estáis obligados a contraatacar con armas. Nuestros sindicatos tomaron parte en esta lucha. En 1918 estábamos completamente rodeados. Denikin estaba casi en Tula, a 160 kilómetros de Moscú, Yudenich estaba en el norte, Siberia estaba aislada, ¿qué hicieron entonces los sindicatos rusos? Movilizaron sus juntas directivas, sus secretarios, hasta el 50% de los afiliados, y los mejores elementos del movimiento sindical pasaron al frente. Se convirtieron en comisarios, aquellos que agitaban a las masas, que inspiraban a los débiles y empujaban hacia adelante a los que se habían debilitado.

Consideremos la lucha con el Estado desde un punto de vista económico. Nuestros camaradas italianos libraron una lucha puramente económica. Se apoderaron de las fábricas y se quedaron allí. En dos semanas, se limitaron a apoderarse de fábricas. Después de apoderarse de las fábricas, negociaron con las autoridades y, al final, se vieron obligados a devolverlas. Sea cual sea su opinión sobre nosotros, no somos tontos. Cuando tomamos algo, no lo entregamos,

lo conservamos y lo conservaremos por la fuerza. ¿Qué dificultades encontramos en nuestra lucha? En este caso, me dirijo en particular a mis compañeros de la construcción, cuya lucha conocí antes y durante la guerra. Imaginaos por un minuto que habéis estado en huelga durante muchas semanas. Entre los huelguistas empiezan a surgir dudas, dudas, por supuesto, comprensibles: los niños tienen hambre y miran con ojos llorosos a sus padres, las esposas, aunque todavía no digan nada, tienen claro que no pueden soportar la imagen de sus hijos hambrientos, los trabajadores llegan a la asamblea y comienzan a quejarse: "¿Hasta cuándo durará esto? Llevamos ya varias semanas en huelga, ¿realmente vamos a seguir en huelga durante un número infinito de semanas? ¿Qué piensan los sindicatos? ¿Qué hacer en estos casos? Intentas luchar contra la corriente y les dices: "No hay necesidad de vacilar, de abandonar la desconfianza en nuestras fuerzas, aférrense fuerte los unos a los otros, vamos hacia la victoria y venceremos". Pero si entre la multitud de gente descontenta hay gente que empieza a decir: "Sabemos por qué vosotros, los dirigentes de la huelga, estáis a favor de continuar la lucha: utilizáis el dinero que se recauda para los huelguistas, sabemos cómo viven los comités de huelga", etc. Camaradas, ¿qué habéis hecho en tales casos? Habéis utilizado contra estos elementos sospechosos las medidas violentas conocidas entre los trabajadores de la construcción como "la máquina de abollar" y "el calcetín con tachuelas". Camaradas, durante nuestra gran lucha nosotros también escuchamos las mismas acusaciones. Entre los que vacilaron había muchos mencheviques y anarquistas. ¿Pero qué nos importan? Tan pronto como empezaron las dudas y las acusaciones provocadoras, también recurrimos a medidas violentas. Nuestro "calcetín con tachuelas" funcionó, y funcionó bien. No debemos olvidar que la revolución rusa no es una revolución nacional, trascendió las fronteras nacionales, sacudió y conmocionó al mundo entero. No hay un solo país en el mundo, incluido Japón, Estados Unidos y Australia, donde no se haya sentido este choque. Todo lo que ocurre en Rusia tiene trascendencia internacional: nuestras derrotas son vuestras derrotas, vuestras derrotas son también las nuestras.

Sobre la Nueva Política Económica

Cuando fuisteis traicionados por los esquiroles de la antigua Confederación del Trabajo en 1920, fuisteis derrotados. En Italia y Alemania los trabajadores también sufrieron derrotas. Sentimos esta derrota tan dolorosa y agudamente como vosotros. Es a partir de este momento cuando empiezan las concesiones y una nueva política económica. En general, camaradas, no hay nada nuevo en esta "nueva política económica". Es nueva para vosotros y para nosotros, pero no hay nada nuevo en ella para la burguesía. Hemos tomado un espacio enorme, hemos ocupado un espacio amplio. Pero, camaradas, tenemos el mundo entero sobre nuestras espaldas. El proletariado internacional se mueve y avanza, pero no lo suficientemente rápido. Para vosotros este ritmo de movimiento puede ser suficiente, pero para nosotros no lo es. Ahora algunos dicen: "Los bolcheviques fueron a Génova, estuvieron allí hablando, vestidos con frac y sombreros de copa, con los capitalistas. ¡Les conocemos bien!" Camaradas, si nos vimos obligados a hacer algunas concesiones, si fuimos a Génova, fue porque no podíamos ir a París para llegar a un acuerdo con vosotros. Si pudiéramos hablar no con el señor Barthou, sino con el camarada Bekar en nombre de Francia, con el camarada Borge en nombre de Italia solucionaríamos rápidamente el asunto. Desgraciadamente para Italia, sus recursos, sus bancos, sus fábricas, sus plantas no están todavía en manos de Borge, y las fuerzas productivas y toda la riqueza de Francia no están todavía en manos de Lecoin. Sí, camaradas, es cierto que estamos en una situación muy difícil. Estamos atrincherados, nos hemos visto obligados a retroceder, pero si nosotros, compañeros, retrocedemos es para saltar mejor. Si no hubiéramos retrocedido y hecho ese movimiento hacia atrás, habríamos sido aplastados. Los anarquistas, puros como el acero de Damasco, ¿habrían ganado algo si nos hubieran aplastado? No, ellos, como todos los proletarios, habrían perdido. Camaradas, no olvidéis que la única Rusia bolchevique, la Rusia

maldita por todos, que, en opinión de la burguesía, ha sido capturada por parásitos, fue la única que resistió y luchó contra el capitalismo internacional.

Si hacemos concesiones no es nuestra culpa, sino vuestra, y cuando haya un reproche, podemos responder de la misma manera que respondimos a los reproches después de que vuestra huelga fuera aplastada. Digamos abiertamente que la nueva política económica es una concesión. Pero, camaradas, cuando estamos en una situación difícil, en lugar de ayudarnos, ¿nos dedicamos a criticar más y a aumentar aún más nuestras dificultades? Sí, tenemos una hambruna, causada principalmente por la sequía y, por supuesto, por el bloqueo, que hemos sufrido durante muchos años. Cuando los trabajadores mueren de hambre, se ven obligados a hacer concesiones. Cuando hacemos concesiones, oímos voces que vienen del extranjero, por ejemplo, de Italia o de otro país: “¿Qué? ¿Concesiones? ¿La revolución está haciendo concesiones? ¡Entonces no es una revolución, porque los revolucionarios no hacen concesiones!” ¿No veis que nos vimos obligados a alcanzar estos acuerdos y que intentamos por todos los medios limitar su impacto? En lugar de entender esto y ayudarnos, nos atacan, y nos atacan porque no hemos implementado el comunismo integral. Pero, camaradas, el comunismo integral no puede realizarse en unos pocos años. Para implementarlo, es necesario actuar con decisión, es necesario poner el mundo entero patas arriba, y vosotros, en lugar de ayudar a quienes iniciaron esta gran obra, nos tiráis piedras y nos decís: “¿Qué, todavía no habéis implementado el comunismo en cuatro años?” Y esto lo decís como un reproche hacia nosotros. Camaradas, os daremos un plazo mucho más largo para que podáis implementar el comunismo. Pero ¿y si no lo ponemos en práctica dentro de unos años? Por favor, comenzad, demostrad vuestra habilidad, pero no lancéis reproches que no significan nada, porque quienes los hacen, obviamente, voluntaria o involuntariamente, de alguna manera se olvidan de la revolución, de sus dificultades, de su sufrimiento, de la colosal cantidad de sangre que fluyó de las venas y arterias de la clase obrera de Rusia.

En una palabra, camaradas, debéis comprender la situación en la que nos encontramos. Recordamos perfectamente que sólo una revolución internacional puede ayudarnos. Pero, camaradas, para llevar a cabo la revolución internacional es necesario una organización internacional verdaderamente revolucionaria. Y la Internacional no es una plaza, donde cada uno pasea, hace lo que quiere y luego se va: una organización internacional militante debe ser diferente. Dejádme dar un ejemplo. En marzo de 1921, durante la revuelta obrera alemana, los sindicalistas alemanes tomaron una posición en sus órganos centrales en contra este levantamiento. Publicaron un editorial en el que se pronunciaban categóricamente contra esta actuación, e incluso afirmaban que se estaba haciendo por órdenes de Moscú. Por eso, durante el levantamiento, los sindicalistas no pudieron hacer nada mejor que lanzar una piedra a la espalda de los valientes trabajadores revolucionarios. Yo os pregunto si la organización ha hecho algo parecido, si ha hecho algo absolutamente contrario a todos nuestros principios. Y si tal organización fuera miembro de la Profintern, ¿tendría la Internacional, que incluye a los franceses, alemanes e italianos, derecho a decir: “usted ha cometido un acto contrarrevolucionario”? Os pregunto a todos, camaradas, si no tuviéramos derecho a intervenir, ¿realmente esta intervención sería considerada por vosotros como una violación de la autonomía de esta organización? Camaradas, sería una concepción muy extraña de la autonomía si adoptáramos este punto de vista.

Cuando llegué a Berlín, supe que se estaba preparando una conferencia internacional de sindicalistas. Recibí cartas informándome sobre esta conferencia, pero no leí nada sobre ella en la prensa. Mientras tanto, leí con atención tanto *Bataille-Syndicaliste* como *La Vie Ouvrière*, así como *Libertaire*. Luego planteé la cuestión de esta conferencia en *L’Humanité*. Muchos creen que se trató de una intervención bastante inesperada: ¿Qué respondió la Comisión Administrativa? Afirmó: “Estamos enviando delegados a esta conferencia únicamente con fines informativos y nos gustaría que Lozovsky entendiera la autonomía de las organizaciones profesionales de otra

manera”. Pero permitidme, camaradas, afirmar que tenéis ante vosotros un abuso de la palabra “autonomía”. Hace apenas un par de meses la Comisión Administrativa adoptó una resolución contra el gobierno soviético. Contra la Rusia soviética, camaradas, nada menos que la Confederación Unitaria del Trabajo. Así pues, el gobierno soviético no planteó la cuestión de su autonomía después de esta resolución. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que entendemos a los trabajadores autónomos de forma completamente diferente. Ellos tienen todo el derecho a adoptar una resolución que les convenga. ¿Creéis realmente que se nos habría ocurrido decir a la Comisión Administrativa: “No tenéis derecho a adoptar resoluciones similares a la que han adoptado, porque esta resolución viola la autonomía del gobierno soviético?” Nada de eso, camaradas; eso sería una locura absoluta. Además, planteé algunas preguntas respecto a la próxima conferencia y se escuchó una voz que decía “Aquí están los moscovitas, centrados en tirarnos piedras e interviniendo en asuntos que no les conciernen en absoluto”. Pero, camaradas, ¿lo que ocurre en el movimiento obrero internacional no nos concierne a nosotros, que lo hemos pagado con nuestra sangre? Dijisteis que los delegados fueron enviados con fines informativos. Muy bien, camaradas, pero ¿por qué no publicaron esto un par de semanas antes de la conferencia? Si se hubiera publicado todo el mundo lo habría sabido y no habría hecho falta ninguna consulta a los periódicos. Decidme los aquí presentes, ¿sabíais que el próximo 16 de junio se realizará una conferencia en Berlín? ¿Sabíais qué temas se iban a abordar en esta conferencia?⁸

Camaradas, yo, al igual que vosotros, no sabía esto. Así que, camaradas, si entendéis la independencia y la autonomía en el sentido de que nadie tiene derecho ni siquiera a cuestionar o criticar vuestras acciones, entonces podéis permanecer aislados, no tenéis nada que hacer en la Internacional. En estas condiciones no podéis ser miembros de ninguna Internacional. Entendemos estas cosas de

⁸ A lo cual se escucharon muchos gritos de “¡No!, ¡No!”.

manera completamente diferente. No hace falta decir que, si se entiende así la autonomía, no queda otra opción que crear una nueva Internacional. Sin embargo, ya se ha empezado a hacerlo. ¿Sabéis, camaradas, que tales intentos se produjeron ya a principios de 1913? ¿Sabíais que en esa época se organizó una central anarcosindicalista? ¿Oísteis algo sobre esta central durante la guerra? Yo no había escuchado nada

Esta central anarcosindicalista se aisló de las Internacionales socialista y sindicalista durante la guerra. En octubre de 1921, en el congreso de octubristas alemanes y sindicalistas en Düsseldorf, se adoptó una resolución especial sobre la necesidad de crear una nueva Internacional. En este congreso estuvo presente incluso un delegado de los sindicalistas checoslovacos. Pedí a nuestros camaradas checoslovacos que determinaran dónde está ubicada esta organización, pero todavía están buscando y aún no la han encontrado, y no es de extrañar: en Checoslovaquia no hay sindicalistas.

Sea como fuere, camaradas, se convocó una nueva conferencia. ¿Con qué propósito? Nos dijeron que esta conferencia se convocaba con el fin de encontrar las bases para un acuerdo con la Profintern. ¿Creéis que los camaradas rusos fueron invitados allí para presentar su punto de vista? Nada de eso. Allí hicieron lo siguiente: dieron el voto decisivo a la mítica minoría anarcosindicalista, formada por diez de ellos, sus esposas e hijos, y en cuanto al Consejo Central Sindical, le dieron un voto consultivo. Los sindicatos rusos fueron invitados allí para ser reprendidos. Además, no se permitió la entrada a los sindicatos alemanes, que tenían 120.000 mineros revolucionarios, ni a los marineros revolucionarios de Alemania ni a la minoría de sindicatos sindicalistas de Italia. ¿Quién representaba entonces a la Alemania revolucionaria? ¿Localistas alemanes? Para daros una idea de cómo son los localistas alemanes, permitidme citar algunas palabras de las actas de su último congreso. Aquí está uno de los delegados, Dench, diciendo: “No podemos obligar a nuestros miembros a romper con la Iglesia. Tenemos organizaciones cuyos líderes van a la iglesia con sus esposas e hijos. Sin embargo, sus arcas están

en mejores condiciones que las arcas de ateos famosos, que muy a menudo desaparecen junto con las mismas”. Por su parte, el delegado Senner de Essen afirmó: “Condenamos la conducta del ‘sindicalista’. “No estamos a favor de arrodillarnos ante el gobierno alemán”. Y otro delegado, Schumacher (Wisdorf): “Los sindicalistas modernos no tienen convicción. El sindicalismo ya no me satisface. Casi todos se mueven en la corriente amarilla”. Möller (Kell): “Gracias a la agitación de los comunistas, el número de miembros de nuestro grupo ha disminuido de 3.000 a 500. Muchos en el grupo sólo tienen 5 o 6 miembros. Nuestros líderes están ocupados peleándose entre ellos, queriendo guiarnos como ganado”. Progonsky (Berin): “Es imposible leer una sola palabra sobre la lucha de clases en *El Sindicalista*. Además, ni una sola palabra sobre la huelga general”. Ahora escuchen más. Osterrich (Berlín): “La cuestión más importante, que ha suscitado muchos comentarios entre nosotros, es la cuestión de la no resistencia mediante la violencia que se ha propagado recientemente. Sin embargo, como nos enseña la experiencia, la violencia es necesaria. ¿Cómo nos atrevemos a llamar criminales a nuestros compañeros que no siguen nuestro ejemplo?” Finalmente, el anarquista Kahn de Berlín dice lo siguiente: “El Comité Central es, en gran medida, responsable de la descomposición de las organizaciones. En el sindicalismo la libertad de opinión está completamente sofocada. Allí sólo se presentan las opiniones de Kater y Wikler. El sindicalismo alemán está agotado. Lo convirtieron en un pálido reflejo del sindicalismo francés, no quieren entender que es necesario acudir a las masas. En *El Sindicalista* sólo se leen alabanzas tiernas sobre la paz y la amistad. Debemos prestar atención a los poderosos sonidos de la verdadera realidad proletaria. El sindicalismo debe librar una lucha diaria”. Y finalmente, para concluir, os daré la siguiente e interesante cita. Freytag (Hamburgo): “El comportamiento absolutamente nazi de las organizaciones sindicalistas nos atrajo al bloque pacifista-independiente. No podemos llamar hermanos a los capitalistas, no hay necesidad de ningún sentimentalismo. Si las cosas siguen así, vamos a llegar a una división”. El redactor jefe del órgano, Winkler, defiende un artículo titulado “Los

autores de la reacción”, en el que exigía sabotear el levantamiento de marzo. Se queja de que un gran número de grupos sindicalistas rompen sus carnés de afiliación y no quieren pagar sus cuotas. Kester (Düsseldorf): “Con el famoso artículo 'Los autores de la reacción', *El Sindicalista* ha apuñalado por la espalda a los obreros en lucha que han caído en las garras de la burguesía y han llenado las cárceles”.

Camaradas, veis cómo los delegados del congreso sindicalista caracterizaron su propia organización. Y no es de extrañar. Algunos alemanes me preguntan: “¿Qué es la CUT?” ¿Es realmente similar a nuestros localistas? A lo que respondí: “No, la CUT es una auténtica organización revolucionaria y tiene muy poco en común con los localistas de Alemania”. No sería una exageración decir que los sindicalistas alemanes tienen la misma influencia en el movimiento obrero alemán que los grupos esperantistas en Francia. ¿Y con ellos queréis crear una Internacional? Entonces la Internacional seguro que será excelente, ¡no habrá nada que decir!

Si ahora nos dirigimos a los trabajos de la Conferencia de Berlín, veremos una comprensión extremadamente única de las tareas que enfrenta la clase obrera. Sobre la cuestión fundamental de la acción revolucionaria, la Conferencia de Berlín declaró que era enemiga de toda violencia organizada por parte de cualquier gobierno revolucionario. Pero, por supuesto, no olvida que las batallas decisivas entre el capitalismo de hoy y el comunismo libre de mañana no se libran sin enfrentamientos serios. De esta manera, se reconoce aquí que la misma violencia que antes se condenaba será necesaria, porque si hay un enfrentamiento, entonces será necesario responder con acciones y aplicar la violencia proletaria. Lo característico de esta decisión es que se reconoce la violencia como medida de protección. Pero ¿puede la clase obrera dejar pasar una oportunidad que le sería favorable, bajo el pretexto de no pasar de la defensiva a la ofensiva? Finalmente, para definir su posición en relación a la Internacional, la Conferencia de Berlín declara que la Profintern no representa, ni desde el punto de vista de los principios ni desde el

punto de vista de los estatutos, una organización internacional capaz de agrupar al proletariado revolucionario internacional en un organismo único de lucha, y por tanto decide nombrar un comité sindicalista revolucionario temporal, que tendrá por tarea la convocatoria de un congreso internacional de sindicatos revolucionarios el 12 de noviembre de 1922. Además, esta misma conferencia decidió que este comité informaría al ejecutivo de la Profintern de sus decisiones con la esperanza de que las organizaciones afiliadas a la Profintern participarían en el mencionado congreso para encontrar una base para la coexistencia en un solo organismo de todas las fuerzas sindicalistas revolucionarias internacionales. Así son, camaradas, estos decretos. Por un lado, la Profintern no existe y, por otro, las organizaciones asociadas a él se ofrecen a participar en la Conferencia de Berlín. Todos los sindicalistas han establecido como norma darnos un no rotundo y lo llaman una plataforma para un acuerdo. Los compañeros de la Unión Sindical Italiana exigen que el congreso se celebre fuera de Rusia. A esta exigencia respondimos: “Estamos dispuestos a organizarlo en Milán: ¿podéis enviar delegados allí contra los fascistas?” También podríamos organizarlo en Saint-Étienne, pero si no podéis organizar el congreso aquí, ¿por qué hacéis demagogia?

Aún no he abordado muchos temas por falta de tiempo. Permittedme detenerme en dos puntos más que me parecen particularmente interesantes. Por favor, perdonadme si acaparo más tiempo del debido, tened en cuenta que he recorrido más de 2.000 kilómetros para expresar todo lo que quería deciros. ¿Habéis notado, camaradas, que toda la prensa amarilla francesa está en contra de la Profintern? Me di cuenta de esto de manera muy clara. Me gusta mucho leer *Tan* porque este periódico sabe muy bien cuáles son sus objetivos. Cuando los trabajadores ferroviarios adoptaron una resolución sobre la adhesión a Moscú, este periódico, en un artículo titulado “Los sindicalistas y Moscú”, se pronunció con toda claridad contra la adhesión de los sindicatos franceses a la Profintern. “Tan” escribe en este artículo: “El Congreso de Trabajadores Ferroviarios, afiliado a la Confederación Unitaria del Trabajo —por esto debemos

entender a los extremistas que quieren subordinar el sindicalismo al comunismo— se pronunció a favor de unirse a la Internacional Comunista de Moscú. Los bolcheviques no se arrugan frente a los sindicalistas. Dicen que están haciendo concesiones, pero en realidad continúan con sus métodos descarados y maliciosos de luchar contra ellos”. Y finalmente: “Esta banda de ladrones, que persigue sistemáticamente el negocio del robo, está invitada a apoyarla uniéndose a la Tercera Internacional, que no es más que un instrumento con el que los bolcheviques quieren utilizar la revolución internacional únicamente en su favor. Camaradas, yo soy de esta banda de ladrones y sigo en esta banda. La revolución no es un juguete, te absorbe por completo, implica tu cabeza, implica todo lo que eres, tu alma y tu corazón. Y cuando se lucha contra todo el mundo, hay revolucionarios que dicen: “Exigimos libertad, queremos tener soviets, pero sin comunistas”. Si alguien quisiera crear sindicatos sin sindicalistas revolucionarios, respondería: “¡Al diablo!”. Por esta razón en cada país el movimiento obrero tiene características propias que es necesario conocer. Hemos luchado seriamente contra este tipo de agitación y propaganda y seguiremos luchando.

Camaradas, en cada país el movimiento obrero tiene sus propias características, eso lo sabemos muy bien, lo tenemos en cuenta al estudiar el movimiento obrero internacional. Por eso adoptamos una actitud calmada ante la polémica que se está desarrollando en este país en torno a la cuestión de quién representa el alma del movimiento obrero, si los anarquistas o los comunistas. Para nosotros el hecho domina sobre la forma. En un momento en que nos encontramos bajo las mayores dificultades, aislados, rodeados de enemigos, nada exigimos, y nada queremos de vosotros. ¿La revolución rusa, que dio a sus mejores hijos, cientos de miles, les exigió algo? ¡No! Criticadnos si queréis, pero recordad que hay críticas y críticas. Una cosa es criticar dentro de una familia. Otra cuestión es un ataque malicioso y hostil. Hay disputas, discusiones entre hermanos y hermanas. Pero cuando estas disputas se convierten en peleas a pu-

ñetazos, es algo completamente diferente. Recibimos muchos golpes durante la revolución, pero sabemos cómo enfrentarlos. Para hacer una revolución hay que ser capaz no sólo de dar golpes, sino también de recibirlos. A lo largo de los años de la revolución rusa hemos visto muchos golpes duros. Debo advertir que si en una situación tan difícil como la que nos encontramos hay camaradas que piensan que para el bien del proletariado internacional es necesario que nosotros, los sindicatos rusos, no seamos solidarios con el gobierno soviético, entonces a esto respondemos firmemente: “No, somos solidarios con el gobierno de los Soviets”. Somos solidarios con él basándonos en la experiencia de la revolución. Si creéis que los políticos de vuestro país no valen mucho, haced una revolución sin ellos, hacedla vosotros mismos, nosotros no nos meteremos con vosotros. No exigimos que hagáis la revolución a nuestra manera. Lo único que exigimos de vosotros es que no nos impongáis tales requisitos. Lo que queremos de vosotros ahora es que hagáis una revolución. Está claro que si nosotros, los sindicatos rusos, nos hubiéramos manifestado contra el gobierno soviético, éste habría sido derrocado. Habría sido un duro golpe para el movimiento obreros de todos los países. ¿Vale la pena convertirse en fiscal sólo para complacer a Lakusnu y Borgi? ¿Podemos realmente sacrificar miles y cientos de miles de cadáveres proletarios por sus teorías abstractas? No camaradas, el juego no vale la pena. Las formas de la revolución son una cuestión de hechos, no una cuestión de teoría abstracta. Sé que hay mucho debate sobre quién debería liderar el movimiento sindical. El camarada Colomer escribió en el último número de *Liberté*. “Fuimos elegidos miembros de la Comisión Administrativa porque no ocultamos nuestro punto de vista, nuestro punto de vista federalista, antipolítico y anarquista. Durante la sesión de este congreso nos consideramos como delegados autorizados (que fuimos elegidos para dirigir la CUT.) para dirigir abiertamente con todas nuestras fuerzas las nuevas organizaciones confederales, sin importar lo que dijeran al respecto, hacia el sol vigorizante de la anarquía”. Camaradas, está en su derecho escribir estas cosas.

No soy un hipócrita. Hablo con total franqueza en este congreso. Es vuestro derecho orientar la nueva confederación del trabajo hacia el horizonte de la anarquía, pero cuando el mismo *Libertaire* dice que nosotros los comunistas no tenemos derecho a hablar del horizonte del comunismo, respondemos: eso es hipocresía y nos oponemos firme y categóricamente a la lucha que se libra dentro de la clase obrera por tales métodos.

Cuando pienso en la posición del proletariado ruso en el movimiento obrero mundial, en las grandes dificultades que le han tocado vivir, en la incompreensión con que se topa con él mucha, mucha gente, en los ataques que tiene que soportar, comprendo la famosa leyenda de Máximo Gorki. Un pueblo atrasado vivía en un bosque profundo y oscuro, eran ignorantes, rodeados por todos lados de árboles altos, no veían el sol. Un día, uno de los jóvenes hijos de este pueblo, llamado Banko, se dirigió a una multitud de sus ciudadanos y dijo: “¡Sigamos adelante, saldremos de este bosque oscuro!” Y ellos fueron y le siguieron. Las ramas desgarraron sus ropas, empezaron a sangrar, el camino se hizo cada vez más difícil. Surgió un murmullo: “¿A dónde nos conduces? Nos lo prometiste luz, nos prometiste un sol brillante y ardiente, ¿cuándo lo veremos? El camino es tan difícil que no podemos salir de este bosque oscuro e interminable”. Entonces Banko se sacó el corazón, le prendió fuego, y tomando en sus manos esta antorcha luminosa, avanzó y a la luz de este fuego sacó al pueblo de la oscuridad hacia el gran sol brillante y resplandeciente⁹.

(*L'Humanité*, 2 de julio de 1922).

⁹ Al final de su discurso, se produjo una prolongada ovación, los asistentes se pusieron en pie y volvieron a cantar La Internacional.

El movimiento obrero en Francia y el Congreso de Saint-Étienne

I.

Francia es un país de propiedad predominantemente agraria, que se estableció durante la Gran Revolución Francesa y se desarrolló a lo largo de más de 100 años. Sobre la base de esta pequeña propiedad, gracias a la laboriosidad de los campesinos, creció un enorme capital financiero, un aparato ramificado y una influencia internacional sobre este capital bancario. Así, por una parte, la pequeña explotación campesina, la pequeña artesanía y, por otra, el capital financiero, determinan la estructura económica de Francia, y la gran industria (siderurgia, minería, etc.), hasta hace poco ocupaba, sino un lugar subordinado, al menos no el principal. En la búsqueda de minas, carbón, petróleo y colonias, los propietarios de la gran industria, estrechamente vinculados con los propietarios de los bancos, influyeron en toda la política de Francia, y toda una serie de sus acciones diplomáticas en las últimas décadas tuvieron como objetivo ayudar a la gran industria y al capital bancario francés a extender su influencia tanto a los países vecinos como a los países de ultramar.

Algunos comentarios al respecto de la estructura política de la Francia moderna. Francia, como es sabido, es una república democrática, liberal, etc. Pero esta república democrática, liberal, es, en su estructura, en su contenido interno, una república monárquica porque en Francia, más que en ningún otro país, el poder y el dominio de un grupo muy pequeño, una capa muy pequeña de la gente más rica y acomodada es más claramente visible. La nobleza de Francia fue destruida durante la Gran Revolución Francesa. Hoy en día en Francia no hay particiones, pero sí hay otras creadas por el desarrollo económico del país. La cantidad de renta recibida procede en parte de la posición social ocupada por una persona particular. Este límite -la cuantía de la renta- es quizás incluso más fuerte

y separa más a un grupo de otro que la antigua nobleza. Una persona que recibe 100 francos al mes de alquiler no puede compararse en ningún caso con una persona que recibe 500 francos. En la psicología, en la sangre misma del ciudadano francés, existe este culto a la renta alta, que es el dios que determina la actividad política y social de la moderna República Francesa, democrática y liberal.

La Cámara de Diputados francesa, supuestamente elegida por sufragio universal, se compone en su mitad por abogados, la mayoría de los cuales están al servicio de sociedades financieras y anónimas. Hay 124 millonarios que son miembros de esta misma cámara. Este grupo de oro representa la base que determina la política interior y exterior del país, su división en partidos, y nos da la clave para entender las agrupaciones partidarias modernas y la lucha política en Francia.

II.

Los partidos políticos en Francia son bastante numerosos. Si entras en la Cámara de Diputados y miras los escaños de estos 500 diputados, de derecha a izquierda, verás monárquicos, liberales, progresistas, diputados de izquierda, diputados de derecha, socialistas radicales, socialistas independientes, etc. Pero detrás de todos estos nombres se esconde la misma esencia burguesa y reaccionaria. Francia está gobernada por el Bloque Nacional. El Bloque Nacional es un bloque de liberales, progresistas y monárquicos, radicales, socialistas radicales y socialistas independientes. En esencia, se trata de un bloque formado por la gran burguesía financiera e industrial, los campesinos ricos y la burguesía urbana, que se ha fortalecido significativamente durante la guerra. Este bloque se unió en 1919 bajo dos lemas: “Aplastar al bolchevismo” y “Aplastar a los alemanes”. Y como durante estos tres años el bolchevismo no ha podido ser aplastado de ninguna manera, a pesar de todo está expandiéndose. Aunque están aplastando a los alemanes, todavía no pueden hacerlo del todo. Por esto se ha producido una grieta en el Bloque

Nacional, y ahora está empezando a formarse y tomar forma un bloque de izquierda, que está haciendo retroceder al ala derecha y atrayendo hacia sí a los elementos de izquierda socialistas de Francia.

El movimiento obrero francés tiene algunas peculiaridades. En primer lugar, el movimiento obrero francés se caracteriza por una organización débil. Ésta es una vieja debilidad del movimiento obrero francés: el porcentaje de afiliación en los sindicatos y en el partido siempre ha sido muy bajo. Antes de la guerra, la Confederación General del Trabajo contaba con 500.000 personas y el Partido Socialista contaba con 120-130.000 miembros. Inmediatamente después de la guerra, en 1920, bajo la influencia de la guerra, las grandes esperanzas en la realización de la victoria sobre los alemanes en la posguerra y toda una serie de promesas liberales del gobierno, en las que creían, más de 2 millones de trabajadores se unieron a la Confederación del Trabajo. En 1921-1922 esta cifra descendió a 600.000 personas en las dos organizaciones sindicales existentes en Francia.

La organización política del proletariado francés también es débil. El Partido Comunista de Francia tiene actualmente 90.000 miembros, el partido reformista entre 15.000 y 20.000, mientras que en Alemania el Partido Comunista tiene 350.000, el partido socialdemócrata reformista 1.200.000 miembros y el partido independiente, que ahora se está uniendo a los socialdemócratas, tiene alrededor de 200.000 miembros. Y, sin embargo, la intensidad de la lucha de clases siempre ha sido muy grande en Francia. El nivel individual relativamente alto del obrero francés y una serie de tradiciones del movimiento obrero empujan incluso al obrero no organizado a luchar. Hubo momentos en la historia de Francia en que, de forma totalmente inesperada para los dirigentes del proletariado francés, surgió un grandioso movimiento de masas trabajadoras no organizadas y el núcleo organizado quedó perdido sin capacidad de conducirlo, darle directrices y guiarlo en el espíritu deseado. Esta tensión en la lucha es también un rasgo característico del movimiento obrero francés, que, a pesar de su diferente organi-

zación, tiene tradiciones revolucionarias y, en cierta medida, habilidades revolucionarias que cambian de generación en generación y que, al abrirse paso, producen a veces resultados que parecen inesperados para quienes no conocen el carácter y las características de este movimiento.

Pero el movimiento obrero francés todavía retiene numerosos aspectos negativos. El obrero francés, en su mayoría, está completamente atravesado y saturado de moral burguesa y de prejuicios burgueses. Probablemente no hay ningún país en el mundo donde la influencia de la burguesía sobre el proletariado sea más fuerte que en Francia. La prensa francesa, la escuela, toda la vida política, social y pública de Francia están estructuradas de tal manera que desmoralizan la conciencia de clase del proletariado francés, la saturan de moral burguesa, cultivan en los niños franceses una concepción completamente anti obrera de sus tareas, cultivan en ellos el ahorro desde el punto de vista de la burguesía francesa, les plantean el ideal de ahorrar tantos francos como sea posible, de lograr la oportunidad de abrir una especie de “boutique” (tienda), de convertirse en vendedor ambulante, en una palabra, de salir de su posición social, de ascender a un cierto nivel superior, para ganar dos o tres francos más al día.

Hay que tener esto presente para comprender el movimiento obrero francés, su carácter, sus peculiaridades, sus fortalezas y sus debilidades. No me detendré en detalles sobre las formas y métodos de corrupción de la conciencia de las masas trabajadoras. Eso me llevaría demasiado tiempo. Debería dedicarse a esto un artículo especial y explicarse cómo está estructurada la escuela francesa, cómo se publican los periódicos franceses para los trabajadores franceses, cómo funcionan los cines franceses, cómo se crean toda una serie de instituciones especiales y los acontecimientos de la sociedad burguesa moderna tienen en sus manos las mentes de la enorme masa del proletariado francés. ¿Cuál era el carácter del movimiento obrero francés antes de la guerra? Antes de la guerra teníamos un único partido socialista y una única Confederación del Trabajo: un partido reformista y una Confederación del Trabajo revolucionario-

sindicalista. Un partido cuyo ideal era una democracia plenamente desarrollada y a cuya cabeza se encontraba una gran tribuna y un pueblo reformista. En contraste con el partido, la Confederación Francesa del Trabajo revolucionaria se creó, se fortaleció, tomó forma y desarrolló su propia teoría y práctica única, que entró en la historia del movimiento obrero como una nueva corriente, creando un tipo especial de movimiento obrero, una dirección especial en la internacional: un movimiento sindical popular. Antes de la guerra tuvimos la lucha de la Confederación Revolucionaria del Trabajo contra el partido reformista, que comenzó como una lucha de los trabajadores revolucionarios contra los reformistas. Pero a medida que esta lucha se desarrollaba, a medida que la ideología revolucionaria tomaba forma, surgió de la Confederación del Trabajo una ideología única, antipolítica y antiparlamentaria, anarcosindicalista, que afirmaba que todos los partidos políticos debían ser esencialmente conciliadores y que sólo un sindicato, como órgano que uniera a los trabajadores, compuesto únicamente por trabajadores, podía representar un arma de la revolución social y de la lucha de la clase obrera por su futuro. El partido, por su propia naturaleza, debe seguir siempre una política de compromiso. Y la relación entre el partido y los sindicatos se volvió hostil. Los sindicatos tenían su propia vanguardia, que presentaba al proletariado la idea de derrocar a la burguesía y crear una nueva sociedad destruyendo cualquier Estado. El partido no se planteaba la tarea de derrocar a la burguesía, sino la de desarrollar la democracia en su forma ampliada, que, cuanto más se desarrollara, más se acercaría a un determinado ideal social y político. Éste era el ideal del socialismo reformista, cuyo brillante representante fue Jean Jaurès.

Pero esta desconfianza mutua y, además, la política agresiva de la Confederación del Trabajo hacia el partido se truncó con el comienzo de la guerra. La Confederación Revolucionaria del Trabajo y el reformista Partido Socialista encontraron un punto común, pues no sólo los reformistas socialistas estaban a favor de la defensa nacional, sino también los anarquistas de aquel momento encontraron de repente en el gobierno francés representantes de la parte más

progresista de la humanidad e hicieron todo lo posible para luchar contra el imperialismo alemán y apoyar al suyo. El resultado fue la unidad en la traición, una renuncia unificada a todos los principios, tanto sindicalistas como socialistas.

Esta unidad, por una parte, dio lugar a la unidad en otro frente: tanto en el seno del partido como en el seno de los sindicatos se creó una oposición que ya durante la guerra formó un bloque, y así el movimiento obrero francés salió de la guerra en un estado diferente de aquel en el que entró en ella. Surgió dividido en dos bandos completamente marcados: por un lado, la Confederación del Trabajo reformista y en su interior una minoría revolucionaria, por otro, el partido socialista, en el que también había una minoría revolucionaria.

La primera escisión se produjo en el movimiento político obrero. En el congreso de Tours de 1920, la mayoría del Partido Socialista Francés votó a favor de unirse a la Comintern. Una minoría en el Congreso mantuvo el antiguo nombre de Partido Socialista. Así, en Francia se formaron dos grupos políticos, dos partidos, que luchaban entre sí: el Partido Comunista y el Partido reformista, que se situaba desde el punto de vista de los preceptos del socialismo de antes de la guerra y, principalmente, del socialismo de la guerra.

En la Confederación del Trabajo, la división se produjo mucho más tarde. Recién en diciembre de 1921 surgieron los primeros intentos de escisión, tomando la iniciativa los reformistas, que se sentían amenazados por la creciente oposición y, para evitar encontrarse en minoría en el siguiente congreso, comenzaron a excluir a sindicatos individuales, lo que automáticamente llevó a la creación de la nueva Confederación Unitaria del Trabajo, nacida en diciembre de 1921, la cual tomó forma en marzo de 1922 y definió su táctica en un congreso en Saint-Étienne a fines de junio de ese año.

¿Qué representan la reformista Confederación del Trabajo y el partido reformista? La reformista Confederación Reformista del Trabajo tiene 250.000 militantes. A la cabeza de la misma se encuentran los anarcosindicalistas más destacados de la preguerra: Jouhaux, Mergueyam y Dumoulin; personas que durante décadas

impartieron teoría anarcosindicalista, acusando a los socialistas del Partido Checo desde su reformismo de lucha violenta, etc. Gente que libró una lucha a escala internacional contra el reformismo alemán y el sindicalismo inglés. Hoy en día son los exponentes más talentosos del socialismo reformista y del movimiento sindical reformista en Francia. Tienen su propia teoría, la teoría del interés común. Ponen los intereses generales de la industria, del Estado y de la sociedad burguesa por encima de los intereses de la clase.

No es difícil adivinar en qué se traduce esto: la colaboración de la reformista Confederación del Trabajo con el gobierno y la burguesía, la implicación por parte de la Confederación de todo el programa de la burguesía en la participación en la lucha contra el movimiento obrero revolucionario. Mirando retrospectivamente el movimiento obrero francés de los últimos tres años, el papel desempeñado en él por los dirigentes reformistas de la moderna Confederación del Trabajo, vemos que toda su actividad se ha reducido principalmente a la lucha contra el ala revolucionaria para destruir y desmoralizar a todo el movimiento obrero, para romper las huelgas más grandes y, de esta manera, implementar las directivas que reciben de las clases dominantes.

La reformista Confederación del Trabajo, a pesar de su terminología extremadamente sindicalista, es hermana de sangre del sindicalismo inglés y del reformismo socialdemócrata alemán. Ellos, los adversarios de ayer se han convertido ahora en aliados tanto a escala nacional como internacional. Y no es casualidad que un nacionalista como Zhuo ahora junto con Legien, Leipart, Grassmann y otros representantes del reformismo alemán, desarrollaron medidas contra el movimiento revolucionario en general y contra el movimiento sindical ruso en particular. La reformista Confederación del Trabajo habla ahora de unirse al bloque de izquierda. Ya he indicado que, sobre la base de los fracasos del bloque nacional, ahora está reviviendo la idea de un bloque de izquierda. Tiene como líder al senador Erio, ese periodista hablador, un estadista aún más hablador que ahora va a visitarnos a Rusia e incluso promete entablar

relaciones con el gobierno soviético. Y así, la Confederación del Trabajo ya está hablando de unirse al bloque de izquierda y crear un frente unido desde el senador Eriot, pasando por la Liga de Derechos Humanos y todo tipo de logias masónicas hasta Dumoulin y Merrheim. Un buen final para los sindicalistas y anarquistas de ayer

El Partido Socialista Francés, una organización muy pequeña, heredó una gran representación parlamentaria: heredó aproximadamente 55 parlamentarios, mientras que el Partido Comunista heredó sólo 15. En general, desde hace tiempo se observa que los representantes parlamentarios siempre están más a la derecha que el partido en su conjunto y, en todas las divisiones que han ocurrido en los últimos años, la mayoría de las facciones parlamentarias siempre han estado con los reformistas. Si recordamos un momento las últimas escisiones, veremos que es así. Por ejemplo, en Italia la facción socialista parlamentaria se manifestó a favor de una coalición, mientras que el comité central y la mayoría del partido estaban en contra.

Los partidos políticos franceses viven de elección en elección y en este sentido el Partido Socialista es, en el verdadero sentido de la palabra, una creación francesa. Tiene un gran aparato parlamentario, muchos abogados y periodistas, pero muy pocos trabajadores, lo que, como es sabido, no es especialmente necesario para un partido socialista y reformista. Este partido también se va a unir al bloque de izquierda, y en este bloque veremos, por un lado, radicales, socialistas radicales, gente del bloque nacional y, por otro lado, la Confederación del Trabajo, junto con el Partido Socialista, que ahora pertenece a la Internacional del 2%, pero en su composición hay una mitad de la segunda, incluidos elementos de extrema derecha como Renaudel, y moderados como Longuet, Faure, Pressman, etc. En la actualidad, representa lo que será la socialdemocracia alemana cuando se una a los independientes.

Algunas palabras sobre el Partido Comunista de Francia. El Partido Comunista tiene 90.000 militantes, 11 organizaciones, de las cuales un diario, *L'Humanité*, vende 200.000 ejemplares al día. Hay

que decir que, en términos de circulación, este es el periódico comunista más grande del mundo y ésta es la fuerza del Partido Comunista de Francia. Pero el Partido Comunista de Francia, surgido del antiguo Partido Socialista, tiene una serie de características únicas que lo debilitan desde un punto de vista comunista. Tiene cierta experiencia, muchas tradiciones socialistas antiguas y muy pocas tradiciones revolucionarias, ya que se formó a partir de diversos elementos de los guesdistas, jaurèsistas y antiguos partidarios de Hervé. Este es un partido amalgamado, que ha absorbido varios elementos, y algunos de estos elementos entraron al partido a través de una mayoría en el Congreso, por razones formales y no de fondo. Y esta composición del Partido Comunista explica una serie de debilidades que dificultan su trabajo, debilitan su fuerza y la presión sobre la burguesía.

El Partido Comunista de Francia no tiene ninguna experiencia revolucionaria previa y esto se refleja en toda la estructura del partido, en su trabajo organizativo, parlamentario, intelectual y en todos sus discursos. El legado más característico y sorprendente que el Partido Comunista recibió del antiguo Partido Socialista fue su actitud única hacia el movimiento sindical. Dentro del Partido Comunista Francés existe la opinión de que el movimiento sindical debe ser independiente del movimiento político.

Ya he señalado que la Confederación Unitaria del Trabajo empezó a tomar forma en diciembre del año pasado. Tomó forma habiéndose elegido un centro apropiado, en marzo, y sólo tomó su forma definitiva en su último congreso. Pero ya desde los primeros pasos en el seno de la CUT surgieron cuatro corrientes principales que luchaban entre sí todo el tiempo y que se manifestaron más claramente en el Congreso de Saint-Étienne, al que asistí. Estas corrientes son las siguientes: anarquistas, anarcosindicalistas, sindicalistas-comunistas y comunistas puros. ¿Cuál es la principal diferencia entre estas cuatro corrientes? ¿Cuál es el programa de estos cuatro grupos que luchan en el movimiento obrero francés? ¿Qué consignas plantean y cuáles son los puntos centrales de desacuerdo

dentro de la Confederación Unitaria del Trabajo? La lucha entre estas cuatro corrientes se agudizó especialmente en vísperas del Congreso de Saint-Étienne, cuando fue necesario identificar sus principios, formularlos en forma de resoluciones y, de una forma u otra, obtener la sanción del Congreso.

Empecemos por el flanco extremo, con los anarquistas. En primer lugar, ¿quiénes son? Tienen alrededor de 2.000 miembros en toda Francia, un órgano semanal, *Libertaire*, que vende entre 12 y 15.000 ejemplares. Tal es su poder organizativo. Pero su influencia ideológica se extiende mucho más allá de estos marcos organizativos. ¿Qué quieren? Quieren implementar su ideología anarquista en su forma pura dentro de la Confederación del Trabajo, cuya esencia se reduce a lo siguiente:

1. Todos los partidos políticos, incluido el partido comunista, no representan más que una escisión de las clases dominantes. Un partido político por su propia naturaleza no puede ser un partido revolucionario, y esta teoría también se aplica a un partido comunista.

2. El Estado en todas sus formas y manifestaciones es un instrumento de opresión de las masas. Ya sea que este Estado se llame proletario o de otra manera, es esencialmente un órgano de explotación de los trabajadores. Por lo tanto, los anarquistas están contra el Estado en general y contra la dictadura del proletariado y la forma soviética de gobierno en particular.

3. Dado que el Partido Comunista es una organización, que trata de subyugar a la clase obrera en interés personal de los miembros de este partido y en interés de la burguesía, entonces es completamente natural que entre los sindicatos y éste haya una autonomía absoluta, absoluta independencia de los sindicatos y lucha contra todas las tendencias nocivas y los intentos del partido de ejercer su influencia sobre las tendencias sindicales. Los sindicatos harán una revolución sin el partido y contra el partido. Por eso, el más mínimo intento por parte del partido de llegar a un acuerdo con los sindicatos, de ejercer influencia sobre ellos, de introducir la conciencia comunista en los sindicatos, todo ello debe ser rechazado con dureza

y decisión. Y además, como el Partido Comunista dentro del país representa un peligro para el movimiento obrero en general y para el movimiento sindical en particular, la Internacional Comunista representa el mismo peligro. No debe haber ninguna conexión entre la Profintern, como organización sindical internacional, y la Comintern.

Ésta es, en general y en su conjunto, la esencia de la corriente anarquista que existe en el seno de la Confederación del Trabajo. Aquí entran en juego también otras cuestiones: la lucha contra el gobierno soviético, porque ha adoptado y adopta medidas represivas contra los anarquistas y anarcosindicalistas.

Hay un punto más que quizás es más característico del anarquismo. El anarquismo desconfía de las organizaciones de masas: donde hay organizaciones de masas, el individuo está perdido, ya que las organizaciones de masas deciden las cuestiones por voto mayoritario. Las organizaciones de masas son, en opinión de los anarquistas, un freno al desarrollo de la revolución y, como escribió su órgano en vísperas del congreso, creen que dos mil personas son suficientes para hacer una revolución. Para esto no hay en absoluto necesidad de los enormes batallones de obreros de los que tanto hablan los comunistas y otros como ellos.

Luego vienen los anarcosindicalistas. Las bases de los anarcosindicalistas son hijas de los anarquistas, pero inmersas en el movimiento de masas. No se trata de anarquismo puro, en tanto que se adentran en los movimientos de masas: ellos hacen de los sindicatos el único punto de partida de su lucha. Mientras los anarquistas acuden al sindicato y niegan la corriente mayoritaria, los anarcosindicalistas niegan cualquier lucha política. Dicen que sólo sobre la base de la unión se puede actuar: la unión es el arma de la revolución, su base y fundamento. La Unión hará la revolución, la llevará hasta el final y organizará la producción futura. No hay otras fuerzas fuera de los sindicatos que puedan desempeñar este papel en la lucha contra la burguesía. Como dan a los sindicatos un papel decisivo y

central en la lucha, son hostiles y desconfían del partido, considerándolo una organización que viene de fuera y que influye en los sindicatos. Toda su teoría se puede reducir a la siguiente expresión: “el sindicalismo basta para todo”. Es decir, realizarán directamente sus tareas económicas, realizarán sus tareas durante la revolución, y también realizarán las tareas de la clase obrera después de la revolución. No hay nada más, fuera del sindicalismo que pueda desempeñar este papel, ni sustituir al sindicalismo de una forma u otra, ni ayudarlo en esta cuestión.

Los anarcosindicalistas también se pronuncian contra el Estado, porque el Estado, como dicen, fue creado por un partido sólo para poder demostrar su dominio y subordinar el movimiento de las masas a sus propios fines. Así, para ellos, el partido no es el resultado del crecimiento del movimiento obrero. El partido es algo externo, que explota al movimiento obrero para un beneficio desconocido, pero no para el beneficio de la clase trabajadora. Están en contra de la dictadura, están a favor de la independencia absoluta del movimiento sindical dentro del país y también a favor de la independencia absoluta con respecto a la Comintern.

Luego viene la tercera corriente de los comunistas sindicalistas. La característica distintiva de los comunistas sindicalistas es que introdujeron en su teoría sindicalista una serie de puntos extraídos de la experiencia de la gran guerra y de la gran revolución rusa. Dicen que “la teoría sindicalista es, por supuesto, algo muy grande, pero la Revolución rusa tampoco es algo pequeño. Si observamos de cerca la Revolución rusa, veremos que el Estado creció allí y no creció como tal. No es producto de las opiniones teóricas de uno u otro partido, sino un resultado de la lucha directa, un órgano necesario en la lucha de la clase obrera para afirmar su dominio”. Están a favor de la revolución rusa, de la dictadura del proletariado y, en general, de la Rusia soviética. Pero también están en desacuerdo con los comunistas en una cuestión muy importante: la dictadura de la clase obrera, dicen, sólo se ejerce a través de los sindicatos.

En vísperas del congreso de Saint-Étienne, estalló un curioso debate sobre el tema: ¿es el Partido Comunista la vanguardia de la

clase obrera? Así, el grupo *Vida obrera*, dirigido por Monmousseau, se pronunció con firmeza contra la idea de que el partido es la vanguardia de la clase obrera. “¿Cómo –decían– puede un partido fuera de la organización de masas desempeñar el papel de vanguardia? Nosotros, los sindicatos, somos la vanguardia y nosotros mismos llevaremos a cabo las tareas de la vanguardia. Por supuesto, no seremos hostiles al partido; lucharemos contra la burguesía junto con él, pero en pie de igualdad. Ninguna subordinación al partido; completa independencia del Estado”. Y, desde este punto de vista, también se acercan a la Profintern, pues la cuestión central que se planteó en Saint-Étienne fue la cuestión del Profintern. La Profintern, decían, debe ser independiente de la Comintern. No es necesaria una representación mutua de los dos Comités Ejecutivos. Cada organización internacional debe actuar en su propio ámbito. Si es necesario, ambas organizaciones actúan juntas, pero esta conexión esporádica no debe convertirse en una conexión orgánica. Los sindicalistas franceses están muy asustados por la palabra “conexión orgánica”, y en torno a estas dos palabras se han librado grandes batallas entre partidarios y opositores de la Profintern.

La cuarta corriente son los comunistas que abogan por la adhesión incondicional a la Profintern y también se pronuncian a favor de la autonomía e independencia del movimiento sindical dentro de su país. Lo más característico de Francia es que entre las dos últimas corrientes se encuentran miembros de partidos comunistas, y en el congreso de Saint-Étienne los comunistas se pronunciaron tanto por la adhesión incondicional al punto de vista de los comunistas sindicalistas como por el punto de vista de los anarcosindicalistas. Ésta es la peculiaridad del movimiento obrero francés y su punto débil: el Partido Comunista Francés no logró crear dentro de sí tal disciplina y unidad ideológica para que los comunistas actuaran en el Congreso como un todo único, con un programa y una ideología.

Veis pues qué corrientes ideológicas se enfrentaban en vísperas del Congreso de Saint-Étienne. Pasaré ahora al Congreso mismo y a cómo se manifestaron estas corrientes en los siete días de debate.

IV

Para aclarar mejor de qué se trataba la disputa en Saint-Étienne, citaré dos momentos más que ocurrieron en vísperas del Congreso. Unos 10 días antes del Congreso, se publicó un curioso documento, firmado por un grupo de anarquistas, anarcosindicalistas y comunistas. Este documento, llamado tratado, fue elaborado en febrero de 1921. Comienza con las palabras: “No informe a nadie de la existencia de este comité”. Luego viene toda una serie de otros puntos, de los cuales el punto 6 dice: “Representando al sindicalismo revolucionario individual y colectivo, nos comprometemos en nuestra conciencia y en nuestra alma a defender el federalismo y la autonomía del movimiento sindical”. Y el siguiente punto: “Nos comprometemos a promover mutuamente a los partidarios del sindicalismo revolucionario, del autonomismo y del federalismo a puestos de responsabilidad”. Puesto que en un punto anterior se declararon individual y colectivamente portadores de este sindicalismo más puro, el punto siguiente debe entenderse en el sentido de que acordaron entre ellos ponerse en posiciones de responsabilidad, lo cual lograron hacer porque los autores que firmaron este acuerdo masónico fueron casi todos elegidos para la Comisión Administrativa. Es decir, esta autonomía del movimiento sindical, que los autores del acuerdo se comprometieron a defender, consistió en que libraron una lucha decisiva contra la Profintern e incluso comenzaron a adoptar resoluciones contra la Rusia soviética en las que se pronunciaban contra toda dictadura y contra todo gobierno, fuera cual fuese. Lo más curioso de este tratado es que se celebró en secreto.

Cuando se publicó el tratado causó una gran impresión porque quienes lo firmaron llevaban un año entero luchando contra el intento de la Comintern de organizar células en los sindicatos. Negaron la idea misma de las células, declarando que ni la Comintern ni el Partido Comunista tenían derecho a organizarlas en sindicatos, que esto significaba la destrucción de la autonomía e independencia

de estos últimos. Y de repente formaron una célula secreta para ganar un lugar en el movimiento sindical. La publicación del tratado facilitó mi tarea en el Congreso, ya que abrió los ojos a muchos sindicalistas sinceros que pensaban que la línea de la Comisión Administrativa poseía buenas intenciones en el fondo. El Buró Ejecutivo de la CUT contra la Profintern se basa en una lucha de principios contra las células y contra toda forma de conquista por parte del partido y de grupos individuales de sindicatos.

Hubo otro hecho que ocurrió en vísperas del Congreso y que tuvo un impacto muy significativo en su resultado. Se trata de una conferencia anarcosindicalista, convocada en Berlín y celebrada del 16 al 18 de junio de este año. Cuando llegué a París, me convencí de que esa misma conferencia también se estaba convocando en secreto. El público en general no sabía por qué y con qué propósito se convocaba esta conferencia. La Comisión Administrativa, compuesta por anarquistas y anarcosindicalistas, no escribió sobre esto ni en la prensa sindicalista ni en la anarquista y trató de convocar esta conferencia en vísperas del Congreso de Saint-Étienne para tomar allí una decisión e influir así en el Congreso de Saint-Étienne. He intervenido en toda esta historia y he publicado en *L'Humanité* 8 preguntas cuyo sentido se reduce a lo siguiente: ¿Por qué convocan una conferencia en vísperas del Congreso de Saint-Étienne? ¿Querían presentarle al Congreso un hecho consumado o no? ¿Por qué se negaron a hablar con nosotros? En una palabra, planteo varias preguntas que, aunque importantes, son extremadamente incómodas. Esta petición mía provocó una tormenta de indignación en el órgano ejecutivo de la CUT. Se reunieron y adoptaron una resolución que declaraba en su primer punto consideraban mi intervención como un acto inamistoso que veían en el hecho de que yo había puesto directamente mis preguntas en *L'Humanité*, terminándolas con lo siguiente: “Los miembros de la CUT deben saber lo que su organización lleva a cabo la política internacional. No hay nada que ocultar. Claridad, camaradas, más claridad”. Aquí en estas palabras y su apelación directa, pasando por alto a la Comisión Administrativa, a los miembros de la CUT, se vio un acto amistoso. Pese a los

únicos 8 puntos con los que les respondí, ellos reaccionaron con el siguiente párrafo “La Comisión Administrativa quisiera, que por parte del camarada Lozovsky, se tuviera más moderación y más consistencia en sus definiciones. Este tipo de intervención supone una violación excesiva de la autonomía del movimiento obrero francés, que no tenemos intención de abandonar”. Esta respuesta demuestra que he pisado un punto sensible con mi petición. Yo pregunté por qué convocaban tan misteriosamente una conferencia. Cuando leí las actas de la resolución de la CUT, vi allí el siguiente punto: “Acuerdo con la propuesta de la Unión Italiana de Sindicalistas de convocar una conferencia internacional”. Y cuando leí la resolución de la Unión Italiana de Sindicalistas encontré allí: “Acuerdo con la propuesta de la CUT de convocar una conferencia internacional”. Y entonces, pareciera no haber ningún culpable, y donde no hay culpable, entonces sólo hay que hacer la pregunta abiertamente y se encontrará a ese culpable. Y fue encontrado.

Un comunista, el camarada Semar, el secretario general del sindicato de trabajadores ferroviarios, a quien vi más tarde, me dijo: “Sabes, me enteré de los objetivos de esta conferencia cuando estuve en Portugal en un congreso de trabajadores ferroviarios”. Le respondí: “¿Cómo puede usted, un miembro de la Comisión Administrativa, viajar a Portugal para buscar esta información? “Yo no estaba en Portugal y sabía que se estaba convocando una conferencia contra la Profinintern, pero usted, sentado en la Comisión Administrativa, no lo sabía”.

Es significativo que mi petición ofendió no sólo a los anarcosindicalistas, sino también a los comunistas. Ellos afirman «¿Qué? ¿Esto es una intromisión en nuestros asuntos?» “¿Cuál es la interferencia aquí?”, pregunté. Y tuve que pasar varias horas para explicar a los comunistas que si esto es una intervención, entonces es nuestro deber intervenir de esta manera, porque los miembros de la CUT y las masas francesas deben saber a dónde los conducen sus líderes anarcosindicalistas. Finalmente, después de mucho debate, uno de ellos dijo: “Sí, debería haberse dicho, debería haberse impreso, pero

no fuiste tú quien debió haberlo dicho”. “Maravilloso, si no lo hubiera dicho yo, nadie lo hubiera dicho”. Un artículo publicado por el secretario de un sindicato departamental de Saint-Oise afirma: “Dicen que Lozovsky no actuó particularmente bien. Vaya, es una verdadera lástima, una auténtica lástima. La Comisión Administrativa le respondió con un mensaje, pero yo creo que debíamos estar agradecidos a Lozovsky por esta reflexión que nos dio la oportunidad de arrojar luz sobre esta cuestión antes del Congreso de Saint-Étienne”

Que mi intervención era absolutamente necesaria, aunque tropezó con una resistencia bastante fuerte, lo demuestra el hecho de que en respuesta me dijeron: “Estamos enviando delegados a esta conferencia únicamente con fines informativos”. Esto es lo que había que demostrar. La conferencia de Berlín fue bastante peculiar: se convocó formalmente con el fin de desarrollar una plataforma común para un acuerdo con la Profintern. De hecho, se propuso desarrollar una plataforma sobre cuya base sería imposible llegar a un acuerdo con la Profintern. Muchos de nuestros compañeros en Francia no vieron esto y no entendieron particularmente toda esta estafa, pero en la conferencia quedó claro rápidamente. Para demostrar su lealtad e imparcialidad, los organizadores de la conferencia invitaron al Consejo Central Sindical. El Consejo Central Sindical envió a su delegado a Alemania, pero resulta que no era el único que representaba al movimiento sindical ruso, también había allí una minoría anarcosindicalista. Es cierto que nosotros, en nuestra ignorancia, aquí en Rusia, no sabíamos que en los sindicatos rusos existe una minoría de anarcosindicalista. Pero tal cosa existe, y estaba formada por aquellos anarcosindicalistas que estaban exiliados en el extranjero. Ellos, junto con sus esposas e hijos, siendo un total de 10 personas, constituyeron la minoría anarcosindicalista del movimiento sindical ruso, que recibió el voto decisivo en esta conferencia, mientras que el Consejo Central de Sindicatos recibió sólo un voto consultivo. Y esto, por supuesto, es lógico. De hecho, el Consejo Central Sindical de Sindicatos fue invitado como acusado,

y es suficiente con que un acusado tenga un voto consultivo. El representante del Consejo Central Sindical se vio obligado a cambiar repentinamente a una plataforma anarcosindicalista.

El representante del Consejo Central Panruso de Repúblicas Socialistas pronunció el correspondiente discurso, dio un golpe encima de la mesa y se fue junto con algunos delegados. Hay una resolución bastante enérgica, o no especialmente larga, pero bastante organizada, que establece que no hay presión, ni siquiera otro tipo de violencia, contra ninguna forma de Estado, incluso en la forma de dictadura del proletariado. En conclusión, dice que en vista de que la Profintern, por sus principios organizativos, por su programa, por sus actividades, no representa una organización capaz de unir a los sindicatos revolucionarios internacionales, estos cinco representantes del grupo anarcosindicalista están creando un buró internacional de sindicalistas y están convocando un congreso internacional para crear una verdadera Internacional revolucionaria.

En esta conferencia estuvieron presentes un representante de la CUT de Francia, con voto consultivo, y con voto decisivo las listas sindicales de Italia, Suecia y Alemania. No tengo tiempo para detenerme en estas listas de sindicatos en Alemania. Se trata de pacifistas sindicalistas, tolstoyanos, que tienen en Alemania aproximadamente la misma influencia que la Sociedad Esperantista aquí en Rusia. Así pues, estos, quieren crear una nueva Internacional revolucionaria, y para reforzar todo esto, el delegado de Suecia declaró que también representa a los sindicatos revolucionarios de Noruega y Svalbard, aunque nadie le confió esta tarea. No sé cuántos sindicatos revolucionarios hay en Svalbard, pero en cualquier caso ésta es una base suficiente para una Internacional revolucionaria.

Cuando los resultados de esta conferencia internacional quedaron claros y se adoptaron resoluciones, las tareas de nuestros partidarios y más personalmente se aliviaron considerablemente en el Congreso de Saint-Étienne.

El Congreso de Saint-Étienne comenzó desde primera hora con una disputa entre partidarios y opositores de la Profintern, y la primera votación nos dio una diferencia de 40 mandatos. Para que las votaciones posteriores sean comprensibles, debo detenerme en ellas. No se vota por delegados, sino por mandatos, y un delegado puede tener un mandato en cada tarjeta, y como buena persona civilizada, como sabéis, 13 bolsillos, entonces puede tener el mismo número de mandatos. Esto se explica porque cada sindicato tiene un voto, independientemente del número de afiliados, de modo que 5.000 mineros tienen un voto y 20 o 50 trabajadores de otra industria también tienen un voto. Esta representación anormal, que tiene como base los principios anarcosindicalistas de la estructura del sindicato, se ve obligada a enviar mandatos postales a los congresos, porque el pago de un mandato postal es mucho más barato que el de un delegado.

Los debates se centraron en cuestiones sobre el Estado, sobre quién haría la revolución y en la cuestión de la Profintern y el Comintern, es decir, en la cuestión del papel del partido. Hay que decir que durante seis de los siete días el debate giró principalmente en torno a quién haría en última instancia la revolución en Francia: el partido o los sindicatos. En mi opinión, preferiría, como ya he dicho, que se hablará más de cómo hacer la revolución que de quién la hará más rápido. La atención se centró en la revolución rusa. Los anarquistas y anarcosindicalistas argumentaron que la revolución rusa no hizo realidad los ideales que ellos tenían, imaginando la revolución como si fuera una máquina autopropulsada que logra todo en muy poco tiempo. Para los anarquistas, los acontecimientos históricos se resuelven no por razones objetivas, sino por el deseo personal de una u otra persona. Para ellos no existe el movimiento de masas, existen los individuos, y como construyen su programa no a partir de la experiencia real, no sobre la base de los conflictos de clases, de los movimientos de masas y teniendo en cuenta todas las fuerzas a escala mundial, sino sobre la base de libros escritos hace

muchos años por Bakunin y Kropotkin, resuelven de este modo todas las cuestiones muy rápidamente. Si hubiera una revolución social, entonces debería haber felicidad y satisfacción universales, y cualquier gobierno sería una carga completamente innecesaria. Nuestros camaradas intentaron en vano demostrar que la dictadura del proletariado en Rusia no fue causada por las malignas ideas de los bolcheviques. Porque esta evidencia no se correspondía con el ideal anarquista ni con los libros anarquistas. Entonces todo quedó completamente destrozado por la incomprensión y la falta de voluntad de comprender. En sus críticas a la revolución rusa, al Estado, a los comunistas, a la Comintern, a la Profintern, no se detuvieron ante nada, y uno de los anarquistas dijo: “Sí, nos hablan de los sindicatos rusos, conocemos los sindicatos rusos. Se habla de millones de miembros en los sindicatos rusos, pero sólo son 7 millones de esclavos”. A lo cual dije: “Sí, 7 millones de esclavos, pero liberados con armas en sus manos, esa es la diferencia entre vosotros y nosotros”.

Las cuatro corrientes, a través de boca de sus oradores, presentaron los puntos de vista que he citado. Lecoin y Calomer hablaron en nombre de los anarquistas, Benard y Kenton en nombre de los anarcosindicalistas, Tomasi en nombre de los comunistas y Monmousseau y Semar en nombre de los comunistas-sindicalistas. Es significativo que el grupo central de *Vida Obrera*, encabezado por un comunista que no es miembro del partido, esté formado por miembros del partido comunista que no son partidarios de adherirse incondicionalmente a la Internacional Sindical Roja, sino de adherirse con las reservas que ya he dicho. Cuando el cuarto día (me encontraba a bastante distancia de Saint-Étienne) me informaron de que el debate continuaba, con la revolución rusa en el centro, y que se estaba produciendo una división sobre esta cuestión, fue natural que yo, como representante de los sindicatos rusos y de la Profintern, interviniera para decir algunas palabras amargas a algunos y cálidas a otros sobre este asunto. Debo decir que mi aparición en el congreso fue recibida con gran alegría por una parte. Los congresis-

tas se levantaron al grito de “¡Viva la revolución rusa!” y comenzaron a cantar la “Internacional”. Aproximadamente un tercio también se levantó, un anarquista gritó: “Viva Kronstadt, abajo los agitadores de Moscú” y cantaron la canción anarquista “Revolución”. Como había una tendencia por parte de los anarquistas a prolongar demasiado este canto, uno de nuestros partidarios les dijo que si cantaban demasiado ninguno de ellos sería capaz de pronunciar una sola palabra durante el Congreso. Esto los calmó hasta cierto punto; luego se calmaron aún más. Se quedaron estupefactos cuando les dije que a los rusos nos encantan las canciones, pero que preferiríamos que no sólo cantaran la “Revolución”, sino que la hicieran.

En mi discurso tuve que detenerme principalmente en la cuestión de la actitud del anarquismo internacional ante la revolución rusa, en qué consiste el Estado, cuál es el papel de los sindicatos en la revolución, qué representa esta Internacional, qué representan los sindicalistas alemanes, a quienes ya he mencionado. En una palabra, el centro de mi discurso fue la revolución rusa, su experiencia y las conclusiones que deben sacarse de la revolución rusa para el movimiento obrero internacional. No voy a reproducir el informe que allí presenté, como tampoco voy a citar en detalle los discursos de nuestros adversarios. Se puede decir que aquí, en el congreso, se manifestaron en su forma más completa, clara y nítida aquellas corrientes principales que he descrito antes. Los anarquistas plantearon la idea de la imposibilidad absoluta de unirse a la Profintern y en este sentido encontraron el apoyo de los anarcosindicalistas. Desde el comienzo mismo del congreso se crearon dos bloques: anarquistas y anarcosindicalistas, un bloque; comunistas y sindicalistas-comunistas, el segundo entre los que se encuentran independientes, es decir, aquellos delegados que no tenían un mandato imperativo de sus organizaciones.

El gran acontecimiento de este congreso fue la reunión de los comunistas. Hay que decir que por primera vez en veinte años de movimiento sindical en Francia, los comunistas se reunieron en un congreso para hablar entre ellos. Fue un acontecimiento tan grande

que, al día siguiente, después de esta reunión de comunistas, habló Frossard, el secretario general del partido, y esta cuestión se planteó en el Congreso. Los anarquistas se manifestaron contra el intento del partido de violar este congreso y desarrollaron mucha demagogia sobre esta base. ¿Qué crimen cometieron los 129 comunistas reunidos? ¿Qué conspiración tramaron contra la autonomía y la independencia del movimiento sindical francés y contra la vida del proletariado francés? Intercambiaron opiniones sobre si se debe pronunciarse a favor de la adhesión incondicional a la Profintern o para incorporarse con reservas. Éste fue el mayor crimen de los comunistas franceses, que escandalizó tanto a algunos miembros de este partido que lo abandonaron a toda velocidad, declarando en el Congreso que consideraban que el partido no tenía derecho a reunirse en un congreso de sindicatos.

El segundo acontecimiento fue la aparición de un bolchevique, desafiando las medidas policiales tomadas por el gobierno francés. El gobierno francés sabía que un terrible desastre estaba a punto de ocurrir, que algún bolchevique estaba a punto de aparecer, así que colocó un comisario de policía y ocho agentes allí para proteger la independencia del movimiento sindical francés frente a los bolcheviques. Pero como los bolcheviques no estaban obligados a pedir permiso para entrar en el congreso, el comisario permaneció allí sano y salvo. No sé si todavía está allí, pero en cualquier caso, el gobierno francés no recibió ningún beneficio de este comisario y sus agentes. Cabe señalar que el discurso del representante ruso de la Profintern fue considerado por toda la prensa como un acontecimiento político importante. Por una parte, como un gran descaro por parte de los bolcheviques, quienes según un periódico francés están mejor organizados que la policía francesa y, por otra parte, como una injerencia descarada de los bolcheviques en la vida interna del movimiento obrero francés. Políticamente, esto fue considerado por la burguesía como una victoria de Moscú, y la intervención de la Profintern. La acción directa en nombre de los sindicatos rusos dio al Congreso mismo una importancia mucho

mayor de la que hubiera tenido sin esta acción, porque aquí la conexión entre la revolución rusa y los sindicatos franceses, entre la Profinintern y los sindicatos revolucionarios del mundo, recibió su clara expresión.

VI

¿Cuál es el resultado del congreso? Hay que decir que, como resultado del debate de seis días, se adoptó una resolución que literalmente dice así: “El Congreso rechaza el intento de crear una nueva Internacional, localizada en Berlín, declarando su adhesión a la Profinintern a condición de que acepte la completa independencia y autonomía del movimiento sindical francés y encarga a sus delegados en el próximo Congreso que planteen la cuestión de la abolición de la representación mutua entre la Profinintern y la Comintern”.

Veréis, camaradas, una resolución con dos reservas: una de carácter nacional y otra de carácter internacional. Los anarquistas, partidarios de la adhesión incondicional, votaron a favor de esta resolución, ya que la lucha allí había alcanzado tal nivel de intensidad que los anarquistas y anarcosindicalistas estaban dispuestos a boicotear el congreso, es decir, dividirlo si se aceptara la anexión incondicional. Esta resolución, suficientemente clara y flexible, provocó una tormenta de indignación en el Congreso y fuera del Congreso. Tan pronto como se conocieron los resultados de la votación de esta resolución, que recibió 749 votos, mientras que la contraria obtuvo menos de 400, los anarcosindicalistas y anarquistas crearon apresuradamente un comité de defensa sindicalista y en su nombre declararon que se mantendrían sobre la base del sindicalismo, lucharían contra la política y uno de ellos señaló que el sindicalismo está en peligro y que darían su vida para salvarlo. Así, el resultado de este Congreso es la creación del Comité de Defensa Sindicalista, organizado por la minoría anarcosindicalista, que ha pasado a la ofensiva contra la mayoría. La minoría se negó a proporcionar sus delegados al órgano ejecutivo. Retiraron a sus miembros de las uniones de los sindicatos del departamento del Sena. Además, ellos,

los oponentes de principios de las células comenzaron a organizar sus propias células para continuar la lucha contra la “política”. Y aquí es necesario destacar un punto extremadamente característico. El Comité de Defensa Sindicalista son sindicalistas puros, los más consecuentes, los más autónomos de los autónomos. Los elementos federalistas hicieron de su órgano central el periódico *Du Peuple*, el órgano de Favre y el mismo Favre que fue expulsado de la Internacional Comunista por oportunismo. Tenemos así un curioso bloque de anarquistas, anarcosindicalistas y reformistas, formado contra el bloque comunista-sindicalista.

Hay que tener presente que el bloque de anarquistas y reformistas motivados por comunistas no es sólo un fenómeno francés, es un fenómeno internacional. Por ejemplo: en Italia vemos cómo los comunistas están siendo excluidos del sindicato y los anarcosindicalistas fuera de la corriente sindicalista. Esta victoria fue considerada como una victoria de Moscú. Así, la prensa burguesa, sin prestar atención dijo: “Ustedes escucharon a los dictadores de Moscú”, evaluando la resolución como una victoria para Moscú, en el sentido de que ahora el CUT está subordinado a Moscú, cumplirá sus directivas, y se sabe cuáles son las directivas de Moscú. “Hagan una revolución lo antes posible”. Un periódico escribió: “Lozovsky habló en un tono autoritario en este congreso. Se olvidó que estaba hablando con trabajadores franceses”. Así lo afirmaba el periódico archiburgués *Tan*, órgano de la burguesía financiera y de todos los tiburones industriales de la Tercera República. Además, el mismo periódico *Tan* escribió: “Los revolucionarios somos nosotros, los que nos esforzamos por convertir los sindicatos en una máquina para hacer la revolución”. ¿En serio? Ciertamente estas afirmaciones proceden de nosotros y lo dijimos abiertamente. Es significativo que la prensa burguesa apoyara la teoría de la independencia del movimiento sindical francés con respecto a Moscú. Así, no sólo había un bloque de reformistas y anarquistas por la independencia, sino también un bloque aún más conflictivo, donde el periódico francés *Tan* se pronunció en defensa de la independencia del movimiento sindical francés respecto de los bolcheviques de Moscú.

Algunas palabras más sobre los resultados del Congreso de Saint-Étienne. Destaqué su importancia dentro del movimiento sindical y su importancia política en el país. A escala internacional, el Congreso de Saint-Étienne produjo resultados completamente inesperados para los anarcosindicalistas. Se produjo una ruptura en la organización de su Internacional, que habían estado intentando crear durante un período bastante largo de 9 años. En esta Internacional hay dos grandes organizaciones: la francesa y la española. España aportó a los anarquistas, y en vísperas del Congreso de Saint-Étienne, publicaron una declaración contra la Profintern. Pero la base de su Internacional es Francia, porque en Italia hay 60.000 trabajadores organizados, en Holanda 29.000, en Suecia 35.000, en Alemania 30.000. Todas son organizaciones pequeñas. Sobre esta base es bastante difícil crear una Internacional. La única organización territorial que tiene peso internacional es la CUT, pero de repente, ante nuestras narices, abandona esta Internacional y declara su entrada en la Profintern. Así, el intento de crear una nueva Internacional, que habría tenido éxito si también hubiera entrado la CUT, ha sido ahora completamente liquidado, a pesar de que hay un Buró en Berlín que nos envía cartas invitándonos a su congreso. La importancia internacional de la victoria de Moscú en Saint-Étienne supera su relevancia puramente nacional. Liquidada una etapa en la lucha contra la Profintern, arranca los cimientos de la Internacional anarcosindicalista bajo sus pies y así toda esta Internacional anarcosindicalista, que antes estaba condenada a crecer, ya no enraizará, porque no vivirá.

He esbozado el trabajo del Congreso en general, la lucha de las corrientes y ahora daré unas palabras sobre las perspectivas en Francia.

VII

¿Cuáles son las perspectivas de la revolución en Francia? ¿Cuándo tendrá lugar? Ningún alma viviente lo sabe. En Francia la revolución será la última, vendrá después de la alemana. Esto no es

casualidad; es evidente para cualquiera que haya conocido Francia antes y que ahora haya entrado en contacto directo con la vida francesa. En Francia, la revolución será la última porque el movimiento obrero no está suficientemente organizado, mientras que la burguesía tiene una organización colosal. No sólo tiene un aparato estatal bien organizado, sino también asociaciones privadas que ya se preparan para la lucha futura. Tiene una guardia blanca, incluso antes de que se cree la roja. La revolución en Francia no está a la orden del día hoy. Está a la orden del día en Alemania, está a la orden del día en Italia, pero en Francia ocurrirá más tarde.

Tendrá lugar en uno de estos países. Y como el primer candidato para la revolución es Alemania, entonces en Francia los acontecimientos seguirán a la revolución alemana, y no sólo porque el movimiento revolucionario será entonces tan fuerte que será capaz de derrocar a la burguesía, sino porque la burguesía alemana forzará la acción militar contra el proletariado alemán, lo que provocará una enorme protesta en la clase obrera, y como la revolución en Alemania implicará el Ejército Rojo ruso y al Ejército Rojo alemán, tal combinación representará una fuerza bastante sólida. Ninguna tropa francesa podrá resistirla. Todos los franceses están de acuerdo con esto, incluso Poincaré. Por eso no quiere una revolución en Alemania, por eso teme la sola idea de una alianza revolucionaria entre el proletariado ruso y el alemán.

En toda Europa se presiente un giro hacia la izquierda, pero este giro es lento. La impresión es que el partido y los sindicatos no son lo suficientemente fuertes para controlar este movimiento. Se están quedando atrás desde el punto de vista organizativo en el contexto del giro político hacia la izquierda de las masas. Esto no se siente sólo en Francia, sino que el atraso organizativo es el punto más débil del movimiento obrero francés. Las perspectivas son revolucionarias. Ante nosotros se desarrolla históricamente la revolución con rapidez, pero desde el punto de vista de nuestras experiencias, por supuesto, con lentitud, porque para nosotros los 4 años que estamos esperando nos parecen muy largos, y si tuviéramos que esperar tanto tiempo otra vez, nos parecería tres veces más. Pero desde el

punto de vista del desarrollo histórico, si comparamos lo que ocurrió hace unos años y ahora, veremos qué cambio colosal ha experimentado toda Europa y con qué rapidez histórica el movimiento obrero se está moviendo hacia la izquierda. Cuando uno está allí, siente este giro hacia la izquierda en cada cuestión sobre el impuesto al salario, las huelgas, etc. La gigantesca ofensiva del capital aclara los cerebros más oscurecidos, plantea ante los obreros más atrasados la tarea de derrocar a la burguesía, que actúa como un frente único contra el proletariado. Esta ofensiva de la burguesía a escala mundial libera a muchas mentes proletarias de muchos prejuicios y crea el terreno para ulteriormente unir al proletariado, reducir las disputas en su seno y, de este modo, crear las condiciones para la lucha de la clase obrera en todos los países.

La debilidad de la clase obrera, la razón del lento desarrollo de la revolución en Europa Occidental en general, y en Francia en particular, reside en el hecho de que tiene organizaciones de penetración que la frenan. Si tomamos Alemania con su movimiento sindical de 9 millones, con su democracia, entonces veremos que el mayor freno es Westinghouse, que impide el movimiento del proletariado hacia la izquierda e integrarse dentro del movimiento obrero. Esta división de la clase obrera, su heterogeneidad interna, es la razón principal del lento ritmo de desarrollo de la revolución en Europa Occidental. Sin embargo, se mueve, sin embargo, podemos decir con palabras de Galileo: “Y sin embargo, gira”, y girará hacia un final feliz para nosotros.

(Revolución Comunista, No. 11-12, octubre de 1922).

La lucha entre el comunismo y el anarcoreformismo en Francia

La crisis que vive el movimiento obrero en todos los países ha adquirido formas extremadamente peculiares en Francia. Durante décadas, los movimientos políticos y sindicales aquí presentes han seguido caminos diferentes, a menudo hostiles. Pero llegó la guerra y estos caminos coincidieron: el partido y los sindicatos formaron un bloque para salvar a la burguesía y al Estado burgués. Esta unidad entre reformistas y anarcosindicalistas de ayer, entre políticos parlamentarios y partidarios de la “acción directa”, no sólo es una prueba de la profundidad de la decadencia de ambos lados, sino también del hecho de que, en esencia, el anarquismo y el reformismo están mucho más cerca uno del otro de lo que parece a primera vista. Al mismo tiempo, los elementos de oposición de los sindicatos y del partido, que se rebelaron contra la burguesía y la subordinación de los intereses generales del proletariado a los intereses nacionales o, lo que es lo mismo, imperialistas, que formaron a su vez un bloque que durante la guerra llevó el nombre un tanto extraño de “Comité para la Restauración de las Relaciones Internacionales”. El anarquismo, que parecía muy alejado de la guerra y del gobierno, bailaba el mismo cancán patriótico que el reformismo, y la danza de la muerte anarquista era aún más repugnante que la danza reformista. El anarquismo, que constantemente lanza reproches de oportunismo y compromiso frente al socialismo, ha caído completamente en el olvido: la oposición comenzó, tomó forma y se fortaleció precisamente en las filas de los políticos que, según las enseñanzas de los anarquistas, son los enemigos de la clase obrera.

Apoyándose en los sindicatos, el movimiento de protesta contra la política de paz civil creó, al final de la guerra, una oposición grande, pero extremadamente heterogénea y diversa dentro de los sindicatos. La oposición fue creciendo de congreso en congreso, pero su fisonomía seguía siendo insuficientemente clara y definida.

Se trataba, ante todo, de una oposición de sentimientos. El lema general era: “¡Abajo los líderes reformistas de la Confederación del Trabajo!” Pero como hay 99 maneras de luchar contra el reformismo, el mismo día en que, por voluntad y provocación de los periodistas, se produjo una escisión en el movimiento sindical francés, comenzó un agrietamiento en el seno de la izquierda para influir en las masas. En el nuevo movimiento sindical, debilitado por la escisión, la confusión ideológica era tan grande que surgió todo un movimiento (sindicalistas puros) que lanzó la consigna: “¡Volvamos a 1906!”. Estos camaradas no se dieron cuenta de que el grito de “vuelta a la Carta de Amiens” significaba que la edad de oro del sindicalismo puro había quedado atrás. Estas personas no vieron que ni la situación interna ni la externa eran similares a las de 1906. Vivían en el pasado y sus recuerdos históricos. Así surgió esta contradicción entre una teoría hace tiempo obsoleta y una práctica rebosante de vida. La vieja ideología y táctica, pensada para todos los tiempos y pueblos, se topó con hechos que no estaban previstos en su construcción: 1) la presencia en el país de una Confederación del Trabajo reformista y de sindicatos paralelos; 2) la presencia de un partido comunista en Francia; 3) la guerra y la crisis financiera y económica que generó; 4) la revolución política en Europa Central y la revolución social en Rusia, y 5) inestabilidad y desintegración de la sociedad capitalista. Cualquiera que intentara dar respuestas antiguas a estos nuevos problemas se distraía de la verdadera lucha de clases y se adentraba en el terreno de las construcciones metafísicas. La peculiaridad del movimiento obrero francés es que la metafísica se revistió de ropajes revolucionarias y que los dirigentes de algunos sindicatos obreros actuaron como defensores de construcciones metafísicas. El último año de intensa lucha ideológica y polémica ha demostrado que este revolucionarismo abstracto y esta metafísica son un sustituto de la acción, porque es más fácil construir perspectivas revolucionarias e inventar fórmulas explosivas que llevar a cabo un trabajo revolucionario sistemático e incansable, práctico.

La reformista Confederación del Trabajo

La existencia de dos Confederaciones del Trabajo y sindicatos paralelos complica la situación. Entre los sindicalistas revolucionarios se considera de buena educación considerar la posibilidad de volver a la reformista Confederación del Trabajo a la que califica de “cantidad insignificante”, pero el asunto no es tan sencillo. La antigua Confederación del Trabajo tiene detrás un nombre, viejos cuadros formados y 250.000 obreros organizados. Para Francia, con sus escasas organizaciones, no se trata de una cifra pequeña. Pero la cuestión aquí no es tanto los trabajadores que se unen a ella, sino los que la siguen, y esto es mucho más grave. No hay que olvidar que incluso en la época dorada del sindicalismo francés, aproximadamente la mitad de los trabajadores eran miembros de sindicatos reformistas (ferroviarios, mineros, textiles, impresores, etc.) y seguían consiguinas reformistas. El reformismo es una vieja enfermedad del movimiento obrero francés, que hay que tener muy en cuenta. No se trata sólo de los líderes sino también de las masas. Sin embargo, vemos que hasta ahora las fórmulas abstractas han prevalecido sobre la consideración real de las fuerzas.

Naturalmente, la Confederación reformista del Trabajo no tiene hoy ni siquiera la décima parte de la influencia que tenía inmediatamente después del fin de la guerra. En aquella época, amplias masas de trabajadores acudieron en tropel a la Confederación del Trabajo. Los dirigentes de la Confederación fueron invitados y bienvenidos en todas las antecámaras y conferencias ministeriales. Les cuidaron y elogiaron su inteligencia, su tacto y su patriotismo. Las débiles cabezas de Zhuo y compañía comenzaron a dar vueltas. No vieron que su influencia era directamente proporcional al estado de ánimo revolucionario de las masas. Pensaban, por el contrario, que su influencia era consecuencia de su astuta política. Estos señores hicieron todo lo posible para perturbar, desorganizar y desmoralizar a las masas. Lo consiguieron. Así como Stinnes bautizó uno de sus barcos de vapor “Kara Legin”, la burguesía francesa probablemente los recompensará por los servicios prestados y, tras la muerte

de Merrheim, Jouhaux y Dumoulin les erigirán un monumento colectivo: “A los salvadores del orden y de la propiedad: una patria agradecida”. Pero detrás de todo esto, la reformista Confederación del Trabajo existe, tiene influencia sobre las masas, y la Confederación Unitaria del Trabajo no puede ni debe perder de vista esta circunstancia. En momentos de calma revolucionaria, los trabajadores no organizados seguirán a los sindicatos reformistas, porque el reformismo es una ideología del atraso obrero. ¿El Congreso de Saint-Étienne tuvo esto en cuenta? ¿Consideró métodos para recuperar a las masas de los sindicatos reformistas? Hay que reconocer que los problemas de la lucha específica no preocupaban a los delegados del Congreso. La parte más realista de ellos no prestó atención a esta cuestión, porque la mayoría de los comunistas y comunistas-sindicalistas eran apasionados de la táctica del frente único, viendo en esta táctica un compromiso y un rechazo de sus principios revolucionarios. Es significativo que nadie explicara realmente en qué consistía el compromiso y el abandono de los principios (es imposible tomar en serio que la táctica de un frente obrero único condujera a un bloque de izquierda, que esto significara una fusión con los disidentes, etc.), pero la gran mayoría consideraba que todos los puentes entre los sindicatos revolucionarios y reformistas estaban quemados. Tal era el estado de ánimo de la indudable mayoría de los delegados al Congreso. Pero es sólo un estado de ánimo, al fin y al cabo, no se adoptó ninguna resolución, dirá el lector. Sin embargo, el sentimiento, sobre todo en Francia, juega un papel importante. Una cosa está clara: se subestima el papel de la reformista Confederación del Trabajo (por cierto, según algunos periódicos franceses, se está uniendo al bloque de izquierda) y esto amenaza a nuestros camaradas franceses con una serie de graves sorpresas y decepciones en su difícil lucha.

Partido Comunista y Sindicatos

La relación entre el partido y los sindicatos es un viejo problema para el movimiento obrero francés. Se ha discutido en congresos en

numerosas ocasiones. La desconfianza, la sospecha y la hostilidad hacia el partido político del proletariado son tradicionales en el sindicalismo francés. A finales del siglo XIX, en Francia lucharon varios grupos políticos (guesdistas, jauristas, alemanistas, broussistas) que contaban con diferentes sindicatos. La división de los sindicatos en grupos políticos obstaculizó la lucha económica del proletariado y la unificación de los sindicatos se realizó bajo la consigna: “¡Abajo la política!”. El carácter extremadamente reformista del socialismo francés y el carácter sectario de su ala izquierda (guesdistas, alemanistas) convirtieron a los sindicatos en un centro de oposición a la burguesía y al cretinismo parlamentario. Habiendo comenzado con la lucha contra la división de los sindicatos en partidos, llegamos a la lucha contra los partidos en general y a la negación misma del papel revolucionario de un partido político, precisamente porque es político. La política se entendía como simples negocios parlamentarios y este cretinismo reformista se oponía a la economía. Históricamente, por tanto, es comprensible la naturaleza antipolítica del movimiento sindical. Pero la desgracia del movimiento sindicalista francés es que vive en el pasado. De ahí la fórmula: o política o sindicalismo, que fue escrita por los anarquistas y sindicalistas puros en Saint-Étienne. O la revolución será económica o no será proletaria, repitió Bernard varias veces, queriendo subrayar que los comunistas están por la revolución política, mientras que Baz y los anarcosindicalistas, son los portadores de los preceptos de la revolución económica. Benari y sus partidarios no sospechaban lo absurda que era esta fórmula. Esto carece de sentido porque no hay un solo comunista vivo que, ahora, en el período del colapso de la sociedad capitalista, piense en una revolución puramente política y, en segundo lugar, porque la gran Revolución Francesa también tuvo un carácter económico. Es inútil discutir sobre la naturaleza de la próxima revolución en los países de Europa occidental. El período de las revoluciones burguesas evidentemente ha pasado, pero la revolución socialista está a la orden del día. ¿Quién dirigirá la revolución? ¿el comunismo, el sindicalismo o el anarquismo? A eso se redujo finalmente la discusión.

De forma sintetizada, toda la filosofía antipartidista del sindicalismo revolucionario cabe en unas pocas líneas. El partido es un desarrollo del cuerpo de la clase trabajadora. El partido no puede ni debe dirigir el movimiento obrero. ¡Qué vanguardia de la clase obrera es ésta, donde abundan periodistas, escritores y otras personas de las clases burguesas! La vanguardia de la clase obrera no está fuera de los sindicatos, sino dentro de ellos. Que el partido organice, pues, a la intelectualidad, a la pequeña burguesía urbana y al campesinado, pero que deje en paz a la clase obrera. Tiene sindicatos suficientemente maduros para conducirla a la victoria sobre la burguesía y a la organización de una sociedad socialista. Sin embargo, la afirmación de que la vanguardia estaba en los sindicatos no hizo avanzar la cuestión ni un paso. Como los sindicatos unen a las masas, está claro que la vanguardia está dentro y no fuera de esas masas. Pero, al fin y al cabo, no se puede entender la palabra vanguardia en un sentido demasiado militar. La vanguardia de la clase se le denomina a aquel grupo que formule mejor, más clara y más fácilmente los intereses objetivos de esta clase. Es decir, es una expresión consciente de un proceso histórico inconsciente.

El anarquista Lekuvn lo expresó correctamente, aunque parcialmente. Demostró que el anarquismo es el alma del movimiento obrero. El alma, como sabemos, es una cosa anatómicamente extremadamente indefinida. Es evidente que Dupon se refiere al sentimiento bolchevique, y los sentimientos son inciertos, caóticos y cambiantes, en una palabra, anárquicos. No es sorprendente, por tanto, que el anarquismo aspire al título de “alma del movimiento obrero”. Dejamos a los anarquistas recurrir a tales términos. Amamos la certeza, la claridad y la distinción, y por eso decimos: el comunismo es una experiencia colectiva, una voluntad colectiva, una conciencia colectiva de la clase obrera, el comunismo es su cerebro. El error fundamental de los sindicalistas puros y de los anarquistas es que, como quedó especialmente claro en el congreso de Saint-Étienne, consideran al sindicato como un grupo de personas de ideas afines, al tiempo que le atribuyen el monopolio del revolucionarismo. Los sindicalistas revolucionarios no se oponen al partido

porque sus principios sean erróneos, sino porque ellos mismos pretenden desempeñar el papel de este partido. La lucha en Saint-Étienne no puede verse como un enfrentamiento entre el partido y los sindicatos. Se trata de un choque absolutamente evidente entre distintos partidos, algunos de los cuales (anarquistas y sindicalistas puros) construyeron su partido sobre la negación de todo partido. La fraseología no cambia el asunto. En el Congreso se enfrentaron dos ideologías y dos tácticas: la comunista y la anarquista. Aquí el anarquismo puro se fusionó con el sindicalismo puro. Esto fue aún más fácil porque el llamado sindicalismo puro es una pura abstracción, pues no hay ninguna diferencia esencial entre él y el anarquismo. Esto es evidente, al menos, en el siguiente pasaje de la resolución de Benard: “Todos los estallidos revolucionarios del pueblo, utilizados por los partidos, sólo tienen un efecto político, si no hay un cambio significativo en el orden económico y social”.

¿Creéis que los portavoces de este movimiento intentaron demostrar la validez de su punto de vista utilizando los ejemplos de las revoluciones rusa y húngara? Nada de eso. No llevaron a cabo ninguna de las auténticas revoluciones pagadas con sangre proletaria. Ellos solo operan con esa revolución ideal, que algún día debe realizarse según el esquema de estos grandes oradores. Aunque sea cierto que la realidad va en otra dirección y en las revoluciones reales los partidos comunistas juegan un papel decisivo, para estos metafísicos esto no es importante. Aunque en Francia haya un partido comunista, al que toda la burguesía odia profundamente, un partido que lucha contra la burguesía y el Estado burgués, para ellos eso no es lo importante. Aunque sea cierto que el Partido Comunista de Francia aún tiene muchas deficiencias y que en sus filas hay elementos oportunistas, la Confederación Unitaria del Trabajo no ha alcanzado aún las virtudes revolucionarias. Aun así, consideramos que posee la misma postura sobre este ideal que el Partido Comunista Francés.

Además, es evidente para cualquiera que tenga la cabeza sobre los hombros, que un movimiento revolucionario iniciado sin y al

margen de un partido será aplastado, tal como este habría sido derrotado si hubiera iniciado sin y al margen de los sindicatos. Pero quien piense que de estos hechos se pueden sacar conclusiones lógicas tiene una pobre comprensión de la naturaleza anarcosindicalista. La conclusión a la que se llegó fue exactamente la opuesta. Para justificar la resolución, que afirmaba que “el sindicalismo representa la fuerza principal”, uno de los oradores dijo: “La Confederación Unitaria del Trabajo tiene 360.000 miembros y el partido sólo 60.000. Todos ellos, con algunas excepciones, son miembros de sindicatos. ¿No es evidente que es el partido (la parte) quien debe subordinarse al todo (el sindicato)?” Aquí todo es incorrecto. La abrumadora mayoría de los miembros de la Confederación Unitaria del Trabajo son simplemente trabajadores no partidistas, con sentimientos revolucionarios, que tienen una idea bastante vaga de las diversas corrientes que hay dentro de su organización. La minoría consciente se divide en comunistas, comunistas sindicalistas, sindicalistas puros y anarquistas. El sindicalismo y los sindicatos son cosas completamente diferentes. El sindicalismo revolucionario es un antagonista del comunismo, no es una agrupación parlamentaria sino política, y hay muchos menos sindicalistas revolucionarios en los sindicatos que comunistas. Por otro lado, tenemos 60.000 personas unidas por un solo programa, con sus tácticas, quienes en su conciencia son mucho más elevados que los miembros regulares del sindicato. Las comparaciones cuantitativas pueden resultar confusas. Sin embargo, como estamos en un mundo de confusión, este tipo de razonamiento es bastante natural.

La dictadura del proletariado

Los anarcosindicalistas contra la dictadura del proletariado, contra la violencia organizativa y contra el Estado: esto es lo que se desprende del debate de seis días en el Congreso de Saint-Étienne. En vano buscaréis un análisis histórico del Estado en los discursos de Lecoïn, Colomer, Benard, Kenton. El Estado es violencia organizada, la violencia es maldad, por tanto, hay que acabar con el Estado. Que

el Estado es una fuerza organizada de violencia es cierto. ¿Pero de quién sobre quién? Puede haber violencia entre capitalistas y trabajadores y, a la inversa, entre trabajadores y capitalistas. ¿Son ambos tipos de relación malos por igual? Desde el punto de vista de la justicia absoluta y atemporal son iguales, pero desde el punto de vista de la lucha de clases, la violencia organizada de los trabajadores contra la clase explotadora es buena. No reivindicamos una moralidad sin clases. La humanidad sólo la creará después de que se destruyan las clases y se organice una sociedad comunista. Hasta entonces, consideramos todos los fenómenos desde el punto de vista de los intereses de nuestra clase. Y ahora, si abordamos la cuestión desde este punto de vista, veremos que el asunto no es tan sencillo. Los anarcosindicalistas no se oponen a la violencia, pero plantean las siguientes reservas: 1) la violencia sólo puede emplearse en defensa propia (véase la resolución de la última Conferencia de Berlín); 2) la violencia debe ser desorganizada; 3) La dictadura de unas personas sobre otras es absolutamente inaceptable. Los autores intelectuales de la resolución de Berlín deben explicarnos primero la diferencia entre defensa y ataque. Si queremos proteger, defender y siempre avanzar los intereses de nuestra clase no con palabras sino con hechos, debemos estar preparados no sólo para la defensa sino también para el ataque. La mejor defensa es atacar, dice la regla básica de la estrategia militar, que también se aplica a la estrategia de clases. Los buenos dirigentes de las organizaciones obreras se harían cargo de los conflictos interclasistas ya que la clase obrera tiene derecho a atacar a su enemigo de clase.

No menos notable es la teoría de la violencia no organizada. Si estas palabras tienen algún sentido, es el siguiente: “cuanto menor sea la cohesión, la unidad de acción, la coordinación en la lucha del proletariado, mejor”. Las huelgas, como es sabido, pueden ser defensivas y ofensivas. Una huelga es un acto indudable de violencia. Así lo entiende el Estado burgués. A veces es un acto de autodefensa, otras es un acto de ataque, pero en ambos casos este tipo de violencia dará mayor resultado cuanto más organizada esté. Si promoviéramos huelgas no organizadas, no tendríamos ni la más mínima

posibilidad. Pero la teoría de los inteligentes berlineses lleva a conclusiones aún más disparatadas si consideramos otra forma de lucha, es decir: el levantamiento. Las masas nunca se rebelan por amor al arte. Las rebeliones tienen un objetivo específico que los revolucionarios se esfuerzan por lograr. Si partimos del punto de vista de que el levantamiento en sí es importante, entonces, por supuesto, la forma y los resultados del levantamiento no nos interesan. Pero si el levantamiento tiene como base un objetivo específico, entonces surge con toda su fuerza el problema de mantener las posiciones conquistadas. Supongamos que el levantamiento del proletariado parisino hubiera conducido a la toma de fábricas y plantas. Es mucho más fácil capturar fábricas que mantenerlas. Al tomar fábricas no hay que olvidar que hay un parlamento, un tribunal, una policía, un ejército y otros órganos de dominio burgués que deben ser barridos de la faz de la tierra. Nuestro enemigo de clase tiene siglos de experiencia en la opresión organizada, y para derrotarlo necesitamos la mayor organización durante y después de la revolución. ¿Y qué carácter adquiere la fuerza organizada de una clase en una revolución? Está claro que toma la forma de violencia organizada contra otra clase. Así es la experiencia, así es la vida. Pero los anarquistas no pueden sorprenderse por la experiencia, y por eso exclaman: “¡Hay que salvar al movimiento obrero de la tutela del Estado proletario, que es igualmente pernicioso y peligroso, que la tutela del Estado burgués!” Pero al igual que en 1922 no se puede salir del paso con una simple consigna. Es necesario decir claramente en qué sentido los partidarios de la violencia organizada y los opositores a cualquier Estado pensaron en luchar contra la contrarrevolución. Uno de ellos, Kado, dijo lo siguiente: “No sabemos exactamente cómo nos organizaremos, para aplastar la contrarrevolución. Sólo sabemos que esta no se podrá detener con el poder del Estado”. No sabemos nada, pero lo sabemos todo. Esta consigna sintetiza bien lo que es el anarcosindicalismo. ¿Por qué los anarcosindicalistas, “sin saber exactamente”, entraron sin embargo en batalla contra “cualquier dictadura” y cualquier Estado? Porque miran

todo desde un punto de vista absoluto. Cuando un anarcosindicalista desde sus altas alturas se digna a descender a la vulgar tierra y da una definición de la dictadura, aprendemos de él que identifica la dictadura con la Cheka, es decir, que toma uno de los órganos de la dictadura por la dictadura misma. Pero ésta es una idea completamente infantil de la dictadura de clase. La dictadura es la defensa organizada de las posiciones ocupadas por el proletariado y la conquista de otras nuevas. Cuando los trabajadores expulsan a sus patrones, toman el control de fábricas, plantas y bancos, se trata de una dictadura. Cuando obligan a los elementos parásitos de la sociedad a trabajar, es una dictadura. Cuando los médicos e ingenieros hacen huelga en protesta contra una revolución obrera y son encarcelados, eso es una dictadura. Cuando un campesino no quiere dar voluntariamente pan a un obrero y éste toma ese pan por la fuerza para no morir de hambre, se trata de una dictadura. Cuando los profesores de las instituciones de educación superior no quieren permitir que los trabajadores ingresen allí y se ven obligados a hacerlo, se trata de una dictadura. Cuando el sindicato de trabajadores bancarios se declara en huelga en respuesta a la nacionalización de los bancos y los dirigentes sindicales son encarcelados como resultado, se trata de una dictadura. Cuando les quitan a los ricos sus casas y casas de veraneo y les construyen allí jardines de infancia y colonias infantiles, eso es una dictadura. Cuando los propios sindicatos fijan los salarios, eligen las inspecciones laborales y regulan el trabajo dentro de las empresas, se trata de una dictadura. Cuando los terratenientes, los dueños de fábricas y los comerciantes organizan levantamientos contra la revolución obrera, y los obreros reprimen estos levantamientos y fusilan a los dirigentes de estas bandas contrarrevolucionarias, se trata de una dictadura. Cuando personas que se llaman socialistas, con el dinero y la ayuda de la Entente, intentan desalojar al proletariado de las posiciones que ha ocupado y son arrestados, se trata de una dictadura. Cuando gente autodenominada como anarquista, durante la frenética lucha contra la contrarrevolución interna y externa, pronuncian discursos con los

cánticos de “¡Abajo el Ejército Rojo!”, “¡Abajo la violencia organizada!”, se trata de una dictadura. Cuando se anulan todas las deudas internas y externas y se protegen las armas y se fortalece la esclavización de los trabajadores, se trata de una dictadura. Cuando, sin respetar la libertad de prensa, se cierran todas las fábricas burguesas y existen falsos reformistas, se trata de una dictadura. Cuando algunos grupos de obreros empiezan a retroceder (esto sucede también durante las huelgas) y los obreros avanzados, mediante la persuasión y a veces por la fuerza, detienen ese movimiento de retroceso, se trata de una dictadura.

¿Cómo ejerce la clase obrera su dictadura? A través de las organizaciones que creó: el partido, los consejos, los sindicatos. ¿Las formas de dictadura serán las mismas en todas partes? En ningún caso. Es posible que en algunos países el movimiento sea liderado por sindicatos, pero eso no cambia la esencia del asunto. Cualquiera que sea la organización que dirija la lucha del proletariado durante y después de la revolución, sin un partido comunista fuerte, la victoria de la revolución social es imposible; será necesario crear órganos para consolidar la victoria de la nueva clase. El aparato estatal se crea, pues, no porque lo exija una teoría abstracta, sino porque es consecuencia de una dura práctica. El nuevo Estado, el Estado de los obreros triunfantes, es una formación temporal. No puede desaparecer mientras existan clases, mientras las viejas clases, expulsadas de sus posiciones anteriores, organicen la oposición, mientras la victoria del proletariado no se haya vuelto internacional. El período desde la creación de un Estado obrero hasta su desaparición será más largo en el país donde comenzó la revolución social. Y si los proletarios de Francia son los últimos en llevar a cabo su revolución, entonces el período de transición para Francia será muy corto. El proletariado francés quizá no tenga que recurrir a la violencia organizada, pero eso se debe a que la violencia será utilizada por la Europa socialista. Llegamos así a la posibilidad de realizar el ideal anarcosindicalista, siempre que el proletariado francés siga a la cola del movimiento obrero mundial, y no a su cabeza. En otras palabras,

el anarcosindicalismo es una teoría del atraso, la pasividad y la impotencia. Por eso el Congreso de Saint-Étienne tiró por la borda toda esta filosofía de la inacción. La dura lógica de la lucha de clases se ha apoderado de fórmulas vacías y sin sentido.

La Internacional Anarcosindicalista

Desde hace muchos años los anarcosindicalistas intentan crear su propia y pequeña Internacional, pero estos intentos no han dado resultado. De alguna manera resulta que empiezan de nuevo cada vez. La ceremonia de creación de la Internacional es la siguiente: 5-6 revolucionarios experimentados se reúnen, redactan una declaración de su amor ilimitado por la autonomía y el federalismo y su odio absoluto hacia cualquier Estado, y luego duermen autónoma y federalmente, cada uno en su rincón durante un tiempo indefinido. Después de un cierto período de tiempo, de repente se despiertan y comienzan todo de nuevo. Esto viene sucediendo desde 1913. Esta inocente actividad no causó ningún disgusto a nadie, porque ni la burguesía ni el proletariado tomaron en serio a estos lunáticos. Habría sido posible continuar ignorando estos intentos inocentes si la antigua Comisión Administrativa no hubiera involucrado a la Confederación Unitaria del Trabajo en este asunto, y si no hubiera quedado claro en el congreso de Saint-Étienne que la minoría se mantenía sobre la base de las decisiones de una reciente conferencia en Berlín de una docena de anarcosindicalistas, donde se hizo otro intento de crear una nueva Internacional.

Formalmente se reunieron en Berlín para “llegar a un acuerdo” con la Profintern. Al parecer, para llegar más fácilmente a un acuerdo con la Profintern, se adoptó una resolución que decía: “El sindicalismo revolucionario considera que con el monopolio de la propiedad debe desaparecer también el monopolio de la dominación y que cualquier forma de Estado, incluida la dictadura del proletariado, nunca puede ser liberación, sino que siempre es creadora de nuevos monopolios y privilegios”. Se anuncia solemnemente desde lejos que el sindicalismo lo es todo y los partidos políticos no

son nada y que los reunidos en Berlín son los portadores de la verdad revolucionaria contra la “violencia organizada”. Para facilitar el acuerdo, la sociedad anónima para la creación periódica de Internacionales en la que está Borgi, Sushi y compañía decidieron además que: “la Profintern, ni desde el punto de vista de los principios ni desde el punto de vista de sus estatutos, representa una organización internacional capaz de unir al proletariado internacional en un único organismo de lucha”. Finalmente, para consolidar a la Profintern en noviembre, no fue necesario participar en los trabajos con la participación de organizaciones afiliadas a la Profintern.

Cuando se publicaron estas resoluciones, todo el mundo en Francia se dio cuenta de que se trataba de crear una nueva Internacional y los partidarios de la Profintern pusieron nuevos esfuerzos en convocar esta conferencia. La idea de crear una nueva Internacional sólo fue inesperada para nuestros amigos franceses. Conocíamos a los promotores y comprendíamos el juego que estaban llevando a cabo los adversarios de la Profintern. Si la nueva Internacional cayó de repente en Francia es porque durante diez meses se creó una confusión deliberada en torno a los conceptos de autonomía e independencia del movimiento sindical. Formalmente, la conferencia fue convocada para defender la independencia y garantizar la autonomía. Luego resultó que ambos deben entenderse en un sentido muy amplio, que incluya la negación de la dictadura del proletariado, del Estado y de la revolución rusa. Cuando dijimos que todo ese ruido en torno a la autonomía y la independencia era una forma de luchar contra el comunismo, no nos creyeron. Ahora está claro. Dos conferencias, una de anarquistas (diciembre de 1920) y otra de anarcosindicalistas (junio de 1922), declararon la guerra a la Comintern y a la Profintern. La conferencia de junio en Berlín reveló claramente que los anarcosindicalistas son una agrupación política, pues quieren crear una Internacional a la que sólo puedan unirse personas de ideología anarquista. Se trata de un partido único que afirma su no partidismo.

Que la nueva aventura es tan inviable como sus intentos anteriores lo tienen claro los propios participantes. ¿Qué quieren? Quieren

dividir el frente revolucionario. En Francia, el acuerdo fracasó: el Congreso de Saint-Étienne votó por dos tercios a favor de la Profintern. Sin embargo, los desorganizadores del frente único revolucionario recibieron los refuerzos del Consejo Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo en España. Allí triunfaron los ardientes partidarios de la independencia, que se apresuraron a romper todos los hilos que los unían con la revolución rusa. De hecho, este es el sentido de esta nueva Internacional, cuyos organizadores descubrieron en las personas de varios emigrantes anarcosindicalistas rusos a los portadores del santo grial revolucionario.

Si nos oponemos a la nueva Internacional, no es porque los especuladores tengan miedo de la competencia, sino porque no hay lugar para dos Internacionales revolucionarias en el movimiento obrero internacional. La Internacional Anarcosindicalista está condenada a vegetar, porque las organizaciones que la componen son demasiado pequeñas e insignificantes. Para justificar su viaje a la conferencia anarcosindicalista, Bernard declaró que quería establecer “una conexión orgánica entre Moscú y Berlín”. ¡Menudo derroche de fuerzas! Nosotros nos esforzamos por crear un centro de lucha, una Internacional de lucha y de victoria, mientras los anarcosindicalistas crean una Internacional del atraso y de impotencia, una Internacional de la derrota. Una plataforma que se pronuncia en contra de la experiencia de la revolución, diseñada para atraer sólo a grupos y sectas. Es inaceptable para nosotros. No dudamos ni un momento que la mayoría de las organizaciones que participaron en la Conferencia de Berlín, convencidas de la inutilidad de toda esta empresa, acudirán a la Profintern, donde serán recibidas fraternalmente, a pesar de sus diferencias. Si, por el contrario, una o dos organizaciones pacifistas-sindicalistas, como los localistas alemanes, quedan fuera de la Profintern, esta sólo se beneficiará de ello.

Los dos bloques

En el Congreso de Saint-Étienne se enfrentaron dos bloques: el anarcosindicalista (anarquistas y sindicalistas puros) y el sindicalista-comunista (comunistas y el grupo “*Vie Ouvrière*”) y el conflicto se desarrolló sobre todos los puntos del orden del día. El bloque anarcosindicalista, que encabezaba la Confederación Unitaria del Trabajo, contaba firmemente con la victoria. Aún más decepcionante fue su decepción cuando sufrió una cruel derrota. Mientras tanto, la derrota era inevitable, porque los sindicalistas puros ya se habían acercado tanto a los anarquistas en vísperas del Congreso que era difícil distinguirlos entre sí (aún más estas dos corrientes). Releyendo atentamente los discursos de los oradores, es necesario reconocer que la línea divisoria entre los anarquistas y los sindicalistas se ha difuminado. Los anarquistas acaban contando toda la historia que los sindicalistas puros consideran necesario silenciar. Así, los sindicalistas puros, exigiendo la violación del párrafo 11 de la Carta de la Profintern, insinuaron su posible adhesión, mientras que los anarquistas declararon abiertamente que la cuestión no era el párrafo 11, sino la dictadura del proletariado, el federalismo, la lucha entre el marxismo y el bakuninismo, etc. A pesar de esto, los portavoces de los sindicalistas puros nunca se distanciaron de los anarquistas, y como la lucha era a favor o en contra de Moscú, es decir, a favor o en contra de la revolución rusa, los sindicalistas puros se dejaron utilizar (si no lo hubieran querido, no lo habrían podido hacer) por los anarquistas en su encarnizada lucha contra la revolución rusa. La formación al final del Congreso del “Comité de Defensa Sindicalista” atestigua que los sindicalistas puros se convirtieron en anarquistas puros, especializados en la descomposición y desmoralización del movimiento obrero francés.

En el bloque opositor hubo menos unidad, pese al voto conjunto. En el bloque sindicalista-comunista había comunistas y sindicalistas que atribuían al partido un papel secundario en el movimiento obrero. En el Congreso, Monmousseau, afirmó que el Partido Comunista no es la vanguardia de la clase obrera, sino una de las columnas

que asaltan al capitalismo. A primera vista, puede parecer que los desacuerdos son insignificantes, pero en realidad son muy graves. Pero a pesar de estas diferencias, los comunistas y la *Vie Ouvrière*, formaban un bloque sólido. ¿Cuál es la base de este bloque? ¿Qué une estas dos corrientes? En primer lugar, la experiencia de la revolución rusa. El grupo *Vie Ouvrière* reúne la parte más sana de los sindicalistas franceses. No son metafísicos que se han agrupado, sino políticos revolucionarios pragmáticos, para quienes la realidad es más elevada que las fórmulas abstractas. Piensan que la dictadura del proletariado no es una invención hueca de los “políticos”, sino una dura necesidad de la lucha de clases. La verborrea anarquista con sus frases pomposas y sus pequeños hechos les resulta inaceptables. No quieren destruir su organización de lucha bajo el disfraz del federalismo, quieren un trabajo planificado y sistemático para ganar los corazones de las masas, una organización fuerte y una acción revolucionaria. En lugar de palabras revolucionarias. El grupo *Vie Ouvrière* tuvo un papel destacado en el Congreso porque conectó con la realidad. No estoy de acuerdo con todo lo que dicen sus dirigentes, pero tengo la convicción de una lucha conjunta, porque los comunistas y el grupo “*Vie Ouvrière*” sostienen “el principio de la acción”, mientras que el bloque opuesto se basan en “el principio de la palabra”.

El bloque anarcosindicalista

Tras la derrota, los anarcosindicalistas crearon inmediatamente el “Comité de Defensa Sindicalista” y comenzaron a organizar sus grupos y células dentro de la Confederación Unitaria del Trabajo. Cabe señalar en general que los anarcosindicalistas sólo están en contra de las células cuando son organizadas por comunistas, porque consideran que es su monopolio. Así, en vísperas del Congreso de Saint-Étienne, quedó claro que una docena de anarcosindicalistas y un par de comunistas confusos habían firmado un acuerdo secreto en febrero de 1921. Este “acuerdo” establece en primer lugar

que sus autores “colectiva e individualmente” representan al sindicalismo revolucionario, luego los miembros de esta logia masónica no deben revelar a nadie la existencia del “comité”, “deben apoyarse mutuamente material y moralmente”, etc. Todo esto debe hacerse con el fin de “lograr la elección de sindicalistas puros, autonomistas y federalistas para puestos de responsabilidad”. Esta logia masónica secreta funcionó durante más de un año. Logró el objetivo de convertirse en dirección de la Confederación Unitaria del Trabajo, es decir, llegó al límite de sus deseos y aspiraciones. Cuanto más resueltamente actuaban los miembros de esta organización secreta para empujar a su gente a puestos de responsabilidad, mayor era el ruido que hacían cuando el Partido Comunista Francés, abiertamente, frente a la clase obrera de todo el país, intentaba adoptar una línea de principios en el movimiento sindical. ¡Cuánta tinta derramaron estos conspiradores sindicalistas sobre la resolución del Congreso de Marsella! “Injerencia, violación de la autonomía y de la independencia”, no paraban de gritar. ¿Cómo no recordar aquí el chiste sobre el hotentote que, en respuesta a la pregunta sobre el bien y el mal respondió: “El bien es cuando tomo la esposa de mi prójimo, pero cuando mi prójimo toma mi esposa es el mal”. Siguiendo la analogía, es bueno cuando los anarquistas organizan células, pero es malo cuando lo hacen los comunistas.

A pesar del ardiente espíritu revolucionario del bloque anarcosindicalista, las simpatías de la “sociedad” y de los reformistas estaban de su lado. Así, ya en vísperas del Congreso, Dumulen esperaba que esta corriente triunfara entre sus enemigos comunistas. Durante el Congreso, toda la prensa burguesa y reformista deseó la victoria de la “corriente anti-Moscú”. El grupo *Vie Ouvrière* y los comunistas estaban siendo atacados ferozmente por los enemigos de la clase obrera. Al mismo tiempo, los discursos de los oradores del bloque anarcosindicalista fueron citados con simpatía por la prensa hostil al proletariado. La lucha en Saint-Étienne también despertó gran interés en el ala derecha del Partido Comunista Francés. No es casualidad que el experimentado oportunista Laffón haya publicado un artículo en defensa de los anarcosindicalistas y haya

considerado necesario distribuir este artículo, rechazado por *L'Humanité*, a todos los delegados: “Mirad, delegados del Congreso, qué sentimientos tengo yo, el oportunista Laffón, por los anarcosindicalistas”. Finalmente, en su último manifiesto, el Comité de Defensa Sindicalista anunció que el órgano oficial del bloque anarcosindicalista sería el digno *Journal de Penles* del célebre Henri Fabre. Así, en una página habrá propaganda a favor de un “bloque neutro”, a favor de la reunificación de los comunistas con los disidentes y contra la dictadura de Moscú, y en la otra habrá verdades anarcosindicalistas, aderezadas con salsa anti-Moscú. ¿Cómo fue posible que reformistas de todo tipo coexistieran armoniosamente con anarcosindicalistas? ¿Por qué Fabre amablemente ofrece las páginas de su revista? Porque tienen algo en común. Este bloque está contra la Comintern, contra la Profintern y contra la revolución rusa. Este bloque anarco reformista es un hecho que nadie se atreverá a negar. Este bloque fue posible no sólo porque los reformistas y anarcosindicalistas tienen un objetivo común: la lucha contra la “dictadura de Moscú”, sino porque el reformismo y el anarquismo siempre han estado mucho más relacionados entre sí de lo que muchos pensaban. Ambas ideologías reflejan los intereses de la pequeña burguesía, que, por un lado, lucha por la paz social, el progreso, pero sin trastornos (reformismo), y por otro lado, protesta contra la presión del gran capital y su Estado (anarquismo). Pero el anarcosindicalismo surgió dentro de los sindicatos. ¿Qué tiene que ver la pequeña burguesía con esto? Esto sólo demuestra que en la clase obrera francesa todavía existen sólo influencias burguesas en muy pequeña escala. No es casualidad que los “países agrarios” (Italia, Francia, España) lo sean en realidad. Los agrarios se vieron atrapados por sentimientos anarquistas no por casualidad. Pero también los grandes teóricos del anarquismo vinieron de la Rusia agrícola subdesarrollada. ¿Cuáles serán sus consecuencias? Se puede decir de antemano que “el Comité de Defensa Sindicalista encontrará completa simpatía en la reformista Confederación del Trabajo, porque el comité recién creado, que supuestamente debe salvar al sindicalismo, es en la práctica un

instrumento para la descomposición del movimiento revolucionario en Francia. Se trata de una enfermedad desagradable que debe curarse a toda costa y lo más rápidamente posible, y sólo puede curarse intensificando el trabajo de participación de las masas en la Confederación Unitaria del Trabajo y organizando sistemáticamente la acción revolucionaria.

¿Está en peligro el sindicalismo francés?

¿Qué sindicalismo? El sindicalismo de Benard y Colomer, el sindicalismo modelado en la logia masónica secreta, el sindicalismo de las amenazas vacías. Fórmulas vacías, gestos pomposos y hechos ausentes: este sindicalismo está ciertamente en peligro. Los organizadores del “Comité de Defensa Sindicalista” consideran que el movimiento obrero francés perecerá si la “conspiración” de los Carbonarios no está a su cabeza. Pero estos camaradas tienen una opinión demasiado buena de sí mismos y una opinión demasiado mala del proletariado francés. Es imposible dirigir un movimiento de masas mediante pequeñas intrigas, incluso si estas intrigas van acompañadas de gran ruido. El movimiento sindical en Francia ha dado un enorme paso adelante al liberarse de los francmasones, pero todavía tienen un largo y difícil camino por delante para organizarse y ganar la confianza de las amplias masas. Gracias a la metafísica del bloque anarcosindicalista, el Congreso de Saint-Étienne destinó seis días a la discusión general, con tres cuartas partes del tiempo dedicadas a la cuestión de qué hacer, por otro lado, contra la revolución discutida. Soy el que menos se opone a discutir esta cuestión, pero creo que la cuestión de hasta qué punto es justa para la revolución social también plantea una revolución menor. Es tres veces más importante saber qué y cómo debemos hacer hoy y mañana para crear y unir la fuerza necesaria capaz de acercarnos a los problemas revolucionarios tras la revolución social.

El movimiento sindical francés atraviesa un período difícil. Está rodeado de enemigos por todos lados. La burguesía y el Estado vigilan cada paso de la Confederación Unitaria del Trabajo para lanzar

sobre ella todos los perros guardianes del orden y de la propiedad. La reformista Confederación del Trabajo y los disidentes continúan su trabajo de corromper moralmente a las masas y luego está el “Comité de Defensa Sindicalista”, que no defiende a nadie excepto a la gente del “pacto” francmasónico. Por supuesto, en este Comité hay muchos proletarios sinceros que piensan que están salvando el sindicalismo descomponiendo y debilitando la Confederación Unitaria del Trabajo, pero su buena voluntad no disminuye el enorme daño que el “Comité de Defensa Sindicalista” causa al movimiento obrero francés. Si el sindicalismo está en peligro no es por la victoria del bloque sindicalista-comunista en Saint-Étienne, sino por el emergente bloque anarco reformista.

Existe, en efecto, un peligro, pero no donde lo señalan los anarcosindicalistas: reside en sus métodos de acción contra la joven Confederación Unitaria del Trabajo. Aunque la situación es grave, no debe haber lugar para el pesimismo. El movimiento sindical francés ya ha sobrevivido a la crisis: se ha recuperado de algunas de sus enfermedades infantiles. Todavía hay síntomas dolorosos, pero el cuerpo ya se ha vuelto tan fuerte que pronto superará los últimos restos de la enfermedad. El sindicalismo francés está en camino de crear una poderosa organización de lucha para acciones defensivas y ofensivas contra la burguesía.

Internacional Sindical Roja, No. 19, agosto de 1922.

La lucha contra el pacifismo reformista y anarquista.

¿Cuál es la diferencia entre el pacifismo burgués y el reformista? En esencia no hay diferencia, hay una diferencia en la fraseología. Esta unidad del pacifismo burgués y reformista quedó claramente demostrada en la Conferencia Internacional de Paz en La Haya. En esencia, se trataba de una confraternización entre el ala izquierda de la burguesía y el ala derecha de la clase obrera. Ambas partes -y este es un rasgo característico del pacifismo en general- coincidieron en la lucha contra la guerra, pero no sólo no tocaron los fundamentos de la sociedad capitalista, sino que ni siquiera propusieron métodos serios para luchar contra el peligro de una nueva guerra internacional. Dado que el pacifismo es una teoría de la transformación indolora de la sociedad capitalista en un sistema socialista superior, es una herramienta para la esclavización del proletariado en la sociedad burguesa. Releyendo atentamente los discursos y escritos de los pacifistas reformistas y burgueses, hay que reconocer que se trata de una ideología hostil a la clase obrera, contra la cual hay que librar la lucha más despiadada. El pacifismo reformista es más dañino que el pacifismo burgués, porque tiene apoyo en las organizaciones obreras. Crea la ilusión de lucha, cuando en esencia sólo es un reflejo de la pasividad y la esclavitud de las masas trabajadoras. Debemos ser especialmente cuidadosos cuando se trata de intentos de los reformistas de encubrir su pacifismo con fraseología revolucionaria y consignas revolucionarias. En el Congreso Internacional de la Paz en La Haya se propuso la idea de una huelga internacional para luchar contra la guerra. ¿Por qué la gente que claramente no quiere una huelga, que tiene miedo de las protestas, la gente que está relacionada con su burguesía, eligió ese eslogan? Para que las masas piensen que sus líderes realmente quieren luchar. Esto era una maniobra política y los partidarios de la Profintern necesitaban exponer el manejo frívolo del lema de la igualdad universal. Una huelga general es especialmente difícil en el momento del estallido

de una acción militar. Sería posible con un enorme trabajo previo y a condición de que las masas mismas estuvieran firmemente unidas por un solo programa si todos los obreros tuvieran una sola visión de la lucha de clases revolucionaria, los dirigentes tuvieran todo un conjunto de condiciones previas que hicieran posible esta huelga y los revolucionarios poéticos lucharan decisivamente contra la fraseología pro-revolucionaria que emanaba de los labios de los reformistas.

La lucha contra el pacifismo anarquista debe librarse con no menor fuerza. Si no hay diferencia entre el pacifismo burgués y el reformista, entonces esencialmente tampoco hay diferencia entre el pacifismo reformista y el anarquista. En mi informe ya he señalado las acciones de los anarquistas franceses en relación con el conflicto anglosoviético. Ante nosotros tenemos otro documento: es una carta a la Confederación Unitaria del Trabajo en nombre del comité de iniciativa de la Unión de Anarquistas y de la Federación Anarquista de la Región de París. En esta carta, estas dos organizaciones escriben lo siguiente:

Contrariamente a ustedes, no pensamos de ninguna manera que Rusia sea el núcleo del movimiento obrero internacional y, por lo tanto, no tenemos la posibilidad de trabajar junto con ustedes en estas condiciones. Además, si insisten en defender al gobierno ruso en su disputa comercial, con el gobierno inglés, nos veremos obligados a desenmascararlos y luchar contra ustedes. Creemos que ustedes, al estar en manos de los patrones de Moscú, enfrentarán al pueblo ruso contra los trabajadores ingleses. Enemigos de todas las guerras y de todos los gobiernos que perpetúan estas guerras, los anarquistas se rebelan contra todos los gobiernos, que son los únicos responsables de todos los conflictos.

Puede parecer algo muy revolucionario, pero en realidad se trata del pacifismo más vulgar. Sin mencionar la comprensión racionalista y puramente abstracta del Estado y del gobierno por parte de

los anarquistas, sus tácticas entregan a la clase obrera, atada de pies y manos, al poder de la burguesía. Después de todo, son lo mismo.

Los anarquistas franceses declararon que apoyarían la Revolución Francesa sólo mientras se formara allí un gobierno obrero. En otras palabras, apoyarán esta revolución hasta que gane, y cuando gane, se organice y pueda seguir luchando por su continuidad de manera centralizada, los anarquistas se alejarán de ella, tal como se alejaron de la revolución rusa. Porque, al contrario de las teorías de los anarquistas, no se puede luchar contra los cañones, los tanques, los submarinos y la aviación con resoluciones y frases pacifistas, sino que se requiere la concentración de toda la voluntad de la clase obrera y la creación de un ejército obrero revolucionario. Es entonces cuando el anarquismo entra en conflicto con la revolución incluso antes de que surja porque están realizando una propaganda frenética contra la lucha organizada de la clase obrera. Sus tácticas están diseñadas para derrotar, no para ganar, a las masas trabajadoras. En esencia, esto no es nada más ni menos que la teoría de Tolstoi sobre la no resistencia al mal. Está claro que todo obrero revolucionario debe librar la lucha más decisiva y enérgica contra la corrupción de la conciencia y el debilitamiento de la voluntad de las masas por todas las formas de pacifismo, incluido el anarquismo.

Del informe “Las tareas inmediatas de la Internacional Sindical Roja”, elaborado en la 3ª sesión del Consejo Central de la Profintern del 25 de junio al 3 de julio de 1923 en Moscú.

Cómo luchan contra nosotros.

(Notas).

I.

La Unione Sindicale Italiana adoptó una resolución muy larga contra la Profintern que parece más bien un manifiesto de guerra. Los anarcosindicalistas de Italia finalmente han decidido abandonar la Profintern. En su manifiesto afirman que la única Internacional verdadera será la que crearán, nadie sabe cuándo, en Berlín. En nombre de esta futura Internacional ideal, por ahora quieren destruir la Profintern existente y en su resolución vuelven a presentar contra nosotros las acusaciones que desde hace tiempo aburren a todos. Nos acusan de no querer convocar un congreso en Europa occidental, de estar imbuidos del espíritu comunista, de no querer adoptar el punto de vista anarcosindicalista, etc. Pero, sin embargo, siguen prometiendo “unir el movimiento sindical oriental con el europeo occidental” admitiendo a los sindicatos rusos en su Internacional. El manifiesto termina con la declaración de que no vendrán a Moscú para el Segundo Congreso y que los sindicalistas que vengán no tendrán nada en común con sus organizaciones. El significado de esta larga resolución es que no se les puede atraer a Moscú ni siquiera con una barra de pan. ¿Pero de dónde sacaron la idea de que queremos atraerlos a Moscú? No tenemos absolutamente nada en contra de que estén fuera de la Profintern, porque en la Profintern las frases revolucionarias tienen muy poco valor. Intentad, señores, crear vuestra propia Internacional anarcosindicalista y hablaremos con vosotros cuando hayáis conseguido vuestro objetivo.

II.

En Checoslovaquia, los miembros de la Internacional de Ámsterdam también atacan ardientemente a Moscú, igual que lo hicieron

los anarcosindicalistas en Italia. Para erradicar la idea de la Profintern de las mentes de los trabajadores, el Sindicato de Trabajadores Textiles de Checoslovaquia ha elaborado el texto de una declaración que todos los miembros del sindicato deben firmar. Esta declaración establece que los miembros del sindicato se comprometen a trabajar para implementar la línea de la Internacional de Ámsterdam, a renunciar a cualquier propaganda de las ideas de la Profintern, a comportarse bien y a no causar ningún disgusto a los líderes reformistas. Esta declaración nos recuerda a los documentos que a veces los empleadores obligan a los trabajadores a firmar, declarando que abandonan el sindicato y no volverán a afiliarse a él. Por experiencia sabemos que este tipo de afiliación nunca ha garantizado a los capitalistas la lucha contra ideas “dañinas” de la mente de los trabajadores. No parece que los reformistas checoslovacos se sientan más satisfechos. No van a conseguir asustarnos con esto.

III.

A finales de agosto se celebraron simultáneamente en Suecia dos congresos: el congreso de sindicatos reformistas (300.000 miembros) y el congreso de sindicatos revolucionarios (35.000 miembros). A la cabeza de la organización reformista están los testarudos militantes de Ámsterdam. A la cabeza de las organizaciones sindicalistas revolucionarios están los anarcosindicalistas idealistas del tipo de Borghi y compañía. Ambos congresos comenzaron adoptando, por una mayoría bastante significativa, una protesta contra la “persecución de los socialistas en Rusia”. De esta manera se creó un frente único de reformistas y anarcosindicalistas contra Moscú, es decir, contra la revolución rusa, incluso contra la Profintern. Después de esta votación es obvio que el lugar de tales anarcosindicalistas está en esa Internacional “ideal” e incorpórea que ahora se está construyendo en Berlín gracias a los esfuerzos de varios confusos internacionalistas. No se sabe si se creará una nueva Internacional ideal, pero no cabe duda de que los anarcosindicalistas ya caminan de la mano con la Internacional de Ámsterdam. Por tanto,

aun no queriendo crear un frente unido con los comunistas, al final lo crearon con los reformistas. Prosigan con el buen trabajo y en un año veremos cuántos trabajadores quedan en sus organizaciones.

IV.

En el mismo momento en que en Europa se creó un frente anarcosindicalista contra la Profintern, en América el frente contra la Profintern se expandió aún más. Hace unas semanas fue detenido el camarada William Foster, dirigente de la Liga de la Enseñanza Profesional, que llevaba a cabo una intensa campaña de agitación en los sindicatos de Gompers en favor de la línea de la Profintern. La labor de la Liga despertó tal simpatía que alarmó al eterno presidente de la Federación Americana del Trabajo, Gompers, quien libró una furiosa campaña contra la Liga. Recientemente, el camarada Foster fue secuestrado por detectives privados, de quienes logró escapar después de tres días. Después de escapar de las garras de estos matones particulares, fue arrestado por matones oficiales. Los periódicos informan que ha sido arrestado bajo la acusación presentada contra él por Gompers de ser un agente del gobierno soviético, del cual recibe dinero para destruir el movimiento obrero estadounidense y la democracia estadounidense. Entonces Gompers acusa, espías privados lo secuestran y los funcionarios del gobierno finalmente lo atrapan.

Y en este mismo momento, los dirigentes anarcosindicalistas de los Trabajadores Industriales del Mundo se pronuncian contra la ayuda de la Rusia soviética y atacan duramente a la Profintern.

V.

Podríamos acabar aquí si no tuviéramos el mismo tipo de fenómenos en otros países. En Alemania, en Italia, en Francia, en todas partes se crea un frente anticomunista, anarcosindicalista, apoyado por los gobiernos y la burguesía. La burguesía, después de haber domesticado a los dirigentes reformistas, sabe que ya no tienen miedo.

y por razones de conciencia frenarán el desarrollo de los acontecimientos revolucionarios. En cuanto a los anarquistas, aunque los ideales anarquistas no prometen nada bueno para la burguesía, no representan ningún peligro para el orden burgués, y el comunismo es el peligro real que ya amenaza el dominio de los explotadores, la propaganda anarquista anti-Moscú encuentra la simpatía de los “portadores de la cultura y la civilización”. El anarquismo a día de hoy es un producto anti-Moscú, y todo lo anti-Moscú es muy valorado en el mercado de la reacción internacional.

La Profintern propuso repetidamente que todas las organizaciones anarcosindicalistas se unieran a ella y lucharan por sus ideas en el marco de una única organización. Algunos grupos prefirieron permanecer al margen y librar una lucha abierta contra la Comintern, la Profintern y la revolución rusa. De esta manera se pusieron del mismo lado de las barricadas que la burguesía y los reformistas. Ni la burguesía internacional ni el reformismo han podido hacer nada hasta ahora con la revolución rusa, y no dudamos ni un momento de que el anarquismo, que ha llegado en su ayuda, no hará avanzar mucho su causa.

Diciembre de 1922

Una Internacional refundada

El 20 de diciembre, en el marco de la mayor conspiración, nació en Berlín una nueva Internacional. Esta Internacional se venía preparando desde hacía mucho tiempo y, según la idea de sus organizadores, debía reunir a todos los elementos verdaderamente revolucionarios que, como es sabido, se encuentran exclusivamente en las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas. La creación de esta Internacional fue emprendida hace mucho tiempo por los localistas alemanes: se trata de un tipo especial de tolstoianismo anárquico, que dedica su tiempo a la propaganda abstracta para el empoderamiento del individuo, la lucha contra la Unión Soviética y la Unión Italiana de Sindicalistas. Estos localistas alemanes también se oponen a la revolución rusa. Tienen entre los obreros de Alemania la misma influencia que, aproximadamente, tiene la Iglesia entre los obreros de Rusia. Las decenas de miles de personas que tienen en sus organizaciones se dedican principalmente a predicar la revolución, pero tan pronto como llega el momento de la acción revolucionaria, pasan a un segundo plano, porque la actividad no es la principal virtud de los anarcosindicalistas alemanes. Teniendo semejante programa y semejante táctica, es natural que los localistas alemanes tuvieran que oponerse a la Comintern y la Profintern para salvar a la revolución internacional de quedar subordinada a los intereses del gobierno soviético. Intentaron crear su propia Internacional en 1920, pero no prosperó. En junio de 1922 se convocó un congreso donde se eligió al Buró Internacional de Sindicalistas Revolucionarios y, finalmente, a finales de diciembre de 1922, se celebró un congreso que decidió crear una “Asociación Internacional de los Trabajadores” para “revivir” las principales tradiciones de la primera Internacional.

¿Quiénes asistieron a este congreso? Además de sindicalistas, había sindicalistas italianos y representantes de sindicatos daneses, suecos y noruegos. Además, había representantes de Moscú, de la Confederación Unitaria del Trabajo de Francia y de la Confedera-

ción anarcosindicalista del Trabajo de España y Portugal. Para aportar relevancia al propio Congreso, los promotores publicaron datos numéricos sobre la composición del Congreso. De estas cifras nos enteramos sorprendentemente de que el sindicato italiano cuenta con 500.000 afiliados. Los sindicalistas italianos han exagerado la cifra unas veinte veces, ya que solo hay entre 20.000 y 25.000 en Italia. Los localistas de Alemania afirman tener 120.000 miembros, mientras que hace diez días, en el congreso de los localistas alemanes, el relator oficial del Comité Central informó que sólo contaban con 62.000, una cifra también exagerada. Argentina se cifra en 200.000 afiliados. No obstante, Argentina está unas 7-8 veces lejos de esa cifra. Y así, todas las demás estadísticas se basan la misma tónica.

Para caracterizar este congreso basta decir que los anarcosindicalistas aluden reiteradamente a la adhesión de todo el mundo y subrayan la pertenencia a él del movimiento sindical de todos los países escandinavos, incluyendo las Islas Svalbard. Nos interesamos por Svalbard y preguntamos a nuestros compañeros noruegos qué tipo de organización anarcosindicalista había allí. En una carta de la Confederación de Sindicatos de Noruega nos dijeron que en Svalbard viven 608 personas y que allí hay trabajo estacional. Se desconoce el número exacto de afiliados sindicales entre estos 608 habitantes, pero la organización anarcosindicalista de Svalbard es sin duda un eslabón muy importante de la nueva Internacional.

Pero lo que importa no es el número de trabajadores que se unen, sino en nombre de qué y con qué fin se unen esos trabajadores. El congreso se reunió para discutir si las decisiones del segundo congreso de la Profintern eran aceptables para los anarcosindicalistas y, al hacerlo, iniciaron una discusión sobre una cuestión bastante extraña: ¿qué hacer si Lozovsky aparecía en este congreso? ¿Debía ser admitido y se le debía dar el mismo tiempo que a los otros oradores? ¿Habría que realizar un informe sobre la Profintern o no? Se produjo un debate muy acalorado sobre este tema, a pesar de que no estoy obligado a aparecer inesperadamente en todos los congre-

sos y de que lo último que se me ocurriría sería discutir con los alemanes e italianos sobre una cuestión que ya ha sido resuelta por nuestro congreso. Pero el debate fue acalorado de todos modos y el congreso decidió por mayoría de votos no admitir a Lozovsky si aparecía. El principal conflicto de este congreso fue que inmediatamente surgieron tres corrientes: 1) por la creación inmediata de una Internacional anarcosindicalista independiente, 2) por entrar en negociaciones en nombre de todas las organizaciones reunidas con la Profintern 3) por la adhesión inmediata a la Profintern. La mayoría eran partidarios de la creación de una nueva Internacional y así, en 1922, nació una Internacional anarcosindicalista bajo el nombre de “Asociación Internacional de los Trabajadores”, que tiene como tarea revivir las gloriosas tradiciones de la primera Internacional. Pero las cosas en esta Internacional no fueron del todo bien. La mayoría de los sindicalistas holandeses votaron a favor de unirse a la Profintern. Los Trabajadores Industriales del Mundo de América se manifestaron contra la anexión tanto a Moscú como a Berlín. Hay una división entre los anarcosindicalistas españoles sobre esta cuestión. Los únicos que sostienen firmemente la necesidad de crear una nueva Internacional son los anarcosindicalistas alemanes, suecos e italianos y, aparentemente, también los anarcosindicalistas de Svalbard; o al menos eso es lo que dice el informe.

Las esperanzas de los anarcosindicalistas para Francia no se cumplieron. La Confederación Unitaria del Trabajo de Francia se unió a la Profintern, y el “Congreso” anarcosindicalista tuvo que contentarse con representantes del “Comité de Defensa Sindicalista”, cuyo único logro es la repetición, hasta el hartazgo, de viejas y trilladas palabras sobre autonomía e independencia. Y otra organización muy respetable que adorna esta Internacional es la minoría anarcosindicalista de los sindicatos rusos. “¿Cómo existe realmente una minoría tan organizada?”, se preguntará el lector ruso. No es importante que no sean rusos, lo que importa es que al frente de esta minoría se encontraba Shapiro. Pero, ¿participó Shapiro en el movimiento sindical ruso? ¿Ha participado él, desde 1917, aunque sea por un mes, por elección propia en algún sindicato?

Hasta donde sabemos, Shapiro sirvió en el Comisariado del Trabajo. Era un empleado del sindicato de trabajadores ferroviarios, pero nunca fue delegado en ningún congreso y nunca fue elegido para ningún sindicato durante los seis años que duró la revolución rusa. ¿Cómo puede ser esto posible? ¿Qué minoría anarcosindicalista existente? Este tipo de preguntas son las menos apropiadas cuando se trata de esta Internacional. Si nosotros, los sindicalistas y los obreros rusos, no conocemos esta minoría anarcosindicalista, peor para nosotros. En Berlín, esta minoría existe y es reconocida como el “único representante legítimo” del movimiento sindical ruso. Y así, esta nueva Internacional, que “continuará” la gloria de la Primera Internacional, contará también en su composición con la “perla” anarcosindicalista rusa.

¿Por qué se organizó esta Internacional? Porque la Profintern, dicen, está “subordinada” al gobierno ruso y porque, como dice el anarcosindicalista italiano Borgi, la Profintern no quiere luchar contra el fascismo. Así pues, quedan claramente establecidos los pecados de la Profintern, y son de dos tipos: por un lado, la subordinación al gobierno ruso, y por otro, la complicidad con los fascistas contra los revolucionarios italianos. Este hecho es más que suficiente para imaginar el nivel en que alcanzaron los debates de este peculiar congreso. No hace falta decir que se aprobaron un montón de resoluciones sobre la independencia del movimiento sindical, resoluciones dirigidas contra la Comintern y la Profintern, que contienen una amenaza muy “seria” para la sociedad capitalista. Este congreso, por supuesto, no es comparable con el congreso de la Profintern y la Comintern. En Moscú todos están subordinados, todos están involucrados en la política nacional, no hay ideas independientes. Allí, en Berlín, se reunieron las personas más independientes de todo el mundo. Son independientes de la revolución, del comunismo y del sentido común, y por eso crearon una Internacional independiente que debería continuar las gloriosas tradiciones de la Primera Internacional, aunque hasta, incluso después de la división, estaba compuesta por partidos políticos y sindicatos. Por eso acusaron a la Profintern de no querer luchar contra el fascismo

y por eso ni una sola persona en el mundo entero prestó atención al nacimiento de esta nueva Internacional. Bueno, en realidad no es sorprendente. ¿Qué es esta Internacional? Se trata de una unión de fragmentos, de organizaciones anarcosindicalistas en quiebra, de esos anarcosindicalistas acérrimos que no aprendieron nada durante la guerra y la gran revolución, que, como un martillo pilón, repiten viejas frases que se han convertido como un dolor de cabeza para todos, habiendo perdido incluso el poco significado que tenían hace unos años.

Esta Internacional tiene como tarea principal la lucha contra la Profintern. Así, además de la Internacional de Ámsterdam, la Profintern también tiene oponentes “de izquierda”, o al menos ellos creen que están en la izquierda. De hecho, están en el mismo lugar que la Internacional de Ámsterdam, porque durante dos años todas las acciones de los anarcosindicalistas - oponentes de la Internacional Sindical Roja y de la Comintern - no fueron en absoluto diferentes de las acciones de los habitantes de Ámsterdam. El frente anarco-reformista ha existido hasta nuestros días y la creación de una nueva Internacional no es más que una consolidación de este frente. Las formas y métodos de su creación no engañarán a nadie. Cualesquiera que sean las circunstancias en que estos señores luchan contra la Comintern, la Profintern y la revolución rusa, la esencia es una y la misma: todos son adversarios de la dictadura del proletariado y, por tanto, de la revolución social.

Enero de 1923

Mensaje de la Profintern al Congreso de Bourges

¡Queridos camaradas!

Vuestro Congreso se ha reunido en uno de los momentos más críticos del movimiento obrero europeo, en un momento en el que los conflictos sociales en Alemania han alcanzado su máxima tensión y en el que la revolución social en Europa Occidental está a la orden del día. Es precisamente a partir de este simple pero indiscutible hecho que debemos definir las tareas del movimiento sindical y al elaborar un programa de acción destinado a cada uno de los destacamentos nacionales del gran ejército proletario. Todas las demás cuestiones, por importantes que sean, pasan a un segundo plano, ya que los verdaderos revolucionarios, los verdaderos internacionalistas, colocan los intereses generales del proletariado internacional por encima de los intereses particulares de las facciones nacionales del mismo proletariado.

El carácter especial de la revolución alemana.

Que la revolución en Alemania es el problema de hoy lo reconocen todos, tanto amigos como enemigos de nuestra causa. Los adversarios de la revolución, tanto del campo burgués como del reformista, hacen en Alemania todos los esfuerzos para preparar la contrarrevolución que la derrote, que la sabotee, para despertar la impaciencia totalmente legítima de la vanguardia obrera y para ahogarla en la sangre de las masas proletarias hambrientas. Los últimos acontecimientos han demostrado que la socialdemocracia, que protestaba ruidosamente en cada encrucijada contra la dictadura del proletariado, ha establecido una dictadura “legítima” de la reacción burguesa y de un puñado de militaristas. Desde hace cinco años, la socialdemocracia y los sindicatos sabotean todos los movimientos del proletariado, tanto políticos como económicos.

Es difícil imaginar un arma más adecuada para sabotear la revolución que los sindicatos reformistas. Hasta hace poco, la burguesía alemana recordaba con gratitud el papel desempeñado por los sindicatos en el mantenimiento del “orden” burgués y en la explotación pacífica de los trabajadores. El papel de los sindicatos alemanes en estos últimos cinco años puede, de paso, utilizarse para refutar la teoría, difundida en algunos círculos, de que los sindicatos son, en todo caso, organizaciones revolucionarias por su propia naturaleza. Todo esto, visto lo visto, depende en última instancia de muchas circunstancias. Si la revolución en Alemania aún no ha triunfado, su “mérito” debe atribuirse enteramente a la burocracia socialdemócrata y sindical, que siempre ha hecho todos los esfuerzos posibles para provocar una escisión en las filas del proletariado en vísperas del levantamiento obrero y durante la lucha misma desorganizar sus fuerzas a toda costa. La revolución en Alemania es tan difícil precisamente porque su sabotaje, hábilmente preparado de antemano, se lleva a cabo en las profundidades mismas del proletariado organizado. Sin embargo, a pesar de estas dificultades, la revolución avanza, barriando todos los obstáculos externos e internos en su camino. La burocracia sindical pierde cada día su influencia: en las filas de la socialdemocracia reinan la discordia, la incertidumbre y el descontento.

La revolución está cada día más cerca. Pero ¿quién está a la cabeza de este gran movimiento? ¿Quién lo controla? ¿Quién inspira a las masas trabajadoras? El Partido Comunista Alemán, el mismo partido que los socialreformistas e incluso algunos anarquistas franceses, para desacreditarlo, inventaron la historia de un bloque supuestamente formado entre comunistas y nacionalistas. Ahora hasta los más ciegos pueden ver cuántas mentiras desvergonzadas había en estos cuentos. El Partido Comunista Alemán ocupa la posición de lucha más responsable. Hay camaradas en Francia a quienes este hecho les resulta desagradable. Quisieran ver a los localistas al frente de la revolución. Como no podía ser menos, cada uno puede fantasear como quiera, pero todos están obligados a te-

ner en cuenta los hechos, y en Alemania las portadas de las publicaciones son mucho menos llamativas que en Francia. Allí desempeñan un papel aún menos memorable que el desempeñado en Francia por la Confederación de Trabajadores del Mundo de Marsella.

La revolución no se hace según libros y folletos; las revoluciones son el resultado de la gran creatividad colectiva de las masas, y quien quiera medir la revolución proletaria con su propia y pequeña vara sectaria está condenado a seguir siendo para siempre un racionalista-contemplador, ajeno a cualquier tipo de participación activa en los movimientos que sacuden el mundo.

La Profintern y la revolución alemana

¿Qué es lo más característico de la Internacional revolucionaria? El hecho de que, en la lucha por la liberación, al comienzo del impulso que había adquirido, lanzó todas sus fuerzas a ayudar a una u otra de sus organizaciones nacionales. La Internacional revolucionaria considera a la clase obrera como un solo ejército unido, considera a las organizaciones sindicales nacionales como partes integrantes de un solo cuerpo y considera la lucha librada por estas diversas partes no como una serie de escaramuzas inconexas y separadas, sino como vínculos a ciertos sectores de un frente social unido. Evaluando de esta manera el papel y las tareas que le han tocado, la Internacional, naturalmente, en los momentos críticos de la lucha social lanza todas sus fuerzas precisamente en ese sector en el que se desarrollan las batallas más decisivas. Una organización merece el nombre de internacional sólo cuando está dispuesta a hacer todo lo posible para ayudar realmente al proletariado a derrotar a la burguesía.

El método de Ámsterdam, el método que consiste en aprobar una resolución de simpatía en caso de victoria y una resolución de condolencias en caso de derrota después de que el acontecimiento ya se haya producido, ese método, no puede aportar nada bueno al prole-

tariado. Este método se explica por la indiferencia de la Internacional hacia el proletariado en lucha, la absoluta autonomía e independencia de los grupos nacionales con respecto al organismo internacional y la independencia de éste con respecto a sus propias organizaciones. Esto no es la Internacional, sino un dispositivo para registrar acontecimientos. La Profintern nunca ha sido ni será un observador pasivo de los acontecimientos. Esta considera necesario intervenir de la manera más enérgica y activa en la lucha; considera necesario poner todas sus fuerzas, todos sus recursos, en la balanza de esta lucha. La intervención y la ayuda de la Internacional deben ser siempre elementos integrantes del trabajo activo del proletariado combatiente de cada país, así como la intervención y las órdenes del Estado Mayor son elementos orgánicos de las operaciones militares en todos los sectores del frente único e indivisible. Cuanto más amplio sea el frente de lucha, cuanto más numerosas sean las masas que participan en las operaciones de combate de este sector, cuanto más importante sea el resultado de una batalla dada o de toda una serie de batallas para todo el ejército, más significativo debe ser el papel de la Internacional, ya que es responsable del destino de todo el movimiento obrero.

Así es exactamente como la Internacional Sindical Roja evaluaba la revolución que se desarrollaba en Alemania; Así se planteó exactamente la cuestión cuando la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja investigaron y desarrollaron conjuntamente formas y métodos de ayuda al proletariado alemán. Esta línea de comportamiento es posible sólo porque la Internacional Sindical Roja es un organismo de lucha que representa un todo único y no una colección de grupos nacionales débilmente conectados entre sí e independientes unos de otros. El ejemplo de Alemania nos revela, por una parte, el papel de la Internacional revolucionaria y, por otra, el carácter reformista de la teoría de la independencia de las organizaciones nacionales en relación con el centro de lucha internacional creado por ellas.

La Revolución alemana y el movimiento obrero en Francia

Lo que hemos afirmado previamente sobre la tarea de la Internacional en relación con la revolución alemana, en general, puede aplicarse también a los sindicatos y, especialmente, a los sindicatos revolucionarios de Francia. El proletariado revolucionario de Francia y sus organizaciones deben hacer más por el proletariado alemán que otras organizaciones, porque el militarismo francés, armado hasta los dientes, está dispuesto a lanzarse en cualquier momento contra el proletariado alemán y estrangular la revolución desde su nacimiento. ¿Qué está haciendo la burguesía francesa en Alemania en este momento?

La burguesía, en su criminalidad y vileza, supera todo lo que la imaginación más monstruosa pueda concebir. Siempre con palabras de paz, de verdad y de justicia en los labios de Poincaré, este mercader de discursos, apoyado enérgicamente por toda la burguesía y los reformistas, arruina y desorganiza Alemania, la lleva al desmembramiento, esclaviza a su población trabajadora, esforzándose por subyugar a toda Europa Central en interés del beneficio de los tiburones y bandidos del mundo financiero e industrial. Desde hace varios años, una parte de Alemania está ocupada por el ejército francés, y esta ocupación está dirigida enteramente contra la clase obrera, contra la revolución obrera. El militarismo francés, ese perro guardián a las puertas de la Bolsa, asume el papel del zarismo caído: el papel de gendarme internacional de la contrarrevolución. Francia es el centro y la inspiración de la reacción europea y del bandidaje internacional. ¿Quién podrá poner fin a este estado de cosas? ¿Quién puede impedir que los soldados franceses pongan sus sucias manos sobre la revolución alemana? Sólo los obreros franceses y sus organizaciones revolucionarias. ¿Podemos decir que todo está bien en este sentido? ¿Podemos decir que todo se ha hecho en esta dirección? ¿Se puede decir que todos los grupos han hecho todo lo posible para frenar a los comerciantes y especuladores? No. Está lejos de ser el caso. No todo estaba hecho. No todos los grupos revolucionarios comprendieron con la misma claridad su deber proletario y no lo

cumplieron en relación con la revolución alemana. La desvergüenza de la burguesía francesa es directamente proporcional a la pasividad del proletariado francés. La CUT, por su parte, hizo todo lo posible para frenar a la burguesía francesa y ayudar así al proletariado alemán. Pero al llevar a cabo esta tarea, encontró resistencia abierta y encubierta, no sólo de los reformistas, sino incluso de algunos de sus propios miembros. En lugar de luchar con un frente firmemente unido contra la burguesía magníficamente organizada, en lugar de ayudar realmente al proletariado alemán, los obreros franceses se sintieron desanimados. Estaban perturbados y desmoralizados por los discursos interminables y bufonescos sobre la Carta de Amiens, sobre el estatuto 11 de la Internacional Sindical Roja, así como por los artículos y discursos sobre el peligro de las comisiones sindicales del Partido Comunista y la repetición sin fin de las palabras “autonomía e independencia”.

La Internacional Sindical Roja y las secciones que la componen consideran estas discusiones estériles como una maniobra política destinada a distraer la atención de los trabajadores de aquellas cuestiones fundamentales de las que dependen sus vidas. La cuestión de la autonomía y la independencia fue resuelta en el XI Congreso de la Profintern. Esta decisión se tomó de acuerdo con la delegación de la OMT. El deseo persistente de distorsionar los hechos y las decisiones del Segundo Congreso de la Profintern ahora sólo atestigua una cosa, a saber: el deseo de ahogar el movimiento de liberación del proletariado francés y alemán en un mar de palabras. La Profintern advierte a los obreros revolucionarios franceses contra este tipo de sabotaje y considera que es su deber proclamar abiertamente lo siguiente: en un momento tan difícil para el proletariado alemán, cualquiera que se niegue a prestarle una ayuda ilimitada, cualquiera que ordene a la revolución alemana desarrollarse según las recetas y órdenes expuestas en los panfletos, cualquiera que, cayendo en el escepticismo, intente distanciarse de las dificultades de la revolución alemana, escondiéndose tras fórmulas vagas y lugares comunes, es un pequeño burgués, un reformista, y no importa con qué traje revolucionario se vista. Sólo aquel

que, en un arranque de completa abnegación, con todo el ardor de la pasión revolucionaria, sin ninguna reserva, sin ninguna vacilación, va a la batalla por la revolución alemana, sólo ése es digno del nombre de revolucionario y un verdadero miembro de nuestra Internacional, creada para la lucha.

El movimiento sindical francés y la Internacional

Desde la fundación de la Profintern en Francia, hubo un grupo de personas que exigieron algunos derechos y privilegios especiales para el movimiento sindical francés. Sin embargo, el II Congreso de la Profintern, al adoptar una resolución, presentada por la CUT, no tuvo en cuenta esta tendencia. En general estuvo de acuerdo con los argumentos presentados en el Congreso de Saint-Étienne, a saber, que era necesario dar a todas las tendencias, a todos los grupos revolucionarios, la posibilidad de luchar por sus ideas dentro de una sola Internacional. Como la Internacional pretende sobre todo realizar un frente único en el seno del ejército revolucionario, el Congreso se ha adherido a las propuestas de la delegación francesa, que otorgan al movimiento sindical francés garantías formales, escritas en el estatuto.

Pero algunos elementos de la CUT consideraban que todavía esto no era suficiente. Estos compañeros exigieron que la Internacional aceptara el anarcosindicalismo en su totalidad y sin ninguna restricción. Un programa salvaje, declarando así la guerra a la Internacional Comunista y a la Revolución rusa, y dándole a cada organización la libertad de actuar como le pareciera conveniente. ¿Con qué propósito se creó este requisito? En nombre de la “independencia” del movimiento sindical. Y como la Internacional Sindical Roja no podía basar su actividad en esta teoría antiproletaria y antirrevolucionaria, se convirtió en el blanco de constantes ataques y de acusaciones puramente fantásticas. ¿Cómo imaginan estos camaradas la Internacional? De todo lo que hemos visto y oído hasta ahora, la mayor virtud de la Internacional a sus ojos sería su inacción, pues tan pronto como empieza a actuar, limita la autonomía o

independencia de alguien. En este sentido la asociación de Berlín sería ideal.

¿Tiene la Internacional derecho a interferir en los asuntos internos de las organizaciones nacionales? Sin duda responderemos. “En ningún caso”, responden los anarcosindicalistas. Tomemos un ejemplo: los sindicatos de Alsacia-Lorena, contrariamente a las decisiones del Segundo Congreso de la Profintern, establecieron una conexión orgánica entre el partido y los sindicatos. ¿Habría podido la CUT resolver este asunto con sus propios recursos? Es cuestionable ¿Debería haber intervenido la Profintern y eliminado el incidente? Obviamente. Así lo hizo y no escuchamos ninguna crítica de la oposición condenando esta intervención. Pero si dicha intervención es razonable y justa en relación con Alsacia-Lorena, entonces ¿por qué no permitirlo en relación con alguna unión o federación departamental? ¿Debería hacerse en este caso una distinción entre sindicatos y federaciones? Y, por último, ¿cómo espera la minoría lograr sus objetivos? A través de ultimátums. Se trata de un sistema muy simple: mediante ultimátums y amenazas de escisión, imponer la propia voluntad a la mayoría confederal, que, a su vez, impondrá la suya a toda la Internacional por los mismos medios.

La oposición quiere que los sindicatos franceses desempeñen en la Internacional el mismo papel que el imperialismo francés desempeña en el Concierto de Europa. No hace falta decir que la Profintern, construido sobre los principios de la disciplina revolucionaria libremente aceptada, rechaza de la manera más decisiva toda esta teoría y práctica de subordinar la mayoría a la minoría. Quien quiera pertenecer a la Internacional no sólo de palabra sino con hechos, debe ante todo renunciar a todas las reivindicaciones nacionales y subordinar los intereses privados de las facciones nacionales a los intereses generales de la Internacional en su conjunto.

Conociendo las peculiaridades del movimiento obrero francés, la rivalidad que existe entre sindicatos y partidos políticos, la Internacional Comunista y la Profintern decidieron dar a las organizaciones francesas antes mencionadas la oportunidad de resolver esta cuestión estableciendo relaciones mutuas igualmente aceptables para ambas partes. Sin embargo, sólo pasaron unos meses y la cuestión de las comisiones sindicales pasó a primer plano, adquiriendo tal importancia que trascendió los estrechos límites de las discusiones de grupos especiales. Si contamos el número de artículos dedicados a esta cuestión, y algunos camaradas llevan varios meses escribiendo sólo sobre esta cuestión, entonces podríamos pensar que las comisiones sindicales tienen mucha más importancia que la ocupación del Ruhr, que la revolución alemana, etc. Mientras tanto, si examinamos la cuestión de las comisiones sindicales no desde el punto de vista del desarrollo de una nueva plataforma, sino desde un punto de vista más práctico, todos tendrán que admitir que esto es, en primer lugar, una cuestión secundaria, y que luego no está correctamente planteada por los opositores del partido. ¿Tienen derecho a organizarse las personas que piensan igual? ¿Deben defender de manera especial su opinión dentro de los sindicatos?

Hasta ahora este ha sido un derecho indiscutible e inalienable de todo afiliado sindical. Así fue durante y después de la guerra, tanto en la antigua como en la nueva Confederación General del Trabajo: "Este derecho, es reconocido para todos, excepto para los comunistas", fue la respuesta de los ardientes defensores de la independencia de los sindicatos. Incluso intentaron poner en práctica esta monstruosa teoría introduciendo leyes excepcionales contra los comunistas. No es necesario decir que las personas que fueron los autores del tratado y que tienen sus facciones, sus órganos, sus reuniones, siempre someten todas las cuestiones a una investigación preliminar y actúan como una minoría organizada. Estas personas no tienen derecho a prohibir a los demás lo que se permiten a sí mismos. Hay que ser coherentes. Desde el momento en que los

sindicatos y el partido se independizan uno del otro, ¿con qué derecho, se pregunta uno, pueden los sindicatos prescribir al partido los métodos y formas de su organización? El partido crea comisiones a su propia discreción y no está obligado a informar sobre ello a nadie. Exigir que el partido disuelva sus comisiones sindicales o cambie la naturaleza de su trabajo equivale a una injerencia en los asuntos internos del partido y a un intento de interferir en su derecho a determinadas formas organizativas. Propuestas de este tipo serían comprensibles si existiera una conexión orgánica entre el partido y los sindicatos. Pero si tenemos en cuenta las relaciones que existen actualmente entre ellos, entonces no hay base ni siquiera para plantear esta pregunta, porque en tales condiciones no tiene ningún significado político ni práctico. ¿Y qué pasa si el partido quiere, y ha demostrado que quiere, trabajar entre los miembros de la Confederación General del Trabajo de la calle Lafayette? ¿Debería pedir permiso para esto también? En todo esto sigue siendo evidente la vieja ideología: derechos ilimitados y completos para los anarcosindicalistas y la privación de todos los derechos para los comunistas. Este tipo de contabilidad de partida doble no debe existir más en el movimiento laboral, y esperamos que el Congreso le ponga fin.

La cuestión de las comisiones sindicales eclipsó todas las demás cuestiones para los miembros de la CUT. Mientras tanto, millones de trabajadores siguen sin estar organizados, el espíritu del gremio más estrecho todavía se siente en nuestras filas. En muchos lugares del país se pueden encontrar pequeños sindicatos de tres, cinco o diez miembros, cuyo único propósito es otorgarle un mandato ocasional a uno de ellos. La organización de los comités de fábrica avanza con una lentitud letal. No se ha hecho nada entre los soldados, la reacción continúa con una crueldad inaudita y un cinismo descarado. Se elige ese momento para perder el tiempo en interminables disputas y concursos de oratoria sobre la cuestión de las comisiones sindicales del partido. Esta monstruosa distorsión de las tareas y perspectivas del movimiento obrero no puede continuar impunemente, pues amenaza con convertir a la CUT en un club de charlatanes, lo que supondrá la muerte de toda la organización.

La unidad primero

La Profintern no pretende en absoluto sofocar la lucha de corrientes. No, la lucha de opiniones dentro de una organización es necesaria e incluso útil. Pero esta lucha no debe sobrepasar ciertos límites y las diferencias de opinión no deben interferir con la unidad de acción. Pero en Francia la discusión trascendió estos límites y la lucha de tendencias alcanzó tales proporciones que redujo la eficacia combativa de la CUT a la mitad. Además, hay personas que, decididamente, apuestan directamente por la escisión e incluso toman medidas para llevarla a cabo. Políticos desgastados, partidarios del bloque nacional, dirigentes fracasados buscan un terreno donde aplicar sus capacidades y están dispuestos, por razones puramente personales, a provocar una escisión en el ya fragmentado movimiento sindical francés. La Internacional Sindical Roja considera la escisión de la CUT un crimen, la mayor traición a los intereses del proletariado internacional. Sólo los enemigos de la clase obrera, sólo los arribistas irresponsables, gente de escasa conciencia, pueden romper la unidad de la organización. La escisión de la CUT habría significado la victoria del bloque nacional, porque el militarismo francés, que ya se había desenfrenado bastante, se habría sentido finalmente libre y completamente “independiente”. Esto supondría una política de riesgo en el plano exterior y, en el plano interno, un retorno a la jornada laboral de diez o doce horas y un fortalecimiento de la reacción en toda su extensión. Sería difícil dar a la burguesía francesa y al capitalismo internacional mayor placer que la escisión de la CGT. Los trabajadores franceses rechazarían con indignación y desprecio a quienes se atreven a jugar con su destino de forma tan frívola. Así que quienes desean trabajar por la reacción internacional e interna, por el fascismo, votan por la escisión. Pero quienes conservan al menos una pizca de sentido común proletario, quienes tienen un sentido del deber hacia el proletariado

francés e internacional, votarán junto con la Profintern por la unidad, en primer lugar, de la CUT y por la unidad del movimiento sindical francés.

¡Abajo el cisma y los que lo promueven! ¡Viva la unidad en el movimiento sindicalista francés!

¡Viva la guerra hasta su fin victorioso contra el capital francés e italiano!

¡Viva la revolución proletaria alemana!

Buró Ejecutivo de la Profintern.

Moscú, 5 de noviembre de 1923.

Carta a la Comisión Ejecutiva de la Confederación Unitaria del Trabajo

¡Queridos camaradas!

El Buró Ejecutivo de la Profintern ha seguido con gran preocupación el trabajo destructivo que ha tenido lugar durante el último año en el seno de la Confederación Unitaria del Trabajo. Nunca hemos tenido una opinión muy elevada de los dirigentes de esta oposición, pero sin embargo nunca hemos pensado que llegarían a tal decadencia como la que se produjo en el Congreso de Bourges. Probablemente no les sorprenderá si os decimos que el Congreso de Bourges y muchos de los discursos pronunciados en él causan una impresión verdaderamente deprimente. No podemos calificar los discursos de muchos dirigentes de la oposición de otra cosa que de contrarrevolucionarios, porque el objetivo de sus discursos se reducía a una sola cosa: desacreditar de antemano la inminente revolución alemana y complicar así la lucha del proletariado alemán. Pero junto a la repugnante imagen de la politiquería, en el congreso de Bourges se pusieron de manifiesto la resistencia, la serenidad, la moderación y la conciencia de la propia fuerza y de la propia responsabilidad. La mayoría confederal ha demostrado ser capaz de dirigir la organización y reunir bajo su bandera masas cada vez mayores, y sentimos una profunda satisfacción por este resultado. Bourges fue una etapa necesaria en el desarrollo del movimiento obrero francés. Has pasado esta etapa, has salido de Bourges más fuerte que cuando llegaste. La burguesía es el resultado de la victoria de la clase obrera sobre sus propias debilidades. Éste es el significado histórico de este Congreso. Pero esta victoria nos obliga a consolidar las fuerzas revolucionarias, impone ciertas obligaciones y sobre esto quisiéramos hablar con vosotros.

1. Centralización o descentralización de la lucha económica

Francia espera una ola de huelgas en el futuro próximo debido al inminente aumento de los precios. Algunos conflictos económicos ya están ocurriendo. Un rasgo característico de todos estos conflictos es su espontaneidad y falta de organización. Esto es natural, ya que se trata de ramas de trabajo poco organizadas, pero el problema es que incluso en aquellas ramas de trabajo donde hay organizaciones, las huelgas muy a menudo tienen un carácter descentralizado. ¿Cuál es la debilidad del movimiento obrero francés? No sólo la gran mayoría de los trabajadores está fuera de los sindicatos, sino que además no hay suficiente cohesión ni conexión organizativa entre las distintas secciones de los sindicatos. La tradición del movimiento sindical francés es que cualquier sindicato local puede convocar una huelga, independientemente de su federación, y cualquier federación puede convocar una huelga, independientemente de la opinión de la Confederación Unitaria del Trabajo sobre el asunto. No hace falta decir que esta naturaleza descentralizada de la lucha tiene un coste muy alto para la clase trabajadora. El problema se reduciría a la mitad si esa lucha descentralizada tuviera lugar en pequeñas ramas del trabajo, en aquellas ramas del trabajo que no juegan un papel decisivo en toda la vida económica y social del país. Pero las cosas toman un giro completamente diferente cuando los sectores más grandes del trabajo nacional (trabajadores mineros, ferroviarios, metalúrgicos, transporte local) toman ese camino. Aquí, la lucha de las federaciones individuales siempre arrastra a todo el movimiento sindical revolucionario lo quieran o no. La derrota de una u otra federación es la derrota de toda la Confederación Unitaria del Trabajo. Por eso, la estrecha relación entre las federaciones y la Confederación Unitaria del Trabajo, las discusiones preliminares conjuntas sobre la situación de la lucha, los métodos y las formas de llevarla a cabo son una condición previa para la victoria. Desde aquí observamos con gran emoción la última huelga de mineros. Nos pareció que no estaba suficientemente preparada, que

sería mejor no convocarla en el Paso de Calais y en el norte, sino solamente en los departamentos del sur, que deberían ser sometidas a un examen cuidadoso y preliminar de todo el plan estratégico elaborado por la Federación Minera de la Confederación Unitaria del Trabajo. ¿Hay aquí una violación de la autonomía y la libertad de maniobra de las federaciones individuales? En ningún caso. Si, mediante vínculos más estrechos entre las federaciones y la Confederación Unitaria del Trabajo, limitamos la libertad de derrota, entonces el movimiento obrero en su conjunto sólo ganará con ello.

El Buró Ejecutivo no se propone establecer ninguna forma de acercamiento ni métodos de debate conjunto ni de toma de decisiones conjuntas, sino solamente llamar su atención sobre la necesidad de dar un giro radical en este ámbito. El movimiento obrero nunca ganará si sus partes individuales continúan luchando independientemente del conjunto. Esta ley ha sido establecida por todo el desarrollo previo del movimiento obrero y es poco probable que alguien pueda discutirla.

2. La lucha por la unidad

La tarea más importante de la Confederación Unitaria del Trabajo es continuar la lucha por la unidad del movimiento sindical francés. Esta lucha se ha complicado por el hecho de que algunos anarcosindicalistas están intentando escindir grupos individuales y transferirlos a la reformista Confederación del Trabajo. Los anarquistas siempre han preferido a los reformistas que a los sindicalistas y comunistas. Demuestran una vez más con su comportamiento que anarquistas y reformistas han formado un bloque entre ellos y que tenemos todos los motivos para hablar de anarcoreformismo. Pero estas escisiones o ataques no pueden de ninguna manera detener la lucha de la Confederación Unitaria del Trabajo por la unidad. En este ámbito es necesario trabajar a un ritmo cada vez más rápido. La tarea es crear dentro de la reformista Confederación del Trabajo grupos simpatizantes de la unidad y del movimiento para la convocatoria de un Congreso extraordinario de Unificación de Sindicatos.

Estos grupos pueden crearse de forma directa o indirecta, abierta o encubierta. Pero estos grupos deben crearse. La unidad del movimiento sindical en Francia no se logrará jamás si no logramos crear una corriente correspondiente en el seno de la reformista Confederación del Trabajo, cuyo núcleo dirigente nunca aceptará la unidad.

3. Trabajo en sindicatos individuales

Al crear y dar forma a una corriente revolucionaria dentro de la reformista Confederación del Trabajo, proponiendo sistemáticamente acciones conjuntas a la élite reformista en los momentos más importantes, es necesario desarrollar un trabajo extenso en sindicatos individuales, asociaciones departamentales y federaciones para crear un frente unido desde abajo. La mejor manera de hacerlo sería organizar reuniones conjuntas de miembros de ambos sindicatos en cada planta. Tomemos un ejemplo. Supongamos que en la planta de Dion-Bouton hay 100 afiliados al Sindicato Unitario de Metalúrgicos y el mismo número al sindicato reformista de metalúrgicos. Nuestros camaradas deben proponer incansablemente a los miembros de otros sindicatos en las empresas la organización de reuniones conjuntas y la convocatoria conjunta de reuniones de los trabajadores de toda la planta, y esta propuesta de reuniones conjuntas debe hacerse de tal manera que no sólo los representantes de este sindicato están presentes en la planta, no sólo todos los miembros de los sindicatos reformistas, sino también que toda la masa trabajadora de esta empresa lo sepan. La agenda de esta reunión deberá ser lo más sencilla posible y relevante a los intereses de la empresa en cuestión. En algunos casos la agenda podrá ampliarse. En cualquier caso, es necesario comenzar con cuestiones contra las cuales ningún trabajador podría protestar, independientemente de que se afiliara o no a un sindicato reformista. Reuniones conjuntas de este tipo, si se convocan por iniciativa de nuestro sindicato, pueden producir excelentes resultados en términos de unir a los trabajadores en una empresa determinada y de influir en los miembros de los sindicatos reformistas sobre su organización.

Es deseable crear comités de acción, comisiones paritarias y otros órganos en las fábricas que vinculen a los trabajadores de ambas confederaciones. Para que los miembros de nuestros sindicatos que están en estos comités y comisiones sigan correctamente nuestra línea, es necesario organizar reuniones sistemáticas de todos los miembros de los sindicatos que están en dichas comisiones mixtas con los reformistas para desarrollar una línea común. Esto lo debe supervisar el sindicato, y no sólo el sindicato y la federación, sino también la Confederación Unitaria del Trabajo. Las comisiones mixtas pueden beneficiarnos sólo si nuestros representantes allí son suficientemente consecuentes y firmes en el desempeño de su trabajo, y para que no se desvíen de su posición, es necesario instruirlos sistemáticamente, lo que, por supuesto, es competencia de los órganos supremos del movimiento sindical.

Si desarrollamos este trabajo en las empresas, en los próximos meses nuestra influencia se sentirá dentro de la reformista Confederación del Trabajo. Cuanto más proactivos sean nuestros representantes en estas comisiones mixtas, más pronto podrán ganarse la simpatía tanto de los reformistas como de la parte no organizada del proletariado. Por eso nuestra tarea en el futuro inmediato en el ámbito del frente único la concebimos como una lucha directa en las empresas y en las fábricas. Esto será tanto más fácil de lograr cuanto que el próximo resurgimiento de la lucha económica agitará a las masas, que, por supuesto, seguirán a la parte más activa de la clase obrera, esto es, a nosotros.

4. Antiguas y nuevas formas organizativas de los sindicatos

El próximo período de la Confederación Unitaria del Trabajo sin duda también estará lleno de reorganización interna de los sindicatos. No es ningún secreto que en Francia hay demasiados sindicatos pequeños. Esta abundancia de sindicatos es el punto más vulnerable de la Confederación Unitaria del Trabajo. De hecho, los sindicatos de 5, 10, 15 o 20 miembros, que tienen los mismos derechos que los sindicatos de 5 o 10 mil miembros, no juegan ningún papel en la

lucha de la clase obrera. No pueden desempeñar ningún papel. Gracias a las tradiciones del movimiento sindical francés, estos sindicatos siguen existiendo, aunque todo el mundo comprende su inutilidad. Esto se tolera como un mal inevitable. ¿Pero vale la pena soportarlo? ¿Es realmente imposible establecer un mínimo determinado para un sindicato, y es realmente imposible que un grupo de trabajadores organizados que no tenga ese mínimo exista en forma de sección, es decir, con menos derechos que el sindicato? Parece que esto es posible. Una reorganización de este tipo eliminaría el ambiente malsano que se percibe antes de todos los congresos de la Confederación del Trabajo, cuando se apoya a los sindicatos sólo para obtener mandatos para el congreso. Por otra parte, no lo es.

También se piensa que el punto débil del movimiento sindical francés es el número excesivo de federaciones. Aquí podríamos empezar con la creación de grupos afines y pasar gradualmente a la creación de sindicatos por producción. En todo caso, este ámbito de cuestiones debería ser objeto de constante preocupación para la Confederación Unitaria del Trabajo y las federaciones individuales. El fortalecimiento del movimiento sindical francés sólo es concebible sobre la base de la creación de sindicatos industriales y del aumento de la cohesión entre las distintas partes de la Confederación Unitaria del Trabajo.

5. Comités de fábrica y de planta

Conocemos las dificultades que conlleva la creación de comités de fábrica. Estos órganos no pueden ser creados artificialmente, y sería el mayor error pensar que pueden ser creados por cualquier ley del Congreso. No, los comités de fábrica son ante todo órganos de lucha. Surgen y crecen con la intensificación de la lucha, caen con la caída de la ola. Precisamente esta característica de los comités de fábrica no ha sido suficientemente clara para algunos camaradas hasta el momento, y por ello se han perdido toda una serie de momentos extremadamente convenientes en los que estos comités de fábrica podrían haber sido creados. El momento más favorable para

estos comités de fábrica son las huelgas, sobre todo en Francia, donde hay dos organizaciones paralelas y la gran mayoría de los trabajadores están fuera de cualquier organización, dichos comités de fábrica pueden jugar un papel decisivo. Tan pronto como se inicia un movimiento de huelga, el sindicato debe tomar la iniciativa de celebrar elecciones basadas en una votación general del comité de fábrica de la empresa en huelga. En este comité de fábrica, el sindicato debe enviar a sus candidatos, representantes de los no organizados, etc. Un comité de fábrica de este tipo puede, bajo la dirección del sindicato, dirigir la lucha, ampliar el marco de la lucha, puede conservarse como órgano representativo después de la lucha y el establecimiento de vínculos estrechos con él siempre puede fortalecer al sindicato. Desde que los comités de fábrica emprendieron la lucha, las masas tienen confianza en ellos. Esta confianza se puede utilizar en el período posterior a la huelga para atraer a los trabajadores a los sindicatos. Si la ola de huelga crece y cubre muchas empresas en muchos distritos, entonces, en el punto álgido de la huelga, es posible convocar una reunión de todos los comités de fábrica de un determinado distrito de producción. Serán pequeños entonces los congresos obreros la verdadera representación de la clase obrera en determinadas ramas del trabajo o en una región determinada, y las masas trabajadoras seguirán enteramente a tales instituciones. Si abordamos esta cuestión con la atención necesaria, en muy poco tiempo podremos duplicar y triplicar nuestros sindicatos y multiplicar por diez su influencia sobre las masas.

6. Trabajadores extranjeros en Francia

De todos los países europeos, Francia es el que tiene el mayor número de trabajadores extranjeros en su territorio. El número de trabajadores italianos en Francia ya supera el millón. Cientos de miles de obreros polacos, españoles, checos y un enorme número de obreros de color trabajan codo con codo con los proletarios franceses. Mediante la creación de un comité de trabajadores extranjeros la Confederación Unitaria del Trabajo ha señalado la importancia de

esta cuestión, pero esto no es suficiente. Por su propia naturaleza, un comité de este tipo no puede producir grandes resultados hasta que entremos en el seno mismo de los trabajadores. La tarea en este ámbito es implicar a los camaradas de las nacionalidades correspondientes en la organización de los trabajadores extranjeros, crear la literatura necesaria en los idiomas correspondientes, prestar atención a las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores extranjeros y asumir la protección de sus condiciones en un sentido más amplio que el que se hace en relación con los trabajadores franceses. Los trabajadores extranjeros son expoliados doblemente: como trabajadores y como extranjeros. Existen reglas y leyes separadas en relación con ellas, y en relación con ellas, los empresarios se sienten más libres en términos de explotación. Las condiciones de vida de los trabajadores extranjeros son extremadamente difíciles. Será posible atraerlos al lado del movimiento sindical revolucionario sólo si la Confederación Unitaria del Trabajo y las federaciones a ella afiliadas son capaces de hacer del sindicato revolucionario un hogar para el trabajador extranjero donde pudiera encontrar protección de sus intereses jurídicos, económicos y políticos. Esto se puede lograr si atraemos a los mejores elementos de trabajadores extranjeros al movimiento sindical que se encargará de ampliar la influencia de la Confederación Unitaria del Trabajo entre estos millones de asalariados.

7. La cuestión colonial

El dominio de la burguesía francesa se basa en la explotación no solo del proletariado francés, sino también de los trabajadores de las colonias. Inseguros de que los soldados franceses sigan protegiendo el patrimonio de la burguesía francesa, ahora reclutan a cientos de miles de soldados coloniales para defender los intereses de la patria. Estos cientos de miles de tropas tienen la tarea de mantener a la clase obrera de Francia atada. ¿Qué se creó en el campo de la agitación y la propaganda entre los esclavos coloniales? Muy poco. Además, ni siquiera en la prensa se ha planteado ni defendido con

suficiente claridad nuestra consigna de independencia de las colonias ni el derecho de las colonias a la rebelión. ¿Cuál es la actitud hacia el régimen colonial? Debemos, en la propaganda, en la agitación y en todo nuestro trabajo, subrayar el derecho de las colonias a rebelarse, a separarse de la metrópoli. Debemos declarar abiertamente que simpatizamos con los levantamientos y que los apoyaremos. No hace falta decir que esto provocará una fuerte protesta de toda la prensa burguesa y reformista, pero nuestra propia existencia provoca una fuerte protesta de toda la burguesía. Una protesta más, una menos, no importa, lo importante es inculcar en la mente de las masas trabajadoras de Francia la idea simple y elemental de que las colonias tienen derecho a rebelarse y nosotros estamos obligados a apoyar su lucha por la independencia.

Basándonos en este mismo principio, debemos establecer nuestra relación con aquellos sindicatos que surgen en las colonias. Debemos dejar claro a nuestros camaradas coloniales que nuestra conexión con sus sindicatos tiene como objetivo ayudar a su lucha y que estaremos igualmente conectados con ellos y que la asistencia continuará incluso si no están conectados organizativamente con nosotros. Los trabajadores de los países coloniales deben saber que estamos por la independencia de las colonias, por su separación de la metrópoli, y que, en la lucha de las colonias por su liberación, en una lucha en la que tomarán parte los trabajadores, los trabajadores revolucionarios de Francia estarán del lado de los rebeldes. Este debe implantarse en la mente de cada francés y de cada trabajador colonial. Sobre esta base se podrán establecer relaciones normales y fraternales entre los obreros de la metrópoli y los obreros de las colonias.

8. Conclusión.

Hemos planteado ante vosotros todas las cuestiones que consideramos importantes para el movimiento obrero francés en general y para la Confederación Unitaria en particular. El Buró Ejecutivo

considera que la Confederación Unitaria del Trabajo está tan consolidada y fortalecida que puede seguir el camino trazado anteriormente. Esto es tanto más fácil cuanto que en muchos asuntos la Confederación Unitaria del Trabajo ya ha seguido la línea prevista. Sólo necesitamos llevarlo hasta el final. No hay que olvidar que la Confederación Unitaria del Trabajo sólo representa al 4% de los trabajadores franceses. Todo su trabajo debe estar dirigido a aumentar sistemáticamente este porcentaje, a conquistar a la mayoría de la clase obrera. La mayoría de la clase obrera no puede ser conquistada sólo con la agitación; sólo puede ser conquistada con una lucha sistemática y persistente, con un plan estratégico claro y con la capacidad de utilizar todas las fuerzas espontáneas generadas por el capitalismo que empujan a las masas trabajadoras a la lucha y las conducen en nuestra dirección.

El Buró Ejecutivo confía en que la Confederación Unitaria del Trabajo, surgida de Bourges y fortalecida, será capaz de llevar a cabo las tareas encomendadas por el Profintern.

Con saludos fraternales.

Buró Ejecutivo de la Profintern,

Moscú, 16 de diciembre de 1923

APÉNDICE

De la resolución sobre la cuestión de la táctica, adoptada en el Primer Congreso Constituyente de la Profintern (3-19 de julio de 1921, Moscú).

Neutralismo, independencia y socialismo.

29. El socialismo ha surgido del marco del razonamiento abstracto y se ha presentado ante la clase obrera como una tarea práctica del momento, y por ello cada organización obrera debe adoptar una posición definida sobre esta cuestión. El intento de no responder a las demandas imperativas de la clase convierte a la organización de los trabajadores, en el mejor de los casos, en un espectador pasivo de la lucha en curso, es decir, en cómplice de una clase hostil a nosotros. Cada sindicato debe determinar con quién debe ir: con el socialismo reformista o con el socialismo revolucionario, es decir, el comunismo. De aquí se deriva toda la falsedad de la idea de neutralidad e independencia.

30. El objetivo de los sindicatos revolucionarios es el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de un sistema socialista. El mismo objetivo enfrenta el partido revolucionario del proletariado, el partido comunista, ya que el objetivo y los principales métodos de lucha son los mismos; las organizaciones políticas y económicas del proletariado no pueden existir como organizaciones paralelas que no se encuentran en su lucha. Sus luchas diarias están entrelazadas. Sin una conexión y un apoyo mutuos y cada vez mayores, ninguna campaña puede llevarse a cabo. Las actuaciones aisladas están condenadas al fracaso y a la derrota.

31. Por lo tanto, los sindicatos revolucionarios siempre han sido hostiles a la idea del neutralismo y la independencia de los sindicatos respecto del partido revolucionario del proletariado, creyendo que bajo la bandera del neutralismo y la independencia respecto al socialismo revolucionario se escondía una burguesía pura, una idea diferente, reformista, de romper la lucha económica y política del proletariado con el objetivo de debilitar y corromper a las masas trabajadoras. La neutralidad y la independencia de los sindicatos respecto al socialismo revolucionario fueron y siguen siendo las consignas del sector atrasado del movimiento sindical en todos los países. En todos los países, los dirigentes sindicales han abogado con creciente vehemencia en los últimos años por la independencia de los sindicatos respecto a la Internacional Comunista, al mismo tiempo que estos dirigentes se vinculan cada vez más estrechamente con la Sociedad de Naciones y dependen todavía más de la burguesía de sus países. Por lo tanto, la independencia del movimiento sindical respecto del comunismo debe ser claramente rechazada categóricamente.

32. La tarea de los sindicatos es luchar contra la ideología del neutralismo, que genera desunión y desintegración en las filas y organizaciones obreras. En la medida en que el sindicato interviene en el curso de la lucha social, la lucha contra el capitalismo y su dominación, en esa medida pierde sus prejuicios neutralistas e independientes en relación al comunismo. La unidad de acción de las acciones revolucionarias y del partido comunista sobre la base de la lucha por la revolución social y la dictadura del proletariado es la tarea dirigente del momento actual, y la unidad de acción es la mejor refutación práctica de todo lo viejo. La teoría pura del neutralismo y de la independencia nunca se puso en práctica.

33. Toda lucha económica se convierte inevitablemente en una lucha política. La lucha misma en tales condiciones, por pequeñas que sean las capas de trabajadores que pueda abarcar en un país determinado, puede ser verdaderamente revolucionaria y conducir al

máximo beneficio para la clase obrera en su conjunto sólo si los sindicatos revolucionarios están de la mano y en la más estrecha cooperación y unidad con el Partido Comunista del país dado. La teoría y la práctica de dividir la lucha de la clase obrera en dos mitades independientes es extremadamente dañina, especialmente en el actual momento revolucionario. Toda acción exige la máxima concentración de fuerzas, lo cual sólo es posible bajo la condición del mayor ejercicio de toda la energía revolucionaria de la clase obrera, es decir, de todos sus elementos comunistas y revolucionarios. Actuaciones comunistas separadas del partido comunista y los sindicatos revolucionarios de clase revolucionarios están condenados de antemano al fracaso y a la derrota. Por eso la unidad de acción, la conexión orgánica entre los partidos comunistas y los sindicatos es una condición previa para el éxito en la lucha contra el capitalismo.

Profintern y anarcosindicalistas

Inmediatamente después de finalizar el primer Congreso del Profintern, los sindicalistas franceses protestaron contra las resoluciones adoptadas, declarando que el primer Congreso había subordinado la Profintern a la Comintern y los sindicatos a los partidos comunistas. Para disipar el malentendido y establecer la postura exacta de la Profintern sobre esta cuestión, el Buró Ejecutivo dirigió en julio de 1921 una carta al Congreso de Lille de la Confederación Francesa del Trabajo, en la que se decía:

El Congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja, por una mayoría absoluta de votos, aceptó la necesidad de una pequeña representación de los Comités Ejecutivos de la Internacional Comunista y de la Profintern con el fin de lograr, al inicio de la acción revolucionaria, una cooperación productiva y real de ambas partes. No obstante, pese a establecer esta conexión, el Congreso se mostró contrario a cualquier idea de invadir la autonomía de las organizaciones sindicales de los diferentes países, en particular, ni del Congreso de la Comintern ni del Congreso de la Profintern en general. Los sindicatos nunca tuvieron la intención de subordinar una Internacional a otra. Los luchadores decididos y equipados de la clase obrera deben desenmascarar y derribar a los gobiernos burgueses y reformistas del campo obrero, que pretenden convencer a los obreros revolucionarios franceses de que el Congreso de Moscú ha colocado el movimiento sindical internacional bajo control directo de la Comintern. Expresamos una vez más nuestra esperanza de que los bloques revolucionarios franceses no caigan en la trampa que les tienden los gobernantes burgueses, como hacen con sus sirvientes reformistas, confundiendo los con el peligro que supuestamente amenaza a la independencia de los sindicatos.

Para acabar con las acusaciones demagógicas hacia la Profintern, representantes del Buró Ejecutivo de la Profintern, del Presidium de

la Comintern y tres delegados de los sindicalistas franceses firmaron un acuerdo en el que se explicaba con precisión el significado de la decisión tomada. En este documento podemos leer lo siguiente:

La idea principal de la resolución del Congreso es coordinar todas las acciones revolucionarias dentro de cada país. La Convención prescribió las mismas formas de aprobación para todos los países. Para la delegación lo más importante era realizar una acción unificada, cuyos formatos debían estar claramente desarrollados, delineados con precisión, en función de las características del movimiento sindical y comunista para el país. En ninguna de las resoluciones adoptadas se podrá encontrar la obligatoria presencia de ningún miembro del Partido Comunista, pero se está generando la idea de la captación del movimiento sindical por el parte del comunismo. A cada país corresponde determinar las formas y las conexiones prácticas para la lucha revolucionaria, con la condición, por supuesto, de que la base de todos los acuerdos entre sindicatos y partidos sean ideas de carácter internacionalista. El Congreso Fundacional consideró apropiado establecer formas de comunicación entre las dos Internacionales en forma de representación mutua, pero ni el Congreso de la Comintern ni el Congreso de la Profintern consideraron, al tratar esta cuestión, que la representación mutua fuera la subordinación de una Internacional a la otra. Si en Francia los sindicalistas y los comunistas crean para todas las acciones ofensivas y defensivas una Comisión mixta o un Comité de Acción, con el fin de concentrar toda la energía revolucionaria y utilizar todo el poder de la propaganda y de la agitación para la realización el fin común, los sindicalistas actuarán así de acuerdo con Resoluciones del Congreso Fundacional de la Internacional Sindical Roja. Si en cualquier país se lleva a cabo otra forma de coordinación de fuerzas, ni la Comintern ni la Profintern se opondrán a ello, siempre que se garantice la unidad de acción.

Pero esta explicación no fue suficiente para aquellos elementos que buscaban un motivo para la ruptura. Ya en octubre de 1921, los

sindicalistas alemanes tomaron la iniciativa de crear una nueva Internacional, para lo cual invitaron incluso a representantes de otras organizaciones. En este congreso se planteó la cuestión de la creación de una nueva Internacional, como queda claramente establecido en la siguiente resolución que “considerando que el Congreso la Profintern, celebrado en Moscú, no alcanzó ningún resultado concreto ni creó una auténtica Internacional sindicalista, los reunidos acuerdan convocar un congreso internacional autónomo de sindicalistas”. Los representantes de los sindicalistas holandeses y los representantes de los Trabajadores Industriales del Mundo que estaban presentes en este congreso estuvieron de acuerdo con esta resolución y de esta manera se sentaron las bases de la organización para la ruptura de la Internacional Sindical Roja. A los sindicalistas alemanes les siguieron los sindicalistas italianos. En su Consejo Nacional, celebrado en noviembre de 1921, adoptaron una resolución hostil a la Profintern, declarando, sin embargo, que su tarea era llegar a un acuerdo y que la resolución adoptada fue redactada en interés del movimiento sindical revolucionario en otros países. En esta resolución, que confirma su adhesión a la Profintern, el Consejo de la Unione Sindicale declara que

Se une a la minoría de sindicalistas franceses al exigir la convocatoria de un Congreso de urgencia de sindicatos revolucionarios, que debería celebrarse en algún país de Europa Occidental, fuera del alcance del partido y de los responsables de las acciones ejecutivas, con el fin de lograr la abolición de las condiciones que crean un intercambio de representantes entre la Comintern y la Profintern. En previsión de esto, se solicita al Congreso Internacional de la Profintern, la participación en el Buró Ejecutivo

El Congreso de la Unione Sindicale Italiana, que tuvo lugar en la primavera de 1922, resultó en la victoria de los anarcosindicalistas. Las resoluciones de Penini y Vecchi, llamando a unirse a la Profintern, recogieron sólo 10 votos, mientras que la resolución anarquista de Giovanetti recibió 71 votos. En ella se dice:

"El IV Congreso de la Unione Sindicale Italiana considera que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas lleva muchos años desarrollando de forma constante su labor de dirección de todas las organizaciones sindicales, inspiradas en los principios de la Internacional, constatando que no se podía lograr una organización internacional, que representara a las organizaciones sindicales bajo el paraguas de la Internacional Comunista debido a su carácter partidista. Todo ello teniendo en cuenta los principios métodos del sindicalismo revolucionario, una corriente anticentralista y que defiende la autonomía absoluta de los sindicatos en sus resoluciones políticas. En consecuencia, resuelve, en concordancia con la Confederación General del Trabajo de Francia, unirse a la anunciada conferencia internacional de organizaciones sindicalistas revolucionarias, para defender en ella los siguientes postulados básicos de la Unione Sindicale Italiana, presentes en sus estatutos fundacionales:

1) la acción revolucionaria directa para la supresión de la burguesía y del trabajo asalariado.

2) la exclusión absoluta de cualquier vínculo con el Partido Comunista y cualquier otro partido o grupo político y la completa independencia de los sindicatos en relación con estas organizaciones del partido.

3) la inclusión en la Profintern de aquellas organizaciones sindicales que están afiliadas a la organización amarilla de Ámsterdam, aunque sea sólo a través de la mediación de las federaciones.

4) la limitación de las actividades y la gestión de la Profintern a tareas de carácter internacional.

5) los acuerdos temporales con otras organizaciones sindicales y políticas podrán concertarse, cada vez por separado, sólo para acciones internacionales específicas en interés de la clase obrera.

Estos postulados constituyen las condiciones esenciales para unirse a la Profintern por parte de las fuerzas que se reunirán en la Conferencia de París”,

Se adoptó la siguiente enmienda a esta resolución:

La Unione Sindicale Italiana exige que el próximo Congreso de la Internacional Sindical Roja se celebre en Europa Occidental y que la sede del futuro Comité Ejecutivo de los Sindicatos Rojos Internacionales esté fuera de Rusia, y al mismo tiempo acepta las propuestas de la Confederación General del Trabajo de Francia de convocar una Conferencia Internacional de Sindicalistas Revolucionarios para llegar a un acuerdo sobre las propuestas anteriores.

Casi de manera simultánea a esto, el buró ejecutivo de los Trabajadores Industriales del Mundo adoptó una resolución en la que se afirmaba que los Trabajadores Industriales del Mundo no querían unirse a la Profintern debido a su naturaleza política. La parte más importante del decreto recoge lo siguiente:

El Buró Ejecutivo de los Trabajadores Industriales del Mundo llamará a esta organización a no afiliarse a la Internacional Sindical Roja. En este caso, el Buró considerará dicha adhesión no solo indeseable, sino también absolutamente posible por las siguientes razones:

1. Dado que el congreso de la Profintern condenó decididamente la política y la táctica de la I. W. W.

2. La Internacional Sindical Roja, por su carácter, es una organización política y dirigido por figuras políticas, de la cual está detrás el Partido Comunista, disfrazado sutilmente. Mientras nuestra resolución, que renuncia a cualquier vínculo con un partido político, siga en vigor, es imposible siquiera pensar en la adhesión de una organización como la IWW.

3. La intención clara de la Internacional Sindical Roja es la liquidación general de todas las organizaciones obreras que se nieguen a acatar su disciplina autocrática.

4. Entre las aspiraciones de la Profintern se encuentra la de acabar con la I.W.W.

5. El Congreso de Moscú no fue una verdadera representación del movimiento obrero revolucionario internacional.

6. Incluso si fuera posible coordinar nuestras agendas, el I.W.W. consideraría imposible trabajar conjuntamente con el Partido Comunista de América.

El Buró Ejecutivo respondió a esta resolución de manera amplia con una carta a todos los miembros de la I.W.W. en la que, entre otras cosas, se decía:

El Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja siguió con mucha atención los discursos oficiales del Buró Ejecutivo de la I.W.W. Vuestros dirigentes no sólo no han hecho ningún esfuerzo por conservar su lugar en el movimiento obrero, sino todo lo contrario, con su actividad paternalista dañaron su reputación y por un tiempo hicieron inútil todo trabajo, para sufrimiento de los mejores militantes que ahora languidecen en las cárceles. Mientras tanto, entre estos últimos, hay personas que en algún momento participaron en la fundación de su organización, y que ahora se han unido a la Profintern.

Intentamos encontrar al menos una afirmación verdadera en el informe de vuestro representante Joe Williams sobre el Congreso de la Profintern. Contiene tal cantidad de mentiras que resulta completamente inútil responderla en detalle. Williams sostiene que estamos tratando de imponer nuestras teorías y métodos de lucha a las amplias masas del pueblo estadounidense. ¡Nada de eso! No pretendemos en absoluto crear una uniformidad universal en el sindicalismo. Tenemos claro que los métodos y medios de lucha están determinados por las condiciones socioeconómicas de un país determinado, la correlación de fuerzas de clase y el grado y

las formas de organización de la clase obrera. ¡Hacer una revolución por todos los medios que sean posibles! El sindicalismo pretende impedir que a los trabajadores se les alimente con resoluciones en lugar de con la revolución.

En su informe, Williams habla extensamente sobre el dominio de los comunistas y de la Comintern. Aquí, al igual que en el resto de su informe, la confusión también está presente. La carta de la Profintern habla únicamente de un intercambio de delegados: un miembro de cada organismo subsidiario. El contacto con la Comintern no significa sumisión. Es solo cooperación mutua. Las acciones de sus dirigentes, con raras excepciones, difieren poco de las acciones de los dirigentes de la Internacional de Ámsterdam y de Samuel Gompers. Este último declara su completa neutralidad política y al mismo tiempo es un miembro activo del Partido Demócrata. Sus líderes niegan el papel de la actividad política, y sin embargo, su organización está constantemente intentando influir en los tribunales de justicia burguesa, en el presidente del gobierno federal, los gobiernos de los Estados, etc. En este esfuerzo por utilizar el aparato del Estado en sus propios intereses, por supuesto, están actuando de manera oportuna. Es necesario que comprendáis la importancia de esta actividad. Por eso también nos esforzamos por un frente político y económico unido, por el contacto con todas las organizaciones políticas de trabajadores, con el Partido de los Trabajadores de América, para presionar al presidente Harding y obligarlo a escuchar las demandas de liberación de los prisioneros de la guerra civil, etc. Sí, afirmamos que la diferencia entre nuestros dirigentes y los de Ámsterdam no es grande. Sus líderes, aunque guiados por otros motivos, ejercen la misma influencia en su organización. La conciencia de clase revolucionaria de los miembros del Buró Ejecutivo de la I.W.W. debería hacer que su organización volviera a encarrilarse.

Después de exponer en detalle los intentos de crear una Internacional sindicalista escindida y la cuestión de la dictadura del proletariado, el llamamiento continúa:

“Observamos vuestras publicaciones con la misma atención que las capitalistas. Y debemos admitir que vuestros organismos oficiales se comportan mucho peor que los capitalistas. Esto se pudo ver con especial claridad en las publicaciones de Nueva York y Chicago, que invariablemente atacan a la Profintern, a la Comintern, al Partido Comunista, a la Rusia Soviética y a todo lo que tenga alguna relación estrecha con el Estado proletario ruso. Todo esto se hace sin el más mínimo conocimiento de Rusia y del movimiento obrero internacional. Todos vuestros panfletos, repletos de fraseología anarquista, critican y calumnian vilmente al primer Estado proletario del mundo. Su columna Solidaridad se regocija por el hecho de que la Conferencia de Génova no alcanzó ningún acuerdo, afirmando que la Unión Soviética va a renunciar a todas las conquistas de la revolución para complacer a los capitalistas de Europa y América. Todo esto forma parte de una mentira descarada.

En Estados Unidos, más que en otros países, es necesario imbuir a los trabajadores de un sentido de seriedad y necesidad de un frente obrero unido. La Internacional Sindical Roja ha decidido dirigirse a vosotros para invitaros a participar en nuestro segundo Congreso, a pesar de la posición adoptada por vuestros dirigentes. Os sugerimos que discutáis y estudiéis cuidadosamente el programa de la Comintern y os rogamos que vuestros representantes presten más atención a estos temas en las columnas de vuestras publicaciones. El Comité Ejecutivo de la Profintern está convencido de que si estáis bien informados sobre lo que sucede, no volveréis a permitir que estas personas continúen con su dañina labor. Por eso dirigimos este llamamiento a todos los miembros conscientes de los Trabajadores Industriales del Mundo. Estamos convencidos de que cuando sepáis cuáles son nuestros verdaderos objetivos, estaréis convencidos de que nuestra tarea es la destrucción del sistema capitalista como camino hacia la liberación de la clase trabajadora.

¡Miembros de los Trabajadores Industriales del Mundo,
tenéis el destino sus manos, uníos y organizaros en las filas
de la Profintern!

Los sindicalistas holandeses mantuvieron una postura vacilante hasta el último congreso. La resolución adoptada por el Congreso de Arnhem fue un compromiso entre los opositores y los partidarios de la Profintern. Esta resolución dice:

El Congreso Extraordinario de la N.A.S. del 25 de marzo de 1922 en Arnhem se afirma que para alcanzar un movimiento sindical independiente son necesarias las conexiones con otras organizaciones sindicales. En ese sentido podemos contar con la referencia de la Internacional Sindical Roja de Moscú. Pero el Congreso considera que existen obstáculos para la adhesión en los estatutos, especialmente el intercambio de delegados con la Internacional Comunista y la admisión de sus miembros. Desde Holanda sólo podrán presentar su voto para la adhesión de un grupo a la Internacional Sindical Roja cuando ambas disposiciones mencionadas anteriormente estén excluidas de los estatutos.

La votación posterior debía decidir definitivamente esta cuestión: a favor o en contra de la Profintern. La primera votación estuvo dividida: de 30.000 votos, solo votaron 6.000, de los cuales el 1% fueron para la Profintern. Los votos restantes fueron otorgados tanto a los oponentes de la Profintern como a sus partidarios, con reservas. Después de esto hubo una nueva votación y aquí la resolución de los oponentes de la Profintern fue adoptada por 6.000 votos contra 4.000.

Una lucha similar entre partidarios y adversarios de la Profintern tuvo lugar en España durante todo ese tiempo. Como los delegados del primer Congreso de Sindicatos Revolucionarios de España no pudieron regresar y dar un informe público sobre el Congreso, los opositores de la Profintern se aprovecharon de esto y sabotearon li-

teralmente tanto las resoluciones como los informes de la delegación. En la primera reunión del Consejo Nacional, que tuvo lugar varios meses después del congreso, se adoptó una resolución para trasladar la cuestión a la decisión a las organizaciones locales, dejando un representante en la Profintern. En Francia, la lucha entre los partidarios y los adversarios de la Profintern adquirió un carácter especialmente conflictivo: la Confederación Unitaria del Trabajo, desde su fundación (diciembre de 1921) hasta el Congreso de Saint-Étienne, estuvo dirigida por adversarios de la Profintern que ni siquiera querían llegar a acuerdos con ella. El Congreso de Saint-Étienne se pronunció contra esta política y adoptó una resolución sobre la adhesión condicional al Profintern. Una tendencia similar se produjo en Portugal y Argentina, donde también hay organizaciones sindicalistas.

La Profintern, por su parte, se ha pronunciado varias veces sobre las cuestiones que los anarcosindicalistas plantearon en su lucha contra él. Así, además de los llamamientos antes mencionados a los sindicalistas franceses, la Profintern, en su carta a la Unione Sindicale Italiana escribió lo siguiente:

La Profintern se esfuerza por unir a todos los elementos del sindicalismo y coordinar sus actividades con las fuerzas que luchan de manera honesta por la revolución social. La lucha contra la Profintern en nombre de la independencia del movimiento sindical se basa en un argumento que no tiene ningún fundamento: la Internacional Sindical Roja nunca se ha opuesto a la independencia del movimiento sindical. Su Congreso, sus órganos de gobierno, nunca adoptaron resoluciones que socavaran esta independencia. Y, por supuesto, la reunión de representantes de los comités ejecutivos de la Comintern y la Profintern no representa en ningún caso un intento de acabar con esta independencia. El “Programa de Acción” adoptado por nuestro I Congreso ofrece a las organizaciones profesionales revolucionarias una excelente plataforma para sus actividades. El espíritu que inspira a la Profintern siempre ha guiado a los obreros revolucionarios:

es el espíritu de la lucha de clases, de una lucha feroz contra la burguesía, de un rechazo categórico a la colaboración entre clases. Nuestro programa de acción puede ser aceptado por todos los sindicalistas revolucionarios. Ningún delegado durante ninguna sesión de nuestro Congreso Constituyente expresó una opinión negativa sobre este programa. Si coincidimos en cuestiones fundamentales, ¿deberíamos dividirnos por cuestiones secundarias? ¿Acaso los anarquistas italianos tienen tan poca confianza en sí mismos que temen un contacto temporal con representantes de la Internacional para alcanzar objetivos revolucionarios concretos?

En su carta a los sindicalistas de Suecia, la Profintern volvió a tratar esta cuestión y formuló las principales tareas de la Profintern y su relación con la Comintern de la siguiente manera:

Ni la resolución del Congreso de la Profintern ni en ninguna resolución posterior. La Profintern no menciona una sola palabra sobre la subordinación del movimiento sindical revolucionario a los partidos comunistas y a los órganos centrales de la Comintern. Esta subordinación no existe ni formal ni prácticamente. La resolución del Congreso habla únicamente de la “necesidad de la más fuerte unificación de las fuerzas proletarias en su lucha revolucionaria, para lo cual son necesarios el estrecho contacto y la conexión orgánica de las diversas formas del movimiento revolucionario obrero, en primer lugar, los partidos comunistas y los sindicatos revolucionarios”. Concretamente, este contacto se establece a través de la representación en los órganos ejecutivos de ambas Internacionales. En cada país se establecen formas de comunicación según la coyuntura local. ¿Puede un sindicalista revolucionario oponerse a esto? Los partidos comunistas y los movimientos sindicales revolucionarios difieren en la composición de sus miembros y en las formas organizativas de su estructura, pero su objetivo, el sistema comunista, es el mismo. Su lucha sigue los mismos caminos. Y frente a un enemigo unido, ¿pueden ir desorganizados, sin coordinar sus acciones, dejándose derrotar el uno

al otro? Todo obrero revolucionario que ha pasado por cualquier experiencia de lucha y derrota dirá que no. Esto sería un desperdicio criminal de la energía revolucionaria de la clase obrera. Y si el reconocimiento de esta conexión requiere una reestructuración importante de la estanca organización sindical, ¿no han proporcionado entonces las experiencias de los últimos años, las lecciones de la guerra, las revoluciones rusa y alemana y, finalmente, las últimas derrotas en la lucha contra el avance capitalista, bases suficientes para ello?

Sin embargo, los dirigentes de los sindicalistas suecos, que por cierto estaban perdiendo cada vez más influencia entre las masas del proletariado sueco, respondieron a esta carta con ataques aún más hostiles contra la Profintern. En respuesta a la demanda de varias secciones locales de someter la cuestión de la adhesión a la Profintern a un amplio debate en las organizaciones locales y en la prensa, y luego a votación, el comité ejecutivo de esta organización respondió con la siguiente resolución:

La posición de la Organización Central de Trabajadores de Suecia hacia la Profintern

Algunas secciones locales propusieron celebrar una votación general sobre la cuestión de la actitud de la OCTS hacia la Profintern. Lo que se entiende y se espera de una votación de este tipo, cuyo resultado está predeterminado de antemano, no puede establecerse a partir de los documentos, ya que hasta el momento ninguna sección local ha exigido que la Organización Central de Trabajadores se adhiera a la Profintern. Y como no hay nada que votar, el Comité Ejecutivo no puede presentar una solicitud de votación. La votación sobre esta cuestión presupone que la Organización Central de Trabajadores renunciará a sus actuales declaraciones fundamentales, tanto en relación con la independencia político-partidaria como al principio individual que subyace a la identidad de la Organización

Central de Trabajadores, a saber, que las organizaciones económicas deben sustituir al Estado y al capital en la gestión de la producción y el intercambio de mercancías. Y antes de que la cuestión de la adhesión a la Profintern pueda ser sometida a votación, es necesario que se rechace, mediante votación, la declaración fundamental, todavía válida, adoptada por unanimidad en el Congreso de 1916 y confirmada por el Congreso de 1919. La cuestión de si el destino de esta proposición se decidirá por votación general o por la convocatoria de un Congreso puede llegar a ser relevante después de que la declaración fundamental de la Organización Central de Trabajadores, a propuesta del conjunto de secciones locales o del Concurso requerido por los estatutos, sea cambiada por votación general de tal manera que sea posible que la organización se afilie a la Profintern o que los estatutos de la Profintern sean modificados de tal manera que esto permita a la OCTS unirse a la Profintern sin renunciar a la declaración fundamental actual.

Todo lo dicho anteriormente sobre la referida votación se aplica a la discusión del tema en el Congreso. Si el Congreso reafirma la exactitud de la declaración de principios existente aceptando la interpretación que el Comité Central ha elaborado y propuesto al Congreso, entonces esto resolverá el problema hasta que la Profintern modifique sus estatutos de acuerdo con los principios fundamentales del internacionalismo. Si el Congreso no propone unirse al Profintern, no tendrá motivos para discutir esta cuestión por separado. No se puede lamentar la propuesta de que la Organización Central de Trabajadores decida no unirse a la Profintern, porque sólo significa que los miembros de la OCTS con ello la corrección de la OCTS, y esto es innecesario, porque todavía se mantiene firme en esta cuestión.

Estocolmo, 1 de mayo de 1922.
El Comité Central de la Organización Central
de Trabajadores de Suecia

A pesar de estas declaraciones, justo antes del Congreso, que los sindicalistas organizaron en agosto de este año, se votó sobre la cuestión de la unión a la Profintern. Esta votación se desarrolló en absoluto secreto, y por tanto sin ningún tipo de aviso, salvo la polémica que se produjo en el periódico seis meses atrás. El resultado de la votación fue el siguiente: 4.110 votos fueron emitidos en contra de unirse a Profintern, y 176 votos fueron emitidos a favor de unirse. Como la organización cuenta con 35.000 miembros, esto significa que sólo el 12% de ellos participó en la votación.

El Congreso tuvo lugar el 7 de agosto. El 2 de septiembre, algunos delegados criticaron duramente estos métodos. Los anarcosindicalistas fueron quienes asistieron masivamente al Congreso, como resultado de lo cual se aprobaron las medidas del comité ejecutivo. Gracias a la mayoría anarcosindicalista, el primer acto del Congreso fue adoptar una protesta contra la sentencia de los socialistas revolucionarios rusos, por 66 votos contra 33 y 34 abstenciones, de lo que se deduce que incluso una parte de los anarcosindicalistas encontró la resolución inconveniente.

En sus cartas a los sindicalistas holandeses, la Profintern, considerando la cuestión del lugar de los sindicalistas en el movimiento sindical revolucionario, escribió:

La lucha de liberación proletaria, incluso en la forma de lucha por el pan de cada quincena, se hace cada día más difícil. Para alcanzar su éxito es necesaria la mayor consolidación y unidad de los objetivos y los métodos de lucha, tanto a escala nacional como internacional. La Internacional Sindical Roja no se opone a que los trabajadores sindicalistas de Holanda lleven a cabo una revolución independiente de Moscú, pero cree que sin la estrecha colaboración del proletariado internacional, la lucha será imposible. La Internacional Sindical Roja exige independencia de la burguesía, ya que es la primera condición para la victoria del proletariado.

La táctica de la Profintern en relación al sindicalismo se revela claramente en la correspondencia con la Confederación Española

del Trabajo. Ya en mayo de 1922, el Buró Ejecutivo lanzó un amplio llamamiento a los trabajadores de España, en el que se destacaba especialmente la necesidad de la unidad del movimiento sindical español para luchar contra el terror blanco de la burguesía, basándose en las decisiones del Congreso Fundacional de la Profintern. Sin embargo, la conferencia de sindicalistas españoles en Zaragoza estuvo controlada por anarquistas. La resolución adoptada sobre la cuestión del movimiento sindical internacional establece:

La adhesión de la Confederación Nacional del Trabajo a la III Internacional se produjo no tanto por la alineación de sus opiniones con los principios que dominan la revolución rusa, sino por un estallido de simpatía y solidaridad hacia ella. Aquí es donde entra en juego la necesidad de que se produzca la retirada de la CNT de la Profintern, teniendo en cuenta que la confederación no tiene derecho a revisar las resoluciones del Congreso. La cuestión de la retirada definitiva de la CNT de la Profintern y la Comintern se propone a tomar en consideración, como también la cuestión de la participación de la CNT en los intentos de organizar una Internacional Sindical Revolucionaria, independiente de partidos políticos de cualquier signo.

Tras la Conferencia de Zaragoza, el Buró Ejecutivo dirigió de nuevo un llamamiento a la Confederación Nacional del Trabajo de España, en el que, tras analizar detalladamente las decisiones de la Conferencia de Zaragoza, afirmaba:

La Profintern no es lo que dijeron de ella los dirigentes anarquistas. La Profintern se esfuerza por unir en sus filas a todos los obreros organizados, comunistas, socialistas, anarquistas y no militantes del partido, con el objetivo de unir y coordinar sus acciones encaminadas al derrocamiento de la burguesía y del sistema capitalista. En nuestro Primer Congreso encontramos las bases para un acuerdo común. Sin duda, surgieron algunos malentendidos en torno a algunas de las resoluciones del I Congreso de la Profintern. Pero el

Buró Ejecutivo y el Comité Central hicieron todo lo posible para llegar a un acuerdo en interés de la causa de la revolución. Sin embargo, nuestros esfuerzos fueron socavados por la resistencia de aquellos que vilmente se esforzaban a toda costa por crear una guerra en las filas del movimiento obrero revolucionario.

“Durante el año pasado, surgieron muchas controversias en torno a nuestro Congreso, y lo que es más importante, estas controversias amenazaron la unidad necesaria para los elementos revolucionarios del sindicalismo, que pudimos crear gracias a los esfuerzos fraternales y al trabajo conjunto de los comunistas y sindicalistas en el Congreso Constituyente. Para preservar la unidad revolucionaria, el Buró Ejecutivo de la Profintern y su Comité Central realizaron todos los esfuerzos posibles para disipar y aclarar todos los malentendidos que surgieron entre nosotros y una parte de los sindicatos revolucionarios que se unieron en julio del año pasado. El Comité Central de los sindicalistas revolucionarios de Francia emitió una queja formal contra la resolución de nuestro Congreso que define las relaciones con la Internacional Comunista. El Buró Ejecutivo afirmó nítidamente que dicha resolución no pretendía subordinar el movimiento sindical al movimiento político. Hemos repetido esto muchas veces. En febrero de este año, el Comité Central, integrado, como saben, por representantes de los trabajadores de todos los países, decidió por unanimidad apelar con un llamamiento a todos los sindicalistas revolucionarios, incluidos los que estaban en contra de unirse a la Profintern, a participar en el trabajo conjunto, para que sea posible encontrar la base para un acuerdo entre los mismos elementos revolucionarios. Más tarde, el Buró Ejecutivo propuso que las organizaciones que habían declarado su oposición a la Profintern enviaran a sus delegados a Moscú para acudir a la reunión a negociar y eliminar los malentendidos existentes.

Desgraciadamente, estos intentos resultaron en balde. Desde algunos círculos no quieren hablar con Moscú. Pero esta política refleja claramente el verdadero estado de ánimo

de la mayoría de las masas trabajadoras. El proletario revolucionario consciente sabe que este periodo no hay lugar para otra Internacional revolucionaria. Una organización así, por su pequeño tamaño y por su falta de contacto con las amplias masas trabajadoras de los países más importantes, no tendrá ningún impacto. Hemos tratado de demostraros que el Buró Ejecutivo ha actuado con total honestidad en relación a la organización de los sindicalistas revolucionarios. Hicimos esfuerzos para fortalecer el bloque revolucionario. No nos negamos a continuar estos esfuerzos en el futuro y en nuestro II Congreso haremos todo lo posible para disipar todos los malentendidos y crear una fuerte organización revolucionaria. Estamos seguros de que las masas proletarias revolucionarias nos seguirán por este camino y que quienes se opongan a su dirección organizativa estarán condenados al ostracismo.

Una falsa Internacional, cuyos cimientos fueron puestos en el Congreso de Berlín, a la que ahora pretenden dar vida. Los sindicalistas sólo lograrán la creación de una organización sin poder, no una Internacional, sino una sombra de la Internacional. ¿Qué representará reunir a varias decenas de miles de trabajadores, en comparación con la Profintern, en torno a la cual se han agrupado las fuerzas revolucionarias del movimiento sindical internacional? ¿Qué papel representará ante la burguesía, que defiende ferozmente a su policía, y ante la Internacional de Ámsterdam, ese colaborador tan apreciado por nuestros enemigos de clase, que, desafortunadamente, todavía dirige a millones de obreros? No hay espacio para una nueva Internacional: Ámsterdam o Moscú, ése es el dilema al que se enfrenta hoy, como ayer, el proletariado internacional. El proletariado lo ha entendido bien y va hacia un lado o hacia el otro. Estamos seguros de que vosotros, camaradas, también habéis entendido esto y que, contrariamente a la voluntad de sus dirigentes, que se esfuerzan por conducir a vuestra organización por el camino del experimento de la escisión emprendido en Berlín, que conduciría a

su completo debilitamiento y aislamiento, os uniréis a la Profintern, en cuyas filas están todos los trabajadores revolucionarios del movimiento sindical mundial.

La unidad revolucionaria de la clase obrera, tanto a nivel nacional como internacional, es ahora más necesaria que nunca, y los delegados del enemigo están precisamente en este momento crítico empujándonos a la escisión, a la dispersión de las fuerzas revolucionarias para gran alegría y beneficio de la burguesía, que redobla la fuerza de su ataque. Rebelaos contra esta traición. Uníos a la Profintern, que se esfuerza por unir a los trabajadores revolucionarios de todo el mundo en una organización poderosa. Obligadles a respetar las decisiones tomadas por vuestros congresos nacional. Rogamos que nuestra propuesta de acuerdo tenga respuesta en forma de envío de delegados a Moscú para el II Congreso de la Profintern. Y si los actuales dirigentes de la CNT, probablemente, pisotean de nuevo todas las decisiones tomadas, enviad vosotros mismos los delegados a nuestro Congreso, desafiando a los secesionistas, y demostrad al proletariado revolucionario de todos los países que dentro de la CNT todavía hay masas trabajadoras que nunca renunciarán a la tesis revolucionaria llevada a cabo por la Profintern, por mucha paz social que pretendan imponer.

Finalmente, el Comité Central, reunido en febrero de 1922, adoptó una resolución especial que exponía de forma clara e inequívoca la postura de la Profintern sobre todas las cuestiones que preocupaban a los sindicalistas. Esta resolución fue adoptada después de un largo debate sobre este tema y recoge lo siguiente:

Si bien se afirma que la Profintern representa la unificación de todas las fuerzas revolucionarias del movimiento sindical internacional y reúne bajo una bandera común a sindicalistas, comunistas y trabajadores sin partido, y con razón toma nota de que en algunos círculos del sindicalismo la resolución del Congreso Fundacional de la Profintern sobre su relación con la Internacional Comunista ha generado diversos malentendidos e incluso confusión, el Comité Central

de la Profintern declara que esta resolución no implica en absoluto la subordinación de los sindicatos a los partidos comunistas ni a la Profintern. La Internacional Comunista significa exclusivamente la cooperación de todas las fuerzas de la clase obrera organizadas en la lucha por derrocar el régimen capitalista.

Teniendo en cuenta que los sindicalistas alemanes en su congreso de Dusseldorf declararon su intención de crear una Internacional netamente sindicalista, el Comité Central de la Profintern advierte a las organizaciones revolucionarias contra las consecuencias de un trabajo tan divisivo y protesta contra el atentado hacia la unidad del movimiento, señalando al mismo tiempo que una Internacional sectaria de ese tipo está condenada de antemano a la impotencia completa. Con la firme convicción de que al final será posible encontrar una base sólida para fortalecer el bloque de todas las fuerzas revolucionarias del movimiento sindical internacional, el Comité Central llama a todas las organizaciones revolucionarias, incluidas aquellas que ya se han pronunciado en contra de unirse a la Profintern, con un llamado insistente a participar en las tareas del II Congreso.

En su discurso ante el Congreso de Saint-Étienne, el Buró Ejecutivo examinó una vez más todos los argumentos de los sindicalistas, todo lo que habían escrito sobre la autonomía y la independencia, y dio una respuesta exhaustiva a todos los opositores de la Profintern. En este extenso mensaje, la Profintern examina en detalle todos los argumentos de los anarcosindicalistas y muestra que la llamada teoría de la independencia es esencialmente una teoría anticomunista y antirrevolucionaria. Este mensaje y luego el discurso oficial del secretario general en el Congreso de Saint-Étienne, así como la decisión adoptada por el Congreso de Saint-Étienne, encontraron su evaluación en una resolución especial del Buró Ejecutivo, donde se resumieron nuevamente todas las cuestiones controvertidas y se dio una respuesta a los sindicalistas. Esta resolución establece lo siguiente:

Habiendo atendido al informe del camarada Lozovsky, al hablar de la situación en Francia y del movimiento sindical francés, y habiéndose informado de las resoluciones del Congreso de Saint-Étienne, el Buró Ejecutivo de la Profintern aprobó plenamente la posición del camarada Lozovsky en el Congreso de Saint-Étienne, la cual decide:

1. Enviar cálidos saludos fraternales a la Confederación Unitaria del Trabajo y al proletariado revolucionario de Francia, ya que el congreso de Saint-Étienne prefirió una solución valiente frente a las fórmulas dogmáticas.

2. Sugerir al camarada Monmousseau u otro camarada elegido por la Comisión Administrativa de CUT la asistencia al Segundo Congreso de la Profintern sobre la cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern.

3. Solicitar a la Comisión Administrativa de la CUT que envíe con antelación sus propuestas y proyectos de resolución sobre todos los temas de su interés.

4. El Buró Ejecutivo expresa su confianza en que el Segundo Congreso de Sindicatos Revolucionarios reafirmará la posición adoptada por el Buró Ejecutivo y el Comité Central en relación con las organizaciones sindicalistas. Esta línea se basa en que el Buró Ejecutivo se busque agrupar en torno a la Profintern a todas las organizaciones obreras revolucionarias y que en aquellos países donde existía un movimiento sindical sindicalista, las relaciones entre ellas se establezcan a escala nacional por el partido comunista correspondiente y por las organizaciones interesadas en ello.

En lo que respecta a la parte de la resolución del Congreso de Saint-Étienne que se refiere a la cuestión de la representación interna de la Comintern y de la Profintern, el Buró Ejecutivo hará todo lo posible para que las diversas corrientes entorno a esta cuestión tengan la posibilidad de desarrollar y defender su postura en el Segundo Congreso, que es el único que tiene la soberanía para resolver definitivamente esta cuestión.

El Buró Ejecutivo hace un ferviente llamamiento tanto a los sindicatos franceses como la Federación de Trabajadores de la Construcción, etc. que hasta ahora han tratado con recelo a la Profintern y que ahora han creado el Comité de Defensa del Sindicalismo, para que velen por la unidad de la Confederación Unitaria del Trabajo como su bien más preciado para que no sucumban a la demagogia destinada a enfrentar a los obreros revolucionarios de Francia con los obreros revolucionarios de Rusia y de otros países en favor de la burguesía, y para que se unan con la mejor voluntad a la Profintern, donde serán recibidos con los brazos abiertos. Estamos seguros de que, a medida que nuestros amigos sindicalistas pasen de las discusiones teóricas sobre lo que harán el día después de la revolución social a la lucha revolucionaria práctica contra las aspiraciones de la burguesía y de todo el sistema capitalista, desaparecerán todas las contradicciones aparentes y los sindicalistas franceses se convencerán por experiencia propia de que ni en las resoluciones ni en los estatutos de la Profintern hay un solo párrafo, ni una sola línea, que pueda impedir en lo más mínimo al movimiento sindical francés hacer la revolución como quiera hacerla y asegurar la victoria del proletariado francés por los métodos y por los medios que los sindicatos franceses consideren más ventajosos y convenientes.

Finalmente, ya en septiembre, el Buró Ejecutivo recibió la siguiente carta con 31 firmas de los dirigentes de la minoría de la Confederación Unitaria del Trabajo.

A los camaradas miembros del Buró Ejecutivo de la Profintern.

En nombre de la unidad del sindicato revolucionario, nosotros, los abajo firmantes, representantes de diversas tendencias del movimiento sindical francés, conscientes del peligro al que están expuestos los trabajadores de este país como resultado de la escisión de sus fuerzas sobre la cuestión de la independencia y autonomía del movimiento sindical nacional e internacional, peligro causado por la preservación

del artículo 11 de la carta de su órgano central, la Internacional Sindical Roja de Moscú. En esta, dirigimos un ferviente llamamiento a la Internacional Sindical Roja de Moscú y a su Comité Ejecutivo para que reconozcan la flagrante situación que ha surgido y detengan la terrible amenaza que se cierne sobre el proletariado internacional, organizado en sindicatos, y, junto con ellos, busquen la derogación del artículo 11 en el congreso de noviembre.

Considerando que este gesto puede profundizar la unidad nacional e internacional del movimiento sindical y unir a todas las organizaciones sindicales centrales en una única organización internacional, y que este hecho, naturalmente, sólo los puede llevar la Internacional Sindical de Moscú, les pedimos, camaradas, que nos envíen una respuesta afirmativa o negativa en el próximo correo. En cuanto a los métodos de acción de todos los sindicalistas revolucionarios, creemos que la propuesta que ya está a vuestra disposición y que os enviamos nuevamente os satisfará completamente.

El Buró Ejecutivo respondió a este llamamiento con la siguiente carta:

El Buró Ejecutivo recibió una carta firmada por muchos militantes de la Confederación Unitaria del Trabajo. En esta carta, los camaradas proponen que el Buró Ejecutivo haga todo lo posible para preservar la unidad del movimiento sindical revolucionario internacional. Los compañeros que firman este llamamiento están seguros de que el único obstáculo a la unidad del movimiento sindical mundial es el artículo 11 de la carta de la Profintern. El Buró Ejecutivo, después de examinar esta carta, considera necesario, en primer lugar, expresar a los camaradas firmantes su profunda gratitud por su confianza en la Profintern y por su deseo de crear a toda costa un frente revolucionario unido. Ustedes, camaradas, conocen muy bien la historia de los últimos acontecimientos y no se negarán a admitir que por parte del Buró Ejecutivo de la Profintern no hubo una sola acción que violara la unidad en el más mínimo sentido. Durante casi un año

ni siquiera respondimos a los ataques, y sólo en vísperas del Congreso de Berlín iniciamos una discusión con aquellos que, bajo la bandera de la independencia, en realidad negaban los cimientos sobre los que se construyó la Profintern. El Buró Ejecutivo, como bien sabéis, no puede anular las decisiones del Congreso. Cualquier acción de nuestra parte sería incorrecta en relación con el Congreso soberano. Sabéis muy bien qué tipo de relación existe y debe existir entre el órgano supremo del movimiento sindical y su órgano ejecutivo. Somos un cuerpo ejecutivo y si tomáramos en este momento cualquier decisión sobre este asunto que planteara al Congreso un hecho consumado, cometeríamos un ataque contra las reglas elementales del movimiento sindical. Si bien el Buró Ejecutivo no puede tomar ninguna decisión definitiva sobre este asunto, en varias declaraciones y documentos oficiales ha declarado con la mayor claridad que hará todo lo posible para llegar a un acuerdo con los sindicalistas. Sabéis muy bien que no nos gusta engañar a nadie. Dado que hemos declarado que no habrá obstáculos a la unidad por nuestra parte, pueden estar seguros de que cumpliremos nuestra palabra. Para ello, hemos enviado invitaciones especiales a la Federación Francesa de Trabajadores de la Construcción. Pedimos a nuestros compañeros que enviaran un delegado para que pudiéramos llegar a un acuerdo aquí en el congreso sobre todos los temas que nos interesan. No sabemos si la Federación de Trabajadores de la Construcción enviará delegados o no. Pero por nuestra parte, haremos todo lo posible para preservar esta unidad.

Enviamos al camarada Pietri, y a todos los firmantes de esta declaración, el más cálido saludo del Buró Ejecutivo y nuestra absoluta confianza en que el Segundo Congreso Internacional consolidará el surgimiento del acercamiento. No hay necesidad de aferrarse a fórmulas ni considerarlas desde la perspectiva de este u otro párrafo. Para nosotros, la unidad revolucionaria proletaria está por encima de cualquier fórmula o párrafo. De ello os convenceréis en el próximo Congreso Internacional.

De esta breve lista de documentos se desprende que desde el primer momento de su aparición la Profintern hizo todo lo posible para atraer a su militancia a los partidos de las organizaciones sindicalistas. A todas las declaraciones demagógicas de que la pertenencia a la Profintern limita sus acciones, la Profintern respondió señalando que este planteamiento era erróneo y que bajo la bandera de la autonomía y la independencia se esconde el deseo de crear su propia Internacional. Lo que no estaba claro para muchos sindicalistas que sinceramente pensaban que la Profintern estaba bloqueando la iniciativa de las organizaciones sindicalistas, quedó completamente claro después del Congreso de Anarcosindicalistas de Berlín.

El Congreso de los anarcosindicalistas en Berlín

El 16 de junio, representantes de varias organizaciones sindicalistas se reunieron en Berlín y sentaron las bases de una nueva Internacional. Esta conferencia fue convocada formalmente para llegar a un acuerdo con la Profintern, pero sólo los ingenuos creyeron que para llegar a un acuerdo con la Profintern era necesario crear una organización independiente. El congreso, al que asistieron localistas alemanes, sindicalistas italianos, sindicalistas rusos míticos y representantes de sindicalistas suecos y españoles, adoptó, además del programa y la declaración, la siguiente resolución sobre la Profintern:

La Conferencia Internacional Fundacional de Sindicalistas Revolucionarios declara:

1) que la orientación de las organizaciones revolucionarias-sindicalistas, reflejada en las tesis adoptadas por unanimidad por esta Conferencia, no es sólo el resultado de las discusiones de esta Conferencia, sino, igualmente, una conclusión de los informes que le dirigieron las organizaciones revolucionarias-sindicalistas y obreras que no pudieron participar en ella mediante sus representantes.

2) que la Profintern no representa, ni desde el punto de vista de sus principios ni desde el punto de vista de sus estatutos, una organización internacional capaz de unir al proletariado revolucionario del mundo ni a un organismo único de lucha.

Con base en lo anterior, la conferencia resuelve:

1) Elegir un buró temporal de sindicalistas revolucionarios, encargada de organizar un congreso mundial de organizaciones sindicalistas revolucionarias del 12 al 19 de noviembre de 1922;

2) Encargar a este buró que ponga este asunto en conocimiento del Buró Ejecutivo de la Internacional Sindical Roja, así como las resoluciones sindicales de esta conferencia, con la esperanza de que las organizaciones afiliadas en esta organización participarán en el mencionado congreso con el objetivo de delinear los términos de la potencial unión de todas las fuerzas del movimiento obrero internacional en el marco de una sola organización”.

La Profintern no reaccionó de ninguna manera a la creación de esta nueva asociación. En su carta a los sindicalistas franceses, la Profintern advirtió del peligro de una escisión en el movimiento revolucionario internacional. Esperábamos los acontecimientos, sabíamos que el Buró Internacional de Sindicalistas era un ala anarquista y les permitimos continuar su juego dentro de la Internacional. Pero este Buró de Sindicalistas obviamente se tomó en serio y por eso comenzó a enviar correspondencia a la Profintern, y entre este Buró y la Profintern se produjo la siguiente correspondencia. Recibimos una carta de por su parte que decía:

De conformidad con la resolución de la Conferencia Internacional de Sindicalistas Revolucionarios, celebrada en Berlín del 6 al 19 de junio de 1922, el buró internacional temporal elegido por esta conferencia os remite por la presente cuatro resoluciones adoptadas por unanimidad por la conferencia, a saber:

1. Principios y táctica del sindicalismo revolucionario.
2. Los sindicalistas revolucionarios y los sabotadores.
3. Buró Internacional.
4. Las actividades de las minorías sindicalistas revolucionarias.

El Buró Provisional llama a la atención sobre esta resolución y espera que el Comité Ejecutivo de la Profintern no demore en informar a sus órganos constituyentes del deseo

expresado por la conferencia de reunirse con estas organizaciones en el próximo congreso internacional de sindicalistas y obreros revolucionarios, programado para el 18 de noviembre de este año en Berlín, con el objetivo de discutir la posibilidad de unir todas las fuerzas proletarias revolucionarias de Europa y América de una lucha común contra los dos azotes de la burguesía, el capitalismo y el Estado.

A esta carta el Buró Ejecutivo envió la siguiente respuesta:

En respuesta a vuestra carta del 1 de julio, informándonos del congreso internacional de obreros sindicalistas revolucionarios, al que también invitáis a organizaciones afiliadas a la Profintern, os informamos lo siguiente:

La Profintern no ve ningún beneficio en la participación de organizaciones afiliadas a ella en vuestra conferencia internacional. La triste experiencia que vivieron los sindicatos rusos en la Conferencia del 16 y 17 de junio sólo nos convence de que habéis asumido la tarea extremadamente perjudicial de dividir a los sindicatos revolucionarios de todos los países en dos bloques. De hecho, al invitar a los sindicatos rusos a la conferencia, en primer lugar, los puso en línea con la minoría anarcosindicalista existente, y luego se llevó a cabo un juicio sobre los sindicatos rusos, o mejor dicho, sobre la revolución rusa.

Nuestro tiempo es demasiado valioso para desperdiciarlo en actividades tan frívolas, y el hecho de que se trate de una actividad no formal queda evidenciado por las resoluciones adoptadas en la conferencia de Berlín. Si afirmáis que la Profintern en su táctica y en su programa no representa a una organización revolucionaria, entonces ¿qué sentido tiene que las organizaciones afiliadas a la Profintern participen en vuestra reunión? Al fin y al cabo, queréis organizar un encuentro de gente con ideas afines, estáis organizando vuestro propio movimiento, queréis organizar al anarcosindicalismo, ¿por qué invitáis a otros que no lo son a esta reunión? ¿Queréis repetir lo que ya se hizo en el congreso de junio? Al

fin y al cabo, vosotros también estabais invitados al II Congreso Internacional de la Profintern en Moscú. Todas las organizaciones sindicales revolucionarias, independientemente de su estatus, y las organizaciones obreras, están invitados a este congreso para que nos evalúen, para alcanzar un acuerdo, para encontrar puntos en común, una plataforma común, una base común para el trabajo y la lucha conjunta. Por eso rechazamos vuestra propuesta. Nosotros, como camaradas, os aconsejamos que abandonéis el intento de crear otra Internacional única. Ya lo han intentado varias veces y no tuvieron éxito, y es poco probable que este último intento dé resultados diferentes. Enviaremos vuestra carta a la atención de nuestras organizaciones y esperamos que vosotros hagáis llegar nuestra respuesta a la atención de las cuatro organizaciones afiliadas a vosotros.

Pasó algún tiempo y recibimos una extensa comunicación de este Buró Internacional. En él, los promotores de la escisión afirman, ni más ni menos, que la escisión la está llevando a cabo la Profintern. A continuación, se presentan algunos extractos de esta carta, que es demasiado larga para ser reimpresa en su totalidad:

Después de haber considerado atentamente vuestra respuesta, consideramos que es nuestro deber responder que la decisión tomada por el Buró Ejecutivo de la Profintern en la carta del 26 de julio conducirá inevitablemente a una catástrofe que debemos evitar a toda costa. Nosotros discrepamos sobre los principios básicos del sindicalismo revolucionario y sobre la cuestión del papel de los partidos políticos en la revolución con el Congreso Fundacional de la Profintern, que adoptó una “tendencia unívoca” de encauzar el movimiento obrero mediante una organización sindical con carácter político vinculante, firmemente basada en el comunismo de Estado. Somos contrarios a las Internacionales sectarias o de las Internacionales de partidos, que es lo que representa la Profintern. La condición más esencial para la actividad conjunta es el respeto absoluto y normal de los derechos de cada organización nacional. Esto significa que cada organización

nacional debe tener el derecho a su propia y libre elección, sea esta la “subordinarse” a un partido político, “establecer una conexión” con él o permanecer “independiente”. Así, en cada una de ellas, la cuestión de coordinar acciones antes del momento de la revolución podía resolverse ya sea mediante “acuerdos puntuales” o mediante un vínculo permanente y orgánico. Esto permitiría implementar un frente único para la lucha revolucionaria a escala nacional. A este respecto es necesario que la Internacional, cuyo objetivo es coordinar la lucha revolucionaria de las organizaciones nacionales, se convierta formalmente en una sola y que su órgano ejecutivo sea independiente de cualquier figura en sus actividades.

Teniendo en cuenta que Alemania, Francia, Italia, España, Suecia y Holanda, para hablar sólo de los países europeos, han tomado esta posición, y que es un requisito previo sin el cual la creación de una Internacional unida será imposible, el Congreso de la Profintern no puede dejar de adoptar esta resolución. Una decisión de este tipo, tomada en favor de la unidad, será sin duda tenida en cuenta con la mayor seriedad por el Congreso de Berlín, que se reunirá en todo caso después del Congreso de la Profintern. No tenemos ninguna duda de que, en estas condiciones, especialmente los delegados del Congreso de Moscú participarán también en el Congreso de Berlín, de modo que se sentarán las bases para un acuerdo y será posible crear inmediatamente una Internacional unida.

Pero, por otra parte, si el Segundo Congreso de la Profintern se niega a considerar este problema desde este prisma, si pierde esta oportunidad de lograr la unidad, entonces logrará con ello la escisión en el movimiento sindical internacional, una escisión que la Profintern inició desde el primer día de su existencia. Por supuesto, en caso de una negativa del Segundo Congreso de la Profintern, que habría decidido de antemano una escisión en contradicción con la idea de un frente revolucionario único, el Congreso de Berlín se verá obligado a unir firmemente entre sí a las organizaciones sindicales, que ya no pueden permanecer sin conexiones internacionales.

Al número de obreros organizados por el Consejo Central de Sindicatos de toda la Unión Soviética, es necesario unir los obreros reunidos por las organizaciones sindicalistas de Europa y América, sin las cuales, como bien sabéis, no es posible construir ninguna Internacional de verdad.

El Buró Ejecutivo, no queriendo entrar en polémica con este Buró, les envió una breve respuesta en la que exponía su demagogia e hipocresía. Esto es lo que les escribió el Buró Ejecutivo:

Para el camarada Rocker:

Hemos recibido tu extensa carta en la que intenta culparnos por la división del movimiento sindical revolucionario internacional. El papel lo aguanta todo y nadie puede impedirte hacer este tipo de afirmaciones. Dejemos en manos de los obreros revolucionarios de todos los países el juicio sobre quiénes dividen el frente único revolucionario: los que pretenden reunir a todos los obreros y crear una Internacional unida, o los que quieren crear a toda costa su propia pequeña Internacional de bolsillo. El Buró Ejecutivo no considera necesario entrar en conflicto con vosotros sobre este tema, esperando que los trabajadores que están en las filas de vuestras organizaciones se convenzan por ellos mismos de quién de nosotros tiene razón. El Buró Ejecutivo tampoco tiene intención de modificar su resolución.

El congreso de la Profintern tendrá lugar el 20 de noviembre. Allí tendremos la oportunidad de hablar con aquellos sindicalistas para quienes los intereses internacionales del proletariado son superiores a sus propios intereses y a los nacionales. No dudamos ni un momento que podremos llegar a un acuerdo con la mayor parte de los sindicalistas revolucionarios, y si hay algunos grupos que, en nombre de intereses particulares no tienen nada en común con la revolución, y prefieren permanecer fuera de la Profintern, eso es asunto suyo. La Internacional Sindical Roja es una organización de adhesión voluntaria y no obligatoria. Incluso creemos que la ausencia de algunos grupos en la Profintern no causará ningún daño, sino todo lo contrario”.

Saludos del Buró Ejecutivo de la Profintern,
Secretario General A. Lozovsky.

Esta carta fue publicada en los periódicos sindicalistas y provocó indignación por parte de muchos sindicalistas por la línea supuestamente divisiva de la Profintern. Así, pese a un año y medio de persuasión constante y continua de las organizaciones sindicalistas, los repetidos llamamientos a unirse a la Profintern y las numerosas aclaraciones de que nadie amenaza su autonomía, se considera como una actividad rupturista de la Profintern. Al mismo tiempo, la creación del Buró Internacional con el objetivo de organizar una nueva Internacional puramente revolucionaria se llama la lucha por la unidad del movimiento sindical internacional.

Del informe del Buró Ejecutivo de la Profintern y de su Congreso (19 de noviembre - 2 de diciembre de 1922 en Moscú).

Comintern y Profintern

La cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern estuvo, como es sabido, en el centro de los desacuerdos no sólo entre sindicalistas y comunistas, sino también entre los propios sindicalistas. La resolución del primer congreso sobre este asunto reza lo siguiente:

Considerando que el conflicto entre el trabajo y el capital en todos los países capitalistas, como resultado de la guerra mundial y la crisis, ha adquirido un carácter extremadamente agudo, despiadado y repulsivo; que en el proceso de esta lucha, las amplias masas obreras son cada día más conscientes de la necesidad de apartar a la burguesía del control de la producción y, por ende, del poder político; que tal resultado solo puede lograrse mediante el establecimiento de la dictadura del proletariado y el sistema comunista; que en la lucha por preservar la dictadura burguesa, todas las capas capitalistas ya han logrado una importante concentración y unificación de sus organizaciones nacionales e internacionales, tanto políticas como económicas, y se oponen a la embestida del proletariado con la fuerza unida de la burguesía, tanto en la defensa como en el ataque; que la lógica de la lucha de clases moderna exige la unificación más firme de las fuerzas proletarias en su lucha revolucionaria, determinando la necesidad de un estrecho contacto y una conexión orgánica entre las diversas formas de trabajo. Es altamente deseable que el movimiento revolucionario y la Tercera Internacional Comunista, la Internacional Sindical Roja, los partidos comunistas y los sindicatos revolucionarios, hagan todo lo posible para establecer, dentro del marco nacional, vínculos similares entre los partidos comunistas locales y los sindicatos revolucionarios por todos los medios posibles. Teniendo en cuenta lo anterior, el Congreso resuelve:

1) tomar todas las medidas para la más estrecha unificación de los sindicatos revolucionarios en una sola organización de lucha, con un único centro internacional dirigente: la Internacional Sindical Roja;

2) establecer vínculos lo más estrechos posibles con la Tercera Internacional Comunista, vanguardia del movimiento obrero revolucionario en todo el mundo, sobre la base de la representación mutua en los órganos ejecutivos de ambas Internacionales, reuniones conjuntas, etc.

3) dar a esta conexión un carácter orgánico y ejecutivo en la organización conjunta de acciones revolucionarias tanto a escala nacional como internacional.

4) El Congreso también enfatiza la necesidad de esforzarse por establecer una unidad revolucionaria real y estrecha de las organizaciones sindicales revolucionarias y establecer vínculos entre los sindicatos y el Partido Comunista en la implementación de las directivas de ambos congresos.

Sobre esta resolución del Congreso se escribieron muchos artículos y resoluciones, y los oponentes no se molestaron en averiguar cómo funcionaban en la práctica estas relaciones bilaterales. En la práctica, los hechos se sucedieron de la siguiente manera. Inmediatamente después del primer congreso, los órganos ejecutivos de la Comintern y de la Profintern celebraron una serie de reuniones conjuntas en las que se resolvieron tanto las cuestiones que concernían a todo el movimiento obrero en su conjunto como aquellas cuestiones en las que era necesario establecer relaciones precisas entre los partidos y los sindicatos de cualquier país. Junto con la Comintern, se lanzó un llamamiento al Congreso de Sindicatos de Cardiff, en el que se expuso nuestro punto de vista sobre las tareas del movimiento obrero en Inglaterra. Junto con la Comintern se hizo un llamamiento sobre la teatralización de desarme de Washington. Junto con la Comintern se escribieron otros numerosos llamamientos sobre cuestiones que afectaban al movimiento obrero de todos los países. Además, en reuniones especiales se discutieron conjuntamente los siguientes temas: 1) la relación entre el Partido Comunista de

Alemania y la Unión de Trabajo Manual e Intelectual; 2) sobre la labor del Partido Comunista Checoslovaco en los sindicatos; 3) sobre la relación entre el Partido Comunista de América y la Iniciativa Sindical de Educación y Cultura; 4) sobre el trabajo comunista y sindical en las naciones colonizadas y semicolonizadas; 5) sobre la lucha contra los militantes de Ámsterdam que expulsan a los comunistas de los sindicatos; 6) sobre las tesis del Partido Comunista Italiano en el movimiento sindical; 7) sobre el frente único de la clase obrera contra el avance del capital, etc. He aquí una lista aproximada de temas sobre los cuales la Comintern y la Profintern celebraron reuniones conjuntas.

¿Cómo se resolvieron estos problemas? Generalmente se resolvían mediante consensos. Las cuestiones mismas fueron planteadas por iniciativa de la Comintern o de la Profintern. Es completamente impensable que el Profintern resuelva, por ejemplo, la cuestión de las relaciones entre el Partido Comunista y los sindicatos de cualquier país sin la Comintern. El Partido Comunista es parte de la Comintern y las decisiones de la Profintern no son vinculantes para ellos. Mientras tanto, no hay un solo partido comunista que no trabaje en el movimiento sindical y en torno al cual no se agrupe una cierta minoría de sindicatos afiliados a la Profintern.

De esta manera, las minorías comunistas se incorporan a la Profintern. En parte, estas minorías comunistas son miembros del Partido Comunista y, por tanto, miembros de la Internacional Comunista. Si el sindicato puede determinar la línea de intervención de sus miembros, entonces para cambiar o aclarar la táctica del Partido Comunista en asuntos relacionados con el movimiento sindical, se requiere una decisión formal de la Comintern. Además del punto 10, ¿cómo podría el Partido Comunista emprender una campaña internacional sin la Comintern, si en muchos países los verdaderos dirigentes de los sindicatos revolucionarios son comunistas? El movimiento comunista está tan entrelazado con el movimiento sindical revolucionario que es completamente imposible separarlos. No se trata sólo de algo que ocurre en algunos países, la Profintern no puede proceder a resolver todos los problemas

exclusivamente desde el punto de vista de aquellos países en los que hay relaciones hostiles entre el Partido Comunista y los sindicatos revolucionarios. Así, de hecho, el trabajo de la Profintern se basó constantemente en la búsqueda de reuniones sistemáticas con la Comintern para organizar campañas conjuntas, acciones y desarrollar una línea unificada de acción práctica.

Así se desarrolló la relación entre la Comintern y la Profintern y, según la costumbre establecida, los miembros del Presidium de la Comintern tenían derecho a voto consultivo en las reuniones del Buró Ejecutivo de la Profintern, y los miembros del Buró Ejecutivo de la Profintern tenían derecho a voto consultivo en las reuniones del Presidium de la Comintern. Si examinamos las actas de las reuniones de la Comintern y la Profintern, veremos que este derecho sólo se utilizaba cuando había algunos asuntos de interés para ambas organizaciones.

Del informe del Buró Ejecutivo de la Profintern al II Congreso (19 de noviembre – 2 de diciembre de 1922, en Moscú).

Resolución del II Congreso de la Profintern

Profintern y Comintern

Teniendo en cuenta:

1. Que la tarea de la Profintern es unir a todos los trabajadores revolucionarios con el fin de luchar conjuntamente contra el capital y establecer la dictadura del proletariado.

2. Que este objetivo sólo puede alcanzarse si todos los luchadores por la revolución social están profundamente imbuidos del espíritu comunista.

3. Que la victoria del comunismo mismo sólo es posible a escala internacional, para lo cual es necesaria la conexión más estrecha y la coordinación de acciones entre la Comintern y la Profintern.

4. Que existen grupos de obreros de orientación sindicalista revolucionaria que se esfuerzan sinceramente por crear un frente único con los comunistas y que, al mismo tiempo, consideran que la representación mutua entre la Comintern y la Profintern, establecida por el I Congreso, no se corresponde con las tradiciones del movimiento obrero de sus países.

5. Que la Confederación Unitaria del Trabajo de Francia, representando este punto de vista, se pronuncia con decisión a favor de la cooperación militante entre la Comintern y los sindicatos y de una acción oportuna en todas las acciones defensivas y ofensivas contra el capital.

La delegación de sindicatos de Rusia, Alemania, Italia, Bulgaria, Polonia y España, manteniéndose de acuerdo a la necesidad incondicional del papel dirigente del Partido Comunista en cada país y de la Comintern a escala internacional, propone, sin embargo, encontrarse con los obreros revolucionarios de Francia a mitad de camino y aceptar la propuesta de la Confederación Unitaria del Trabajo, a fin de consolidar en este congreso un bloque entre todos los elemen-

tos revolucionarios de buena voluntad del movimiento sindical internacional, actuando bajo la bandera del derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de la dictadura del proletariado.

De la resolución adoptada por el IV Congreso de la Internacional Comunista sobre el Informe: *“Las tareas de los comunistas en el movimiento sindical”*

Anarquistas y comunistas

6. Paralelamente a la presión ejercida por los militantes de Ámsterdam sobre el movimiento sindical comunista, hubo también una “ofensiva” de los anarquistas sobre la Comintern, los partidos comunistas y las células comunistas en los sindicatos. Varias organizaciones anarcosindicalistas se manifestaron abiertamente como fervientes oponentes de la Internacional Comunista y de la Revolución rusa, a pesar de que en 1920 estas organizaciones se unieron solemnemente a la Comintern y declararon su devoción al proletariado ruso y a la Revolución de Octubre. Acciones similares se llevaron a cabo por parte de la Unión Italiana de Sindicalistas, de localistas alemanes, de anarcosindicalistas españoles y de grupos anarcosindicalistas individuales en Francia, Holanda, Suecia y Estados Unidos.

7. Bajo la consigna de la independencia del movimiento sindical frente a los narcisistas comunistas, varias organizaciones sindicalistas (el Secretariado Nacional de Trabajadores de Holanda, los Trabajadores Industriales del Mundo, la Unión Italiana de Sindicalistas, etc.) están empezando a excluir de sus organizaciones a los partidarios de la Profintern en general y a los comunistas en particular. Así, la consigna de la independencia del movimiento sindical se ha convertido en una consigna anticomunista, es decir, contrarrevolucionaria, y coincide con la de los militantes de Ámsterdam, quienes siguen la misma política bajo la bandera de la independencia, aunque todos saben que dependen de la burguesía internacional y nacional.

8. La acción de los anarquistas contra la Comintern, la Internacional Sindical Roja y la revolución rusa provocó la desintegración y la división en sus propias filas. Los mejores elementos obreros se opusieron a esta táctica. El anarquismo y el anarcosindicalismo se diferencian por la lucha entre varios grupos y corrientes, librando una lucha encarnizada a favor y en contra de la Profintern, a favor y en contra de la dictadura del proletariado, a favor y en contra de la revolución rusa.

Neutralismo e independencia.

9. La influencia de la burguesía sobre el proletariado encontró su expresión en la teoría de la neutralidad sindical, cuyo significado se reduce al hecho de que los sindicatos deben perseguir sólo tareas puramente corporativas, estrictamente económicas, sin plantearse amplios objetivos de clase. El neutralismo siempre ha sido una teoría puramente burguesa, contra la cual el marxismo revolucionario libró una lucha decisiva. Los sindicatos que no se fijan objetivos generales de clase, es decir, las tareas de derrocamiento del sistema capitalista son, a pesar de su composición proletaria, el mejor bastión del orden burgués y de su sistema.

10. Esta teoría del neutralismo se ha basado siempre en el hecho de que los sindicatos obreros deben ocuparse exclusivamente de la economía y en ningún caso interferir en la política. La burguesía siempre ha buscado distanciar la política de la economía, sabiendo muy bien que en la medida en que logre empujar a la clase trabajadora hacia los marcos corporativos, ningún peligro serio amenazará su dominio.

11. La división entre economía y política la llevan a cabo también elementos anarquistas que actúan en el movimiento sindical, que tratan de apartar al movimiento obrero de sus tareas políticas bajo el pretexto de que toda la política está dirigida contra los trabajadores. Esta teoría, fundamentalmente burguesa, se presenta bajo la bandera de la independencia, que se acepta como la oposición de los sindicatos a los partidos comunistas proletarios y una declaración

de lucha contra el movimiento obrero comunista en nombre de la misma notoria independencia y autonomía.

12. Esta lucha contra la “política” y los partidos políticos conduce a un estrechamiento del campo de acción del movimiento obrero y de las organizaciones obreras y a una lucha contra el comunismo, que es una forma concentrada de la conciencia de clase del proletariado. La independencia en todas sus formas, puramente anarquista y anarcosindicalista, es anticomunista. La teoría comunista es contraria a la teoría socialista y debe encontrar la resistencia más decisiva, porque, en el mejor de los casos, conduce a la independencia del comunismo y a la oposición de los sindicatos a los partidos comunistas y, en el peor, a una lucha encarnizada de las organizaciones sindicales contra el comunismo y la revolución social.

13. La teoría de la independencia, tal como la exponen los anarcosindicalistas franceses, italianos y españoles, es esencialmente una consigna de lucha del anarquismo contra el comunismo. Los comunistas en el movimiento sindical deben librar una lucha ideológica decisiva contra este deseo de imponer ideas anarquistas bajo la bandera de la independencia y de dividir el movimiento obrero unido en formas hostiles entre sí, lo que no puede sino retrasar y retardar la victoria de la clase obrera.

Sindicalismo y comunismo.

14. Los anarcosindicalistas confunden sindicatos con sindicalismo, presentando su partido anarcosindicalista como la verdadera y única organización revolucionaria que realizará las tareas generales de clase del proletariado. Un sindicato es una organización de masas no partidista que une a trabajadores de todas las direcciones, y el sindicalismo es una de las corrientes políticas dentro de esta organización. El sindicalismo, si bien representa un enorme paso adelante en comparación con la cosmovisión sindicalista, tiene sin embargo una serie de aspectos y tendencias extremadamente nocivas que deben provocar la resistencia ideológica más decidida.

15. Los comunistas no pueden ni deben, en nombre de principios anarcosindicalistas abstractos, renunciar a su derecho a organizar sus células y sus grupos en el seno de todas las organizaciones sindicales, cualquiera que sea su dirección. Nadie puede quitarles este derecho a los comunistas. No hace falta decir que los comunistas que trabajan dentro de las organizaciones sindicalistas deben coordinar sus acciones con aquella parte de los sindicalistas que ha tenido en cuenta la experiencia de la guerra y la revolución.

16. Los comunistas deben tomar la iniciativa de crear un bloque en los sindicatos con trabajadores revolucionarios de otras tendencias más cercanas a los comunistas en los sindicatos. El movimiento está dirigido por comunistas sindicalistas que defienden la necesidad de la dictadura del proletariado y defienden la necesidad de un Estado obrero contra los anarcosindicalistas. Pero la coordinación de acciones presupone la organización de los comunistas. Los comunistas dispersos y desorganizados no tienen posibilidad de coordinar sus acciones con nadie, porque no representan a ninguna organización seria.

17. Aplicando sus principios comunistas de la manera más decidida y consecuente, luchando contra la teoría anticomunista de la independencia y la separación de la política y la economía, concepto anarquista perjudicial para la clase obrera, los comunistas deben, dentro de las zonas sindicales de todas las tendencias y corrientes, esforzarse por coordinar su trabajo en la lucha práctica contra el reformismo y la verborrea anarcosindicalista con todos los elementos revolucionarios que defienden el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de la dictadura del proletariado.

18. En los países donde existen organizaciones sindicalistas revolucionarias serias (Francia) y donde, bajo la influencia de una serie de razones históricas, la desconfianza hacia los partidos políticos sigue dominando las mentes de ciertos estratos de los obreros revolucionarios, los comunistas, de acuerdo con los sindicalistas, construyen sobre el terreno, dependiendo de las características del país y del movimiento obrero, formas y métodos de lucha conjunta

y cooperación en todas las acciones defensivas y ofensivas contra el capital.

Comintern y Profintern

¿Cuál era la relación entre estas dos Internacionales? Relaciones de cooperación orgánica. Inmediatamente después de finalizar el II Congreso de la Profintern, por acuerdo entre las dos Internacionales, se creó un Comité de Acción Conjunta, que discutió todos los temas de interés para ambas organizaciones. Junto con la Comintern nos pronunciamos contra la ocupación del Ruhr, contra el fascismo y contra el peligro de la guerra. Ambas Internacionales participaron en las conferencias de Essen y Frankfurt y discutieron seguidamente toda una serie de cuestiones relacionadas con la táctica de los comunistas en el movimiento sindical de varios países. ¿A los anarcosindicalistas les parecerá bien o no? La Comintern representa una enorme fuerza revolucionaria que desempeña un papel destacado dentro de la oposición sindical en muchos países. Quien quiera introducir la unidad de acción en el movimiento sindical de oposición, quien quiera unir a todos los elementos revolucionarios sobre la base de la resolución que hemos adoptado, debe hacerlo junto con la Comintern, pues de lo contrario el núcleo principal del ala izquierda de los sindicatos puede encontrarse fuera de la esfera de influencia de la Profintern. Aquellos que idolatran las frases sobre la independencia, de las cuales hay muchas en los campos reformistas y anarquistas, deberían, sin embargo, aprender de los ejemplos de otras Internacionales. ¿Existe una conexión entre la Segunda Internacional y la Internacional de Ámsterdam? Formalmente no parece haber ninguna conexión, pero en esencia sí existe la conexión más estrecha entre estas dos Internacionales reformistas. Tienen la misma ideología, el mismo programa, las mismas tácticas y no pueden evitar ir juntas. ¿Existe una conexión entre los grupos anarquistas y no ha creado la Internacional Anarcosindicalista, con su ayuda, el vínculo más estrecho y orgánico? Basta saber exactamente lo que

escriben todos esos cretinos sobre la revolución rusa y sobre la Profinintern, para poder ver la absoluta similitud en la inutilidad de sus opiniones y la completa unidad en la inacción. Lo importante al final es que existe una cooperación orgánica entre la Comintern y la Profinintern, que se fijan los mismos objetivos: el derrocamiento del capitalismo y el establecimiento de la dictadura del proletariado. He aquí, por ejemplo, las cuestiones que fueron examinadas por el Comité de Acción Conjunta de la Comintern y la Profinintern:

1. Sobre el frente único.
2. La labor del Partido Comunista Italiano en los sindicatos.
3. Programa de acción del Partido Comunista Sueco.
4. Sobre la lucha contra el fascismo.
5. Frente internacional contra el fascismo.
6. Sobre el movimiento sindical en Noruega.
7. Sobre el movimiento sindical en Rumania.
8. Tácticas del Partido Comunista de México en el movimiento sindical.
9. Sobre la situación en Checoslovaquia.
10. Sobre la conferencia internacional en Frankfurt.
11. Cuestiones del movimiento sindical en España.
12. Trabajo de los Comités de Acción contra la Guerra y el Fascismo.
13. Ultimátum de los socialdemócratas finlandeses a la Confederación Panfinlandesa de Sindicatos.
14. Sobre la conferencia internacional de trabajadores del transporte.
15. Conflicto dentro del Partido Comunista Holandés sobre la cuestión de los métodos de trabajo en los sindicatos.
16. Sobre el peligro de una nueva guerra, etc.

Nos gustaría mucho saber cómo podría la Profinintern resolver de forma singular los problemas mencionados anteriormente. Si siguiéramos el camino que nos proponen los adversarios de la Profinintern en Francia, sabotearíamos el desarrollo del movimiento obrero

revolucionario. Dejamos este asunto tan indigno a nuestros oponentes. El sindicalismo debe seguir el camino que trazó el II Congreso.

Del informe del Buró Ejecutivo de la Profintern: III Sesión del Consejo Central de la Profintern (del 25 de junio al 3 de julio de 1923 en Moscú).

La Profintern y los anarcosindicalistas

Las decisiones del II Congreso de la Profintern sentaron las bases para la actuación del Buró Ejecutivo en esta materia. El II Congreso de la Profintern también llamó a todos los grupos anarcosindicalistas a no dividir el movimiento sindical revolucionario y a unirse a la Internacional Sindical Roja. Pero en los círculos anarcosindicalistas, la hostilidad hacia la Profintern y la revolución rusa está creciendo. Todos los grupos anarquistas continuaron su campaña de mentiras y engaños contra la Profintern, quejándose al mismo tiempo de la falta de voluntad de ésta para crear un frente unido con su Internacional. Sin embargo, esto no es cierto. Todas las organizaciones de trabajadores fueron invitadas a participar en la Conferencia Internacional de Frankfurt. Luego, la Internacional Anarcosindicalista recibió una invitación especial para enviar a su representante al Comité Internacional de Propaganda y Acción. Para mostrar la total imposibilidad, a pesar de nuestro ardiente deseo, de una acción conjunta con los dirigentes de los grupos anarquistas, pondré el siguiente ejemplo. La Unión de Anarquistas de Francia presentó al Comité de Acción contra la Guerra y el Imperialismo, del que es miembro, un proyecto de declaración, que presentaron íntegramente en vista de su excepcional confusión y carácter contrarrevolucionario: “El Comité de Acción contra el Imperialismo y la Guerra, fundado con el objetivo de concentrar todos los esfuerzos revolucionarios contra la guerra, sea cual sea su origen, declara que no considera posible en ningún caso ponerse del lado de uno u otro de los beligerantes, bajo el pretexto de que libra una guerra defensiva, de que representa la cultura, o la civilización, o la libertad, o el proletariado”. Dirigiéndose a los proletarios de todos los países, el Comité de Acción les dice: “En caso de movilización, levántate contra tu gobierno para destruir los instrumentos de guerra llamados Estado y ejército. Reafirma tu solidaridad como trabajador frente a las órdenes de los instigadores y asesinos. Mediante la huelga general y la insurrección económica, haz imposible que surjan acciones hostiles a escala internacional.”

En estas condiciones, el Comité de Acción contra el Imperialismo y la Guerra no puede admitir en su seno organizaciones y partidos que acepten los principios siguientes:

1. Cooperación de clases.
2. Reconocimiento de la defensa nacional.

¿Qué significa esta resolución, propuesta al Comité de Acción como plataforma en relación con el conflicto anglo-ruso? Los embrollos anarquistas niegan aquí, ni más ni menos, el derecho del proletariado ruso a defenderse de los ataques imperialistas y el deber de los trabajadores de todos los países de apoyar al proletariado ruso en su lucha. Si la resolución está redactada de manera tan dogmática es porque tenían miedo de decir abiertamente delante de los obreros franceses: “No queremos defender a la Rusia soviética”. Equiparar la guerra imperialista con la guerra de la clase obrera para preservar sus conquistas, enredar la defensa nacional en el Estado imperialista, y todo esto en nombre de preservar su anticuada teoría de la igualdad de todos los Estados y regímenes; sólo los anarquistas confundidos en un océano de abstracciones podrían pensar en esto. ¿Qué significan las dos últimas condiciones que establecen? ¿De qué tipo de cooperación de clases están hablando? Los anarquistas llaman colaboración de clases a la colaboración de los obreros franceses con el gobierno revolucionario soviético, con la Comintern y la Profintern, y estos idiotas creen que sobre la base de semejante plataforma se puede hacer algo. Cuando el Comité de Acción Francés contra la Guerra y el Imperialismo se pronunció contra su declaración contrarrevolucionaria, abandonaron este Comité. La pregunta es ¿cómo podemos establecer un frente unido con esta gente? Si los anarquistas y anarcosindicalistas piensan agruparse en este tipo de plataforma, entonces declaramos abiertamente que lucharemos contra ellos como claros contrarrevolucionarios. Es cierto que éste es el punto de vista del ala más reaccionaria del anarcosindicalismo. Los obreros anarcosindicalistas no llegaron a hacer cosas tan horri-

bles y estamos seguros de que ninguna organización verdaderamente proletaria puede adoptar ese punto de vista. Nosotros, por nuestra parte, hicimos todo lo posible para entrar en contacto permanente con todas las organizaciones anarcosindicalistas de todos los países, pero nuestras propuestas comerciales, incluso de información mutua, fueron recibidas con una actitud hostil. Esta posición fue adoptada por los Trabajadores Industriales del Mundo de América, los anarcosindicalistas de Argentina, Suecia, Holanda y España. Pero éstas fueron sólo acciones hostiles por parte de los altos dirigentes. Entre los trabajadores de estas organizaciones existe una gran cercanía hacia la Profintern, lo cual quedó demostrado en la última votación en la organización sindicalista de Holanda, donde los partidarios de la Profintern obtuvieron mayoría. Los trabajadores comprenden perfectamente que un frente único sólo puede crearse sobre la base de la lucha revolucionaria, de acciones revolucionarias y no de consignas revolucionarias y por eso aprietan cada vez más a las organizaciones anarcosindicalistas y un porcentaje cada vez mayor de los trabajadores que quedan en sus organizaciones se adhieren a la plataforma de la Profintern.

Del informe del Buró Ejecutivo de los Representantes de la III Sesión del Consejo Central de la Profintern. 25 de junio - 3 de julio de 1923, en Moscú.

10 AÑOS DE PROFINTERN

I. La crisis de 1920 y la crisis de 1930

La Profintern surgió en medio de la aguda crisis económica y política de posguerra que castigó a los principales Estados capitalistas de Europa y desencadenó intensos conflictos de clase en numerosos países. La década de la Profintern coincide con el desarrollo de una nueva crisis económica que, a diferencia de la de 1920, afecta a un número significativamente mayor de países y se extiende mucho más allá de Europa. Entre mediados de la década de 1920 y mediados de la de 1930 ha tenido lugar un periodo de enormes enfrentamientos de clases, un periodo plagado de conflictos sociales de todo tipo, con numerosas revoluciones en países coloniales y semicoloniales, y marcado por una intensificación de la lucha de clases. La primera pregunta que debemos responder para comprender correctamente el desarrollo de la Internacional Sindical Roja es cuál es la principal diferencia entre la crisis de 1920 y la de 1930.

La crisis económica y política de 1920, provocada por la guerra que desencadenó la crisis general del capitalismo, fue más intensa, con conflictos de clase más agudos y una mayor profundidad e intensidad en las luchas de clases que la actual. En aquel entonces, varios países se encontraban bajo una coyuntura revolucionaria, mientras que la crisis económica actual aún no ha derivado en una situación revolucionaria directa, y la intensidad de los conflictos de clase no es tan aguda como hace diez años. En aquel entonces, existía un contexto revolucionario y ahora hay un auge del movimiento revolucionario. Pero en términos de alcance y

magnitud del movimiento, la situación actual es más favorable desde el punto de vista del desarrollo del movimiento revolucionario. En aquel entonces, nos enfrentamos a una crisis revolucionaria europea, que afectaba principalmente a los países de Europa Central. Ahora, nos enfrentamos a una crisis económica mundial, una crisis que se extiende por todo el mundo capitalista y colonial y por todos los continentes. En aquel entonces, una ola revolucionaria recorrió Europa Central. Un auge revolucionario se extiende ahora por todo el mundo capitalista y colonial. En el momento del surgimiento de la Profintern el «factor subjetivo» aún era débil, es decir, los partidos comunistas y los sindicatos revolucionarios aún eran débiles, todavía estaban en sus inicios. La Comintern había surgido de manera reciente, la Profintern apenas comenzaba a tomar forma, mientras que a día de hoy, a lo largo de esta década podemos apreciar un componente subjetivo significativamente formado, desarrollado, establecido y consolidado ideológica y organizativamente en todos los países, así como el crecimiento de partidos comunistas y sindicatos revolucionarios en todo el mundo. Esto es lo que distingue la situación de 1920, cuando la Profintern estaba surgiendo, de la situación de 1930, tras sus diez años de existencia.

II. Los motivos para la creación de la Profintern

La principal razón que propició el surgimiento de la Profintern fue el colapso de las internacionales socialistas y sindicales desde el primer día de la guerra y el hundimiento total del llamado socialismo oficial. La ideología bélica, las políticas de guerra de la socialdemocracia y los sindicatos reformistas, entre otros factores, condujeron a la destrucción de las internacionales de preguerra y a la diferenciación política dentro de la clase obrera. Surgieron pequeñas células y grupos dentro de los antiguos partidos socialdemócratas y sindicatos, adoptando una postura internacionalista antibélica y oponiéndose a la colaboración entre clases, abogando por la continuación de la lucha de clases incluso

durante la guerra. Estos grupos, que gozaron de considerable influencia, se convirtieron en centros de gravedad del sentimiento internacionalista dentro de la clase obrera. Todas las fuerzas que convergieron durante la guerra en torno a la lucha contra la guerra imperialista, todos los grupos que se formaron durante la guerra en la lucha contra la paz civil, por la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil, sirvieron de base para la creación de la Comintern. Estos mismos grupos, luego organizaciones, partidos, secciones sindicales y sindicatos enteros, fueron los promotores y organizadores de la Profintern.

Otro motivo para el surgimiento de la Internacional Sindical Roja fue el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia y la irrupción del movimiento sindical comunista soviético en la escena histórica; el nacimiento de un nuevo sindicalismo que participó activamente en la lucha por el poder y contra todo el mundo imperialista. Esto, inevitablemente, impulsó la convergencia, primero ideológica y luego organizativa, de todas las fuerzas del auténtico movimiento sindical de clase en torno a una plataforma revolucionaria y reivindicaciones de clase revolucionarias.

La tercera razón para el surgimiento de la Profintern fue que la internacional sindical, que comenzó a restablecerse inmediatamente después de la guerra (en julio de 1919) en el congreso de Ámsterdam y conocida como la Internacional Sindical de Ámsterdam, resultó ser un remanente de la Sociedad de Naciones, su apéndice y su órgano de trabajo. Desde sus comienzos, la Internacional de Ámsterdam representó una suma de secciones nacionales, en la que cada cual velaba por los intereses de su propia burguesía. Si durante la guerra la colaboración de clase con la propia burguesía nacional se justificaba por la necesidad de salvar la patria, después de la guerra incluso esta excusa desapareció. Después de la guerra la socialdemocracia internacional ya había formulado nuevas teorías y dejó de disfrazar la colaboración de clases bajo retórica socialista. La nueva internacional sindical fue, desde sus inicios, una rama de la Sociedad de Naciones, lo que inevitablemente alienó a importantes grupos de trabajadores que,

basándose en la colaboración de clases, debían seguir la línea de la lucha de clases y orientarse hacia Moscú.

Finalmente, la causa última del surgimiento de la Profintern fue la creación de la Comintern en marzo de 1919, la unificación del Partido Comunista y sus diversos grupos bajo la bandera del bolchevismo. La necesidad de crear también una referencia sindical que uniera a todas las fuerzas revolucionarias dentro del movimiento sindical mundial se hizo evidente y se convirtió en una necesidad apremiante del movimiento obrero internacional.

III. La influencia revolucionaria de la Comintern

Es preciso tener en cuenta que, en el momento de la fundación de la Comintern, no existían partidos comunistas plenamente formados fuera de la Rusia soviética y los países que se habían independizado de ella (Polonia, Letonia, etc.). La mayor organización comunista era la Unión Espartaquista en Alemania pero, incluso esta, a pesar de su espíritu revolucionario, dedicación y profunda entrega a la causa de la clase trabajadora, presentaba numerosas debilidades y prejuicios, y distaba mucho de ser una organización bolchevique. En otros países solo existían organizaciones incipientes, surgidas tras las Conferencias de Zimmerwald y Kienthal, que apenas comenzaban a consolidarse después de la Revolución de Octubre. La mayoría de las organizaciones afines a la Comintern, Moscú y la Revolución de Octubre surgieron de la antigua socialdemocracia, por lo que el surgimiento de la Comintern marcó, a su vez, el inicio de una profunda diferenciación política entre las masas. Por primera vez, se desarrolló un programa bolchevique a escala internacional y se elaboraron los principios de la táctica bolchevique para el movimiento obrero de todos los países.

El surgimiento de la Comintern fue posible gracias al triunfo de la Revolución de Octubre. La diferenciación entre las masas se daba generalmente bajo las consignas de “A favor de la Comintern”, “A favor de Moscú”, “A favor de la Revolución de Octubre” o “En contra

de la Comintern”, “En contra de la Revolución de Octubre”, etc. En aquel entonces, como ahora, la Comintern y la Revolución de Octubre estaban estrechamente unidas, y la lucha dentro del movimiento obrero internacional a favor o en contra de la Comintern (y posteriormente a favor o en contra de la Profintern) solía adoptar la forma de una lucha a favor o en contra de la dictadura del proletariado, a favor o en contra de la Revolución de Octubre. Así, el surgimiento de la Comintern catalizó la formación del Partido Comunista, su unificación ideológica y la consolidación de las fuerzas del comunismo. Por otro lado, la creación de la Comintern puso de manifiesto a todos aquellos elementos en las profundidades de las organizaciones revolucionarias que, adoptando la fraseología comunista y revolucionaria e incluso autodenominándose como “comunistas”, de hecho, siguieron una línea anticomunista. El período de 1919 a 1920 se caracteriza por el hecho de que muchas organizaciones importantes, debido a la agitación revolucionaria entre las masas y al odio que la socialdemocracia había despertado entre los trabajadores, recurrieron a Moscú. Los líderes de estas organizaciones, opositores al programa y las tácticas revolucionarias de la Comintern, se vieron obligados, con fines de maniobra y camuflaje, a negociar con la Comintern. Entre estas organizaciones se encontraban, por ejemplo, el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, el Partido Laborista Independiente de Inglaterra y otras presionadas por sus miembros para negociar con la Comintern. Posteriormente, crearon una organización que pasó a la historia como la “Internacional Dos y Media”¹⁰. Pero el hecho de que importantes líderes, claramente socialdemócratas, que diferían muy poco de los líderes oficiales de la socialdemocracia, se vieran obligados a negociar con la Comintern durante muchos meses, da muestra de la intensidad del clima revolucionario. Todo ello, caracteriza el grado

¹⁰ Conocida formalmente como la Unión de Partidos Socialistas para la Acción Internacional

de descontento y el estado de ánimo que existía entre las amplias masas de los países capitalistas de aquella época.

IV. El nacimiento de la Profintern

Fue en este contexto general que la Profintern comenzó a tomar forma. El pretexto formal para su fundación fue la llegada de varias delegaciones obreras a la Unión Soviética en 1920 y sus negociaciones con los sindicatos soviéticos y la Comintern. Delegaciones de sindicatos británicos, italianos, franceses, yugoslavos, búlgaros y españoles llegaron a la Rusia soviética. Estas fueron las primeras delegaciones en romper las alambradas que rodeaban la Unión Soviética tras el Primer Congreso de la Comintern. Para comprender la tensión que reinaba en aquel entonces, basta decir que entre estos delegados, que pronunciaron discursos de marcada izquierda, se encontraban figuras como D'Aragona, Purcell y otros. D'Aragona se encuentra ahora en las filas del fascismo, Purcell en las del socialfascismo, y todos los demás en las filas de los opositores a la Profintern y a la Revolución de Octubre. Pero en aquel período, estos elementos de «izquierda», al cruzar las fronteras soviéticas, sentían en sus corazones una especie de fervor casi sagrado, y al llegar a Moscú comenzaron a pronunciar discursos revolucionarios. Es cierto que, al partir de Moscú, ese fervor revolucionario se apagó en ellos, y a medida que se alejaban del territorio soviético, el reformismo resurgió. Pero, en cualquier caso, en aquel entonces había muchos reformistas, tanto antiguos como futuros, dispuestos a firmar declaraciones revolucionarias y a hacer toda clase de promesas que, por supuesto, sabían que no cumplirían.

La primera reunión, que fue, por así decirlo, el punto de partida de la Profintern, tuvo lugar el 16 de junio de 1920 entre sindicatos soviéticos y representantes de sindicatos italianos e ingleses. En esta reunión se debatió la cuestión de si debería crearse un centro internacional para el movimiento sindical y, en caso afirmativo, de qué tipo de centro debería tratarse. Los representantes de los

sindicatos soviéticos defendieron la idea de que los sindicatos revolucionarios debían unirse e integrarse en la Tercera Internacional como una sección. A esta postura se opusieron D'Aragona, Bianchi, así como Purcell y Robert Williams, quien entonces representaba el ala izquierda de la delegación británica. Tras un largo debate, Williams (actualmente director del *Daily Herald*) formuló su propuesta, que resultó bastante revolucionaria no solo para su época, sino también para la actualidad, especialmente considerando la evolución de su autor. He aquí la propuesta, presentada en contraposición a la nuestra y la cual apoyamos:

Esta conferencia no oficial de los líderes revolucionarios del movimiento sindical militante de Gran Bretaña, Rusia e Italia, reconociendo la incapacidad de la asociación internacional de sindicatos existente para liderar la lucha de clases y derrocar a la burguesía internacional mediante la dictadura del proletariado, resuelve convocar una conferencia más completa y representativa de los trabajadores sindicalizados revolucionarios para el establecimiento de una auténtica internacional sindical, libre de cualquier vínculo con la Sociedad de Naciones capitalista y de los supuestos líderes del movimiento obrero, que actuaron como socialpatriotas y chovinistas durante la guerra mundial y continúan aplicando la misma política en la actualidad.

Así, votamos a favor de esta formulación, pero resultó que nosotros, que firmamos la fórmula de Robert Williams, ejecutamos esta resolución con vehemencia, mientras que Robert Williams, junto con otros, renunció a su propuesta y ahora está del otro lado de la barricada.

Esta reunión, sin embargo, no tuvo consecuencias organizativas inmediatas. Tras ella, se iniciaron negociaciones más extensas con representantes de sindicatos y organizaciones sindicalistas italianas, españolas, búlgaras, yugoslavas y francesas, quienes se

encontraban en Moscú con motivo del II Congreso de la Comintern. Estas negociaciones están documentadas y su esencia se puede resumir en dos cuestiones. Nosotros, representantes de los sindicatos soviéticos, durante nuestras negociaciones con todos estos invitados encontramos oposición tanto de la derecha como de la izquierda, si es que cabe hablar de izquierdismo entre los sectores anarquistas. Por un lado, los representantes de las organizaciones sindicalistas se negaban rotundamente a reconocer el principio de la dictadura del proletariado para la nueva internacional y se oponían firmemente a cualquier vínculo entre la Profintern y la Comintern, pues defendían la independencia de los sindicatos. Reconocían la primacía de la economía sobre la política, negaban la necesidad de un Partido Comunista para llevar a cabo una revolución social y afirmaban que los propios sindicatos harían la revolución y la llevarían a buen término.

Por otro lado, D'Aragona y sus aliados se oponían a la dictadura del proletariado por razones completamente distintas a las de los anarcosindicalistas. Estos últimos, al menos en principio, abogaban por la revolución, el derrocamiento de la burguesía, etc. D'Aragona, sin embargo, temía cualquier formulación definitiva. No le habría importado firmar una fórmula sobre la propaganda de los métodos de acción revolucionarios, pero se negaba a firmar propuestas más claramente definidas. Nuestras reuniones con los delegados italianos, que en aquel entonces representaban una gran organización con más de dos millones de miembros y, por lo tanto, sin duda ejercían mayor influencia que los representantes de organizaciones más pequeñas, duraron nada menos que dos semanas. La situación resultaba aún más curiosa porque el Partido Socialista, al que pertenecían D'Aragona y compañía, estaba afiliado a la Comintern. Aunque se trataba más bien de una adhesión formal, el Partido Socialista Italiano era, no obstante, una sección de la Comintern. Y los miembros de un partido afín a la Comintern temían firmar una cláusula que hablara de la dictadura del proletariado. Cuando las negociaciones se estancaron, le dije a D'Aragona que, si las cosas seguían así, nos veríamos obligados a

oponernos abiertamente a él y enfrentarnos directamente al proletariado italiano, argumentando que, como miembros de una sección de la Comintern, estaban contraviniendo los principios fundamentales de la misma. Serrati, el líder del Partido Socialista Italiano por aquel entonces, se comprometió a redactar una resolución de término medio que satisficiera a todos. Este redactó una resolución mejor que la propuesta por D'Aragona, pero tampoco nos llegó a satisfacer del todo. Habíamos llegado a un punto muerto. Entonces acudí a Lenin en busca de consejo: ¿debíamos ceder en la redacción del acta fundacional del centro que estábamos creando, o debíamos seguir adelante sin modificar ni una sola palabra? Lenin, tras leer el documento redactado por Serrati y que ya habíamos modificado ligeramente, dijo: «Sí, ciertamente hay muchas cosas que no están claras, pero aun así, no deberíamos desistir por esto. Firma tú y lo aclararemos después».

El consejo fue, sin duda, acertado. Posteriormente, logramos una mayor claridad, tanto a favor como en contra de D'Aragona. Si examinamos ahora el acta fundacional que firmamos, podemos observar ciertos rasgos de compromiso. Sin embargo, era justo lo que necesitábamos. Conseguimos que, en esta acta fundacional básica sobre la creación del Consejo Internacional de Sindicatos Revolucionarios, si bien de forma poco contundente, se hablara de la lucha de clases revolucionaria, de la lucha por la dictadura del proletariado, de la lucha contra la Internacional de Ámsterdam y de la creación de un centro internacional para el sindicalismo. Y esto, por supuesto, era lo más importante. La experiencia demostró más tarde que, en la lucha contra todas las tendencias hostiles de derecha e izquierda, este embrión del Profintern, que entonces ostentaba el nombre de "Consejo Internacional de Sindicatos Revolucionarios e Industriales", forjara su ideología y formulara sus principios con la máxima claridad y certeza.

En cualquier caso, incluso entonces, en el mismo nacimiento de la Profintern, se libraba en su seno una lucha en torno al principio de la dictadura del proletariado, la relación entre el partido y los sindicatos, la valoración del antiguo movimiento sindical

prerrevolucionario, etc. Nuestra línea fue objeto de críticas desde diversos frentes y por diferentes motivos, pero, no obstante, el 15 de julio de 1920 se firmó el acta fundacional. Así nació un nuevo centro sindical revolucionario, del que surgió la Profintern.

V. La acumulación de fuerzas.

El nuevo centro sindical fue rechazado por sus enemigos desde el principio. El Consejo Internacional de Sindicatos Revolucionarios anunció su disolución en un manifiesto que, junto con la declaración mencionada anteriormente, constituye el acta constitutiva de la Internacional Roja de Sindicatos o Profintern. Los de Ámsterdam, desde la cima de su supuesta «grandeza», declararon que este Consejo Internacional de Sindicatos Revolucionarios era una invención y que las personas serias no debían prestar atención a este Consejo Intersindical, cuya creación, composición y existencia se desconocían. Cabe recordar que, en el momento de la creación del Consejo Internacional de Sindicatos, la Internacional de Ámsterdam contaba con 24 millones de miembros, y desde esta posición dominante intentó hostigar a la nueva, joven y dinámica organización. La Internacional de Ámsterdam aplicó la misma política hacia la Profintern y los sindicatos soviéticos que las potencias imperialistas hacia el gobierno soviético. Las potencias imperialistas no reconocían a la URSS (entonces RSFSR), y la Internacional de Ámsterdam «no nos reconocía». Sin embargo, la Unión Soviética no dejó de existir, al igual que el movimiento sindical revolucionario. El nacimiento fue difícil, el parto doloroso, pero el niño nació, y desde su primer día, el Consejo Sindical Internacional libró una lucha decidida y enérgica para llegar a las masas.

El primer período de la existencia de la Profintern fue una época de agitación frenética. Durante este tiempo, cuando aún era necesario informar a las más amplias masas de nuestra existencia, haciendo prevalecer nuestros principios fundamentales —lucha de clases o colaboración de clases, dictadura del proletariado o

dictadura de la burguesía, internacionalismo o socialimperialismo, Rusia roja o blanca, Moscú o Ámsterdam—, inundamos al mundo entero con encendidos llamamientos. En el informe elaborado para el I Congreso de la Profintern, se puede encontrar un gran número de llamamientos, confesiones y un manifiesto, en el que compartíamos, por así decirlo, todo el fundamentalismo y el fervor de la línea de la Internacional de Ámsterdam. Entre estos manifiestos, hay muchos que fueron publicados por la Comintern y la Profintern. Entre ellos se encuentra el famoso manifiesto «Amarillo de los Rojos», también firmado por Lenin, un manifiesto con el que nos dirigimos al Segundo Congreso de la Internacional de Ámsterdam, exponiendo nuestra posición contra la línea de Ámsterdam.

El primer período en la historia de la Profintern fue una época de creciente fuerza. El mero surgimiento de una nueva Internacional conmovió a importantes masas de trabajadores. Todas las organizaciones sindicales revolucionarias de diversas tendencias ideológicas y políticas acudieron a Moscú: los Trabajadores Industriales del Mundo de Estados Unidos, grupos anarcosindicalistas, organizaciones de Francia, Alemania, España, Italia y los Países Bajos, y grupos puramente anarquistas. Todas estas y otras agrupaciones revolucionarias dentro del movimiento sindical comenzaron a establecer relaciones con nosotros, manifestando su deseo de unirse a la nueva Internacional revolucionaria.

Pero a medida que diversos grupos comenzaron a congregarse en torno a la Profintern, surgieron diferencias ideológicas dentro de la misma y afloraron cuestiones que más tarde alimentarían una feroz lucha ideológica durante varios años. En este sentido, el I Congreso Constituyente de la Profintern resulta particularmente interesante. El Congreso se caracterizó por una enorme diversidad ideológica y política. Las diversas organizaciones revolucionarias reunidas en torno a la Profintern se vieron obligadas a exponer sus programas en el Primer Congreso.

VI. La lucha contra los anarcosindicalistas

El congreso fue escenario de una feroz lucha ideológica, principalmente entre anarcosindicalistas y comunistas. Elementos de derecha, representados por miembros de la Confederación Italiana del Trabajo, también estuvieron presentes, pero su participación fue mínima. La Confederación General Italiana del Trabajo, que constituía el ala derechista en el I Congreso de la Profintern, adoptó una posición defensiva, mientras que los anarcosindicalistas, los sindicalistas revolucionarios y los Trabajadores Industriales del Mundo intentaron pasar a la ofensiva contra toda nuestra línea.

El Congreso Fundacional debía producir algo más que el Consejo Sindical Internacional. Una breve declaración de diez puntos podría haber bastado, pero el I Congreso necesitaba desarrollar una línea táctica, establecer directrices para cuestiones organizativas y formalizar la estructura organizativa de los sindicatos revolucionarios y las minorías, así como su relación con la Comintern y los Partidos Comunistas. Al iniciar la formación ideológica y política de la Profintern, desarrollando una línea táctica y organizativa, surgieron conflictos, inevitables en la cristalización de nuestra política sindical comunista y en la formulación de nuestros principios comunistas en el ámbito del sindicalismo.

Las resoluciones del I Congreso siguen teniendo aún hoy un gran interés. ¿Qué se encontraba en el centro de la lucha ideológica durante el I Congreso? La cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern. Esto significa que la lucha giraba en torno a los problemas: partido y sindicatos, economía y política, es decir, en torno a todas aquellas cuestiones que siempre han separado a los sindicalistas y a los comunistas. Estas cuestiones debían plantearse en el I Congreso con la máxima claridad, ya que no se trataba de los sindicalistas que estaban presentes en el congreso, sino de los trabajadores que aún seguían a esos sindicalistas, que se orientaban hacia Moscú como centro revolucionario.

Los representantes de los sindicatos franceses, los sindicalistas y unionistas de Alemania, los Trabajadores Industriales del Mundo de Estados Unidos y Canadá: todos actuaron como un frente único contra nuestra posición sobre las relaciones entre la Comintern y la Profintern. El pretexto para ello fue que introdujimos en nuestros estatutos un párrafo sobre la representación mutua en los comités ejecutivos de la Comintern y la Profintern. Este fue el punto central contra el cual se dirigió el ataque de todos los sindicalistas, quienes declaraban que bajo ninguna circunstancia podían permitir la «subordinación de los sindicatos a los partidos comunistas». En toda una serie de intervenciones de franceses, españoles, etc., nos enfrentamos al sindicalismo en su forma más pura.

La teoría del sindicalismo, como bien saben, consiste en que el partido comunista, al igual que cualquier partido político en general, es algo que se encuentra fuera de la clase obrera y, por lo tanto, el partido comunista no puede ni debe pretender dirigirla. A todas nuestras indicaciones de que el partido revolucionario es el dirigente de la clase obrera, de que solo él puede encabezar el movimiento de las masas trabajadoras en la lucha contra el capitalismo y de que sin el establecimiento de la dictadura del proletariado la victoria es imposible, ellos responden reiteradamente que «no es el partido, sino los sindicatos, los que llevan la lucha de clases y la llevarán hasta el final; que no hace falta ninguna dictadura del proletariado, porque la dictadura y todo Estado son un mal».

Citaré un fragmento de la intervención del delegado Sirol, quien entonces expresó de manera más clara el punto de vista de los sindicalistas en el I Congreso. Es cierto que este orador hoy ya se encuentra con los reformistas, pero esto no debe sorprender. Hay muchos desertores del sindicalismo al reformismo. No obstante, lo que dijo entonces caracteriza un determinado modo de pensar de los sindicalistas franceses y de los sindicalistas de otros países. Esto es lo que decía Sirol, representante de los ferroviarios franceses, en el I Congreso de la Profintern:

Nosotros, los representantes del movimiento sindical francés, evaluamos la coyuntura actual en el sentido de que nuestro sistema de sindicatos, por sus formas organizativas, por su aparato administrativo, en virtud de su estructura basada en el principio territorial, puede incluso mañana, a través de sus federaciones de producción y de las uniones locales, establecer en nuestro país un régimen proletario, en el cual la organización sindical se convertirá en la administradora de su destino, podrá consolidar su victoria y encontrará en su propio seno todas aquellas fuerzas, físicas y morales, que le garantizarán la posibilidad de un desarrollo en última instancia.

De este modo, el sindicato dirige la revolución, lleva la causa hasta la victoria y después se coloca al frente de la producción y de la distribución. Para el partido, para el poder soviético y para el Estado proletario, como pueden ver, no queda lugar alguno.

Podría citar toda una serie de pasajes de los discursos de otros delegados, pero la esencia sindicalista queda aquí expresada de manera exhaustiva. Citaré aún unas cuantas líneas más del discurso del mismo orador, que dan una imagen definitiva de la postura de los sindicalistas frente a la Comintern:

La necesidad de nuestra independencia respecto de la Comintern proviene de motivos mucho más elevados que aquellos que se nos atribuyen. Consideramos que la revolución, los intereses de la revolución, están muy por encima de los intereses del partido. Y el desarrollo de la revolución mundial no debe subordinarse a los intereses de un solo partido, sino que debe confiarse a los revolucionarios de todo el mundo.

Esto, camaradas, es muy impreciso y muy débil, pero es precisamente el sindicalismo puro, que «se basta a sí mismo». El sindicalismo nunca ha padecido de un exceso de precisión ni de un exceso de claridad.

La cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern estuvo en el centro de atención del I Congreso y le imprimió un carácter particular. Toda una serie de delegaciones (de los sindicalistas) votaron contra aquellos puntos de nuestras resoluciones en los que hablábamos de la dictadura del proletariado y de las relaciones con la Comintern y con los partidos comunistas. Precisamente porque la lucha se concentró en torno a esta cuestión, el conjunto de los problemas tácticos planteados en este congreso no fue sometido a un examen suficientemente completo.

Y, sin embargo, en el congreso constituyente fue necesario plantear todos los problemas fundamentales del movimiento sindical revolucionario internacional: los sindicatos antes, durante y después de la guerra; el neutralismo; la independencia y el socialismo; el trabajo en los viejos sindicatos; el problema de los comités de fábrica y del control obrero; los sindicatos de la rama industrial; los comités internacionales de propaganda; las condiciones de admisión en la Profintern; los métodos y formas de lucha; la incorporación de las mujeres y de la juventud a los sindicatos; nuestra táctica respecto del movimiento obrero en los países coloniales y orientales; el programa de acción, etc. Esta enumeración de cuestiones da testimonio de que el I Congreso sentó efectivamente las bases de una Internacional sindical revolucionaria, proporcionando al movimiento sindical revolucionario internacional un programa y una táctica clara.

El I Congreso fue constituyente no solo en el sentido formal, sino también desde el punto de vista ideológico y político. En su resolución sobre la táctica y en la resolución sobre la cuestión organizativa se definió la línea que seguimos manteniendo hoy, en el décimo aniversario de la Profintern. El contenido político del I Congreso consistió en la reafirmación con toda determinación contra la colaboración de clases, contra el reformismo y, por otra parte, opuso a la fraseología sindicalista una política comunista definida en el movimiento sindical. Por ello, el congreso elaboró una resolución detallada no solo sobre las cuestiones tácticas, sino también sobre las cuestiones organizativas, ya que el problema

organizativo, como ustedes saben, es para el sindicalismo —puesto que apuesta por la espontaneidad y no por la organización— el problema más difícil de resolver.

VII. Las reivindicaciones parciales y el objetivo final

Para comprender hasta qué punto siguen siendo actuales las resoluciones del I Congreso, basta con familiarizarse con la manera en que en las resoluciones se abordan cuestiones como, por ejemplo, la relación entre las reivindicaciones parciales y el objetivo final, o la cuestión de qué es el problema organizativo. Planteamos en el I Congreso la cuestión de las reivindicaciones parciales y el objetivo final porque no solo los anarcosindicalistas, sino también algunos comunistas, consideraban que en una situación de agudización de la lucha de clases el problema de las reivindicaciones parciales desaparecía por completo y que era necesario luchar únicamente por los objetivos finales. Esta cuestión debía plantearse con la máxima claridad y precisión.

En la resolución del I Congreso, en el capítulo «Sobre los métodos y las formas de lucha», podemos leer que

El trabajo debe desarrollarse sobre la base de los conflictos concretos que movilizan profundamente a las masas. Una actitud desdeñosa e irrespetuoso hacia la lucha cotidiana, hacia los intereses materiales de los miembros del sindicato, puede conducir a la separación de las masas, a la apertura de un abismo entre la vanguardia y las densas columnas del ejército proletario. Por ello, la claridad en la lucha cotidiana, la capacidad de utilizarla desde el punto de vista del objetivo final, vinculándola con la lucha de clase general por la dictadura del proletariado, constituye la cuestión más importante de la táctica sindical.

A esta cuestión la Profintern volvió en numerosas ocasiones, especialmente durante el período de fuerte lucha contra los anarcosindicalistas, que nunca comprendieron la relación entre las

reivindicaciones parciales y el objetivo final. La tarea fundamental consistía en orientar a todas las organizaciones sindicales revolucionarias hacia las necesidades inmediatas de las masas. Precisamente por ello fue necesario reiterar una y otra vez planteamientos que a primera vista parecían elementales.

Así, el II Congreso de la Profintern, en su resolución sobre las tareas organizativas, dedicó toda una sección a la cuestión de las reivindicaciones parciales y el objetivo final. He aquí lo que se dice en las decisiones del II Congreso de la Profintern:

La elaboración de un programa de acción para cada país y para cada rama de la producción debe ser la tarea más importante de los partidarios de la Profintern. Es necesario emprender la lucha más decidida contra el intento de presentar la lucha por las reivindicaciones parciales como una desviación de los principios revolucionarios. La revolución no consiste en repetir palabras revolucionarias, sino en aplicar métodos revolucionarios para llevar a cabo el programa trazado. Las mismas reivindicaciones parciales serán impulsadas de manera diferente por los sindicatos reformistas y por los sindicatos revolucionarios. Para los sindicatos reformistas, las reivindicaciones parciales lo son todo; en cambio, para los sindicatos revolucionarios no son más que un medio para cohesionar y organizar a las masas en vista de la lucha ulterior. La lucha por las reivindicaciones parciales no nos aleja del objetivo planteado, sino que nos acerca a él.

Es necesario combatir el prejuicio anárquico según el cual la lucha por las reivindicaciones parciales estaría por debajo de nuestra dignidad revolucionaria. Se trata de un verbalismo nocivo que obstaculiza la organización de las masas y la preparación de las acciones revolucionarias. La tarea de los partidarios de la Profintern consiste en que todo el trabajo en torno a las reivindicaciones parciales se lleve a cabo desde el punto de vista de los objetivos finales. La contradicción entre las reivindicaciones

parciales y el objetivo final surge cuando se separa una cosa de la otra: la propaganda abstracta del objetivo final puede debilitar a las organizaciones sindicales que agrupan a trabajadores de todas las corrientes. Por el contrario, la acción práctica de nuestras organizaciones, un programa concreto, una lucha sistemática y perseverante por los intereses cotidianos de los trabajadores atraerá a nuestras filas a capas cada vez más amplias que, tras pasar por la escuela de la lucha de clases elemental, se elevarán hasta la conciencia comunista.

Aquí la cuestión está planteada con una claridad digna de atención, y esta posición de principios no ha perdido hasta hoy, ni perderá en el futuro inmediato, su actualidad. Todo lo que los congresos posteriores decidieron sobre esta cuestión no fue sino el desarrollo de la línea establecida por los I y II Congresos.

VIII. Los problemas organizativos

Este planteamiento de la cuestión de las reivindicaciones parciales debía completarse con una formulación correcta de las tareas organizativas del movimiento sindical revolucionario, ya que los problemas organizativos, como es sabido, remiten en última instancia a la política. Se trataba de nuevos métodos de lucha en un período de gran ascenso revolucionario. De la resolución del I Congreso quiero llamar su atención sobre las siguientes constataciones, que siguen siendo actuales aún hoy: «Son necesarios nuevos métodos de lucha económica, provocados por el período de descomposición del capitalismo. Es necesaria una política económica agresiva por parte de los sindicatos, no sólo para rechazar la ofensiva del capital, sino también para pasar a la ofensiva».

Puede decirse, sin riesgo de equivocarse, que este párrafo coincide plenamente con las decisiones más recientes de la Comintern y de la Profintern. O, por ejemplo, el siguiente pasaje de la misma resolución: «Toda la esencia de la cuestión organizativa se

reduce a crear una organización flexible, dinámica, sólida y estrechamente unida a las masas, que en todas las circunstancias, tanto en el éxito como en el fracaso de la lucha, goce de una autoridad indiscutible entre las amplias masas».

Esta parte de la resolución suena más que contemporánea y conservará su vigencia durante mucho tiempo. Y, por último, el siguiente pasaje:

La práctica de la lucha es la mejor escuela de solidaridad, resistencia y disciplina. Es buena aquella labor organizativa que une con hilos indisolubles al miembro de base con su organización, que forma cuadros de luchadores independientes, que adapta sus formas organizativas a las exigencias de la lucha social y al grado de organización de la clase enemiga, y que enseña a las amplias masas obreras a considerar la organización no como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar el fin.

La parte más importante de la cuestión organizativa son los métodos y las formas de conquistar a las masas. Aquí la labor organizativa se enlaza con nuestra política y nuestra táctica. ¿Qué dijo la Profintern al respecto? Vuelvo de nuevo al congreso constituyente, cuyas decisiones no han perdido vigencia hasta hoy. He aquí lo que encontramos en esas decisiones:

La base para la ampliación de nuestra influencia debe ser la lucha económica. Las cuestiones del salario, las tarifas, la asistencia a las víctimas de la guerra, el seguro social, el desempleo, el trabajo de las mujeres y de los niños, las condiciones sanitarias en las fábricas, el encarecimiento de la vida, el problema de la vivienda, la política fiscal, la movilización, las aventuras coloniales, las maniobras financieras: todo ello debe servir como material cotidiano para la organización y la educación socialista combativa. Los partidarios de la Internacional Sindical Roja no deben, en ningún caso, permanecer al

margen de las organizaciones y actuar desde fuera sobre los trabajadores. La tarea consiste en actuar de manera perseverante y sistemática desde dentro de los sindicatos, dando a las amplias masas obreras lecciones prácticas de revolucionarismo, abnegación y comunismo.

Sólo lograremos conquistar a las masas, y por lo tanto a los sindicatos, si tanto en la lucha como en la resistencia estamos a la cabeza, en las primeras filas de las masas obreras. Sin embargo, esto no significa en absoluto que haya que llamar siempre a la ofensiva, partiendo de la idea de que la ofensiva es en todas las condiciones y circunstancias, un bien. El partidario de la Internacional Sindical Roja debe ser no solo un ejemplo de espíritu revolucionario, sino también un ejemplo de firmeza y sangre fría. Toda la esencia del éxito reside en la preparación sistemática, planificada y perseverante de cada acción, de cada movilización. La rapidez y la intransigencia de la acción deben combinarse con un estudio extremadamente detallado de la situación y de las circunstancias, así como del grado de organización de las fuerzas enemigas. En la lucha de clases, como en los combates en el frente, es necesario saber no solo avanzar, sino también retirarse de forma ordenada y cohesionada. Tanto en el ataque como en la defensa hay que tener siempre en cuenta una cosa: contar con la simpatía de las amplias masas proletarias y considerar toda la situación sociopolítica en la que se desarrolla la lucha.

Después del I Congreso, la Profintern formuló repetidas veces en sus congresos posteriores y en sus plenos las tareas organizativas y tácticas para la conquista de las masas. Existen numerosas resoluciones relativas a la táctica en países concretos, pero todas las resoluciones de la Profintern, elaboradas sobre la base de la experiencia internacional, se orientan en la dirección indicada por el I Congreso. Esto caracteriza de la mejor manera la unidad de la línea de la Profintern a lo largo de los diez años de su existencia.

Me parece que estos fragmentos merecen atención no solo desde el punto de vista histórico. En la situación actual, tampoco podríamos decir nada más si quisiéramos formular qué entendemos por problemas organizativos y cómo concebimos la reorganización general y las tareas fundamentales de vuestros sindicatos.

IX. De nuevo la Profintern y la Comintern

El I Congreso no condujo a una decisión unánime sobre la cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern. El período entre el I y el II Congreso estuvo marcado por una lucha aguda en todo el mundo en torno a las decisiones adoptadas por el congreso sobre esta cuestión. Los anarcosindicalistas intentaron unificar sus fuerzas creando su propia internacional para presentarse como un frente único contra nosotros. Y cuando en 1922 se reunió el II Congreso de la Profintern, nuevamente tuvimos que ocuparnos de la cuestión de la Comintern y la Profintern.

Esta cuestión se planteó con especial agudeza porque para entonces, en Francia, se había constituido la Confederación Unitaria de Sindicatos. La mayoría de los dirigentes revolucionarios del trabajo sindical en Francia, aunque simpatizaban con la Revolución de Octubre y con el movimiento sindical soviético, no querían reconocer las decisiones que habíamos adoptado sobre la cuestión de las relaciones entre la Comintern y la Profintern. Por ello, en el II Congreso tuvimos que volver a ocuparnos seriamente de una cuestión que parecía ya resuelta.

Los representantes de los sindicatos unitarios franceses pusieron como condición para su adhesión a la Profintern la supresión del artículo 11 de los estatutos, que establecía las relaciones entre la Comintern y la Profintern mediante la representación mutua en los comités ejecutivos. Aceptar la propuesta de los sindicalistas franceses en esta cuestión habría significado hacer una concesión muy seria, por lo que insistimos en la necesidad de la representación mutua por consideraciones de principios. Por otra parte, teníamos ante nosotros el hecho importante de que el movimiento sindical

revolucionario francés se dirigía hacia nosotros, y la cuestión consistía en saber si era posible o no hacer una concesión de este tipo a obreros revolucionarios que aún no habían madurado hasta una posición comunista. Con este motivo me dirigí a Lenin. Él me hizo una sola pregunta: «¿Estos sindicatos vienen hacia nosotros o se alejan de nosotros?, ¿se desarrollan en la dirección del acercamiento a nosotros o no?». A la respuesta de que venían hacia nosotros, Lenin dijo:

Entonces se puede y se debe ceder. Si estas exigencias se hubieran planteado como un pretexto para apartarse de nosotros, entonces, por supuesto, no tendría ningún sentido político hacer una concesión tan seria. Pero si tenemos ante nosotros un movimiento obrero revolucionario, aunque aún impregnado de tradiciones sindicalistas, que avanza hacia nosotros, entonces hay que hacer esta concesión para que se acerque más a nosotros y para que, en el futuro, sea posible ejercer sobre el movimiento sindical francés una influencia tal que le permita superar esos prejuicios.

Seguimos el consejo de Ilich y en el II Congreso de la Profintern hicimos una concesión a los sindicalistas franceses, suprimiendo del estatuto el párrafo que tanto les preocupaba. Tras la lucha ideológica desarrollada, después de definir claramente nuestras posiciones, declaramos que cedíamos únicamente con el fin de establecer un frente único con los obreros revolucionarios de Francia y de otros países. ¿Se justificó esta política a lo largo de los años? Total y plenamente. Los prejuicios en el movimiento sindical revolucionario francés fueron superándose gradualmente, y los obreros revolucionarios de Francia se acercaron cada vez más a nosotros. Hoy, en su abrumadora mayoría, siguen la línea de la Profintern y de la Comintern, y los sindicatos unitarios constituyen uno de los destacamentos más fuertes de la Profintern.

X. La ofensiva del capital y el frente único proletario

En el centro de atención del II Congreso estuvo la táctica del frente único, planteada por la Comintern y la Profintern en relación con el cambio de la situación y del equilibrio de las fuerzas de clase. Ya a mediados de 1920 comenzó el retroceso de la ola revolucionaria. En 1921-1922 se inició una ofensiva significativa del capital contra las masas trabajadoras. Entonces la Comintern y la Profintern lanzaron la consigna del frente único entre los trabajadores de distintas corrientes para la lucha común contra la ofensiva del capital. Era natural, por tanto, que en el II Congreso, celebrado en 1922, el centro de atención fuera la cuestión del frente único: las formas de su creación, los métodos de su aplicación y el carácter que debía tener el frente único —frente único desde abajo, frente único desde arriba—, así como toda una serie de problemas surgidos en el proceso de aplicación de la táctica del frente único.

El frente único es una táctica de doble filo. Las acciones conjuntas con organizaciones reformistas entrañan también peligros para las organizaciones revolucionarias. A lo largo de estos años hemos visto cómo muchos comunistas se rompieron el cuello (en sentido político) en el frente único. En algunos partidarios de la Profintern, el frente único de trabajadores de distintas corrientes para la lucha común contra el capital se transformó en un intento de encontrar una especie de línea intermedia entre el comunismo y el reformismo. Como se verá más adelante, esto se reflejó incluso, en relación con el Comité Anglo-Ruso de Unidad Sindical, en las cabezas de algunos sindicalistas rusos, más firmes en comparación con miembros de otros partidos comunistas.

Por ello, las cuestiones relativas a las formas y al carácter del frente único, a sus límites y a los métodos de su creación, fueron de la máxima importancia. Mediante la táctica del frente único logramos movilizar a amplios sectores de trabajadores miembros de organizaciones reformistas. Pero para elevar a los trabajadores reformistas a la lucha y atraerlos al frente único con nosotros, era necesario que nosotros mismos no vaciláramos en esta cuestión. Allí

donde las organizaciones sindicales revolucionarias vacilaron respecto al frente único, quedaron atrapadas en el pantano del oportunismo y fue necesario sacarlas de allí por la fuerza. Por eso las cuestiones del frente único ocuparon un lugar muy destacado en todos los congresos de la Comintern y de la Profintern.

A lo largo de todos los años, desde 1921 hasta el presente, en torno a las cuestiones del frente único, de sus formas y de los métodos de su aplicación, se han producido escisiones respecto de la línea bolchevique y se han manifestado numerosos desvíos, una cantidad considerable de desviaciones oportunistas. Este Congreso se ocupó por primera vez de esta cuestión. Trazó las formas y los métodos de lucha en este ámbito y la línea de ofensiva contra los reformistas sobre la base del frente único. Es cierto que en este período planteamos la idea del frente único no solo desde abajo, sino también desde arriba, es decir, admitíamos la posibilidad de negociaciones con las cúpulas de los sindicatos reformistas y con las direcciones de los partidos socialdemócratas, con el fin de movilizar a las masas contra sus propios dirigentes sobre la base de las reivindicaciones que formulábamos.

Hay que decir que la mayoría de esas negociaciones concluyeron, como dicen los franceses, con una «cola de pescado», es decir, no condujeron a nada. Solo en la medida en que el partido comunista y los sindicatos revolucionarios supieron movilizar a las masas en torno al frente único, explicar qué es el frente único, para qué sirve y sobre qué base debe construirse, solo en esa medida aportó resultados positivos en una u otra acción, en uno u otro país.

XI. Del frente único a la unidad del movimiento sindical

La ofensiva del capital adquirió tal carácter y tales dimensiones que en 1924, durante el III Congreso de la Profintern, dicha ofensiva se desarrollaba aún en toda línea, pese a que en algunos países ya se habían producido combates bastante importantes y enfrentamientos de clase muy agudos. A este período corresponde también el inicio del traslado a Europa de las formas y métodos

estadounidenses de organización del trabajo. La racionalización capitalista con todo su peso comenzó a presionar sobre las masas trabajadoras, y por ello la cuestión de la unidad de acción de los trabajadores de todas las corrientes se volvió aún más imperiosa. El III Congreso dio más pasos adelante. La consigna del frente único, es decir, la consigna de las acciones conjuntas, fue complementada con la consigna de la unidad del movimiento sindical, es decir, con la consigna de la lucha por un movimiento sindical único en cada país, por la lucha por una internacional sindical única. En torno a esta cuestión se concentró la atención del III Congreso, y en torno a ella se produjeron también las divergencias en dicho congreso.

¿Es posible la unidad del movimiento sindical? ¿Sobre qué base concebimos la unidad entre la Profintern y la Internacional de Ámsterdam? La Internacional de Ámsterdam, dirigiéndose a todos los sindicatos, pero sobre todo a los sindicatos de la URSS, decía: «Las puertas están abiertas, entren». Nosotros, en cambio, planteábamos la consigna de convocar un congreso internacional de sindicatos sobre la base de la representación proporcional, para crear en dicho congreso una internacional única. Toda la lucha entre la Profintern y Ámsterdam en el período de 1924 a 1927 giró en torno al problema de la unidad.

La Segunda Internacional y la Internacional de Ámsterdam emprendieron una lucha furiosa contra esta consigna, viendo en la unidad una trampa tendida al reformismo mundial. No se oponían, por supuesto, a la unidad en general, sino a que la Profintern planteara la unidad para la lucha contra la burguesía. Para los reformistas, que marchaban en frente único con la burguesía, la cuestión se planteaba así: o con la burguesía o con el proletariado revolucionario. Naturalmente, preferían la unidad de acción con la burguesía al frente único con la Profintern, y de ahí la campaña furiosa contra nuestras consignas.

A pesar de la resistencia de toda la burocracia sindical, la atracción de las masas hacia el frente único y la unidad fue tan grande que comenzaron a aparecer vacilaciones incluso en el seno mismo de la Internacional de Ámsterdam. Esto se expresó en la

Federación Internacional de los Trabajadores del Transporte, que en 1923 intentó concertar un acuerdo para acciones conjuntas con los sindicatos soviéticos del transporte, así como en una serie de hechos similares en otros sectores productivos. Pero cuando los burócratas de Ámsterdam, acorralados, se veían obligados a entrar en negociaciones, dirigían toda su astucia a hacer imposibles las acciones conjuntas o a separar a los sindicatos revolucionarios de la Profintern.

Por otra parte, la consigna del frente único y de la unidad fue interpretada de manera oportunista en muchos partidos y sindicatos revolucionarios. Frente único a cualquier precio, unidad cueste lo que cueste, todo por la unidad incluso a costa de renunciar a nuestros principios: con estos estados de ánimo tuvo que luchar la Profintern durante varios años. A pesar de que la Comintern y la Profintern repitieron cientos de veces en sus resoluciones que la unidad no es un fin en sí mismo, sino un medio para alcanzar un fin, estas concepciones derechistas siguieron obstinadamente arraigadas en la mente de muchos comunistas. Por otro lado, había camaradas que, por razones de principio, consideraban inaceptable el frente único. De este modo, la Profintern se vio obligada a librar una lucha constante no solo contra los reformistas, sino también contra una parte de sus propios partidarios, por la correcta aplicación de la consigna de la unidad y por su utilización revolucionaria para arrancar a las masas de la influencia de Ámsterdam.

XII. El Comité Anglo-Ruso de Unidad Sindical

El III Congreso, con su consigna de la unidad del movimiento sindical, sirvió de punto de partida para la creación de algunos comités de unidad, entre los cuales el más importante fue el Comité Anglo-Ruso de Unidad Sindical, cuya existencia fue breve y terminó con la ruptura y con la ofensiva de los ‘tradeunionistas’ ingleses contra los sindicatos soviéticos y contra la Revolución de Octubre.

¿Cuál fue la esencia del Comité Anglo-Ruso? Hicimos intentos de llegar a un entendimiento con los «izquierdistas» de Ámsterdam en tres cuestiones: la unidad del movimiento sindical, la lucha contra la guerra y la lucha contra la ofensiva del capital. El izquierdismo de los izquierdistas de Ámsterdam debe entenderse en un sentido muy relativo. Los sindicatos soviéticos intentaron crear con ellos un frente único, pero los dirigentes de los sindicatos ingleses no tenían inconveniente en firmar una declaración de izquierda, habiendo decidido de antemano no hacer nada para cumplir los compromisos asumidos.

¿Qué llevó a los ‘tradeunionistas’ ingleses a aceptar un acuerdo de frente único con los sindicatos soviéticos? Ante todo, consideraciones de Estado: el deseo de asegurar, a través de los sindicatos soviéticos, encargos para la industria inglesa. De esto partían habitualmente todos esos Purcell, Hicks, Tillett y Turner en su argumentación a favor del frente único con los sindicatos soviéticos. Con estas acciones iban al encuentro de apoyos de amplias masas favorables a la URSS. Por otro lado, los miembros del Consejo General inglés, en su lucha por la influencia dentro de la Internacional de Ámsterdam, pensaban apoyarse en los sindicatos soviéticos. Además, al ver el giro a la izquierda de las masas, los miembros del Consejo General consideraban necesario, para conservar su influencia, armarse con proclamas de izquierda y cubrirse con el frente único de los sindicatos soviéticos.

¿Y qué llevó a los sindicatos soviéticos a aceptar el frente único, el acuerdo con los izquierdistas de Ámsterdam? Ante todo y sobre todo, el deseo de demostrar a las masas que no solo de palabra, sino también en los hechos, estaban a favor del frente único y que estaban dispuestos a llegar a acuerdos con cualquier organización obrera para acciones conjuntas contra la reacción, la guerra y la ofensiva del capital. La breve experiencia del frente único con los izquierdistas de Ámsterdam demostró que estos últimos no querían mover un dedo para aplicar conjuntamente las decisiones adoptadas. Más aún, tan pronto como estos señores «izquierdistas» se vieron obligados a adoptar una posición definida en la lucha de

clases en la propia Inglaterra (la huelga de los mineros, la huelga general, etc.), se colocaron a la cabeza del giro reaccionario de la burocracia sindical contra los intereses de la clase obrera.

Así, la propia internacional introdujo sus correcciones en los acuerdos con los izquierdistas de Ámsterdam. Estos señores entendían el Comité Anglo-Ruso como un pacto de no agresión mutua entre comunistas y reformistas, de lo cual tuvieron que desengañarse en cuanto se puso de manifiesto su papel de esquiroles. Es cierto que también entre los sindicatos soviéticos había personas que consideraban que la existencia de un acuerdo con ellos nos obligaba a abstenernos de una condena severa de esos esquiroles, pero estas posturas no encontraron apoyo ni en las intervenciones del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, ni tampoco en las propuestas de ruptura inmediata.

El Comité Anglo-Ruso de Unidad debe considerarse como una maniobra bilateral. Algunos camaradas, por ingenuidad, pensaban que solo nosotros maniobrábamos y que los «izquierdistas» ingleses eran únicamente un objeto pasivo. En realidad, maniobraban también los ingleses, y no precisamente mal. Nosotros maniobrábamos en el sentido de demostrar a las masas que estábamos a favor del frente único en la práctica y de intensificar, sobre la base del frente único, las contradicciones internas en las filas de la Internacional de Ámsterdam. Ellos, en cambio, maniobraban para atraer a los sindicatos soviéticos hacia la Internacional de Ámsterdam y para encubrir con frases de izquierda sus actos de derechas. Tras la ruptura del Comité Anglo-Ruso, se produjo una consolidación en el núcleo dirigente de la Internacional de Ámsterdam; los hijos pródigos dejaron incluso de ser de izquierdas también en sus palabras.

Además del Comité Anglo-Ruso, surgió y luego se disolvió el Comité Soviético-Escandinavo de Unidad, así como una serie de comités creados por los sindicatos soviéticos y por sindicatos individuales de Noruega, Suecia, Finlandia, etc. Un número reducido de comités de unidad se mantuvo hasta el presente, ya que la lucha agudizada entre comunistas y reformistas, entre

Ámsterdam y la Profintern, planteó la cuestión de manera tajante, y todos los elementos de izquierda rompieron finalmente sus acuerdos con los sindicatos soviéticos y regresaron al seno de Ámsterdam.

XIII. La Profintern y la racionalización capitalista

El período entre el III y el IV Congreso se caracteriza no solo por la ofensiva directa del capital contra el nivel de vida de los trabajadores, sino también por una ofensiva técnico-productiva, es decir, por la aplicación desenfrenada de la racionalización capitalista, que se llevó a cabo a expensas de la clase obrera, del nivel de vida de las masas trabajadoras, y que no podía dejar de provocar enormes cambios tanto en la estructura de la clase obrera como en los métodos de lucha del proletariado internacional.

A partir de 1924 (después de la derrota de la revolución de 1923 en Alemania) comenzó la rápida aplicación de la racionalización capitalista en Europa. La racionalización capitalista condujo a la simplificación del mecanismo productivo, a la incorporación al proceso productivo de enormes contingentes de fuerza de trabajo no calificada y semicualificada, al desplazamiento de parte de los obreros de la producción cualificados, a la creación de un nuevo ejército permanente de desempleados, es decir, al llamado desempleo estructural. Lo principal es que la racionalización capitalista condujo a una reducción del nivel de vida de las masas. La enorme presión del desempleo masivo sobre el mercado de trabajo y la incorporación a la producción de nueva fuerza de trabajo no calificada, que naturalmente se conformaba con un nivel de vida más bajo que el de los viejos obreros, crearon una situación que facilitó la ofensiva económica y política contra la clase obrera.

Y dado que la enorme ola de la racionalización capitalista presionaba sobre las masas, reducía su nivel de vida, arrebató conquistas sociales, etc., se producía una reagrupación interna en el seno de la clase obrera y se creaban las condiciones para una nueva

ola del movimiento obrero, sobre la base de la racionalización capitalista y como protesta contra esa enorme presión capitalista que se aplicaba con especial fuerza y decisión desde finales de 1924. En estas condiciones era importante definir nuestra línea y formular la consigna principal. ¿Cuál? «¡Abajo las consecuencias de la racionalización capitalista!», proponían algunos camaradas. «¡Abajo la racionalización capitalista!», dijeron la Comintern y la Profintern, partiendo de que debíamos luchar no solo contra las consecuencias, sino contra la racionalización capitalista misma. Pero esta era una consigna negativa. Como consigna positiva se planteó la jornada laboral de 7 horas, consigna que se ha convertido hoy en la más popular entre las masas. Bajo estas consignas se desarrolla la lucha de todo el movimiento sindical revolucionario internacional contra la racionalización capitalista y la oposición de la línea de la Profintern a la línea de los amsterdameses, que actúan como instigadores, participantes activos y ejecutores de la racionalización capitalista.

XIV. El IV Congreso de la Profintern señala el paso de la defensiva a la ofensiva

Después de una serie de derrotas, tras la ola de la racionalización capitalista y la pérdida de una serie de conquistas sociales por parte de los trabajadores, comenzaron a formarse y a definirse en el seno del movimiento obrero posiciones firmes de resistencia. Se observó un cambio hacia los partidarios de la Profintern y una disposición de las masas a la lucha. Esto ocurrió simultáneamente a los importantes logros de la economía de la Unión Soviética, con el inicio de la entrada de la URSS en el período de reconstrucción, y aproximadamente hacia marzo de 1928 el movimiento obrero mundial comenzó, aunque lentamente, a salir de la fase de repliegue, y en algunos sectores del frente se inició la contraofensiva de la clase obrera.

El IV Congreso de la Profintern (marzo de 1928) coincidió así con el comienzo del ascenso del movimiento obrero, con el inicio de la

contraofensiva de la clase obrera. El congreso se situó en el umbral del ascenso. Pudo constatar los primeros indicios, los fenómenos iniciales del ascenso, y ante él se planteó la cuestión de cómo actuar, hacia dónde dirigir la atención de las masas, en qué concentrar la atención de millones, qué convertir en el punto central de la táctica de la Profintern para el corto plazo.

El IV Congreso se celebró cuando ya se habían manifestado las graves consecuencias de la racionalización capitalista, cuando las masas habían sentido en su propia carne la caída del nivel de vida de la clase obrera. De ahí los primeros intentos de lucha y la resistencia en el terreno económico frente a la presión de la racionalización capitalista. Por ello resultaba completamente natural colocar en primer plano la organización de las masas sobre la base de la lucha económica, la tarea de encabezar las batallas económicas y de dirigirlas de manera independiente a través de órganos especiales (comités de huelga, comités de lucha, etc.).

Así, en el periodo de ascenso, el IV Congreso de la Profintern planteó ante las masas más amplias los problemas de la estrategia y la táctica de la huelga, los problemas de la dirección independiente de las luchas económicas, problemas que hoy se han vuelto generalmente reconocidos, que han pasado a formar parte de la práctica cotidiana de nuestros partidos comunistas y sindicatos revolucionarios, y que se resuelven de manera concreta y práctica en cada país según la situación, las condiciones y el curso de la lucha de clases. Hay que decir que este planteamiento orientó a todas nuestras organizaciones y a todos los partidos comunistas hacia la dirección económica de las masas y entró en conflicto con algunas tradiciones bastante negativas.

¿Cómo era la coyuntura antes del IV Congreso? La oposición sindical, encabezada por los comunistas, se ocupaba de la propaganda y la agitación, dejando a los reformistas plena libertad para ocuparse de los salarios, los impuestos, las condiciones de trabajo, etc. Incluso se formó toda una teoría según la cual nuestra tarea consistía en empujar a los burócratas sindicales a la lucha, como si los socialfascistas pudieran dirigir la lucha de las masas

obreras. «Obligad a los burócratas sindicales a dirigir el movimiento», «La dirección reformista debe hacer tal o cual cosa...» se convirtieron en fórmulas corrientes de los oportunistas en nuestras filas. Estas esperanzas puestas en el aparato sindical reformista, esta táctica de renuncia a las acciones independientes en nombre de supuestas prerrogativas históricas de la burocracia sindical, la incomprensión absoluta de que en esa etapa la dirección de la lucha económica era el eslabón al que había que aferrarse para penetrar en las masas, todo ello reflejaba tendencias peligrosas en el seno de nuestras organizaciones.

Todas estas posturas reflejaban el legalismo sindical, la subordinación a las reglas y estatutos reformistas, la teoría de la unidad a cualquier precio, etc. La aplicación de esta política habría significado la liquidación de la Profintern y de sus organizaciones. Por ello, en el IV Congreso se declaró una lucha implacable contra todas estas concepciones oportunistas. La consigna de la dirección independiente de las luchas económicas sacó a la luz, en todas nuestras organizaciones y en los partidos comunistas, el absceso oportunista, y después del IV Congreso comenzó una seria diferenciación política en las filas de la Profintern.

No se trataba solo de la dirección de las luchas económicas, sino de toda nuestra táctica sindical y, más aún, de toda la táctica y el trabajo de masas de los partidos comunistas, ya que al mismo tiempo se resolvía la cuestión de la intensificación de la lucha contra el esquirolaje de la socialdemocracia y de los amsterdameses, del frente único exclusivamente desde abajo y de toda la táctica de «clase contra clase». Por eso, inmediatamente después del Congreso de la Profintern comenzó la diferenciación en nuestras filas y la lucha encarnizada de la Profintern contra la desviación derechista.

El IV Congreso aprobó un gran número de resoluciones sobre múltiples cuestiones (problemas organizativos, tareas de los sindicatos en los países coloniales, la lucha contra el fascismo y los sindicatos fascistas, y una serie de resoluciones que determinaban las tareas de los partidarios de la Profintern en Alemania, Inglaterra,

Checoslovaquia, Francia, Estados Unidos, Irlanda, China, etc.), pero la cuestión central, que sirvió como punto de partida para la diferenciación política en nuestras propias filas, fue la cuestión de la dirección independiente de las luchas económicas, de la traslación de las luchas económicas al terreno político, es decir, de la síntesis de la economía con la política.

El IV Congreso fue, sin duda, un punto de inflexión no solo para la Profintern, sino también para todos los partidos comunistas; por ello, el estudio minucioso de las resoluciones de este congreso es absolutamente necesario para todo aquel que quiera comprender el camino recorrido por la Internacional Sindical Roja. Si el I Congreso dio forma ideológica y organizativa a la Profintern, el II Congreso salió a las masas con la consigna del frente único, el III Congreso lanzó la ofensiva contra los reformistas bajo la bandera de la unidad del movimiento sindical, el IV Congreso señaló el eslabón del que había que asirse en la lucha por la mayoría de la clase obrera. La dirección de la lucha económica dejó de ser monopolio de los reformistas. Los partidarios de la Profintern, incluso en países donde no existen sindicatos revolucionarios independientes, pasan desde entonces a encabezar las luchas económicas de la clase obrera contra el triple bloque: los empresarios, el Estado burgués y el socialfascismo.

XV. La Profintern y el movimiento obrero en las colonias

Durante estos años, la Profintern se ha movido más allá de los límites de Europa, y en este sentido se diferencia radicalmente de la Internacional de Ámsterdam, que es una organización esencialmente europea. La Profintern traspasó las fronteras de Europa porque las organizaciones obreras de los países colonizados y semicolonizados, tan pronto como comenzaron a formarse (y el movimiento obrero de las colonias y semicolonias surgió inmediatamente después de la guerra), se orientaron de inmediato hacia la Profintern. Y esto es completamente natural.

¿Qué podían encontrar, por ejemplo, los sindicatos chinos o los sindicatos de la India, Indonesia o América Latina en la Internacional de Ámsterdam? ¿Qué podían esperar de ella? ¿Que la Internacional de Ámsterdam les dijera que no lucharan por la independencia de las colonias? Eso era lo que menos podía satisfacerlos. Al fin y al cabo, los dirigentes de la Internacional de Ámsterdam se preocupan sobre todo por la fuerza y la solidez de su propio capitalismo. Los ‘tradeunionistas’ ingleses son tan enemigos tan acérrimos de la independencia de la India como los conservadores y los liberales. Temen perder las colonias, defienden el dominio de Inglaterra sobre los mares y la hegemonía de la burguesía inglesa en todo el mundo.

Y dado que la Internacional de Ámsterdam representa agrupaciones de socialimperialistas de distintos países europeos, personas que allanan el camino al imperialismo, es natural que el movimiento obrero colonial no pudiera encontrar respuesta a sus problemas en la Internacional de Ámsterdam. Se orientó hacia Moscú, entendiendo por Moscú tanto la Revolución de Octubre como la Comintern y la Profintern, es decir, todo aquello que lucha bajo la bandera revolucionaria de clase. Durante este tiempo logramos establecer un vínculo orgánico con el movimiento sindical de China y, pese a las enormes dificultades que atravesó dicho movimiento, pese a que pasó de la ilegalidad a la legalidad y luego fue nuevamente empujado a la clandestinidad, pese a la pérdida de decenas de miles de dirigentes revolucionarios asesinados o torturados, a pesar de todo ello, el vínculo orgánico entre la Profintern y el movimiento sindical chino no se debilitó.

¿Qué sabía el obrero europeo sobre China antes de la guerra? Nada. ¿Qué sabía el movimiento obrero europeo inmediatamente después de la guerra sobre el movimiento obrero chino? Exactamente lo mismo. El movimiento obrero chino se vinculó con el movimiento obrero internacional a través de la Profintern y de la Comintern. Mientras el reformismo internacional observaba con recelo la revolución china de 1925-1927 y, en lugar de ayudar a los obreros chinos, ayudaba a la burguesía internacional a estrangular

el movimiento obrero-campesino de China, la Profintern prestaba, en la medida de sus posibilidades, apoyo a este destacamento combativo del proletariado internacional.

Logramos establecer vínculos con el movimiento obrero del Próximo Oriente, con el movimiento obrero de la India, de América Latina, de Australia, etc. En general, no existe país alguno en el mundo que no esté vinculado a la Profintern a través de organizaciones grandes o pequeñas. Es cierto que este vínculo no siempre se da en todo su esplendor, pero ello depende de las condiciones represivas de cada país. En cualquier caso, lo importante es que no hay ni una sola vieja o joven nación capitalista, ni una sola vieja o joven colonia, donde la Profintern no tenga partidarios, organizaciones propias.

Naturalmente, estas organizaciones no son iguales: en unos casos, grandes organizaciones legales siguen a la Profintern (URSS, Francia, Japón, Estados Unidos, Checoslovaquia, etc.); en otros, grandes organizaciones ilegales o semilegales (China, Italia, Brasil, Cuba); en terceros, pequeñas organizaciones legales e ilegales (Rumanía, Grecia, Yugoslavia, Sudáfrica, Uruguay, Guatemala, etc.), o minorías revolucionarias dentro de sindicatos reformistas (Alemania, Inglaterra, Suecia, Austria, Noruega, etc.), o simplemente sindicatos aislados (Inglaterra, Canadá, etc.). Lo importante es que todo el movimiento sindical mundial, en toda su diversidad, está representado en la Profintern.

Esto no ocurrió, por supuesto, por casualidad ni de manera espontánea. Durante estos años, la Profintern se ha convertido en una organización mundial gracias a su táctica revolucionaria, a su línea revolucionaria, a su orientación hacia una lucha irreconciliable contra el reformismo, contra el imperialismo y contra los lacayos del imperialismo. Se convirtió en una organización de alcance mundial porque ya el I Congreso de la Profintern aprobó una resolución especial sobre la ayuda al movimiento obrero de los países coloniales y semicoloniales, y porque no hubo ni un solo congreso ni un solo pleno de la Profintern que no se ocupara de las cuestiones del movimiento obrero en las

colonias y semicolonias. Y es completamente natural que el movimiento obrero de los países coloniales y semicoloniales se vincule con la Internacional que puede y que, efectivamente, le presta ayuda y apoyo, que lleva en su bandera la independencia de los pueblos coloniales y semicoloniales, a diferencia de la Internacional de Ámsterdam, que es un instrumento de opresión de los países y pueblos coloniales y semicoloniales.

XVI. La cuestión nacional y racial

La Profintern, a diferencia de la Internacional de Ámsterdam, también abordó la cuestión nacional y racial. ¿Cómo se planteaba el problema racial en la Internacional de Ámsterdam? La Internacional de Ámsterdam partía siempre de la idea de que Europa es el ombligo del mundo y que, dentro de Europa, lo principal son dos o tres grandes potencias: Inglaterra, Francia y Alemania. La Internacional de Ámsterdam fue siempre —y lo es especialmente hoy— una organización de la aristocracia obrera de las mayores potencias imperialistas y refleja en su seno todas las contradicciones del imperialismo europeo. Los burócratas sindicales franceses e ingleses utilizaron la victoria de la Entente para someter a los sindicatos alemanes, que hasta hoy siguen luchando por la igualdad de derechos. Los países pequeños desempeñan allí un papel invisible y secundario, y en lo que respecta a los pueblos no blancos, los reformistas de Ámsterdam adoptaron el mismo punto de vista que la burguesía estadounidense y francesa, que consideran a los negros, a los indios o a los chinos como parias destinados a la superexplotación.

La Internacional de Ámsterdam, que trataba con desprecio y arrogancia al movimiento obrero de las colonias, comenzó a ocuparse de los países coloniales y semicoloniales solo cuando el movimiento revolucionario empezó a amenazar el dominio imperialista. Hoy los amsterdameses, por encargo evidente de su burguesía, intentan apoderarse del movimiento sindical de los países coloniales y expulsar a la Profintern de las posiciones que ha

conquistado. Pero estos señores reaccionaron demasiado tarde: ahora ya no podrán erradicar la influencia de la Profintern. Esto no se explica por supuestas «intrigas de Moscú», sino por una política proletaria correcta. No se pueden atraer las simpatías de las masas oprimidas con la consigna: «¡Obedeced a los imperialistas y someteos a los representantes de la raza blanca!».

La cuestión nacional y la cuestión racial fueron resueltas por nosotros principalmente sobre la base de los vínculos con los trabajadores de China, India, Sudáfrica, América Latina, etc., y, por otro lado, sobre la base de una línea correcta respecto a los obreros negros. Durante diez años tuvimos que librar una lucha persistente contra muchos de nuestros propios partidarios e incluso contra algunos miembros del Comité Central del Partido Comunista de Estados Unidos, que consideraban a los negros como una raza inferior. Incluso dentro del Partido Comunista de Estados Unidos durante largos años predominó una actitud de desprecio hacia sus propios militantes negros. Durante muchos años el partido no pudo incorporar a sus filas a obreros negros, porque muchos comunistas de base, blancos, se consideraban representantes de una raza superior. Conocemos casos en el Partido Comunista Estadounidense en los que una célula comunista no admitía a comunistas negros en su composición. Conocemos el hecho de que un miembro del partido se negara a dar la mano a un camarada negro. Todo esto, lamentablemente, son hechos reales. Contra todo ello hubo que luchar durante todos estos años. Y dimos un paso serio en esta lucha cuando la Comintern expulsó del Partido Comunista de Estados Unidos a la facción de Lovestone, que encarnaba en el partido la teoría y la práctica de la «raza blanca». Tuvimos —y seguimos teniendo— que librar una lucha en Sudáfrica para lograr la igualdad de derechos entre los obreros negros y blancos en nuestras filas.

No quiero exagerar y por eso subrayo que la cuestión racial la hemos abordado y la seguimos abordando en los congresos y en el trabajo cotidiano. En la práctica, en la vida real, apenas estamos comenzando a resolver este problema. Allí donde viven, trabajan y

sufren los obreros no blancos, esta cuestión aún no está resuelta, y el problema de la lucha racial dentro de la clase obrera, por desgracia, sigue existiendo. Es un hecho ampliamente conocido que los obreros blancos en China ganan decenas de veces más que los obreros chinos, que para los imperialistas no son obreros, sino ganado. Por ejemplo, el ferroviario inglés en la India, en el país del dominio del imperialismo británico, no es simplemente un ferroviario, sino un representante de su imperialismo, un engranaje del sistema de opresión de enormes masas humanas de la India.

Estamos todavía lejos de haber resuelto la cuestión racial, pero hemos señalado los caminos correctos para su solución. Solo puede resolverse mediante una política correcta. Esa política correcta la estamos llevando a cabo y, gracias a toda una serie de medidas especiales —no solo resoluciones— adoptadas para elevar al obrero no blanco, para organizarlo y para incorporarlo a la lucha, hemos creado las condiciones para la resolución de la cuestión racial también sobre el terreno práctico.

El movimiento obrero más antiguo es el movimiento obrero europeo. Durante muchas décadas, el obrero europeo se acostumbró a mirar a los obreros de otros países desde arriba. Dicho sea de paso, antes de la Revolución de Octubre existía la misma actitud hacia el obrero ruso. Yo mismo recuerdo cómo en 1910 estuve como invitado en una conferencia sindical internacional celebrada en París y cómo los «popes» del movimiento sindical de entonces, como por ejemplo Legien y otros, miraban con desdén a «esos rusos». Nos miraban desde arriba. Y así fue hasta la Revolución de Octubre. Los señores reformistas intentaron hacerlo también después de la Revolución de Octubre, pero ya no les resultó muy creíble.

Con respecto a los obreros de otros continentes, el obrero reformista europeo medio, y en particular el burócrata sindical europeo, mantiene una actitud extremadamente despectiva: «¿Qué puede entender del movimiento sindical algún chino atrasado, algún indio primitivo o algún negro? Todos esos obreros de color, en el mejor de los casos, solo pueden ser un objeto, no un sujeto.

Nosotros somos la sal de la tierra y la sal de la civilización». Esto es lo que subyace a todo el pensamiento y a toda la orientación de los dirigentes del movimiento sindical reformista europeo y estadounidense.

Nosotros hemos hecho estallar esta tradición. Durante estos años hemos realizado un enorme trabajo de unificación de los obreros no blancos. Gracias a nuestra iniciativa se creó el Secretariado Sindical del Pacífico, que agrupa a los trabajadores de China, Filipinas, Japón, India, Indonesia, Singapur, a parte de los trabajadores de Australia, de la costa del Pacífico de América del Norte y del Sur, así como a los trabajadores de la URSS, ya que la URSS es también una potencia del Pacífico. Por nuestra iniciativa se creó la Confederación Latinoamericana de Sindicatos, que agrupa a trabajadores de 16 países de América Latina y que incluye no solo a descendientes de españoles, sino también a trabajadores indígenas.

Muchos camaradas, incluso dirigentes, a menudo poseen una idea muy vaga de lo que representan los países fuera de Europa. Si ocurre algo en Bélgica, Lituania, Letonia o Austria, eso nos interesa más: está cerca, lo conocemos. Pero a lo lejos, en un desconocido Brasil, México o China, que no se sabe si tienen 300 o 400 millones de habitantes —en China cien millones más o menos no hacen diferencia—, todo eso nos resulta oscuro. Muchos de nosotros aún no hemos superado esta mentalidad europea.

A menudo ocurre que si estalla una huelga de unos pocos miles de obreros en algún lugar cercano, eso nos conmueve, lo leemos con gran interés. Pero hace poco hubo una huelga de 200.000 obreros en Cuba: ¿alguien verdaderamente prestó atención a eso?, ¿se interesó por el movimiento obrero cubano y por el significado de esa acción? Difícilmente. Por supuesto, más o menos todos saben que en Cuba hay plantaciones de azúcar, pero no todos los trabajadores sindicales se interesan por cuál es el movimiento obrero allí. Estoy convencido —por decirlo con la mayor amabilidad posible— de que muchos de los aquí presentes tienen una idea muy vaga del movimiento obrero de Cuba. Esto es un signo de insuficiencia de nuestra educación internacionalista. No sabemos qué ocurre fuera

de Europa. Se dice de los franceses que conocen bien la historia pero mal la geografía, pero no solo los franceses padecen de eso.

Si tomamos el movimiento obrero mundial tal como es, vemos enormes masas de proletarios —negros, obreros no blancos— sobre las cuales tenemos una idea muy limitada. Los trabajadores de muchos países de América Latina están compuestos en su mayoría por indígenas. La solución de los problemas obreros y campesinos allí está ligada a una política correcta hacia los pueblos originarios. Nosotros hemos abordado esta cuestión de manera práctica. Gracias a nuestra iniciativa se crearon el Secretariado del Pacífico y la Confederación Latinoamericana de Sindicatos. Estos son nuestros aliados, a través de los cuales podemos influir sobre nuevos millones y decenas de millones de trabajadores que se incorporan a la lucha contra la burguesía mundial, que se incorporan a la lucha por la independencia y por la Unión Soviética.

Hemos salido más allá de los límites de Europa no por el movimiento obrero europeo; no en una acción de desesperación, como piensan algunos reformistas desilusionados, sino porque Europa no es el centro del mundo: la hegemonía industrial y financiera de Europa ya pertenece al pasado; el hegemon financiero-industrial del mundo capitalista son hoy los Estados Unidos. La Europa capitalista ya no es el centro del mundo capitalista ni el centro del movimiento obrero internacional; solo ahora puede hablarse de un movimiento obrero verdaderamente mundial, porque la Comintern y la Profintern han incorporado a la lucha activa al movimiento obrero de todos los continentes.

XVII. La visión de Ámsterdam sobre el movimiento obrero de las colonias

Durante estos diez años de nuestra lucha contra la Internacional de Ámsterdam, los amsterdameses solían referirse de manera muy despectiva al movimiento obrero de los países coloniales, desde supuestos «sindicatos desconocidos» de China, a la «chusma de color», etcétera.

Para caracterizar la actitud de los burócratas sindicales enloquecidos y de los socialimperialistas hacia los obreros de color puede servir el siguiente episodio de la práctica del reformismo internacional. En el penúltimo congreso de los sindicatos de Australia se debatió la cuestión de la adhesión al Secretariado del Pacífico. Uno de los burócratas habló contra la adhesión y declaró: «No permitiremos que la chusma de color nos dicte condiciones». En el Secretariado del Pacífico participan chinos, indios, japoneses, en general todos los que no tienen la piel blanca. En el lenguaje de los socialimperialistas, eso es la «chusma de color».

Durante mucho tiempo los amsterdameses trataron con desdén a los «famosos millones de la Profintern en Asia». Pero en los últimos dos años observamos en la Internacional de Ámsterdam un giro hacia Oriente. Recientemente Albert Thomas viajó al Lejano Oriente: estuvo en China, donde confraternizó con el Kuomintang; visitó Japón y confraternizó con la burguesía japonesa, etc. El año pasado se enviaron a la India varios representantes destacados de los ‘tradeunions’ ingleses (Purcell y otros). Los ingleses envían ahora instructores y organizadores sindicales a Sudáfrica. El año pasado el presidente de la Segunda Internacional, Vandervelde, viajó a América Latina. Ámsterdam decidió enviar una delegación al Lejano Oriente y a la India para atraer el movimiento sindical de esos países lejanos al redil del reformismo internacional. En la misma dirección trabaja la Federación Internacional de los Trabajadores del Transporte, cuyos dirigentes piensan, bajo la cobertura de proclamas de izquierda, penetrar en los países coloniales y semicoloniales.

Ahora estos señores empiezan a «reconocer» a Asia. Empezaron a darse cuenta desde el momento en que el esclavo colonial se puso en movimiento y empezó a golpear a los imperialistas. China, India, Indochina, Indonesia, Filipinas, Madagascar, Gambia, el Congo Belga, África Occidental y Meridional, América Latina, Siria, Egipto, etc.: todos estos nombres geográficos han cobrado vida en los últimos años. El movimiento de liberación nacional, en el que la clase obrera desempeña un papel destacado, ha golpeado

duramente a los amos imperialistas; por eso sus lacayos socialfascistas se agitaron y «descubrieron» de pronto a Asia y América Latina. Pero llegaron tarde. Aunque los amsterdameses se hubieran dirigido antes a esos países, tampoco entonces podrían haber contado con el éxito. Y es absolutamente increíble que ahora puedan atraer en China a alguien que no sean los sindicatos amarillo-kuomintanguistas. Lo mismo vale para las demás colonias. De modo que este giro de la Internacional de Ámsterdam hacia Asia, este intento de competir con nosotros, de erradicar — como dijeron abiertamente en su última sesión en Praga — la influencia de la Profintern en Oriente, este intento de competir con nosotros en Asia están de antemano condenados al fracaso. Los obreros de Asia están contra el imperialismo y, por tanto, también contra el socialimperialismo.

XVIII. La lucha por la estrategia revolucionaria

Los diez años transcurridos no estuvieron marcados únicamente por una lucha encarnizada contra el reformismo, sino también por una lucha ininterrumpida por una política sindical comunista. Ya he señalado que desde los primeros días la Profintern tuvo que combatir el anarcosindicalismo, pero la lucha ideológica en el seno de la Profintern estuvo lejos de agotarse en ello. Dirigir significa, ante todo, ver con claridad la correlación de fuerzas entre las clases y dentro de la propia clase obrera. Significa dar, en cada momento concreto, orientaciones que faciliten la penetración en las masas. Todas las divergencias que surgían periódicamente en el seno de la Profintern tenían su origen en un enfoque incorrecto hacia las masas.

La desviación de derecha, en la teoría y en la práctica, significaba una capitulación ideológica y organizativa ante Ámsterdam. En esto consiste la esencia del brandlerianismo¹¹, con su legalismo sindical,

¹¹ Término despectivo ampliamente empleado en el entorno de la Comintern con respecto a la postura del secretario del KPD alemán, Heinrich Brandler, en

su unidad a cualquier precio, su negativa a reconocer la fascistización en curso de la socialdemocracia, su frente único desde arriba, su esperanza de conquistar el aparato sindical y su renuncia a la dirección independiente de la lucha económica. En esto consiste también la esencia de la Confederación General del Trabajo de Francia, que hoy vuelve a recuperar el viejo lema anarcosindicalista de la independencia y la autonomía del movimiento sindical. Los dirigentes de esta organización, que han recaído claramente en un infantilismo sindicalista, creen poder renovar el movimiento sindical revolucionario con fórmulas anteriores a la guerra. En realidad, trabajan abiertamente para la confederación reformista del trabajo¹².

Por tanto, no podíamos sino declarar una lucha implacable contra estos residuos socialdemócratas; no podíamos tolerar en nuestras filas a personas que orientaban su acción hacia la capitulación de la Profintern ante Ámsterdam. Sin embargo, la desviación de derecha, que había triunfado en Alemania, Checoslovaquia, etc., y que sabotaba todo el trabajo de la Profintern, no habría sido peligrosa por sí misma si durante cierto tiempo no se hubiera apoyado en un grupo de cuadros dirigentes del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, que también consideraban la línea de la Profintern excesivamente «izquierdista».

Esta situación podía haberse vuelto muy peligrosa para la Profintern si no hubieran intervenido el Partido Comunista y la Comintern, que asestaron un golpe decidido contra los capituladores, incluidos los derechistas del propio Consejo Central. El golpe contra los derechistas despejó inmediatamente las vacilaciones. Pequeños grupúsculos en Alemania, Checoslovaquia, etc., que esperaban ayuda y respaldo del Consejo Central, quedaron aislados; la nueva táctica se abrió camino a pesar de la resistencia de derechas. La superación —aunque no definitiva— de la desviación

relación a su postura de moderación en el contexto del fracaso de la Revolución Alemana de 1923

¹² En referencia a la Confederación Francesa Democrática del Trabajo

derechista permitió desplegar enormemente el trabajo de la Profintern y penetrar profundamente en las masas.

Al mismo tiempo que se combatía el peligro de derecha y el capitulacionismo, fue necesario luchar también contra las desviaciones y exageraciones de «izquierda», que solían expresarse en un enfoque torpe hacia las organizaciones de masas y en la incapacidad de aplicar de manera sistemática y planificada los principios elementales de nuestra política: trabajar allí donde existen masas obreras. Si examinamos país por país qué ha ocurrido en estos diez años con los cuadros dirigentes del primer período, veremos que muchas personas han quedado relegadas. El personal dirigente en las organizaciones sindicales —y en los partidos comunistas— se desgastó rápidamente desde el punto de vista político, pues muchos dirigentes concebían la lucha revolucionaria como un parquet pulido con cera. No comprendían que nuestra táctica cambia y debe cambiar según la situación, que solo en geometría la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta y que, en política, esa regla geométrica puede llevar a las masas a un callejón sin salida.

La lucha por la línea revolucionaria significó la lucha por introducir los métodos bolcheviques de acercamiento a las masas en todas las organizaciones vinculadas a la Profintern. Naturalmente, fue necesario quebrar resistencias y liberar a nuestras organizaciones obreras del lastre oportunista.

XIX. La correlación de fuerzas entre la Profintern y la Internacional de Ámsterdam

En 1920, la Internacional de Ámsterdam agrupaba a 24 millones de trabajadores; en 1930 cuenta con alrededor de 13 millones. Es una cifra considerable, aunque dentro de esos 13 millones se incluyen también trabajadores que pertenecen formalmente a sindicatos amsterdameses pero aplican nuestra táctica (la oposición sindical revolucionaria en Alemania, Inglaterra, Austria, etc., que, al actuar dentro de los sindicatos, figura naturalmente como parte de la

Internacional de Ámsterdam). La Profintern considera que la tarea de conquistar a la mayoría de los trabajadores que siguen a Ámsterdam está todavía lejos de haberse resuelto.

En el momento de su creación, la Profintern contaba aproximadamente con unos 7 millones de miembros. Hoy la Profintern, incluyendo por supuesto a los sindicatos soviéticos, reúne alrededor de 17 millones. Pero estas cifras, por sí solas, no nos dan una imagen exacta de la correlación de fuerzas. Debemos plantearnos la cuestión de la influencia política de ambas Internacionales. Ya he mencionado que, de las 22 organizaciones de la Internacional de Ámsterdam, 19 se encuentran en Europa y solo 3 fuera de ella. Las organizaciones de la Profintern existen en todos los países, en todos los continentes. Este es el primer punto. El segundo es la tendencia de su desarrollo, que resulta decisiva.

La tendencia y los hechos muestran lo siguiente: en los últimos años observamos una evolución de los dirigentes de la Internacional de Ámsterdam y de sus secciones en la dirección de la fascistización. El VI Congreso de la Comintern ya señaló en 1928 la evolución de los partidos de la Segunda Internacional hacia partidos socialfascistas. ¿Qué significa socialfascismo? ¿Qué entendemos por ello? Entendemos la transformación de los partidos de la Segunda Internacional en partidos que no solo allanan el camino al fascismo, sino que, en sus métodos de aplastamiento y represión del movimiento obrero, se diferencian muy poco de los fascistas (basta recordar los ejemplos de Alemania, Polonia, etc.).

Para comprender qué es el socialfascismo, hay que entender qué es el fascismo. No basta definirlo simplemente como reacción: toda forma de fascismo es reacción, pero no toda reacción es fascismo. El fascismo es un sistema de dominación burguesa en períodos de guerras y revoluciones, en el que, junto a los métodos violentos, intenta crear mediante la demagogia y el engaño puntos de apoyo entre las masas trabajadoras para desorganizar al proletariado desde dentro. ¿A qué se dedica hoy la socialdemocracia alemana o la burocracia sindical francesa? Han pasado del esquirolaje político al económico. No hay huelga económica que no sea sabotada por los

burócratas sindicales. Podrían citarse cientos de ejemplos; me limitaré a uno. Hoy se ha recibido de Dinamarca el siguiente telegrama: «Un sindicato reformista ha roto una huelga de tres semanas de 3.000 trabajadores de la industria metalúrgica en Copenhague. En la votación sobre la continuación de la huelga, 2.275 votos se pronunciaron contra el fin de la huelga y 162 a favor; sin embargo, el sindicato declaró la huelga terminada». He aquí la política reformista: 2.275 contra el fin, 162 a favor, y el sindicato declara la huelga terminada y negocia a espaldas de los trabajadores. Podría citar muchos ejemplos similares que demuestran que los sindicatos reformistas se han convertido en una agencia de la burguesía para sabotear no solo la lucha política, sino también la económica. Cumplen un encargo social de la burguesía, haciendo lo mismo que hacen habitualmente las organizaciones fascistas.

Si a esto se añade el empeoramiento directo de la legislación social mediante la socialdemocracia, la destrucción de organizaciones obreras revolucionarias a través de escuadristas, el ametrallamiento de manifestaciones obreras, los persistentes intentos de la burocracia sindical de «sanear» el capitalismo a costa de los trabajadores, obtenemos el cuadro completo del estado actual de la Segunda Internacional y de la Internacional de Ámsterdam. Esa es la línea de desarrollo de los sindicatos reformistas. Y el desarrollo de esta táctica rompehuelgas conduce inevitablemente al alejamiento de las masas obreras de ellos.

Puede establecerse la siguiente premisa: allí donde vence la reacción, donde vence el fascismo, las fuerzas de la Profintern se debilitan temporalmente y las de Ámsterdam crecen; y, por el contrario, allí donde hay un ascenso, se abandonan las tradiciones del reformismo, se debilita Ámsterdam y crecen las fuerzas de la Comintern y de la Profintern. Es decir, la victoria de la reacción conduce al crecimiento de Ámsterdam, mientras que la maduración de la revolución conduce al crecimiento de la Profintern.

La cuestión, por tanto, reside en las perspectivas del movimiento obrero internacional y de la lucha de clases internacional. Si la crisis

general del capitalismo se hubiera superado, como soñaban los socialdemócratas, si no se desarrolla ahora una crisis económica mundial que se superpone a la crisis general del capitalismo, si la estabilización del capitalismo creciera de manera continua, entonces, naturalmente, las fuerzas de la Internacional de Ámsterdam también podrían crecer. Pero precisamente el problema es que la coyuntura objetiva se desarrolla en una dirección completamente distinta. La lucha de clases se despliega. El suelo se escapa bajo los pies de la Internacional de Ámsterdam; se intensifican las batallas de clase en los viejos países capitalistas; crece el ascenso del movimiento revolucionario en las colonias y, junto a ello, se produce un enorme auge de la construcción socialista en el país soviético. Todo ello se funde en una sola corriente y forma una fuerza gigantesca que debilita la estabilización capitalista y socava las bases sobre las que podría asentarse el bienestar de la Internacional de Ámsterdam. La línea de desarrollo de la Internacional de Ámsterdam desciende porque la situación mundial anuncia una tormenta revolucionaria. Y dado que se anuncia una tormenta revolucionaria, la línea de desarrollo de la Profintern asciende y seguirá ascendiendo.

XX. La escuela del comunismo y la escuela del capitalismo

Estamos acostumbrados a llamar al sindicato una escuela del comunismo. ¿Qué es, entonces, el sindicato reformista? ¿También una escuela del comunismo? No: una escuela del capitalismo. Hoy tenemos sindicatos que son escuelas del capitalismo y sindicatos que son escuelas del comunismo. Esto hay que verlo y comprenderlo.

La tarea fundamental consiste en alejar a los trabajadores de la influencia de los agentes sindicales del capital. En esto radica la esencia de la política sindical de la Comintern y de la Profintern. Para ello, los comunistas trabajan dentro de los sindicatos y fuera de ellos, unen a los no organizados y a los organizados en una sola columna para luchar contra el capital y sus lacayos reformistas. La

lucha por las masas es una lucha difícil. Del lado del reformismo están las tradiciones históricas, decenas de años de hábitos y de apego a determinadas organizaciones. Toda la cultura de la sociedad burguesa está orientada a inculcar en la conciencia de los trabajadores la idea de la estabilidad y de la inmutabilidad del mundo capitalista. Todas las fuerzas de la burguesía —ideológicas y materiales— están dirigidas a socavar la influencia de la Profintern y de la Comintern entre las masas. Allí donde esto no puede llevarse a cabo mediante métodos «convencionales» de engaño democrático-burgués, se recurre al terror policial. Hoy todo está dirigido contra la Comintern y la Profintern. Y, sin embargo, la influencia de la Comintern y de la Profintern crece.

Nuestra influencia crece no solo porque mantenemos una línea correcta en la lucha contra la Internacional de Ámsterdam y la Segunda Internacional, sino en gran medida también porque, a lo largo de los diez años de nuestra existencia, hemos aprendido a combatir las desviaciones en nuestro propio seno: las desviaciones oportunistas, las desviaciones sindicalistas, las frases «de izquierda», el oportunismo en todas sus manifestaciones, dondequiera y comoquiera que aparezca, incluso en los sindicatos del Estado proletario. Tuvimos que luchar no solo contra los derechistas en Alemania y Checoslovaquia, sino también contra los derechistas que encabezaban el Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, que intentaban arrastrar a la Profintern hacia atrás en lugar de ayudarla a avanzar.

Ya no hay oportunistas en la dirección del Consejo Central; han sido apartados de sus cargos, y, dicho sea de paso, de manera más indolora que en otros países. Esto se explica, naturalmente, no por supuestas particularidades sobre la «naturaleza rusa», sino por el hecho de que en la URSS existe un poderoso partido comunista: cuanto más fuerte es el partido y cuanto más firmemente bolchevique es su orientación, tanto más rápida y menos dolorosa es la supresión de las desviaciones oportunistas.

La Profintern no habría podido crecer, no habría podido salir del marco de pequeños grupos, no habría podido abarcar masas

gigantescas ni atraer a su lado enormes capas de trabajadores de los países coloniales y semicoloniales, si durante los diez años de su existencia no hubiera aplicado una política comunista correcta ni librado una lucha encarnizada contra el oportunismo tanto en la teoría como en la práctica. Precisamente por ello podemos llamar a la Profintern y a sus secciones una escuela del comunismo.

XXI. La Profintern y la URSS

Un inmenso papel en el desarrollo de la Profintern y del movimiento sindical revolucionario internacional lo desempeña el crecimiento constante de la URSS. La Profintern está vinculada al país de la dictadura del proletariado no sólo por el lugar de su fundación ni solo porque en el territorio de la URSS se encuentra su sección más fuerte, sino, ante todo, porque la construcción socialista socava la estabilización capitalista, incrementa la inestabilidad de las relaciones capitalistas y revoluciona al movimiento obrero mundial.

El movimiento obrero de todo el mundo sigue con interés incesante a la URSS, porque comprende que la URSS de hoy es su mañana. Los trabajadores, a quienes durante muchos años se les repitió que el socialismo era una utopía malsana, que la Revolución de Octubre fue una aventura, que la dictadura del proletariado era una farsa, que la población de la URSS moría de hambre en masa y que toda la vida económica se había paralizado por la abolición de la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción y de intercambio; estos trabajadores se convencen cada día más de que la URSS no solo ha superado las dificultades, sino que avanza rápidamente.

Por más que la socialdemocracia calumnie a la URSS, no puede demostrar a los trabajadores que el crecimiento de la URSS significa decadencia y colapso de su economía, y esto es tanto más difícil cuanto que el obrero corriente compara los éxitos de sus «gobiernos obreros» con el gobierno obrero-campesino de la URSS. No puede dejar de preguntarse: ¿por qué el «bienestar» en mi país está ligado

a la prolongación de la jornada laboral a 9 o 10 horas, mientras que la «crisis crónica» en la URSS está ligada a la reducción de la jornada a 7 horas?, ¿y por qué el nivel de vida de los trabajadores en los países capitalistas desciende continuamente, mientras que el nivel de vida de los trabajadores de la URSS se eleva de manera constante?

Todo esto trastoca viejas ideas y representaciones, eleva y revoluciona capas cada vez más amplias de trabajadores que, volviéndose hacia la URSS, se alejan de la Segunda Internacional y de la Internacional de Ámsterdam, lo que significa también un giro hacia la Profintern. No es casual que el reformismo internacional intente constantemente vincular a la Comintern y a la Profintern con el Estado soviético; nuestros enemigos quieren «demostrar» una relación formal, una subordinación de la Profintern al gobierno de Moscú, etc. Todo esto, naturalmente, es pura demagogia y es absurdo. Pero la profunda solidaridad de la Profintern con la Revolución de Octubre y con su creadora —la clase obrera—, el apoyo a la Rusia soviética en su lucha contra el imperialismo internacional, son un hecho evidente, y no podría ser de otra manera.

El apoyo pleno e incondicional de la Profintern y de sus secciones a la construcción socialista ha sido, es y será. Esto no se debe a una supuesta «subordinación» de la Comintern y la Profintern al Consejo de Comisarios del Pueblo, tal y como lo pintan los conservadores ingleses, los socialfascistas alemanes o los grandes y pequeños merodeadores de la burocracia francesa y estadounidense. Esto se explica de manera mucho más simple y realista: la URSS es una parte viva y gigantesca de la revolución mundial, y por ello todas las organizaciones obreras que se proponen preparar a las masas para la lucha por la dictadura del proletariado no pueden sino apoyar a la URSS.

Esto es tanto más natural cuanto que los sindicatos soviéticos, que participan activamente en la reconstrucción de la industria y de la agricultura sobre bases socialistas, son la sección más fuerte de la Profintern, ayudan a los demás y tienen derecho a contar con la ayuda y la solidaridad de los trabajadores de los países capitalistas

y coloniales. El destino de la Profintern está estrechamente ligado al destino de la URSS, del mismo modo que está ligado al destino de la revolución china y al destino del movimiento sindical y de la revolución en la India. La actitud de la Profintern hacia la URSS se basa en nuestra convicción más profunda de que la causa de la URSS es la causa de todo el proletariado internacional. A partir de ello, la Profintern ha extraído durante estos diez años conclusiones políticas y tácticas.

XXII. La lucha contra la guerra imperialista

Esta actitud hacia la URSS planteó ante todo el movimiento sindical revolucionario mundial el problema de la defensa de la URSS y el problema de la lucha contra la guerra imperialista. La «última» guerra mundial condujo a una nueva rivalidad, a una desenfrenada carrera armamentística y a una preparación sin freno alguno de una nueva guerra. El temor al crecimiento socialista de la URSS y al posterior «contagio» de los trabajadores que aún se encuentran bajo la influencia de socialdemócratas leales empuja a los círculos dirigentes de la burguesía internacional a determinadas aventuras.

La campaña antisoviética exacerbada, en la que participan todas las fuerzas de la reacción, las intrigas entre bastidores de los estados mayores de una serie de países vecinos, todo ello hace que la situación esté cada vez más cargada de amenaza de guerra. La Profintern siempre recordó la advertencia de Lenin de que la lucha contra la guerra solo parece fácil, pero que en realidad exige una perseverancia y una firmeza especiales.

La Profintern nunca se dedicó a la declamación antimilitarista, sino que siempre explicó a todas sus secciones cómo luchar contra la guerra. Lo principal consiste en hacer que la lucha contra la guerra no sea un desfile ceremonial, sino una parte orgánica de toda la lucha cotidiana. No se puede aplazar la lucha hasta el estallido mismo de la guerra: eso significaría el derrumbe de todas nuestras organizaciones y de la propia Profintern. Luchar contra la guerra

significa, ante todo, luchar contra la propia burguesía, desenmascarar su actividad criminal, combatir la consigna de la defensa de la patria burguesa y preparar a las masas para la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Quien no realiza este trabajo elemental y cotidiano, quien separa la lucha contra la guerra de la lucha de clases contra su propia burguesía, se dedica a la charlatanería pacifista.

Esta orientación la Profintern la ha expuesto repetidamente en sus congresos, durante el Congreso Internacional por la Paz en La Haya, en relación con la ocupación del Ruhr, la intervención en China, la guerra en Marruecos y Siria, la toma del Ferrocarril del Este Chino y las innumerables provocaciones contra la URSS. La Profintern siempre exigió de sus organizaciones una actitud seria y reflexiva frente a la lucha contra la guerra, partiendo del hecho de que en torno a este problema se ha acumulado mucha escoria pacifista, charlatanería anarquista e hipocresía reformista. «Quien quiera la paz, que haga la guerra de clases»: tal es la consigna de la Profintern, una consigna que viene inculcando en la conciencia de las masas a lo largo de todos los años de su existencia.

¿Significa esto que en la cuestión de la lucha contra la guerra todo marcha bien para todos nosotros? De ningún modo. El trabajo en el ejército está planteado más o menos solo en Francia; en otros países esta cuestión sigue estando en un segundo plano. Entretanto, las nubes proliferan, la guerra puede estallar de manera completamente inesperada, y en ese caso una parte de nuestros camaradas podrían verse desprevenidos. Precisamente de esto parte la Profintern al plantear en su V Congreso la cuestión de la lucha contra la guerra imperialista.

Los socialfascistas y los derechistas nos acusan de exagerar el peligro de guerra; afirman que la Comintern y la Profintern «intranquilizan» deliberadamente a las masas obreras para «cumplir un encargo» del gobierno soviético. ¿Cuál es el sentido de esta negación sistemática del peligro de guerra? Es simple: hay que adormecer la vigilancia de las masas, desviar su atención del peligro real hacia supuestas «intrigas moscovitas», confundir las cartas,

enturbiar el agua, para que los estados mayores puedan preparar tranquilamente un ataque contra la URSS. Este encargo social de la burguesía internacional, el socialfascismo lo cumple con la mayor energía y coherencia.

Preparar a las masas para una lucha seria contra la guerra imperialista significa prepararlas para la guerra civil. Quien intenta eludir esta cuestión no tiene nada en común con la táctica de la Comintern y de la Profintern. ¿Será posible impedir la guerra? Es difícil decirlo, pero lo que ya puede afirmarse ahora es lo siguiente: una nueva guerra imperialista significará una serie de nuevas revoluciones de Octubre. El miedo a la revolución enfría considerablemente el ardor de muchos belicistas, pues estos señores temen siquiera pensar en cómo podría terminar una nueva guerra. La lucha contra la guerra sigue siendo, como antes, una de las tareas más importantes de la Profintern y de sus secciones.

XXIII. El problema de los cuadros

Uno de los problemas más difíciles para el movimiento sindical revolucionario a lo largo de todo el decenio ha sido el problema de los cuadros. La dificultad residía en que las organizaciones que se incorporaban a la Profintern llegaban con sus cuadros históricamente formados. A menudo se encontraban al frente de nuestras organizaciones personas de otra época (Häns, Walcher, etc.), personas que intentaban adaptarse a la táctica revolucionaria, pero no lo lograban, o, más exactamente, lo lograban... pero al estilo socialdemócrata.

Los cuadros no se crean en uno o dos años; para ello se requieren largos años de lucha, y toda la tarea consistía en extraer nuevas fuerzas jóvenes directamente de las fábricas. En la cuestión de los cuadros, los amsterdameses se encontraban —y se encuentran— en una situación considerablemente mejor que la Profintern. La inmensa mayoría de los viejos trabajadores sindicales está del lado de Ámsterdam. Poseen una enorme experiencia sindical, conocimientos especializados en materia fiscal, etc., y en este

terreno los partidarios de la Profintern pueden aprender algo de estos burócratas sindicales.

Mientras los viejos cuadros están en su mayoría del lado de nuestros adversarios, nuestros nuevos cuadros asimilan lentamente el trabajo sindical comunista: o bien caen en un profesionalismo estrecho, o bien se limitan solo a la política, cuando esta separación resulta sumamente perjudicial. Necesitamos trabajadores sindicales competentes, conocedores de todas las cuestiones cotidianas que preocupan a los obreros, personas que sepan cómo redactar y cómo defender un convenio colectivo, que sepan dirigir el movimiento huelguístico y dominen el arte de elevar las luchas económicas a un nivel político superior.

Lo más importante es la capacidad de combinar las luchas económicas con las políticas y de conducir a las masas desde las reivindicaciones parciales hasta las reivindicaciones generales de clase. Tales cuadros no pueden crearse artificialmente, en un invernadero: solo pueden formarse en la lucha. Toda la cuestión se reduce a una selección acertada, a la identificación de los mejores elementos combativos y con iniciativa propia en cada movimiento; pero precisamente en este aspecto, a pesar de acercarnos al décimo aniversario, la situación es extremadamente insatisfactoria.

La Profintern y el Consejo Central de los Sindicatos de la URSS emprendieron la creación de una escuela internacional del movimiento sindical, pero esto no es más que una gota en el océano, más en tanto que esta escuela no puede ni debe sustituir a la escuela de la vida, a la escuela de las luchas directas. Esta cuestión es tan importante que ha sido incluida como un punto especial en el orden del día del V Congreso de la Profintern. Es un problema que exige ahora y exigirá en los próximos años una atención extremadamente cuidadosa por parte de la Profintern, pues es uno de aquellos problemas que no pudieron resolverse en los primeros diez años.

XXIV. La huelga de masas y la lucha por el poder

Los sindicatos revolucionarios se distinguen de los reformistas en que se plantean la tarea de derrocar el capitalismo, y no de «sanearlo». Pero para ello es necesario crear un ejército, instruirlo y lanzarlo a la lucha en el momento favorable. Por eso llamamos a los sindicatos revolucionarios escuelas del comunismo: porque forjan la solidaridad obrera y preparan a las masas para las batallas. ¿Cómo prepararnos? ¿Por qué caminos avanzar? He aquí la cuestión. Ya he señalado que la Profintern ha planteado como tarea fundamental de sus organizaciones la dirección de las luchas económicas y el liderazgo de las mismas. Pero la Profintern no se limitó a esto: afirmó que lo principal es la combinación de las luchas económicas con las políticas y la elevación de la lucha económica a un nivel superior. Esto significa que, en una situación favorable, es necesario ampliar el campo de batalla, incorporar reservas a la lucha y plantear reivindicaciones políticas, es decir, transformar la huelga económica en una huelga política de masas.

Pero hay que comprender claramente que la huelga política de masas no es un fin en sí mismo: una sola huelga no hará caer los cimientos del capitalismo. La huelga política de masas tiene como objetivo desorganizar las fuerzas del Estado burgués y de los empresarios y, en condiciones favorables, dar el siguiente paso. ¿Cuál? El levantamiento armado, la lucha por el poder y el establecimiento de la dictadura del proletariado.

Todo esto es más que claro para los sindicatos revolucionarios y está expuesto en lo fundamental en las resoluciones de la Profintern. Es evidente que la Profintern nunca ha concebido las cosas de tal modo que los sindicatos dirijan el levantamiento armado, lo lleven hasta el final y establezcan la dictadura del proletariado. No. La Profintern siempre ha subrayado el papel dirigente de la Comintern y de los partidos comunistas no solo en la lucha por el poder, sino también en la lucha cotidiana de la clase obrera.

Para nosotros es importante definir la actitud de la Profintern hacia la lucha por el poder y hacia la dictadura del proletariado, y en este sentido la cuestión quedó resuelta ya desde el I Congreso. Ningún neutralismo, ninguna «independencia», ninguna teoría anarcosindicalista, sino una política sindical comunista consecuente. En esta claridad y determinación de los objetivos y tareas, en la unión de las luchas económicas con las políticas, en el rechazo de la huelga general metafísica «liberadora» que sustituye al levantamiento armado, en la combinación sobria de la lucha por las reivindicaciones cotidianas con la lucha por los objetivos finales, en la preparación del levantamiento del ejército de millones de trabajadores para la revolución social, reside el significado histórico de los diez años de lucha de la Profintern.

XXV. Debilidades y deficiencias de la Profintern

Mi informe de aniversario no estaría completo si no me detuviera en nuestras debilidades y deficiencias. ¿Cuál es la principal debilidad? La desproporción entre la influencia política y la consolidación organizativa de esa influencia. Esta cuestión existe aún hoy, después de diez años de existencia. ¿Cuál es la causa de este retraso? ¿Por qué esta cuestión, planteada en todos los congresos, no ha sido resuelta hasta ahora?

En el camino hacia su solución se interpusieron numerosos obstáculos. Enumeremos los principales: la persecución constante de los obreros revolucionarios, su expulsión de las fábricas, los arrestos, los asesinatos, el cierre de organizaciones revolucionarias y de la prensa revolucionaria, así como la escasez de cuadros. Entre todas las causas enumeradas, la última es, sin duda, la más grave. Y, sin embargo, todas estas razones no explican al cien por cien la existencia de esta descompensación. Existen además otras causas: la incapacidad de utilizar todas las posibilidades disponibles; la incapacidad de encontrar en cada momento concreto la forma adecuada para organizar las propias fuerzas; la dificultad para reestructurarse rápidamente tras los fracasos; la incapacidad de

aprovechar el menor éxito para ampliar y consolidar las propias posiciones y, por último, la incapacidad de no perder nunca, en ninguna circunstancia, el vínculo con las masas.

Todas estas deficiencias pueden encontrarse, en diversas combinaciones, en nuestras organizaciones. Puede decirse que la Profintern, desde el primer día de su existencia, prestó atención a estas debilidades. A lo largo de este tiempo se ha hecho mucho en cuanto a la reorganización de nuestras filas, de nuestras formas y métodos de trabajo, pero la descompensación ha permanecido y queda por delante un enorme trabajo para lograr que la labor organizativa avance al mismo ritmo que la política y, a la inversa, que la política no quede rezagada respecto del trabajo organizativo.

A pesar de estas debilidades y deficiencias, podemos recibir con gran satisfacción los resultados del decenio de la Profintern. A partir de ladrillos dispersos y heterogéneos, pese a las enormes dificultades, se ha construido un edificio gigantesco, sólidamente forjado en una lucha encarnizada contra la burguesía y el socialfascismo: el movimiento sindical revolucionario mundial. En los choques con el enemigo, en las batallas, la organización internacional del movimiento sindical revolucionario creció y se fortaleció. La Profintern no se mantuvo inmóvil, sino que creció junto con el movimiento. En ello radica toda la esencia del proceso.

XXVI. La lucha por la mayoría de la clase obrera

Si quisiéramos expresar en una sola frase toda la línea de trabajo de la Profintern a lo largo de los años de su existencia, podríamos formularla así: toda la labor de la Profintern se desarrolló bajo el signo de la lucha por las masas. Desde este punto de vista deben abordarse todas las consignas tácticas, todas las decisiones de los congresos, todas las resoluciones y todo el trabajo cotidiano de los órganos dirigentes de la Profintern. La lucha por las masas se libra en todo el mundo, allí donde existen trabajadores. Es una lucha extremadamente encarnizada, pues la burguesía no quiere soltar a los trabajadores que se encuentran bajo su influencia. Las masas

obreras son sometidas a un tratamiento persistente y sistemático por todos los medios. Todos los partidos burgueses, la Iglesia, el fascismo y el socialfascismo aspiran a consolidar y ampliar su influencia sobre las masas trabajadoras. Nos vemos obligados a librar una batalla diaria por cada obrero.

Hay que tener en cuenta que tanto la burguesía como el socialfascismo ponen en juego todas las fuerzas del Estado para conservar a las masas bajo su control. La lucha se vuelve cada vez más aguda a medida que empeora la situación de la clase obrera y crece el descontento entre las masas. La Comintern y la Profintern han logrado importantes éxitos en estos años, pero no debe olvidarse que aún decenas de millones de proletarios siguen bajo la influencia de los partidos burgueses y del socialfascismo. Basta considerar Estados Unidos, Alemania e Inglaterra, donde millones de trabajadores votan no solo a los socialfascistas, sino también a republicanos, conservadores, etcétera.

¿Cómo arrancar a las masas del Estado burgués? ¿Cómo levantarlas contra los partidos burgueses y socialfascistas? ¿Cómo liberarlas de la influencia de la burocracia sindical corrupta? He aquí las cuestiones sobre las que ha trabajado la Profintern durante todos estos años. ¿Y cuáles son los resultados? Al final de la guerra imperialista, la socialdemocracia, con pocas excepciones (Rusia, Polonia, etc.), dominaba casi de manera monopolística la conciencia de los trabajadores. Hoy el monopolio reformista en el movimiento sindical ha llegado a su fin. La socialdemocracia ha dejado de ser un partido monopolista, porque la Comintern y la Profintern han penetrado profundamente en las masas. ¿Hasta qué punto? Para responder a esta pregunta es necesario examinar país por país y determinar así la correlación de fuerzas entre la Profintern y Ámsterdam. El reformismo ha dejado de ser monopolista, pero esto no significa que haya perdido ya su influencia. En absoluto. En una serie de países, el socialfascismo sigue teniendo una influencia considerable entre los trabajadores, y por ello la lucha por las masas está lejos de haber concluido.

Pero si hace diez años apenas lográbamos abrirnos paso hacia las masas, hoy enormes masas ya marchan tras la Comintern y la Profintern, y ahora se plantea prácticamente la cuestión de conquistar a la mayoría de la clase obrera. La conquista de la mayoría de la clase obrera: tal es la consigna bajo la cual se desarrolla la preparación del V Congreso; bajo esta consigna se celebra también el décimo aniversario de la Profintern.

Sean cuales sean las dificultades, por fuerte que siga siendo el enemigo, la Profintern amplía de manera incontenible su influencia sobre las masas. Incluso nuestros adversarios se ven obligados a reconocerlo. Pero cometeríamos un grave error si sobrestimáramos nuestros éxitos y no viéramos las enormes dificultades que tenemos por delante. No cerrar los ojos ante las dificultades, no exagerarlas, evaluar sobriamente la situación, recordar que el enemigo está armado hasta los dientes y trabaja incansable y sistemáticamente para reforzar y ampliar sus posiciones en las fábricas y destruir las posiciones del adversario: este es el camino por el que ha marchado, marcha y marchará la Profintern.

XXVII. El futuro pertenece a la Profintern

El décimo aniversario de la Profintern coincide con el V Congreso, que se abrirá el 15 de julio de 1930. Se abrirá exactamente diez años después de que se sentaran las bases de la Internacional Sindical Roja. Muchos de los que firmaron con nosotros el pacto de creación de la Profintern se encuentran hoy al otro lado de la barricada; muchos de los que estuvieron con nosotros en los primeros años han desaparecido por completo del horizonte político. Pero el movimiento sindical revolucionario crece, y la organización fundada el 15 de julio de 1920 vive y se desarrolla.

De centro de agitación y propaganda se ha transformado en una unión internacional de sindicatos. Muchas dificultades surgieron en el camino del desarrollo de la Internacional Sindical Roja y muchas dificultades aún deberá superar, pero el tramo más duro ya ha sido recorrido. Los años inmediatos abren ante nosotros perspectivas

enormes y favorables, pues el movimiento obrero se encuentra hoy en ascenso. La crisis económica mundial se agudiza y ha alcanzado incluso la fortaleza del capitalismo contemporáneo: los Estados Unidos. En los países coloniales, especialmente en China y en la India, crece rápidamente el movimiento revolucionario obrero-campesino; enormes reservas coloniales, nuevas masas humanas, se levantan paralelamente al ascenso del movimiento revolucionario en los viejos países capitalistas.

Ya no existe la brecha entre el movimiento en los países capitalistas y en los países coloniales que desempeñó un papel negativo en el período de 1919–1920. A este cuadro hay que añadir el enorme crecimiento de la URSS y la rápida puesta en práctica de nuestro plan quinquenal. La unión de estas tres poderosas columnas —la construcción socialista de la URSS, el ascenso del movimiento obrero en los países capitalistas y la incorporación de las inmensas reservas obrero-campesinas de los países coloniales— abre ante nosotros perspectivas brillantes de un rápido crecimiento de la Profintern. Estoy profundamente convencido de que en los próximos años derrotaremos definitivamente a la Internacional de Ámsterdam y a los sindicatos amarillos, y crearemos una única y combativa Internacional Roja de Sindicatos, que abarcará el movimiento sindical en todo el mundo y lo conducirá, bajo la dirección de la Comintern, a conquistar a la mayoría de la clase obrera, al derrocamiento del poder del capital y al establecimiento de la dictadura del proletariado.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

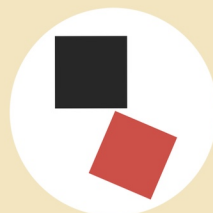
Nuestro contacto:

info@doscuadrados.es

Solomon Lozovski fue secretario general de la Profintern, la Internacional Sindical Roja, entre los años 1921 y 1937, cuando fue disuelta debido al cambio de línea de la Internacional Comunista (Comintern) hacia una política de defensa de los frentes populares y de la unidad con las fuerzas socialdemócratas. Otros dirigentes históricos fueron el ruso Mijaíl Tolski o el catalán Andrés Nin.

Desde su creación a partir del III Congreso de la IC, en 1921, hasta su disolución, la Profintern será el órgano internacional para organizar sindicalmente a la clase obrera. A través de debates, lucha de líneas, alianzas y combates con otras líneas sindicales (socialdemócratas, anarquistas, etc.), la Profintern se puso al frente de una gran cantidad de conflictos obreros y de luchas de clases por todo el mundo, y logró que la línea bolchevique leninista fuera hegemónica dentro del movimiento sindical.

La Profintern extendería su influencia mayoritariamente en América Latina y en Asia: uno de sus mayores éxitos sería la huelga general en China en 1925, como respuesta al asesinato de estudiantes en una protesta en Shanghái.



EDICIONES
DOS CUADRADOS